

Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Escuela de Postgrado

“La Elite Obrera en la coyuntura del Centenario: un estudio sobre la hegemonía y la subalternidad en la perspectiva contrahegemónica de su discurso educativo”

Tesis para optar al grado de Magíster en Historia de América

Alumno:

Gonzalo Marín Chávez

Profesor Guía: María Elisa Fernández

Mayo del 2009

Dedicatoria . .	4
Agradecimientos . .	5
Resumen . .	6
Introducción: La relevancia de lo hegemónico-subalterno en la formación del horizonte valórico-cultural . .	7
Hipótesis y Objetivos . .	9
Resumen . .	11
Marco Teórico: La propuesta de investigación de los estudios subalternos. . .	14
Capítulo I: Implicancias de la problemática hegemonía-subalternidad en la investigación historiográfica. . .	25
La elite y el proceso de constitución de la hegemonía. . .	26
Sobre el proyecto valórico-cultural de los grupos de elite. . .	35
Los grupos de elite y el desarrollo de la condición subalterna. . .	38
Capítulo II: El proyecto valórico cultural de la elite en torno al primer centenario de la República . .	44
La historiografía desarrollada en torno a los grupos de elite: características y tendencias. . .	44
Rasgos del proyecto de desarrollo económico de los grupos de elite. . .	49
Articulación de la expresión oligárquica en el ejercicio hegemónico político – institucional de los grupos de elite. . .	55
Características del ejercicio de la condición hegemónica en los grupos de elite hacia el Centenario. . .	63
La condición hegemónica y el discurso educativo de los grupos de elite. . .	66
Capítulo III: El proyecto valórico-cultural de la elite obrera. . .	74
Proyección histórica, tendencias y conflictos en la elite obrera . .	75
Tendencias y tensiones en la politización de los grupos obreros. . .	101
La condición subalterna y el discurso educativo. . .	114
Conclusiones . .	132
Bibliografía . .	135
Fuentes Primarias . .	135
Bibliografía General . .	135
Revistas . .	140
Anexo 1: Gráficos . .	141
Anexo 2: Pensar el discurso histórico y subvertir lo académico: desafíos de la historiografía subalternista en su proyección contrahegemónica. . .	144

Dedicatoria

Para Emiliano, que cayó parado.

Agradecimientos

Quiero reconocer y expresar mis agradecimientos por dos personas que fueron claves en diferentes momentos del desarrollo de esta investigación: la profesora Miriam Zemelman, cuyos comentarios y aportes fueron fundamentales para empezar a pensar el enfoque dado al tema, en cuanto a la importancia de los discursos educativos como proyecciones de los intereses valóricos y las perspectivas culturales de una sociedad; y también por quien ha sido profesor guía de esta tesis, la profesora Maria Elisa Fernández cuya contribución fue decisiva para el desarrollo de un enfoque teórico que permitiera relevar en el discurso historiográfico las representaciones valóricas y culturales y los discursos educativos como dimensiones relevantes para la reinterpretación de la experiencia histórica de los grupos populares. Sin ese fructífero intercambio de ideas, creo que no hubiera sido posible el desarrollo de esta investigación con las características que se presenta. Sinceramente mis agradecimientos para uds., los resultados que los juzgue el lector.

Resumen

Tesis Magíster en Historia de América: “La Elite Obrera en la coyuntura del Centenario: un estudio sobre la hegemonía y la subalternidad en la perspectiva contrahegemónica de su discurso educativo”; Alumno Gonzalo Marín Chávez.

Esta investigación analiza la problemática del discurso educativo en los grupos sociales de Chile para el periodo del Centenario de la Republica (específicamente para la elite obrera) desde la conceptualización del ámbito educativo como el espacio donde se sistematiza y transmite la experiencia valórica-cultural de la sociedad, y se constituye una perspectiva de discurso de representación social que los sitúa en referencia a los demás grupos sociales (específicamente en la proyección de las relaciones de poder, esto es la condición hegemónica y la condición subalterna). Para el caso de la elite obrera este discurso educativo se caracteriza profundamente influenciado por los códigos valóricos-culturales de los grupos hegemónicos, de tal modo que su discurso educativo se visualiza como uno de los medios más relevantes a través de los cuales se articula su condición subalterna. De este modo se plantea una reflexión crítica sobre el sentido de la comprensión de la historicidad del mundo popular en un periodo que se asume como fundacional, por cuanto se redefine la perspectiva valórica-cultural de la elite obrera del periodo desde la contradicción y conflictuación con la posibilidad de que desarrollo en este ámbito un sentido contrahegemónico, reconstruyendo un significado mas autentico y representativo para sus intereses en la dinámica de desarrollo de un proyecto político que efectivamente dispute la condición hegemónica a los grupos tradicionalmente dominantes.

Introducción: La relevancia de lo hegemónico-subalterno en la formación del horizonte valórico-cultural

La transmisión valórico-cultural dentro de una sociedad constituye una experiencia fundamental y relevante como temática, al desarrollar una investigación que pretenda profundizar dentro de sus lineamientos epistemológicos en el análisis de los elementos fundantes y estructuras que determinan cualquier tipo de formación social. La revitalización de la experiencia valórico-cultural de las sociedades, enfocada en la perspectiva de su dinámica histórica permite adentrarnos en los sinuosos y tal vez confusos derroteros de las relaciones socio-culturales, las representaciones y autorepresentaciones, los discursos identitarios y el fenómeno de la proyección política pública que hace cada grupo conformante, identificado y autoidentificante. Un escenario de investigación propuesto de esta manera recreará desde una lógica más cercana, comprensible, inteligible para las propias sociedades, para sus propios grupos, la herencia de quehacer histórico, no dimensionado en cuanto a sus soportes estructurales, sino respecto de la comprensión y proyección que los sujetos históricos tienen dentro de ellos. Aun la contradicción se plantea repentinamente como un problema epistemológico: ¿cuál debe ser la esencia de la investigación historiográfica?, ¿cuál debe ser el interés que guíe la acción de comprensión del pasado que conduce el historiador? Mas bien pretendo que exista una aproximación que permita tensionar la idea de que las estructuras políticas económicas, sociales, culturales se encuentran sobredeterminando el quehacer continuo de los sujetos históricos, presentando a propósito de los silencios, omisiones y hasta recriminaciones, una idea sospechosamente permanente y reforzada en los discursos historiográficos contemporáneos: el conceder a dichos sujetos la posibilidad de ofrecer una perspectiva de reconstrucción del pasado (su pasado) ligada a la comprensión íntima como sujetos y como grupos, de la significancia de sus contextos; en otras palabras creo que es una tarea esencialmente meritoria para el investigador “subjektivar” desde el colectivo los discursos que pretenden reflexionar frente al pasado, buscando de esta forma un arraigo más definido, una pertinencia más concreta con el presente. ¿Es el retorno acaso a la majadera, manipulada y casi insípida moralina de que el conocimiento del pasado nos sirve para no cometer los mismos errores en el presente asegurando un dichoso porvenir a nuestros sucesores? Me distancio profundamente de este lema pues creo que deposita en los historiador@s una demanda (en apariencia social) que distorsiona el sentido de su rol fundamentalmente crítico reflexivo (quizás de eterno y conflictivo inconformista?) y nos aleja de una visión de una sociedad que forzosamente debiera ser cada vez más analítica y comprometida con su historicidad; creo que la tarea que se nos impone debe orientarse precisamente a generar formulas de discurso historiográfico que refuercen el sentir de ese compromiso que nos involucra a todos en nuestro propios acontecimientos, por lo tanto buscar cautivar a las sociedades (y no solo a los círculos de ideas, “pensadores y profesionales de conocimiento”) con sus hechos, sus planteamientos, sus protagonistas, es decir con sus sujetos, contextos y representaciones. Más aun en el caso de una investigación que como esta, pretende adentrarse en un análisis del carácter histórico de la educación (como practica de sistematización de la transmisión

valórica-cultural de una sociedad) en relación con los grupos sociales que confluyen en una determinada formación social.

Debo señalar que, como elemento fundamental al desarrollar esta investigación, la progresiva incorporación de lecturas para la articulación de un marco teórico incidió en una reformulación del planteamiento del problema. Al respecto debo señalar algunos elementos a tener en cuenta:

-En un principio esta investigación se plantea como una reconstrucción de las formas políticas-discursivas de los grupos políticos identificados como la elite obrera para la coyuntura del primer centenario republicano, en tanto la hipótesis original se planteaba esencialmente la descripción de las prácticas educativas desarrolladas en y desde el mundo popular del periodo. En este sentido, dicha reconstrucción implicaba fundamentalmente el análisis de fuentes primarias como artículos, discursos y otros documentos en los cuales se exponen la centralidad del pensamiento de la elite obrera en sus variantes ácrata y socialista

-En la medida que dicho análisis nos lleva a la reflexión sobre las formas de producción cultural en el mundo obrero, la discusión sobre el carácter de la intelectualidad y la proyección de su imaginario valórico-cultural, este análisis permitió visualizar el proceso de permeación valórica-cultural desde los grupos que ejercen la hegemonía y la dominación social hacia los grupos que aparecen subalternos y subordinados. El reconocer en sus manifestaciones discursivas y prácticas una similar fundamentación ideológica (en cuanto a la perspectiva histórica planteada como moderna /ilustrada) a aquella de los grupos hegemónicos, lleva definitivamente a asumir la complejidad de la temática desde dos aristas que considero esenciales: por una parte, el dimensionar la necesidad de reenfocar epistemológicamente el estudio de las formas valóricas-culturales propias de las elites en los grupos subalternos desde una narrativa contratextual que permita establecer su carácter dependiente de las expresiones culturales hegemónicas y por tanto su tremenda limitación para realizar una perspectiva contrahegemónica. Esta es la arista a la que pretende abocarse la presente investigación, lo cual exige una segunda etapa en la revisión de fuentes, y que en este sentido corresponderán fundamentalmente a fuentes secundarias pues tal como se planteo con anterioridad, esta reformulación de los objetivos de la investigación determinaron que se abocará al análisis de la instalación/ conceptualización de la condición subalterna en la elites de los grupos populares en tanto enfoque historiográfico que problematiza el carácter de la permeación valórica cultural desde los grupos hegemónicos a los subalternos, esencialmente desde las dinámicas de aculturación y transculturación identificadas. Una segunda arista, que se asume también como una aspiración pendiente, es la significación de ese reenfoque epistemológico (traducida en la problematización de la condición subalterna en el mundo popular) en la reconstrucción de las prácticas educativas (en forma mayoritaria vivenciadas pasivamente, mas que desarrolladas en forma autónoma, creativa y protagonista) que caracterizan la transmisión de la experiencia valórica-cultural en los grupos populares. Dichas prácticas se asumen esenciales en esta significación de la problemática subalterna en la medida que se revelan como los medios ideológico-materiales que articulan tal condición en las elites del mundo popular. De allí que se reconozca en este ámbito un desafío indispensable de asumir, pues en el visualizo la posibilidad de una comprensión histórica que diversifica y complejiza el conocimiento sobre las prácticas valóricas-culturales de los grupos populares.

-De esta manera, una investigación que en un principio se plantea como reconstructiva desde la descripción, se orienta decididamente hacia la reconstrucción a partir de la problematización. La razón de esta reorientación del planteamiento y objetivos originales, tiene que ver con una certeza que se va fundamentando cada vez más en la medida que se

reconoce la magnitud de la alineación/dependencia valórica cultural de las elites del mundo popular: se debe intentar una narrativa que apuesta arriesgadamente a deconstruir la épica fundacional de la cultura obrera ilustrada como representación de un movimiento social que, para el periodo del Centenario, aspira decididamente a la disputa de la hegemonía y la transformación de las estructuras sociales, e instalar la visión de una elite obrera profundamente conflictuada por esta dualidad que la define en su matriz valórica cultural: absolutamente dependiente en su externalidad, de las expresiones de los grupos de la elite dirigente; trágicamente alienada en su internalidad, en relación a aquellas manifestaciones mas autenticas pero percibidas como anómalas o incorrectas en la base del mundo popular. Creo que ese riesgo (que es un poco la experiencia del nado a contracorriente) se valora en la medida que posibilita una reconstrucción mas compleja y profunda de las tensiones que caracterizan la formación de una identidad valórica-cultural en los grupos populares a partir del planteamiento de una cuestión esencial para el periodo y al mismo tiempo trascendente de dicho eje temporal: ¿hasta que punto la derrota histórica de los movimientos políticos representativos de los grupos populares se explica en la problemática de la hegemonía y la irresolución de sus formas valóricas-culturales? Transitar por esta ruta involucra posicionarse alternativamente desde la Historia Social-Popular, la Historia de la Educación y la Filosofía de la Historia, sin que aun pueda estar seguro de decidir donde está el énfasis. Pero también me imagino que dicha indefinición es coherente con el enfoque subalternista en la medida que apuesta a una narrativa histórica que se distancia de las *certezas hegemónicas* (para deconstruirlas/desarticularlas) de una comprensión tradicional de la experiencia valórica-cultural en los grupos populares, que necesariamente debe ser ampliada, rebasada y traspuesta en tanto devela su insuficiencia para el reconocimiento y análisis de estas tensiones determinantes en el imaginario y representaciones culturales de los grupos de la elite obrera.

Hipótesis y Objetivos

Esta investigación se centra en el análisis del contenido de los planteamientos educativos de los grupos sociales identificados como elite obrera para el periodo del primer centenario de la república. La elite obrera se identifica con aquellas expresiones políticas-orgánicas que asumen la representación política y social de los grupos populares en tanto articulan una identidad valórica-cultural desde la cual se posicionan en relación a los grupos que ejercen la hegemonía y la dominación social; este concepto se abordará en profundidad más adelante, específicamente en el capítulo III. La intencionalidad de este análisis se visualiza en la idea de enfatizar la condición subalterna desde la cual son desarrollados estos planteamientos, lo cual constituye una evidencia analítica que busca instalar un espacio de discusión sobre un tema mucho mas amplio como es el carácter de las formas de representación que articulan los grupos subordinados desde la perspectiva de la dinámica hegemonía/subalternidad, con el objetivo de potenciar un debate critico frente a la capacidad de estos grupos de construir formas valóricas-culturales contrahegemónicas. Además, en una dimensión más específica, tiene que ver con caracterizar el ámbito de producción de los discursos educativos en las elites de los grupos subalternos (es decir de las formas valóricas y culturales que son legitimadas para su transmisión en el contexto escolar) como uno de los referentes fundamentales desde los cuales se articula su condición subalterna, y por lo tanto, su dificultad para desarrollar y realizar una perspectiva contrahegemónica.

De lo anteriormente expuesto, surgirán dos hipótesis que orientan el desarrollo de esta investigación:

-En primer termino, la identificación de la cultura obrera ilustrada como una forma de representación valórica-cultural que constituye y reproduce la condición subalterna en los grupos populares.

-En segundo termino, definir la relevancia de esta problemática para analizar las condiciones que determinan la derrota del mundo popular, en un periodo histórico que se asume como de agudización de las tensiones sociales, y por lo tanto potencialmente favorable para el desarrollo de una alternativa de transformación de las estructuras políticas, económicas y sociales en relación a los intereses y proyectos que surgen desde las elites del mundo popular.

A partir de lo señalado, los objetivos generales que se propone esta investigación son:

-Identificar y analizar el contenido de las ideas que constituyen el discurso educacional de la elite dirigente, expresadas en un currículum escolar nacional para la época del centenario de la república, como proyección de las formas valóricas y culturales que expresan su condición hegemónica.

-Identificar y analizar el contenido de las ideas que articulan el discurso educacional de las elites obreras, como proyección de las formas valóricas y culturales que expresan su condición subalterna.

-Caracterizar la influencia/permeación en su contexto de transmisión valórica y cultural del discurso de la elite dirigente hacia la elite obrera, en la dinámica de la tensión hegemonía/subalternidad desde la cual se analizan las relaciones entre ambos grupos.

Los objetivos específicos que se desarrollarán en esta investigación son:

-Desarrollar un concepto operacional de elite, desde el cual se pueda analizar/problematizar las formas valóricas y culturales desarrolladas por los grupos de la elite dirigente y la elite subalterna, desde la perspectiva de la dinámica hegemonía/subalternidad.

-Establecer relaciones entre el discurso educativo que expresa los intereses de la elite dirigente (que nos permite reconstruir el concepto de un currículum escolar para el periodo) y su proyecto de desarrollo político-económico, en tanto proyección/representación de su condición hegemónica.

-Identificar y analizar los elementos del discurso educativo/currículum escolar que reflejan las formas valóricas y culturales de la elite dirigente, desde las que se articulará la tensión hegemonía/subalternidad en que se problematiza la interrelación entre los grupos sociales dominantes y subordinados.

-Identificar y analizar los elementos del discurso educativo de los grupos que componen la elite obrera, que reflejan la influencia valórica-cultural de las elites dirigentes, en tanto formas de representación que contribuyen a reforzar y reproducir la dualidad hegemonía/subalternidad.

-Desarrollar un análisis histórico crítico (es decir conflictuado desde la propuesta de la dinámica hegemonía/subalternidad) de la constitución de la condición hegemónica y subalterna en los grupos dominantes y subordinados en el contexto del primer centenario de la republica.

El desarrollo de estos objetivos se presenta en esta investigación tratando de revelar tanto para el análisis historiográfico la relevancia de la problemática hegemonía-

subalternidad en la reconstrucción del carácter de las relaciones establecidas entre grupos dominantes y grupos subordinados, como también la insistencia de reflexionar en torno a la posibilidad de que se perfile la investigación y práctica educativa, la reflexión y la acción pedagógica, en el desarrollo de una propuesta contrahegemónica desde los grupos subordinados. De esta forma, se comprende que una línea de investigación que se instala desde las problemáticas relativas al análisis de la condición subalterna en los grupos populares implica la necesaria reformulación conceptual de categorías desde las cuales se han representado los sujetos populares¹, a partir de dos los ejes de análisis desarrollados: por una parte, el carácter densamente subordinado y alienante de la práctica política de los grupos de la elite obrera a principios del siglo XX (desde la perspectiva de la intencionalidad de representación del investigador en torno a estos grupos) como también de la conformación de determinados rasgos en la elite dirigente (comprendidos como dispositivos que bien podrían articular una tendencia histórica, en tanto conducta referente al poder y el ejercicio de la dominación, en los grupos hegemónicos) desde lo cual se propone interpretar su historicidad. Por otra parte la ausencia de una dimensión crítico-reflexiva en los grupos de la elite obrera frente a la necesidad de conceptualizar una vinculación mas estrecha entre la formas de representación cultural que desarrolla (y específicamente, en los discursos educativos que configura, es decir de la perspectiva valórico-cultural de su propuesta) y su acción política, como rasgo claramente constitutivo de su condición subalterna, frente a la relativa *sincronía ideológica* que caracteriza en este ámbito a los grupos que componen la elite dirigente, significado en el largo aliento de su proyecto hegemónico, es decir de su coherencia, consistencia y practicidad desde la cual se afirma lo superlativo con que se representa su ejercicio de la dominación social. Es por esto que, como se señaló anteriormente, considero que se propone a través de ella una mediación entre la interpretación historiográfica y la investigación -acción educativa, de lo cual puede resultar tanto una intencionalidad de historiar sobre el sentido de los discursos/prácticas educativas, como también de intervenir en la construcción de una perspectiva de acción educativa que se plantee como relevante la comprensión de la naturaleza de sus fundamentos histórico-ideológicos.

Resumen

En el primer capítulo se desarrolla un análisis sobre la relevancia de la perspectiva epistemológica de la problemática hegemonía-subalternidad para la complejidad de la dominación/sujeción que caracteriza a la sociedad chilena en el periodo histórico referido; de este modo se pone en evidencia los mecanismos constituyentes de la condición hegemónica como también el desarrollo de un concepto de elite que se configura instrumental en la medida que posibilita dar cuenta (aspiración de totalidad que no deja de reconocerse como una propuesta cognitiva) de la fenomenología histórica y la dinámica interna de los grupos dominantes y subordinados, en la cual se distinguen diferentes

¹ Se hace referencia, por un lado, a la presentación de los grupos populares desde la idea la autonomía e iniciativa que habría caracterizado su acción política, y al cuestionamiento de esa concepción de la expresión de los grupos subordinados identificada como *cultura obrera ilustrada*, en cuanto a su alcance contrahegemónico como expresión valórico-cultural; por otro lado, a la diversidad de tendencias y heterogeneidad discursiva con que se interpreta la práctica política de los grupos de la elite dirigente. En este sentido subyace la pretensión de reexaminar y constituir una mirada alternativa sobre la comprensión del ejercicio de la dominación social y la vivencia del sometimiento en una perspectiva histórica, que no busca ni podría invalidar la solidez epistemológica y la validez y arraigo que estas narraciones históricas tienen para los grupos referidos.

dimensiones de implicancia de la condición hegemónica y subalterna. Un tercer elemento de análisis sugiere considerar la práctica de transmisión valórica-cultural que desarrolla el sistema educativo en relación con la constitución de la condición hegemónica y en la reproducción de la condición subalterna. También se desarrolla una reflexión sobre las implicancias de la representación de los grupos subalternos en la narrativa historiográfica.

En el segundo capítulo se aborda una interpretación del sentido de historicidad con que se interpreta el Centenario de la República, para desde allí proponer una reflexión crítica frente a la historiografía desarrollada sobre los grupos de elite dirigente, que luego guiará el ensayo de una breve interpretación sobre la constitución de estos grupos de elite, enfatizando algunos rasgos que se presentan como constitutivos de su condición hegemónica. Dichos rasgos se presentan para el análisis vinculados esencialmente al desarrollo de un proyecto político-económico que se expresa en un tipo de dominación social que no puede lograrse sin la definición de un discurso educativo (expresión de un horizonte valórico.-cultural) que funcione dualmente constituyendo la hegemonía y reproduciendo la subalternidad.

En el tercer capítulo se propone una lectura de la narrativa histórica de los grupos populares que busca dar cuenta del fenómeno de desarrollo de los dispositivos de *consentimiento* en los cuales se articula la reproducción de la condición subalterna, y que en este caso se situaran en el contexto del análisis de su propuesta valórica-cultural sistematizada como discurso de aspiraciones educativas. Esta reflexión conducirá por una parte a la intención de reconstrucción de los elementos que significan la dinámica histórica de los grupos dominados, para desde allí revelar el sentido de continuidad que se establece entre el discurso y acción de los grupos artesanales y los grupos obreros surgidos con el desarrollo industrial, plenamente visibles para el periodo señalado. En este sentido se intenta una lectura contra textual del proyecto de regeneración moral desde el que se visualiza la dinámica discursiva y de acción política de los grupos subalternos, develando en el aquellos mecanismos que se consideran constitutivos/reproductores de una identidad valórica-cultural profundamente conflictuada producto de su condición subalterna. Un análisis de las tendencias que se desarrollan en el seno de la elite obrera (en sus variantes ácrata y socialista) lleva a reflexionar específicamente sobre la implicancia de una doble ausencia: por un lado la de un análisis crítico-reflexivo de los grupos de la elite obrera frente a la importancia y sentido de los discursos educativos desde la cual se cuestiona la coherencia de su proyección de transformación social, por otro lado se enuncia el conflicto que surge al representar las prácticas más esencialmente contrahegemónicas (es decir aquellas situadas desde la ruptura a partir del reconocimiento y la reacción frente a la vivencia del sometimiento social) por parte del investigador, las cuales constituyen una ausencia/negación que este se propone develar. Finalmente se plantea la orientación reproductora de la condición subalterna que entraña el discurso educativo de los grupos de la elite obrera, expresado en su carácter aculturado/transculturado.

El desarrollo de la discusión bibliográfica se organizara en torno a 5 ejes temáticos que dan cuenta de algunas de las más importantes dimensiones de análisis implicadas en el planteamiento de la problemática subalterna, en relación a los discursos educativos que se desarrollan desde los grupos de la elite dirigente y la elite obrera en este periodo. El primer eje temático de la discusión bibliográfica expone brevemente el debate surgido en relación a la relevancia de la propuesta de los Estudios Subalternos (que aparece aquí reconceptualizada como problematización de la condición subalterna, con la intención de definir una posición que asuma la necesidad de revelar lo fundamental de la cuestión subalterna para la comprensión del pasado, tomando en cuenta la

cuestión gnoseológica de lo representable/irrepresentable en ella) por parte de los investigadores del Colectivo Estudios Subalternos y el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, el cual enfatizará la necesidad de replantear las formas de representación que adquieren los grupos sociales en la historiografía (específicamente en los grupos subordinados) desde el planteamiento de la dinámica hegemonía/subalternidad, aspirando tanto a la concreción de una relación distinta entre las diversas narrativas históricas orientadas a producir ese conocimiento (estableciendo una posición en la cual la propuesta subalterna busca someter dichas narrativas a un análisis crítico, en tanto presentan desde diferentes visiones al sujeto popular, parcializando la semántica de su narrativa para la constitución y reproducción de dicha dualidad) como también a un proyecto de investigación esencialmente contrahegemónico, desde la historiografía y las ciencias sociales, que apela a asumir la necesidad de representar la problemática subalterna². Los temas que organizan dicho análisis tiene que ver con las formas de representación desarrolladas en torno a los grupos subalternos y la caracterización de la dimensión valórica cultural en la articulación de los dispositivos que generan el consentimiento para la constitución /reproducción de las condiciones hegemónicas y subalternas. En este sentido, también dicha discusión busca dilucidar acerca de las dificultades metodológicas que operan en la construcción de significado al tratar de representar a los grupos subalternos, de lo cual deviene una necesaria referencia a las implicancias para la reproducción de la dominación social de las formas de representación social que adquieren los subalternos en la historiografía. En relación a lo anterior se introduce una reflexión respecto a algunos de los elementos que se deben tomar en cuenta por los investigadores para el desarrollo de una propuesta epistemológica que sustente el proyecto contrahegemónico en los grupos populares.

Un segundo eje temático presenta la propuesta de problematización de la subalternidad para el desarrollo de una narrativa historiográfica en la cual los grupos históricamente subordinados/dominados/sometidos alcancen un sentido de representación más auténtico. Desde esta perspectiva, aparece la exposición de algunas formulaciones conceptuales atinentes a los objetivos de la investigación, en relación a la dinámica constitutiva de los grupos de elite y sus vías de diversificación/especialización para el ejercicio de roles variados en diferentes grupos sociales; las implicancias de la constitución/reproducción de la condición hegemónica y subalterna y específicamente el reconocimiento de la dimensión valórica-cultural como ámbito donde se expresan dichas formas de representación.

El tercer eje temático planteará la reconstrucción de la dinámica histórica que caracteriza la constitución de un proyecto valórico cultural en los grupos de la elite dominante, desde la problematización y resignificación de su condición hegemónica en tanto ejercicio de la dominación social. El desarrollo de este análisis expone a la discusión el contenido de las narrativas historiográficas desarrolladas sobre la elite, como expresión de la constitución y reproducción de una imagen histórica que apela a un modelo jerárquico

² Ver Mallon, Florencia; Promesa y dilema de los Estudios Subalternos: perspectivas a partir de la historia latinoamericana, en Rodríguez, Ileana (editora); Convergencia de Tiempos. Estudios Subalternos/Contextos Latinoamericanos: Estado, Cultura, Subalternidad, editorial Rodopi, Ámsterdam, 2001, pág. 121. En relación a lo anterior, la problematización de la condición subalterna implica principalmente un reconocimiento crítico sobre como se ha desarrollado la construcción de la narrativa histórica/conocimiento historiográfico sobre los grupos dominados, que en la generalidad se asume alineada dentro de una tradición que asume la modernidad como su principal fundamento teórico. Esta condición se visualiza sobrepasada por la irrupción de conflictos que permanentemente tensionan el sentido de estas representaciones historiográficas: "...Una explicación parcial podría encontrarse en la naturaleza de la crisis intelectual y política que enfrentamos en la actualidad. Son precisamente los modelos antes importados de Europa —los marxismos, una fe en el progreso y la modernidad, un compromiso con la revolución como una transformación progresista, lineal, desarrollista—los que ahora se cuestionan...".

de representación social. También resulta fundamental el reconocimiento de los medios materiales, es decir las formas político-económicas, desde las cuales se articula la condición hegemónica en los grupos de la elite dominante, a partir de lo cuál se analizan los rasgos específicos que definen el ejercicio de dicha condición, expresados nítidamente en el discurso educativo que generan dichos grupos. En este sentido, se enfatizará la relevancia de este discurso educativo en el desarrollo de los objetivos de la dominación social, a su vez que la reproduce como formas culturales en las cuales son representados los diversos grupos sociales.

En el cuarto eje temático se plantea la discusión sobre el reconocimiento crítico del proceso de constitución y desarrollo de una elite del mundo popular desde fines del siglo XVIII (los grupos de artesanos) que devendrán, como expresión elitista de la diversidad socio-económica y de tendencias políticas de dichos grupos, en los sectores de los obreros industriales a principios del siglo XX, identificados principalmente con las corrientes anarquista y socialista originadas en su seno. En la dinámica histórica con que se caracteriza dicha trayectoria de configuración y desarrollo de una elite obrera, se asocia la reproducción sistemática de los atributos de la condición subalterna del mundo popular a las formas de autorepresentación que estas tendencias proyectan. La reinterpretación de algunos elementos que definen su experiencia de movilización social durante el siglo XIX, permitirán reconocer en el horizonte de la regeneración moral y la cultura obrera ilustrada los dispositivos que articularan esta condición subalterna. Serán de este modo, fundamentos de un discurso educativo configurado en base a formas valóricas y culturales alienantes y por lo tanto, decisivas para el desarrollo de la sujeción social del sujeto popular. Este análisis además se orientara a un cuestionamiento sobre la realización contra-hegemónica del proyecto histórico de las elites del mundo popular a principios del siglo XX.

Un quinto eje de análisis se organizará en el anexo 2 bajo la forma de una propuesta para el debate sobre el interés en profundizar en las tensiones que surgen desde la propuesta de los estudios subalternos/problematización de la subalternidad y las formas de representación que adquiere en el discurso historiográfico, señalando algunos elementos considerados relevantes para el desarrollo de una propuesta de investigación de los problemas educativos que desde la historiografía se constituya en una herramienta cognitiva al servicio de un proyecto contrahegemónico en los grupos populares.

Marco Teórico: La propuesta de investigación de los estudios subalternos.

La propuesta de los estudios subalternos aspira a la construcción de un relato histórico que sea capaz de subvertir el discurso historiográfico tradicional, oficial, normativo, en el cual se expresa con claridad la apología al Estado y las instituciones que se vinculan con sus intereses, configurando desde esta perspectiva una especie de supraideología en la que coinciden tanto aquellos planteamientos critico-revolucionarios como aquellos reaccionarios- conservadores³. Este discurso historiográfico critico-alternativo apunta en

³ Ver Guha, Ranahit; Las voces de la historia, en Las voces de la historia y otros estudios subalternos; Editorial Critica, Barcelona, 2002, pág. 17. El autor desarrollará ampliamente la idea de que en dicho discurso enmarcado en la retórica y contenido de la *ideología estatista*, el subalterno aparece casi por accidente, en forma tangencial o en último caso como anécdota, y por lo tanto siempre en relación de otros objetivos que terminan por enajenarlo de su propia vivencia histórica.

realidad a recuperar la presencia de los grupos subalternos en los procesos históricos como reacción a la exclusión deliberada de la que han sido objeto en la narrativa oficial. El contexto que sirvió de fondo para que Ranahit Guha y otros intelectuales asiáticos desarrollaran esta propuesta a partir de los años 80 del siglo pasado, se relaciona directamente con las negaciones que percibían en la generalidad de la producción historiográfica respecto del sujeto popular, frente a lo cual llegarán a cuestionar el sentido de esa negación y de su reproducción, revitalizando para esto la interpretación de los planteamientos de Antonio Gramsci sobre la constitución de la hegemonía (y por lo tanto de la subalternidad) y la función de las formas valóricas-culturales para la articulación del consenso en el mundo popular sin el cual es impensable la consolidación de la dominación social expresada en el proyecto hegemónico de los grupos de la elite dirigente. A la luz de un contexto que identifican como postcolonialidad orientan esta recuperación histórica de lo popular en los procesos de articulación de la nación moderna. Esta postcolonialidad se refiere al desarrollo de las sociedades del tercer mundo en forma posterior a distintas vivencias de dominación colonial, desde sus expresiones más directas como es el caso de Asia y África hasta la segunda mitad del siglo XX –precisamente el contexto que impulsa a Guha y el grupo de estudios subalternos a desarrollar este propuesta de investigación fue lo irresoluto de lo popular en la narración del pasado colonial en la India bajo el Imperio Británico y del proceso de surgimiento de la nación– hasta las experiencias de persistencia del coloniaje socio-cultural en la contemporaneidad latinoamericana fruto de la conquista y colonia española: “...los estudios postcoloniales nos enseñan...a desconfiar de toda interpretación demasiado rígida de la relación entre centro y periferia que recluya la historia de la expansión colonial justamente a la categoría de episodio «periférico», ocultando su función *constitutiva* en la experiencia global de la modernidad...”⁴. La organización del conocimiento de la condición subalterna, en tanto vivencia histórica de los grupos populares, desde la perspectiva de los grupos dominantes, genera a contrapunto la necesidad de subjetivar esta narración del pasado desde la posición de los grupos dominados en tanto practica que busca por una parte el resignificar su representación histórica, y por otra replantear el reconocimiento de los investigadores sobre aquellos procesos socio históricos esenciales para la comprensión de las sociedades contemporáneas (específicamente se hace referencia al desarrollo de la Modernidad, que entonces debe ser interpretada desde una óptica que rompe con el encuadramiento teleológico del progreso y la racionalidad que la fundamentan). En relación a lo anterior, se debe señalar que los investigadores del Colectivo Estudios Subalternos aportan “... una postura crítica con respecto al nacionalismo oficial o estatista y su historiografía... de este modo, la historia postcolonial fue también una forma postnacionalista de la historiografía...”⁵. De este modo, la crítica subalternista al discurso historiográfico fundamentado sobre el paradigma de la modernidad, se reflejará concretamente en el cuestionamiento al significado de la constitución y desarrollo de la nación moderna, que desde su postura historiográfica deconstructiva, asimila a la organización y sistematización de diferentes mecanismos de coacción-coerción sobre los grupos subordinados, representando de este modo la vocación totalizante con que se define para los grupos hegemónicos dicho concepto en su relación con el Estado; así esta conceptualización crítica sobre la nación hace homologable la propuesta de análisis subalternista hacia otras realidades histórico-culturales distintas a las que fue pensada (el

⁴ Mezzadra, Sandro; Introducción; en Estudios Poscoloniales, Ensayos Fundamentales, ediciones Traficantes de Sueños, Madrid, 2008, pág. 17.

⁵ Dipesh Chakrabarty, Una pequeña historia de los Estudios Subalternos, Universidad de Chicago, www.desclasificacion.org, pág. 17.

proceso de afirmación de lo nacional en la colonialidad-postcolonialidad india, en relación a los sujetos populares y específicamente la insurgencia campesina) haciendo visible su pertinencia para otras áreas geográficas como es el caso latinoamericano. Problematizar la condición subalterna de los grupos subordinados significará exponer dicho análisis histórico desde una perspectiva que sobrepasa lo nacional, cuestionando la idea de nación como aspiración unitaria, inclusiva, integradora desde la cual se leen los discursos historiográficos tradicionales, es decir, según los parámetros academicistas tradicionales. La propuesta de los estudios subalternos, al plantear la visibilidad histórica del subalterno y la reconstrucción de sus formas de acción, apela necesariamente al desarrollo de una historiografía que se aleja irreversiblemente del discurso de la modernidad en el cual solo se reconocen los pueblos con historia, que se separan de la *barbarie* de las poblaciones coloniales en la medida que son capaces de desarrollar y encarnar esta idea de lucha por el progreso a través de la absolutización de los dispositivos culturales constitutivos de dicho horizonte cultural como son la tradición cultural escrita, la sofisticación y racionalización de las formas de organización política, la laicización de la sociedad, la dinamización capitalista de las formas de intercambio económico, etc. Este carácter de *crusada* que identifica la idea impositiva del progreso como concepto articulador de la modernidad según el concepto histórico hegeliano, revela en realidad la justificación de la constitución de lo hegemónico y de lo subalterno como una necesidad histórica para la consolidación de este fundamento moderno en el mundo contemporáneo: “...esta frontera absoluta constituye para Hegel, el motor de la «historia universal» (de la *Weltgeschichte*), asegura su dinamismo bajo la forma de una lucha titánica de la historia contra la prehistoria; o de Europa, a través de sus Estados, contra los «pueblos sin historia»: es decir, la frontera se construye como absoluta precisamente para traspasarla. La expansión colonial se ve así inscrita en los presupuestos epistémicos mismos de la modernidad europea...”⁶. Esta revitalización de lo subalterno a partir de la resignificación en él de lo histórico, buscará esencialmente redefinir lo político en el sujeto popular, disputando el monopolio de su conceptualización restringida a los marcos de las formas modernas-occidentales de movilización política, desde la que se interpreta normalmente la movilización desplegada por los grupos subordinados. En este sentido, los grupos subalternos muestran formas de acción política disruptivas con esta formalidad propia de la esfera de lo político institucional, para reivindicar una serie de acciones auténticamente populares (definiéndose entre el sentido de la autonomía y la ruptura) que se desvinculan de estos cánones; la consecuencia de este planteamiento será la visualización de una necesaria negación desde el mundo popular hacia lo hegemónico (es decir, de las formas culturales y mecanismos desarrollados a través del cual se teje la maraña del consentimiento/adhesión de los grupos populares hacia la dominación social) , como proceso preciso y necesario para la reconstrucción y afirmación de su propia identidad, y la redefinición de la visión del mundo en los subalternos: “...Los Estudios de la Subalternidad empezaron rechazando esta idea desarrollista de «hacerse político». El campesino o el subalterno, reivindicábamos, era *político* desde el mismo momento en que se levantaba en rebelión contra las instituciones del Raj. Sus acciones eran políticas en la medida en que respondían a las bases institucionales de la gobernanza colonial y tenían

⁶ Mezzadra, Sandro; Estudios Poscoloniales, Ensayos Fundamentales, pág. 18. Comentando a Guha, el autor sostiene a partir de este reconocimiento de la epistemología de la modernidad como categoría significativa de lo hegemónico-subalterno, la necesidad de que la narrativa historiográfica sobre los grupos populares en condición subordinada pueda deconstruir los presupuestos disciplinarios de esta concepción que lo sitúan en una perspectiva contrahegemónica: “...Lo que la crítica postcolonial pone en discusión es precisamente la posibilidad de resolver esta tensión y esta confrontación dentro de una narración lineal, bajo la idea de una progresiva extensión de un conjunto de *normas* de desarrollo desde el centro del «sistema mundo» en formación hacia las «periferias...”; ídem, pág. 19.

un impacto sobre ellas: el Raj, el prestamista y el terrateniente. Pero no pensamos mucho sobre las implicaciones que tenía afirmar que el subalterno podía ser político sin pasar por un proceso de «desarrollo político...»⁷. Así mismo, el concepto sobre la naturaleza de la acción política que diferencia la propuesta subalternista de la *historia desde abajo* y otras posturas que pretenden rescatar para la historiográfica la acción y el pensamiento del sujeto popular, incentiva al investigador a la reflexión sobre la perspectiva epistemológica de lo político-popular, pues en la narrativa de los estudios subalternos, los grupos subordinados pueden realizar acción política sin pasar por esa fase de desarrollo o habilitación intelectual/cultural que se hacían necesarias para la tradición historiográfica heredera del pensamiento moderno-ilustrado, es decir, que los pretenden *habilitar* como sujeto histórico. Esto exige ampliar el concepto del quehacer político en el subalterno, sobrepasando las limitaciones rígidas del pensamiento occidental, y que lo ubica en nuevos ámbitos de expresión, participación, representación y acción. Un lugar común en todos los ámbitos de quehacer político de la política subalterna es su sentido de rebelión frente a lo hegemónico⁸, como también un sentido de temporalidad histórica distinta para contextualizar este quehacer, diferente al sentido evolucionista, desarrollista o de fases con que tradicionalmente la historiografía busca interpretar la temporalidad en que se sitúan las acciones políticas de cualquier grupo social, y específicamente las protagonizadas por los subalternos.

La ampliación del contexto histórico-geográfico de investigación en la problematización de la subalternidad ha permitido analizar desde una lectura deconstructiva la dinámica de lo popular en relación con procesos hegemónicos como la constitución de la nación, la organización republicana o el desarrollo de las formas de producción capitalistas. Sin embargo, en el caso de la problematización de la subalternidad en relación a la dinámica histórica latinoamericana, se debe tomar en cuenta el desarrollo particular de las formas de subordinación que surgen en relación de la diversidad histórico-cultural propia de cada comunidad-localidad y que significan de manera distinta la vivencia subalterna para cada caso. En el desarrollo de este análisis debe considerarse como tópico tremendamente relevante el desarrollo de líneas comparativas entre cada contexto particular, que expresen el sentido de las condicionantes propias de cada tipo de formación social. En este sentido se hace referencia al hecho de que dichas condiciones de subordinación experimentadas en la India Colonial no eran similares a la de las regiones latinoamericanas durante el proceso de advenimiento de la Modernidad, ya que en el caso latinoamericano se define que las condiciones en las cuales se articula la dominación social no estarán determinadas por ese vínculo formal de dependencia política estructural que existía en las regiones coloniales británicas o de otros territorios; lo anterior no quiere decir que el investigador que problematiza la condición subalterna para el caso de la realidad latinoamericana deba sustraerse del reconocimiento de los dispositivos de dependencia y subordinación que efectivamente existen⁹, mas bien deberá desarrollar una línea de análisis en la cual dichos dispositivos sean analizados dentro de una lógica histórica particular, y que determinará

⁷ Chakrabarty, Dipesh: La historia subalterna como pensamiento político, en Estudios Poscoloniales, Ensayos Fundamentales, ediciones Traficantes de Sueños, Madrid, 2008, pág. 152.

⁸ Dipesh Chakrabarty habla del *culto a la rebelión* como condición característica de los grupos populares que les otorga un sentido de permanente resistencia frente a la coacción-coerción proveniente desde la institucionalidad/poder, y pueden situar sus acciones en una perspectiva contrahegemonica, sin negar el hecho de que pueden convivir en dichos sujetos populares tanto una *tendencia histórica* hacia la resistencia, con formas culturales reproductoras de la dominación social.

⁹ En este sentido, se alude a los vínculos establecidos entre las recientes republicas latinoamericanas y los intereses económicos específicos de potencias como EEUU, Inglaterra, Alemania o Francia que influyen los proyectos hegemónicos de los grupos de elite locales para el caso latinoamericano.

el desarrollo de una estructura narrativa-histórica y un contenido temático diferente a la historiografía tradicional: “...En gran medida, el proyecto de estudios de la subalternidad significaba la búsqueda de la *liberación epistemológica* de la propia Historia -en tanto disciplina y conocimiento- respecto de su subordinación a las amarras profundas del colonialismo, evidenciadas en categorías y metodologías que no solamente conllevan la incapacidad de revelar la *agencia histórica* de los subalternos, sino que reproducen la propia condición de subalternidad. Todo eso implicaba una recusación frontal del eurocentrismo en dos planos interrelacionados: el conocimiento de la *agencia* de los subalternos y la construcción de una historiografía distinta...”¹⁰. En relación a lo anterior, la aplicación de los fundamentos de problematización de los Estudios Subalternos para el ámbito latinoamericano debe tomar en cuenta los condicionantes propios de este, que en el caso del Colectivo Estudios Subalternos estuvo caracterizado, como ya se ha señalado, por lo explícito de la dominación política colonial británica y su concepción de la acción colonial como promotora del progreso, constituyente de la comunidad Commonwealth, situación que en el caso de América latina adquiere otras formas; en este sentido resulta mas pertinente hablar de postoccidentalidad como una forma de situarse en los problemas propios de la subalternidad latinoamericana. En un contexto contemporáneo también se asume la crítica al carácter central que se le asigna a la globalización: el globocentrismo también debe ser cuestionado desde la propia experiencia de la subalternidad latinoamericana. En este sentido, la postoccidentalidad dimensiona su importancia en cuanto a análisis de la vivencia subalterna al tomar en cuenta el enorme potencial de historicidad que se identifican en las sociedades indígenas latinoamericanas y aquellas que se conectan de una u otra manera con sus rasgos, al considerar su amplia densidad histórica, y la negación de apropiación de su pasado que ha resultado desde el análisis configurado por la historiografía tradicional, incluyendo la historiografía crítica, por lo cual esta está ausente o no logra poner en evidencia estos vínculos o conexiones entre esta densidad histórica y los rasgos de movilización/acción propia de los grupos subordinados. La crítica a esa forma de reduccionismo que pretende vincular la crisis del paradigma historiográfico tradicional producto de la creciente irrupción del subalterno, a una situación acotada al contexto contemporáneo, cifrada como expresión de la postmodernidad, implica asumir para el subalterno una perspectiva de reconstrucción de su historicidad que vincula lo postnacional (pensado como la tendencia hacia la que apunta la globalización en un aparente movimiento espontáneo) a la interpretación de la constitución de lo nacional en oposición al reconocimiento e integración de lo popular, dando cuenta de la necesidad de enfocar la emergencia del subalterno tanto en su raíz de persistencia de las formas de resistencia socio-cultural en el pasado, como también en las formas mas contemporáneas de reivindicación: “...La “des-territorialización” del estado-nación bajo el impacto de la nueva permeabilidad de las fronteras y del flujo de capital-trabajo repite simplemente los procesos genéticos de implantación de las economías coloniales en América Latina durante los siglos XVI y XVII. No se trata solamente de que ya no podemos operar exclusivamente con el prototipo de la nacionalidad, sino que el concepto de nación, atado al protagonismo de las elites criollas en su afán de dominar o administrar a otros grupos sociales, ha oscurecido desde el comienzo la presencia y realidad de los sujetos subalternos en la historia latinoamericana. Desde este punto de vista, necesitamos mirar hacia atrás para reconsiderar aquellas formas pre-nacionales de territorialización precolombina y colonial, pero necesitamos también mirar hacia adelante para pensar en nuevas formas emergentes de subdivisión territorial, fronteras permeables, lógicas

¹⁰ Pajuelo Teves, Ramón; Del Poscolonialismo al Postoccidentalismo: una lectura desde la historicidad latinoamericana y andina”, Comentario Internacional N° 2, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2001, pág. 5.

regionales...”¹¹. Lo anterior tiene que ver con el énfasis de la propuesta de problematización de la subalternidad para América Latina sobre apropiarse identitariamente, es decir el proceso de reconocimiento de los rasgos intrínsecos y relevantes del desarrollo de los grupos sociales en América Latina, de sus formas de producción cultural, de las diversas narrativas desarrolladas sobre ellas, de sus propuestas/proyectos, de sus formas orgánicas internas, de sus conflictos internos y externos (intra-élite y entre elites), por lo tanto, de aquellos elementos específicos que le dan un status absolutamente distinguible en el mundo contemporáneo, definiendo concretamente desde los conflictos contingentes el fundamento de su determinación. También desde esta perspectiva, se evidencia la ausencia general en los discursos historiográficos que significan la globalización, de una percepción más crítica respecto de su propia fenomenología, es decir del contexto actual de desarrollo capitalista visualizado al menos en su exterioridad, como también en el entendido que el concepto remite más bien a una interpretación discursiva afianzada como aspiración de aquellos grupos que la sostienen, por cuanto revela la ausencia de un cuestionamiento sobre su verdadera naturaleza y la constitución de un sistema globalizado¹² cuyos contenidos esenciales estaban presentes hace al menos ya más de 500 años: expansión e influencia, áreas de concentración del ejercicio de la hegemonía, promoción de la transculturación-aculturación desde las formas culturales hegemónicas, una espacialidad político-económica que expresa la disparidad y desigualdad en las relaciones de poder a nivel mundial. Una crítica a este *globocentrismo* por el cual transita una amplia variedad de la literatura tematizada como investigación en ciencias sociales e historiografía, implica una reinención en la narrativa de la historia latinoamericana que se constituye desde la contrahegemonía (en su generalidad como pensamiento latinoamericano, y en sus especificidades de carácter regionales que trascienden el concepto de estado-nación, al ser también esta la formulación de una concepción de espacialidad pluralista y diversa, más condescendiente con el arraigo geográfico de los pueblos, y sus formas de apropiación y significación de los espacios.) invocando una temporalidad, un diálogo investigativo, una tematización, un lenguaje diferente. En este sentido, el análisis de los discursos de las formas culturales predominantes en los grupos subordinados tiene que ver esencialmente con la reconstrucción de las experiencias sobre formas de expresión/representación que se posicionan de modo *auténtico* en el mundo popular, que lo identifican y desde las cuales resiste, persiste y se proyecta; esta lectura necesariamente significa indagar en el anonimato histórico de lo *no existente*, de lo silenciado, aquel material difuso que vagamente hace referencia a la naturaleza de los grupos subordinados, y por lo tanto debe ser una lectura de análisis más perceptiva que receptiva, a fin de reconstituir una proyección de su trayectoria histórica. De este modo el concepto de globalización debe ser traslucido y diluirse con las diacronías, divergencias y discontinuidades propias de la historia latinoamericana a fin de reformularse en una expresión conceptual enriquecida producto de esta diversificación temática en la contingencia histórica.

A partir de los elementos señalados anteriormente como relevantes para la perspectiva de la propuesta de los Estudios Subalternos, y específicamente en el caso latinoamericano, para el desarrollo de una narrativa histórica que problematice la dualidad hegemonía-subalternidad, es que cobra relevancia el análisis historiográfico sobre las características

¹¹ Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, "Manifiesto Inaugural", en *The Posmodernism Debate in Latin America* (eds: J. Beverley, J. Oviedo, M. Aronna, Duke University Press, 1995).

¹² Esto es, la insistencia en la creencia, extendida más bien como certeza, de existir en un presente histórico "sin precedentes" en cuanto al desarrollo económico, la propagandista "sofisticación" de las instituciones públicas, ahora poseedoras de un lenguaje expresivamente vinculante, inclusivo, proactivo y todas las referencias cualitativas con que les queremos ensalzar.

de los sistemas educativos implementados en la región desde la visión de su organización y proyección ideológica, lo que necesariamente volverá a enfatizar la presencia de un discurso oficial acerca de esta trayectoria de los modelos educativos presentada como un relato construido desde el estado y la institucionalidad, inspirado epistemológicamente como un producto del desarrollo del progreso cultural y material (en tanto el fundamento de su acción educativa se asimila a un principio pseudocientífico del cual se extraen algunas ideas fuerza como el dominio del hombre sobre la naturaleza, la educación como acción instructiva, la regeneración moral de la humanidad, la visión teleológica del progreso, etc.), es decir indiscutiblemente racional y por lo tanto ajeno a cualquier proposición que aspire a subjetivar (especialmente desde los grupos subordinados) la comprensión de la relevancia de la acción educativa para la naturaleza de las relaciones hegemónicas/subalternas en el pasado histórico¹³. Desde aquí se determina que la principal cuestión investigativa que se debe resolver en la problematización de la condición subalterna radicará en cómo se debe comprender históricamente la formación de la condición subalterna y qué elementos debe tomar en cuenta el investigador al problematizar dicha condición, es decir, en su intento de representarla. Una aproximación inicial a la naturaleza del subalterno nos lleva a reconocer en su vivencia socio-histórica una complejidad que rebasa la condición de subordinación social que le sirve de referencia. Esto tiene que ver con el hecho de que lo subalterno está determinado por su imposibilidad de irrupción social dada la articulación en su internalidad de una serie de dispositivos valóricos-culturales que funcionan además como constitutivos de la condición hegemónica; es decir, al no poder representarse auténticamente, el subalterno no solo se niega (o en el mejor de los casos se traviste para hacerse históricamente aceptable) sino que también reproduce las formas de dominación que operan sobre él. De este modo “...el término subalterno se presenta así como múltiplemente articulado. Primero se utiliza como una metáfora de una o varias negaciones, límite o tope de un conocimiento identificado como occidental, dominante o hegemónico, aquello de lo que la razón ilustrada no puede dar cuenta. Por otra parte subalterno es una posición social que cobra cuerpo y carne en los oprimidos. Y por otra es aquella condición que genera la colonialidad del poder a todos niveles y en todas las situaciones coloniales que estructuran el poder interestatal. Así, subalterno es aquel concepto que recorre el campo de los estudios subalternos en estas múltiples articulaciones y que se hace palpable en las discusiones internas del grupo así como en sus trabajos particulares...”¹⁴. Desde

¹³ Ver Guha, Ranahit; Las voces de la historia, en Las voces de la historia y otros estudios subalternos; Editorial Critica, Barcelona, 2002, pág. 19.

¹⁴ Rodríguez, Ileana; La encrucijada de los estudios subalternos: posmarxismo, desconstruccionismo, postcolonialismo y multiculturalismo, en Convergencia de Tiempos. Estudios Subalternos/Contextos Latinoamericanos: Estado, Cultura, Subalternidad, editorial Rodopi, Ámsterdam, 2001, pág. 8. El carácter de esta problemática de representación historiográfica del subalterno no implica plantear a priori una imposibilidad en su tratamiento investigativo, sino más bien la complejidad que define su vivencia desde múltiples singularidades: Gyian Prakash habla de lo intratable de la condición subalterna en un contexto de dominación, como algo que no puede ser aprendido desde el poder, mientras Juan Zevallos se refiere a su significancia como vivencia socioeconómica de opresión y expropiación; para el caso de las comunidades andinas, Walter Dignolo habla de la subalternidad en términos de su sentido de supeditación de los grupos sociales al poder institucional constituido, como también de la relación de esa clase dominante local en relación con los estados metrópolis, en el contexto de las relaciones de poder interestatales desarrolladas dentro del colonialismo. Todas estas aproximaciones a una definición del concepto encuentran un contenido en común al hacer referencia a la situación de subordinación de los subalternos, como la dificultad epistemológica que surge al representarlo o definirlo, desde lo cual subyace una crítica a las formas de producción de conocimiento sobre el subalterno. Ver Dignolo, Walter; Colonialidad del poder y subalternidad; Prakash, Gyan; La imposibilidad de la historia subalterna; Cevallos, Juan; Baile, comida y música en la construcción de una identidad cultural subalterna andina en el exilio norteamericano; en Convergencia de Tiempos. Estudios Subalternos/Contextos Latinoamericanos: Estado, Cultura, Subalternidad, editorial Rodopi, Ámsterdam, 2001.

esta perspectiva, necesariamente la historiografía que problematiza la condición subalterna en los grupos subordinados lleva a un desplazamiento sobre las formas de concebir lo popular en ella, lo que significa en realidad una reestructuración de los presupuestos de gran parte de la historia social que, como se ha señalado, ha pretendido representarla *fidedignamente*, o incluso hablar en nombre de ella; hablar del subalterno implica hacer referencia a una vivencia social profundamente compleja, con dimensiones y límites difusos e insospechados, que exigen en el investigador la constante reformulación de las categorías desde las cuales tradicionalmente había abordado su comprensión histórica: “...Un sujeto colectivo, sin nombre propio, un sujeto que sólo es posible nombrar a través de una serie de desplazamientos del término europeo original, «el proletariado»: ésta es la condición tanto de un fracaso como de un nuevo comienzo. El fracaso reside en la falta de especificidad o de definición. ¿Dónde está el comienzo? En primer lugar, la propia imprecisión es indicativa de la inadecuación del pensamiento eurocéntrico, que se otorga a sí mismo un papel universal. Fuera del Occidente industrializado, el sujeto revolucionario no estaba definido, ni siquiera en el plano teórico...”¹⁵. Lo anterior implica considerar, en oposición a las pretendidas formas *puristas*, racionalistas/modernas, desde las cuales se ha interpretado la acción histórica de los grupos populares, las características propias desde las cuales se posiciona históricamente la condición subalterna, esto es, su capacidad de permanencia, de insistencia en la irrupción (muchas veces violenta e *irracional*, lo cual resulta en una tensión desde el mundo académico con la idealización de la corrección política en estos grupos), como también de su tendencia a la adaptación y supervivencia en la aculturación y transculturación frente a los proyectos hegemónicos. Precisamente esta última situación descrita no debería constituirse en un argumento teórico para objetar el carácter de su pertenencia como expresión del mundo popular, sino más bien constituirse en un elemento que contextualiza el carácter de la práctica subalterna en relación a su experiencia histórica¹⁶. Por lo tanto es fundamental considerar como característica propia de los subalternos la diversidad de formas de acción política que conciben y proyectan como expresión de sus experiencias, vivencias y singularidades frente a la dialéctica de la opresión y la resistencia. Desde esta perspectiva se tensionará permanentemente, como inquietud del investigador, la posibilidad real de plasmar lo subalterno como lo contrahegemónico, sin entender lo contrahegemónico como un discurso que se narra y se protagoniza desde la unicidad/uniformidad/ unanimidad de los sujetos sometidos frente a una única propuesta de transformación social. Más bien esa es una visión del proyecto/ acción contrahegemónico que hereda reconociblemente los conceptos articuladores del coloniaje cultural propios de la comprensión dominante sobre lo subalterno, y que solo es superada en la medida que dicho proyecto político se construye y se comprende desde el reconocimiento y la convivencia en la heterogeneidad de su *polifonía discursiva*. Esto implica prestar atención y hacer audible la apariencia disruptiva, intermitente, anónima y apócrifa de la voz subalterna, revelando su importancia fundamental como formas propias del lenguaje subalterno para la comprensión histórica de su vivencia social,

¹⁵ Chakrabarty, Dipesh: La historia subalterna como pensamiento político, pág. 157. Nuevamente aparece como elemento fundamental de la propuesta de investigación subalternista la crítica al monopolio epistemológico del pensamiento eurocentrista, en referencia a la definición del sujeto revolucionario centrado esencialmente en el proletariado como clase surgida de la revolución industrial, proponiendo desplazamientos de esta conceptualización que asumen del algún modo el definir la *diversidad caótica* con que se conciben los sujetos potenciales de acción revolucionaria fuera de Europa, que no necesariamente responde a los cánones evolucionistas planteados desde la filosofía progresista ilustrada y el historicismo propio del racionalismo moderno.

¹⁶ Precisamente Ranahit Guha reivindica este conflicto del subalterno como parte de las contradicciones que definen efectivamente su vivencia social. Ver Guha, Ranahit; Algunos aspectos sobre la historiografía en la India Colonial, en Las voces de la historia y otros estudios subalternos, Editorial Crítica, Barcelona, 2002, pág. 37.

situadas en un contexto inaprensible desde la perspectiva académica:”...El rumor evoca la camaradería porque pertenece a cada «lector» o «transmisor». Nadie es su origen o fuente. De esta manera, el rumor no es error, sino primordialmente (originariamente) errante, siempre en circulación, sin una fuente asignable. Esta ilegitimidad lo hace accesible a la insurgencia. Su «transitividad absoluta» (diríamos «indefinida», dado que «puede atribuírsele fuente(s) ficticias»), que se desmorona en el origen y en el final (clara imagen de la escritura), puede describirse como el modelo recibido de *habla*, en el sentido estrecho («la colateralidad de palabra y hecho brotan de una voluntad común»), tan sólo bajo la influencia del fonocentrismo...”¹⁷. Precisamente es el fracaso de las narrativas historiográficas tradicionales al representar en el discurso de la nación la implicancia de lo popular y lo subalterno, desde donde se revela la importancia histórica de la acción política desplegada por los grupos subalternos.

A partir de allí, se deben puntualizar algunos elementos importantes que debieran caracterizar/definir el desarrollo de un proyecto contrahegemónico desde los grupos populares en relación al discurso educativo y las formas de representación valórico-cultural que la constituyen. En este sentido, se define la condición de subalternidad a partir de su configuración en relación a las condiciones de vivencia de explotación económica, en la sujeción social que esta situación determina y por su puesto en las limitaciones legales que se establecen desde la institucionalidad y que funcionan buscando significar constantemente lo *ilegítimo* de lo subalterno y por lo tanto la *irrelevancia* de su representación real. Pero además, y por encima de estas condicionantes, está aquella dimensión que define la condición subalterna, incompleta/imperfecta si es que no es capaz de reproducir su propia subordinación, es decir la esfera de la transmisión valórico cultural sistematizada como discurso y modelo educativo. Es por esto que el significado último de toda propuesta contrahegemónica empoderada de si misma signifique en realidad la reinención del mundo mediante códigos de representación propios, de lo cual resulta la indispensable negación del mundo anterior u opuesto, al constituirse este para el subalterno como la natural consecuencia de las relaciones de poder en cada formación social específica¹⁸. Aun cuando el mismo proceso de disputa de la hegemonía implica la reconstitución de algún nuevo tipo de subalternidad, en relación con los grupos que acceden al ejercicio de la función dominante y que antes fueron subordinados, la medida sobre la profundidad en la transformación social que implica el proyecto histórico del mundo popular viene dada por el hecho de que la expresión auténticamente disruptiva y telúrica de los grupos populares rebasan sin duda la aspiración a la comprensión absoluta y totalizante de cualquier forma hegemónica, con lo cual ayuda a visualizar el mismo horizonte contrahegemónica para el cual se orienta: “...La relación hegemónica es precisamente la relación que excluye lo subalterno como tal. Sin embargo, no puede hacerse trabajo político fuera del círculo determinado por la labor hegemónica: la acción política solo puede

¹⁷ Spivak, Gayatri Chakravorty; Estudios de la Subalternidad. Deconstruyendo la Historiografía, en Estudios Poscoloniales, Ensayos Fundamentales, ediciones Traficantes de Sueños, Madrid, 2008, pág. 57. En este sentido, Spivak afirmará que “...considero más apropiado pensar que el poder del rumor en el contexto subalterno deriva de su participación en la estructura de la escritura ilegítima más que de la escritura autoritaria de la ley, la misma que es confirmada por el modelo fonocéntrico del espíritu de la ley...”; de lo anterior se reafirma también el hecho de que la comprensión de “...la conciencia del subalterno está sujeta a la catexis de la elite, que nunca es completamente recuperable, que siempre es oblicua respecto a sus significantes aceptados, que de hecho se borra incluso cuando se la revela y que es irreductiblemente discursiva...” en Spivak, Gayatri Chakravorty, ídem, págs. 56 y 42 respectivamente.

¹⁸ Ver Guha, La prosa de la conainsurgencia, en Las voces de la historia y otros estudios subalternos, Editorial Critica, Barcelona, 2002, pág. 43.

entenderse como el intento de cambiar o consolidar la relación hegemónica dada en una época y lugar determinados. Ahora bien, todo cambio hegemónico procederá a un nuevo apresamiento de lo social en cuya clausura lo subalterno –entendiendo como lo que viene a ser subordinado dentro de esa clase particular, la que sea, de rearticulación hegemónica, reemergerá como subalterno, aunque diferentemente constituido con respecto de su determinación previa. En otras palabras, el cambio político de la relación hegemónica, puede siempre abolir algunas subalternidades, nunca todas. Pero el subalternismo debe seguir siendo fiel a sí mismo en la apuesta permanente a favor del subalterno. Por lo tanto, hay una necesaria diferencia entre política hegemónica, entendida como acción política dentro de la relación hegemónica, y subalternismo. El subalternismo puede hacer política hegemónica pero nunca quedara saciado en ella...”¹⁹. Desde lo señalado anteriormente se desprende en forma más concreta esta doble articulación de lo subalterno, en tanto otredad o negación como forma de exclusión histórica, y en la proyección que alcanza hacia la constitución de un proyecto de contrahegemonía. Desde esta perspectiva la narrativa que resulta de la historización de lo subalterno se articula diferente porque se proyecta desde la aspiración a la transformación/replanteamiento de las relaciones de hegemonía-subalternidad en determinada sociedad. Finalmente, es en el ámbito práctico del ejercicio narrativo deconstructivo hacia el que se orienta la propuesta de problematización de la subalternidad, donde se enfrenta el investigador con la tensión y posibilidad real de comprensión de la dinámica histórica del subalterno. ¿Cómo es posible recrear la dimensión de las prácticas de los grupos subalternos si es que precisamente nos posicionamos epistemológicamente desde el reconocimiento de su exclusión y la mediatización histórica de su referencia? Tomando en cuenta el hecho de que “...un punto adicional en la deconstrucción en contrapunto de la metafísica de la conciencia en estos textos, se revela en el hecho reiterado de que sólo los textos de contra-insurgencia, o la documentación de elite, nos permiten saber algo sobre la conciencia de los subalternos...”²⁰ se debe reflexionar sobre la propuesta de lectura contratextual que hace Guha de aquellas fuentes históricas que por lo general muestran el punto de vista de la institucionalidad, para recuperar las características de la conciencia subalterna²¹. En este sentido la importancia que adquiere el enfoque de dicho ejercicio hermenéutico en la perspectiva de la subalternidad, tiene que ver además con no asimilar esta propuesta de investigación a la forma de una invocación purista en la recuperación de la dimensión histórica del subalterno, como si solo bastara con su descripción situacional o anecdótica para lograrlo. En relación a esto la verdadera relevancia de la problematización de la condición subalterna aparece dada por el hecho de que recrea un diálogo crítico con las formas de expresión del mundo popular desde el cual es posible articular un proyecto más auténticamente contrahegemónico. Lo anterior exige irrenunciablemente la contextualización socio-histórica de la vivencia subalterna: “... la condición para escribir la historia del subalterno, entonces, no pide que concibamos la subalternidad como *dominio mas allá* de la dominancia, o fuera de nuestro discurso, sino que sugiere que el *mas allá* quede seguramente localizado dentro de las funciones

¹⁹ Moreiras, Alberto; Hegemonía y Subalternidad, en *Convergencia de Tiempos. Estudios Subalternos/Contextos Latinoamericanos: Estado, Cultura, Subalternidad*, editorial Rodopi, Ámsterdam, 2001, pág. 78.

²⁰ Spivak, Gayatri Chakravorty; *Estudios de la Subalternidad. Deconstruyendo la Historiografía*, pág. 43. Al respecto también Beverley señala que “...el problema es que los hechos empíricos de esas rebeliones son capturados en el lenguaje y las correspondientes pautas culturales de la elite –pautas, tanto la nativa como la colonial- contra las cuales las rebeliones precisamente se dirigen...”. Ver Beverley, John; *El subalterno y los límites del saber académico*; pág. 3.

²¹ Ver Guha, Ranahit; *Aspectos elementales de la insurgencia campesina en la India colonial*, en *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Editorial Crítica, Barcelona, 2002, pág. 110.

del poder y de nuestras disciplinas en sus fracasadas traducciones y asimilaciones de aquello que constituyen menor o fuera...”²². Es por esto que detrás de la intencionalidad de problematizar la condición subalterna, aparece como esencial el desarrollo de un reconocimiento crítico en relación a los elementos determinantes de su contexto histórico, es decir, el plantear que la comprensión del investigador respecto de la condición de subalternidad, implica tomar en cuenta que aunque su esencia se constituye como una exclusión u otredad (que siempre será desconocida o inaprensible para lo hegemónico), solo se concreta y adquiere sentido en la medida que significamos esta vivencia en las mismas formas de representación social hegemónicas/subalternas.

²² Prakash, Gyan; La imposibilidad de la historia subalterna, en *Convergencia de Tiempos. Estudios Subalternos/Contextos Latinoamericanos: Estado, Cultura, Subalternidad*, editorial Rodopi, Ámsterdam, 2001, pág. 68.

Capítulo I: Implicancias de la problemática hegemonía-subalternidad en la investigación historiográfica.

“...En nombre de quienes lavan ropa ajena (y expulsan de la blanchura la mugre ajena) ...En nombre de quienes cuidan hijos ajenos (y venden su fuerza de trabajo en forma de amor maternal y humillaciones)...En nombre de quienes habitan en vivienda ajena (que ya no es vientre amable sino una tumba o cárcel)...En nombre de quienes comen mendrugos ajenos (y aun los mastican con sentimiento de ladrón)...” Roque Dalton, Acta, Poemas Clandestinos.

Las relaciones sociales que se arraigan en un tipo de sociedad, en un determinado contexto histórico, expresan el carácter constitutivo de ella, pero esta lectura, que es lugar común en los enfoques de la historia social, debe ser fundamentada como objeto de interés para el desarrollo de la investigación historiográfica; debe permitirse un ejercicio reflexivo acerca de qué categorías de análisis le permitirán la construcción fluida de un relato que de cuenta de problemáticas relevantes, esenciales, determinantes del periodo que se aborda. El problema que se expone en esta investigación es el carácter y la proyección del discurso educativo de los grupos de elite (que en el sentido de su condición de privilegios y apropiación-ejercicio del poder político y económico podrán ser asociados al desarrollo de prácticas de ejercicio de ese poder institucionalizadas, es decir desarrolladas desde o en complicidad con el aparato estatal), pensado como un conjunto de premisas que en el análisis historiográfico pueden ser filtradas como curriculum escolar²³, hacia los demás grupos sociales, quienes en tanto poseen una formación de identidad socio cultural pueden ser caracterizados como elites subalternas (considerando el distanciamiento que las localiza respecto de relaciones asimétricas de poder) , y para el objeto concreto de nuestro problema de investigación , la denominada elite obrera .

Varios elementos conceptuales deben ser dilucidados, para clarificar la naturaleza epistemológica del problema en cuestión, esencialmente porque debemos pensar en cómo validar un análisis historiográfico que, planteado como un problema relacionado con lo que sería la historia de la educación (sin que esa categoría nos diga mucho respecto de sus fundamentos y objetivos como discurso historiográfico, constituyéndose una temática que deberá ser abordado y desarrollado en la medida que se clarifiquen estos elementos

²³ Este concepto del curriculum escolar deberá ser a su vez contextualizado como fruto del desarrollo *posteriormente consciente* – aproximadamente desde la segunda mitad del siglo XX- de la disciplina pedagógica (es decir de sus investigadores y gestores) en tanto comienzan a tener mas peso en los modelos organizacionales educativos las propuestas centradas en la sistematización de la selección valórica-cultural que articula los programas de estudio de la educación chilena, la referencia mas evidente a partir de entonces de la relación entre esta selección y los objetivos terminales de la educación , ligados además a una idea desde entonces “casi indiscutible” y fundamental (esto es considerando la situación de organización político administrativa de la proyección curricular) : la responsabilidad que les compete a los Estados en la gestión del sistema educativo. Aun cuando desde las primeras etapas de desarrollo del estado republicano existió intencionalidad de las autoridades educacionales en cuanto a selección valórica-cultural, no estamos tan seguros de que hayan surgido fruto de una *reflexión curricular profesionalizada*, similar a la que se da en la actualidad: Soto Roa, Fredy; Historia de la Educación Chilena, Santiago, CPEIP, Santiago, Chile, 1ra. Edición, 2000.

conceptuales), mas bien pretende proyectarse como una aproximación que aspira a reconstruir aspectos claves de la historia política y social en el Chile del primer centenario.

Como se señaló anteriormente, dentro de todo análisis historiográfico que se realice respecto de las características de una determinada forma de sociedad, es inevitable y además imprescindible hacer referencia a los diversos grupos que la componen: de esta manera al menos la investigación se validará en términos de su rigurosidad descriptiva. Sin embargo el verdadero desafío para la historiografía que se interesa por este ámbito de estudio radica en visualizar que una mera identificación de componentes, grupos, o sujetos de una sociedad, no necesariamente aspirará a una elaboración conceptual que permita caracterizar las relaciones que se establecen entre estos grupos dentro de un determinado contexto histórico; a partir del reconocimiento de esta situación (en la cual es posible o no que el investigador defina mayores aspiraciones analíticas para su trabajo) aparece como una tarea esencial, en forma de imperativo epistemológico, el establecer categorías conceptuales que posibiliten comprender la complejidad histórica de esa forma de sociedad y su relevancia como expresión de la evolución de la humanidad. La apariencia distante de la convocatoria de la Escuela de los Anales sobre la necesidad de construir una historia total recobra una dimensión más significativa en la medida que señalamos que el estudio de toda formación social no esta aislada ni de lo pretérito ni de aquello que anticipa, sino que se encuentra profundamente concadenada a procesos que precisamente hacen comprensible la oportunidad y trascendencia del problema investigado. Dichos procesos (que en el caso de esta investigación tiene que ver con la consolidación del estado-nación, las transformaciones en el desarrollo del capitalismo mono-exportador hacia una mayor diversificación productiva, el desarrollo de grupos sociales emergentes que se conflictúan frente a los modelos valóricos-culturales tradicionales, la apertura progresiva en el desarrollo de modelos de ciudadanía y socialización, etc.), que le dan importancia, significancia y sentido a una determinada etapa del devenir histórico, no pueden dejar de ser examinados bajo una óptica consecuente con los objetivos del historiador (análisis-comprensión-reconstrucción de la complejidad del pasado histórico); representando el tipo de ilación conceptual que permite dimensionar la relevancia estratégica del problema historiográfico planteado: “...todo tiene un pasado, que en un principio puede reconstruirse y relacionarse con el resto del pasado...”²⁴. Lo cual nos llevara a plantear y reflexionar en el desarrollo de esta investigación sobre uno de los principales problemas de la historia de la educación y de la investigación educativa: su sabor a insípida cronología o de mera orientación descriptiva. Constituye uno de los objetivos de este marco teórico formular algunas propuestas respecto de cómo abordar la construcción epistemológica de la historia de la educación y como vincularla con el desarrollo de la investigación pedagógica en la perspectiva de la elaboración de un conocimiento de vocación problematizadora, holística, y multidisciplinar.

La elite y el proceso de constitución de la hegemonía.

El análisis de las relaciones que desarrollan los grupos que integran una determinada sociedad hace referencia impostergable a la determinación de cuál es la naturaleza de cada uno de estos grupos , es decir de dónde provienen, cuáles son los elementos que estructuran su identidad valórica-cultural, qué funciones cumplen al interior de

²⁴ Burke, Peter; “Formas de hacer historia”, Alianza Editorial, España, 1999, pág. 14.

esta sociedad, qué discursos proyectan y como se representan frente al resto de la diversidad social en la que están inmersos, que tipo de relaciones desarrollan frente a la institucionalidad política, el orden social, los procesos productivos, la cultura, etc. Pero lo relevante de enfatizar cómo aporte a un análisis del carácter de las relaciones sociales y de los grupos que las encarnan, es que el desarrollo de un marco conceptual para poder generar aproximaciones interpretativas respecto de dicha naturaleza, como problemas de investigación, variará dependiendo de la dimensión de análisis hacia la que se oriente dicho proceso reflexivo. De esta manera es posible referirse alternativamente a clases sociales, grupos, estamentos, asociaciones, gremios, etc., sin que esta *dispersión conceptual* incida en un no dominio de los objetivos propuestos en las tareas que asume el investigador, pues necesariamente al definir una dimensión de análisis relacionada a una etapa histórica, el ejercicio cognitivo problematizador (con todas las categorías conceptuales de interpretación que involucra) debe ser validado en su fundamentación dentro del marco teórico planteado. En función de lo anterior podemos señalar que existe una constante que es aplicable al estudio de toda formación social; es por ello que partimos de la base que, en relación con la institucionalidad política, los grupos sociales se definen esencial y cualitativamente en función de su localización en una geografía de distribución asimétrica del poder en las sociedades contemporáneas, particularmente en el caso de las latinoamericanas, donde los procesos de formación y consolidación del estado nacional se han definido a partir de la sujeción y cooptación de las instituciones que lo conforman, por parte de un grupo que ha conquistado, ejerce y tiende a perpetuar una situación de hegemonía en relación a los demás grupos sociales, estructurando para este efecto una institucionalidad, que a nivel superestructural genera una práctica discursiva que legitima, valida y persuade ideológicamente sobre el sentido práctico de este fenómeno²⁵. Así, es posible de definir categorías conceptuales que caracterizan la situación de estos grupos a partir del fenómeno histórico descrito (la constitución de las relaciones de poder entre los grupos sociales), existiendo entonces, respecto de la institucionalidad política grupos dirigentes y grupos sometidos, en cuanto al orden social existirán grupos hegemónicos y grupos subalternos, en cuanto a las relaciones de producción explotadores y explotados, privilegiados y oprimidos, en lo cultural grupos integrados y marginados, etc. La aplicación de estas categorías dependerá fundamentalmente del nivel de decisión (es decir de su localización en la geografía de las relaciones de poder, o su distanciamiento/cercanía respecto de la situación de hegemonía) que posee determinado grupo social respecto de la función, ámbito o dimensión de actividad a la que se haga referencia.

Surgirá entonces una primera necesidad en relación a los objetivos propuestos para la presente investigación, respecto de analizar la pertinencia de las categorías de análisis que nos permiten interpretar los rasgos esenciales de formación social de los grupos que se constituyen en condición de hegemonía sobre el resto de la sociedad chilena del Centenario. ¿Cuál es el origen de la situación de ejercicio de poder estos grupos? ¿Qué medios materiales e ideológicos hacen posible para el contexto histórico dicho ejercicio efectivo del poder?²⁶ ¿Qué criterios determinaran las relaciones establecidas con otros grupos sociales? ¿Cómo se legitima el carácter de las relaciones entre estos grupos de poder y aquellos situados en la periferia de éste? (una referencia directa a los fundamentos

²⁵ De esta forma se articula desde los grupos localizados en la periferia del poder, una constitución subalterna, definida por la incapacidad de desarrollar formas de expresión discursiva y de acción política que implique la superación de la situación de subordinación y dominio a la que están sometidos.

²⁶ Es decir los rasgos constitutivos de la dominación social entendida como cohesión socio-política y capacidad de permeabilidad valórica-cultural hacia los demás grupos, como elementos de interés central para el problema historiográfico planteado

ideológicos de la articulación de la dominación social). Estas interrogantes plantean en gran medida el examen detenido de la historicidad de los procesos de ascenso y consolidación en el ejercicio del poder de estos grupos hegemónicos, explorando las vicisitudes y conflictos que debieron enfrentar en este proceso de ascenso. Pero además teniendo en cuenta que es un proceso definido críticamente por su historicidad (ese sentido de la dinámica protagonista de los sujetos respecto del acontecer histórico), es decir por su sensibilidad a la constante intermitencia de impulsos de transformación estructural que ligan la fundamentación del relato, nos plantea que esta situación de ejercicio del poder no se interpreta como estática, permanente o perpetua (aunque como se verá más adelante, todo grupo social en situación de ejercicio efectivo de poder hegemónico se caracteriza además por la búsqueda e implementación de los medios que aseguren un “blindaje” ante cualquier fractura o perspectiva de cambio de esta condición, en caso contrario difícilmente podríamos juzgar la situación de este grupo como de dominio hegemónico para el resto de los grupos componentes de la sociedad); y que, por lo tanto, el desarrollo de los procesos históricos nos muestran que existen cambios y rupturas que nos permiten evaluar como operan las transformaciones en el plano de los elementos sociales que confluyen en su origen, como también en la formación de la identidad valórico-cultural del grupo dominante. En este sentido la pertinencia de un enfoque de análisis planteado desde la noción problematizante, critico-reflexiva de la historia de la educación, permite abrir posibilidades de mayor sustancialidad en la interpretación del contexto histórico señalado, en la medida que vinculamos la educación (como practica de sistematización y proyección/reproducción valórica-cultural hacia el conjunto de los grupos sociales) con las relaciones de poder que configuran el carácter de la sociedad chilena para dicho periodo.

A su vez es válido plantearse si el ejercicio de este poder es una situación monolítica, vertical, unidireccional en una sociedad, o si mas bien lo que se da es un cruce entre las relaciones de los diversos grupos sociales, y que por lo tanto existiría una confusión de orden epistemológico entre conceptos como dominación, hegemonía, poder, etc. Si bien es cierto dentro de toda sociedad (y dependiendo de que ámbito /dimensión de acción o actividad hablemos) existe un grupo que acapara la mayor cantidad de *cuotas de poder* (expresado como ejercicio efectivo a través de las relaciones sociales establecidas con otros grupos), este grupo no posee la totalidad del ejercicio de poder y la toma de decisiones, pues existen dimensiones de la vida social que inevitablemente escapan de este control total²⁷. En relación a lo anterior, se hace referencia no solo a situaciones obvias de la vida privada o cotidiana de los individuos, sino a desarrollo de formas de organización, discursos, etc. que conservan , para el caso de los grupos en condición subalterna, rasgos

²⁷ Foucault planteará la necesidad de revalorizar el significado contrahegemónico de las practicas de resistencia cotidiana, las cuales al situarse en un ámbito de marginalidad respecto de la centralidad política coyuntural, han sido tradicionalmente menospreciadas por las organizaciones políticas reivindicativas del pueblo, planteando con esto el problema de una identidad política configurada desde rasgos subalternos: “...El dominio, la conciencia de su cuerpo no han podido ser adquiridos más que por el efecto de la ocupación del cuerpo por el poder: la gimnasia, los ejercicios, el desarrollo muscular, la desnudez, la exaltación del cuerpo bello..., todo está en la línea que conduce al deseo del propio cuerpo mediante un trabajo insistente, obstinado, meticuloso que el poder ha ejercido sobre el cuerpo de los niños, de los soldados, sobre el cuerpo sano. Pero desde el momento en que el poder ha producido este efecto, en la línea misma de sus conquistas, emerge inevitablemente la reivindicación del cuerpo contra el poder, la salud contra la economía, el placer contra las normas morales de la sexualidad, del matrimonio, del pudor. Y de golpe, aquello que hacía al poder fuerte se convierte en aquello por lo que es atacado...”, en Foucault, Michel; *Microfísica del Poder*, ediciones de La Piqueta, 3ra. edición, Madrid, 1992, pág. 77. También para un análisis de la significación de las practicas de emancipación colectiva desde una fuerte afirmación de la subjetividad y el quehacer cotidiano, que lleva a redefinir la vocación solidaria como conducta asociativa del mundo popular, ver Martuccelli, Danilo; *Cambio de Rumbo: la sociedad a escala del individuo*; Editorial LOM, primera edición Santiago de Chile, 2007, págs. 188-190.

de identidad propia, aun cuando sea permanentemente tensionados e influidos desde la hegemonía valórica-cultural. El resultado de esas experiencias de resistencia silenciosa, subyacente, implícita, es la configuración de múltiples dimensiones de vivencia social en las cuales se permiten el *depósito de cuotas de poder* dentro de los grupos ubicados en la periferia de esta estructura de las relaciones de poder. Incluso me refiero al hecho de que las condiciones propias que determina el surgimiento de otros grupos (aunque articulados en el conjunto de la estructura social en situación de desventaja respecto del ejercicio del poder) permiten que en relación de estas condiciones, existan tareas y funciones que son de su exclusiva competencia (una especie de especialización- profesionalización que sin duda debe ser visualizada también en sus implicancias coercitivas, como fruto de una cultura de la dominación y constitutiva de la condición subalterna); lo anterior nos permite fundamentar entonces la relevancia del problema de investigación planteado en virtud de la trascendencia analítica de la relación de los grupos subalternos con los grupos hegemónicos para el contexto histórico abordado.

En todo caso la situación descrita será mucho más evidente en el tránsito de las sociedades latinoamericanas hacia la Modernidad (donde la base del proceso de organización de las sociedades está supuestamente sustentado en la confianza progresiva de que la participación y la ciudadanía, *acorraladas* entre la libertad y la responsabilidad, hace relativamente posible el bien común) que en aquellas que conservan rasgos constitutivos asociables al Antiguo Régimen, lo que nos lleva a dimensionar, para efectos de un análisis cualitativo de la condición subalterna de estos grupos en el caso chileno, cómo funciona el discurso hegemónico sobre el tema de ejercicio ciudadano (es decir la proyección y alcances de la acción organizacional y participativa de estos grupos), profundamente conflictuado con la idea de que "...los hombres son libres –es decir algo más que meros poseedores del don de la libertad – mientras actúan, ni antes ni después porque ser libres y actuar es la misma cosa..."²⁸; y donde lo que es cada vez más visible sería una concepción de las relaciones sociales donde "...la elección y confirmación de los gobernantes o de quienes puedan gobernar son por lo general actos plebiscitarios, y como lo único que la votación se refiere es a que personas han de ocupar las posiciones en las que es ineludible decidir y no a las líneas maestras a las que han de atenerse las decisiones mismas que han de tomarse, la elección democrática se realiza aquí más bien en forma de aclamaciones que de discusiones públicas..."²⁹. Esta característica de paradójal vaciamiento del espacio de discusión/participación pública de los sujetos y de los grupos a los que adscriben, en un contexto de aparente consolidación de las instituciones democráticas, deviene en su concepción política fundamentada desde la perspectiva de una "esencialidad carismática" (esto es, un modelo de participación/movilización que se asume relevante pero del cual no se esta empoderado ni se es crítico) que vulnera la posibilidad de construcción de identidad y discurso para los grupo subalternos, reforzando esta condición y profundizado la estructura asimétrica de distribución del poder en nuestras sociedades. Particularmente, en el caso de la perspectiva histórica de la democracia en la sociedad chilena, implica una crítica exhaustiva a su significancia en tanto representación de un ideal político, que al constituirse desde la esfera de lo hegemónico, termina desarrollando dispositivos institucionales de exclusión y situaciones históricas de marginación, con lo cual se define una conceptualización del estado-nación que mediatiza lo popular (al constituirse como subalterno) en referencia a la reproducción y consolidación de lo hegemónico.

²⁸ Arendt, Hannah, *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*; Ediciones Península Barcelona, España, 2003, pág. 241.

²⁹ Habermas, Jürgen, *Ciencia y técnica como "ideología"*; Editorial Tecnos, Madrid, España, 4ta edición, 2001, pág. 139.

La idea de elite se ha utilizado sin mucha precisión conceptual para identificar y caracterizar a aquellos grupos que dentro de una estructura social cumplen funciones dirigenciales u ocupan posiciones de poder que determinan en gran medida al resto de los grupos que dan forma a una sociedad dada. Nuestra interrogante se centrara entonces, en una primera instancia, en definir que es una elite, fundamentalmente porque un examen a simple vista nos plantea algunas problemáticas respecto de su proceso de formación y desarrollo, el como se puede interpretar su relación con el ejercicio del poder a nivel dirigencial (es decir en su dimensión de organización-determinación de las múltiples actividades y funciones que desarrolla el ser humano en su quehacer cotidiano) , como se conforma su identidad, cual es su gravitación en la articulación de un sistema valórico-cultural, como proyecta esta influencia en cuanto a las relaciones sociales con otros grupos, etc. Al utilizarse en forma mecanicista el concepto de elite para caracterizar la situación de privilegio y poder que tiene un grupo social en relación al conjunto de la sociedad, se cae en una peligrosa trampa que puede debilitar los fundamentos epistemológicos de una investigación historiográfica orientada en este ámbito: por una parte es muy posible que se simplifique la comprensión del fenómeno constitutivo de una elite y su expresión en términos sociales, con lo cual nuestra interpretación cualitativa de la relevancia de las relaciones sociales que se establecen con otros grupos y su capacidad de permearlos apenas sería perceptible; por otra parte se puede también sobredimensionar el rol de dicho grupo en cuanto a los alcances de su constitución hegemónica (esto es influencia y poder efectivo), asumiendo que este status dirigencial estaría presente interviniendo en todos los ámbitos de la existencia social y privada de los individuos, impidiéndonos identificar las características de organización propias que tendrían los demás grupos sociales y el carácter de las relaciones que se desarrolla entre ellos y las diferentes dimensiones de poder (político económico social, cultural, etc.), desvalorizando las experiencias de resistencia que se puedan generar, y entregándonos en definitiva un análisis distorsionado respecto del tipo de relaciones que se dan entre los componentes de una sociedad, su estructura y articulación.

El origen de una elite esta asociado esencialmente al desarrollo de una actividad productiva que es determinante en el conjunto de la estructura de producción económica de un espacio geográfico determinado, ya sea una localidad, un país, una región, etc. Es precisamente en la importancia de la actividad productiva con la cual se relacionan sus miembros lo que le conferirá un poder de tipo político económico, social, cultural, etc. Digamos entonces que es la actividad productiva que desarrolla lo que valida y garantiza las condiciones estructurales que se configuran en su condición dirigencial, rectora, hegemónica como grupo de elite. Pero estas condiciones estructurales, esta situación de privilegios, poder económico, prestigio social, influencia etc. (que visualizamos definidas con mayor claridad en un tipo de elite específico, la *elite dirigente*) no darán forma por si solas a un grupo de elite determinado, pues falta un elemento determinante: las condiciones ideológicas que dotan a un grupo social determinado de identidad, cohesión y conciencia respecto de su rol al interior de la sociedad (es pertinente tomar en cuenta para aplicar como herramienta de interpretación cualitativa, la propuesta de Marx sobre la diferencia que existe

entre una *clase en si* y una *clase para si* ³⁰). Los elementos y situaciones constitutivas de un grupo de elite (respecto de su sustrato ideológico) son entonces fundamentales al momento de definir las características de su proceso de formación en su carácter dirigencial, como también la forma como se desarrollan los *diferentes tipos de elite* al interior de una

³⁰ Marx, Karl; Miseria de la Filosofía, Editorial Júcar, 1974, pág. 257.

sociedad, en situación de funcionalidad práctica respecto de la hegemonía constituida³¹. Dos hipótesis son entonces las que guían la construcción de una definición operacional de elite. La primera tiene que ver con el hecho de que la elite se origina asociada a una actividad fundamental dentro de la estructura productiva en la que está inserta, pero esta función “económica” o “material” no determina por sí sola el carácter de un grupo de elite dirigente (como se verá más adelante esta relación entre rol económico-productivo y formación de grupo de elite permite analizar metodológicamente la formación del tipo de elite dirigente: aquella que está vinculada a funciones dirigenciales dentro del aparato estatal y que en función de esta situación desarrolla una condición de hegemonía con respecto a los demás grupos). Una segunda hipótesis propone que en realidad no podemos hablar de *la elite*, sino más bien de *las elites* por la cual la condición hegemónica y función de grupo dirigente de un tipo de elite no será excluyente de la existencia de otros grupos que aun estando en situación de subalternos pueden conformar una elite al cumplir y desarrollar una serie de requisitos y funciones que tiene que ver con este sustrato ideológico que la conforma al conferirle una identidad.

Así mismo la constitución de la condición hegemónica, que define la identidad ideológica del grupo de elite dirigente, se refiere a cómo articula en su interés, un discurso a través del cual determina el carácter de las relaciones entre los grupos que conforman un tipo de sociedad, permitiendo legitimar su posición social e implementar mecanismos de proyección y reproducción, explicitados en su *liderazgo intelectual y moral*. Y a pesar de que en el seno de estas relaciones pueden emerger situaciones en apariencia contradictoria, como lo es la misma disputa por la hegemonía que hacen otros grupos en situación de ascenso, es precisamente la capacidad del grupo dirigente de establecer un *marco ideológico legitimante*, a través de prácticas e instrumentos diversos, lo que define precisamente la forma de ejercicio de esta posición hegemónica. La hegemonía como categoría cualitativa de análisis de las relaciones de poder en una determinada formación social sobrepasa la idea de dominación (esto es de la consistencia de la sujeción y coerción que se hacen visibles en una sociedad caracterizada por la existencia de relaciones de poder asimétricas: “...la supremacía de una clase o de un grupo social no se manifiesta exclusivamente como *dominio*. En una situación en la cual la clase dominante posee solamente la *pura fuerza coercitiva*, se verifica una *crisis de autoridad*. La separación de las masas de las ideologías tradicionales, que pierden consenso - producto de la vivencia de su proceso de emancipación social-, determina una fase de crisis en la oscuridad en la cual *lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer*. Para conquistar una sólida hegemonía se vuelve por tanto fundamental el factor de *dirección intelectual y moral*...”³² . En relación a lo anterior, la condición sustancial de realización de la transformación social radicará en el potencial de los grupos subalternos de *superación ideológica* del discurso valórico-cultural de los grupos dominantes (proceso que Gramsci identifica como una reforma intelectual y moral), constituyendo entonces relaciones de poder alternativas a las que sustentan hegemonía tradicional. Del mismo modo podemos argumentar que para los grupos dominantes la constitución de su situación hegemónica se expresa nítidamente en la capacidad cohesionadora, coercitiva y/o coactiva de vincular

³¹ Esta funcionalidad de los demás grupos sociales en relación a los intereses del grupo de elite que ejerce la hegemonía tiene que ver esencialmente con la aceptación o sumisión de estos frente a las ideas que este grupo dominante desarrolla como forma de representarse socialmente “...las ideas más aceptadas son producidas por la clase dominante porque ella controla los medios de producción intelectual y porque esas ideas expresan la relación material dominante...”; en Larrain, Jorge; El concepto de ideología Vol. 1-Carlos Marx, editorial Lom, 1ra. Edición, Santiago, 2007, pág. 68.

³² Santucci, Antonio; Gramsci, Lom ediciones, 1ra. edición, Santiago, Chile, 2005, pág. 85.

a los demás grupos sociales en torno a ese discurso valórico –cultural. Desde ambas perspectivas, el rol de los grupos intelectuales adscritos orgánicamente a algún grupo social debe ser enfatizado: “...para promover las condiciones favorables para un cambio integral -o perpetuación- de la estructura social, es indispensable debilitar a la burguesía en el campo ideológico. Sin embargo los cambios en los modos de pensar, en las creencias, en las opiniones no llegan por explosiones rápidas y generalizadas, llegan a lo mas, por *combinaciones sucesivas en formas disímiles*....a los intelectuales como organizadores de la hegemonía les corresponde un deber de largo aliento....”³³. Los intelectuales orgánicos en el rol de *pensadores de su clase*, como especializados organizadores de la cultura, la identidad, los valores, creencias y representaciones de los grupos sociales a los que pertenecen adquieren relevancia específica como categoría epistemológica de esta investigación, en términos del análisis cualitativo de la experiencia de transmisión valórica-cultural sistematizada a través de la enseñanza pública que imparte el Estado.

Respecto de las “condiciones ideológicas” que determinan el surgimiento de un grupo de elite, es necesario hacer referencia a varios elementos de interpretación. Según lo planteado por las hipótesis anteriores, el concepto de elite no es único, autoreferente y excluyente (en cuanto a su coexistencia con otros grupos sociales de origen distinto pero que en su interior poseen un núcleo que desempeña una función similar) en el tipo de sociedad que sea analizada. A este respecto es fundamental centrarse entonces en aquellos elementos o condiciones que permiten estructurar una conciencia o identidad de su situación dirigente (*potencialmente hegemónica*, si es que tiende a proyectarse en sus discursos hacia la transformación social a través de la construcción de un nuevo tipo de relaciones sociales y de la instalación de nuevas representaciones socioculturales para los demás grupos, es decir, la constitución de una nueva hegemonía que no es sino la apropiación de lo social por lo hegemónico) al interior del grupo social respecto del cual se articula como expresión de sus intereses. En este proceso de *concienciación* intervienen diversos factores. Gramsci ha aportado la idea de la importancia que adquieren los *intelectuales orgánicos* que existen en todo grupo social, para la estructuración de esta identidad social: “...cada grupo social al nacer en el terreno esencial en el mundo de la producción económica se crea conjuntamente y orgánicamente (sic) uno o mas rasgos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función, no solo en el campo económico, sino también en el social y político...”³⁴. Se señala por tanto que no todos estos intelectuales poseen el mismo discurso respecto del ámbito sociedad –espacio público con relación al grupo social específico que representan o que les sirve de referencia (coexisten intelectuales orgánicos diversos, con distinto origen y por lo tanto que expresan discursos heterogéneos). En este sentido, la función específica que tiene es estructurar el grupo social al cual adscriben, en cuanto a su coherencia interna respecto de los elementos ideológicos que lo componen (es decir que lo estructuran y le dan una referencia social), definiendo los valores e intereses que dan forma a su identidad. Dos cuestiones están pendientes respecto de esta propuesta. Lo primero tiene que ver con el cuestionamiento acerca de si se valida en el soporte teórico de nuestra interpretación el asociar la figura del intelectual orgánico con la de miembro de un grupo de elite. A este respecto se señala que “...se puede observar que los intelectuales orgánicos que cada nueva clase crea junto a ella y forma en su desarrollo progresivo son, en general, *especializaciones* de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha dado a

³³ Santucci, Antonio; ídem, pág. 86.

³⁴ Gramsci, Antonio, Los intelectuales y la organización de la cultura, Ediciones Nueva Visión, 1ra edición, 6ta. reimpresión, Buenos Aires, Argentina, 2004, pág. 9.

luz...³⁵. Según lo anterior el intelectual orgánico podría ser considerado integrante de la elite pero la naturaleza real de sus funciones estará resumida en la idea de *pensar su clase*, desde la formación e interpretación de los valores, definición de sus intereses, hasta la especialización práctica en el ejercicio de las tareas que garantizan política, económica, social y culturalmente la continuidad (en cuanto a proyección temporal) y supremacía del grupo de elite. Pero el ejercicio efectivo del rol de miembro de la elite es por tanto una función diferente. La especialización de la que habla Gramsci para el caso de los intelectuales orgánicos tendrá que ver con su profesionalización (que puede darse como un proceso racionalizado, o también mediante prácticas subyacentes y complejas mas presentes en la formación cultural latinoamericana como el despotismo, caudillaje o incluso *concepciones mistificadas* asociadas con el quehacer político³⁶) en la ejecución de tareas que concretan este ejercicio efectivo del rol de elite. La vinculación con el ámbito de la acción educativa deviene de su conceptualización como práctica sistematizada de transmisión valórico-cultural y el rol que le compete a quienes se *especializan* en esta tarea, los agentes educativos (en sus distintos niveles de *responsabilidad –compromiso estructural* como protagonistas de la definición del sistema valórico-cultural hacia los grupos subalternos: "...al educador no le cabe otro papel sino el de disciplinar la *entrada* del mundo en la conciencia. Su trabajo será también el de imitar al mundo. El de ordenar lo que ya se hizo, espontáneamente. El de llenar a los educandos de contenidos. Su trabajo es el de hacer depósitos de *comunicados*; falso saber que el considera como saber verdadero... cuanto mas adaptados estén los hombres tanto mas educados serán en tanto adecuados al mundo..."³⁷. Por tanto se entiende la funcionalidad de esta práctica sistematizada de transmisión valórico-cultural con respecto a la constitución de la hegemonía para los grupos de elite, pues visualizan con claridad la necesidad de que la acción educativa que articulan los *intelectuales orgánicos* a través de las políticas públicas de educación busca "...transformar la mentalidad de los oprimidos y no la situación que los oprime -*tensionando el vigente discurso iluminista que pretende la educación como elemento natural de superación de la condición de desigualdad social para los grupos subalternos*- a fin de lograr una mejor adaptación a la situación que a la vez, permita una mejor forma de dominación..."³⁸. De esta forma se asume un doble imperativo en su discurso educacional, como es la determinación cultural de la subalternidad y la perpetuación efectiva de la misma condición en los grupos subalternos.

Un segundo cuestionamiento, relacionado con lo anterior, tendrá que ver con el hecho de clarificar que elementos dentro de la sociedad se constituyen definitivamente como intelectuales orgánicos. En relación con esta situación, Gramsci señalara que "...todos los hombres son intelectuales podríamos decir, pero no todos los hombres tiene en la sociedad

³⁵ Gramsci, Antonio; ídem, pág. 10.

³⁶ Aquí se alude, en el caso de Chile, a la tensión epistemológica que se vislumbra en el caso de la interpretación sobre el rol y características de los partidos políticos durante el periodo del Centenario, los cuales tras una apariencia de ser expresión de la "consolidación institucional según los cánones liberales", en realidad ocultan una crisis de representatividad, producto de su tendencia hacia la mediatización de la movilización social, con el consiguiente desborde y activación de la iniciativa en el mundo social para la conformación de formas de representación mas auténticas y radicales. (específicamente para el caso del mundo popular). Ver Di Tella, Torcuato S.; Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX; editorial Fondo de Cultura Económica, Chile, 1997, pág. 30, y Arrate, Jorge y Rojas Eduardo; Memoria de la Izquierda Chilena, Tomo I(1850-1970), Javier Vergara editor, 1ra edición, Santiago, 2003, pág. 46-47.

³⁷ Freire, Paulo; Pedagogía del oprimido, Siglo XXI editores Argentina, Buenos Aires, 2da edición, 2005, pág. 85.

³⁸ Freire, Paulo; ídem, pág. 81.

la función de intelectuales...”³⁹ Es decir, para estudiar el desarrollo de los intelectuales orgánicos, sobre todo aquellos asociados al grupo dominante, a los grupos de elite, resulta fundamental dilucidar la naturaleza del proceso de formación de su condición *intelectual*, lo que nos llevaría a vincularnos con un análisis al sistema de formación superior y el papel que cumple en su coordinación con las políticas de estado, como expresión de la concreción de un tipo de dominación política sustentada a su vez en la constitución de la condición de hegemonía por parte de estos grupos. Por lo anterior, aun cuando la función de intelectual no es exclusiva *per se*, si lo es su ejercicio efectivo, absolutamente protagónico al vincularse al proceso de constitución de la hegemonía, por el peso y la influencia, la capacidad de permear valórica y culturalmente al resto de los grupos que componen la sociedad. El *ser intelectual* por tanto, se encuentra determinando la función del grupo social al cual adscribe, y en la medida que tiene como referente a los grupos dominantes, también determina su función, porque es especialista y profesional en la tarea de pensar, organizar y dirigir la sociedad, en sus distintas esferas de acción; pero a su vez, en cuanto a su etapa de convocatoria y formación intelectual, ha sido determinado por los intereses de estos mismos grupos, de tal forma que puede realizar su tarea en forma coherente y efectiva. En el caso de los grupos sociales privilegiados, la función del intelectual orgánico tendería entonces a burocratizarse, por cuanto uno de sus rasgos mas reconocibles es su articulación sistémica (para el caso de los grupos dominantes, las funciones de los intelectuales se definirán también como organizativas de los dispositivos de coacción y coerción, consolidando el prestigio social de estos grupos y concretando la implementación de los múltiples mecanismos de disciplinamiento social), lo cual no niega que a su vez los grupos subalternos, en proyección de conquista y ejercicio del poder, constitución de un modelo hegemónico alternativo, organización y definición de estrategias, puedan generar sus propios intelectuales (qué tan desvinculados en el desarrollo de sus tareas organizativas estén respecto de la identidad valórica-cultural autentica de sus grupos sociales de origen es materia de otro análisis) como una consecuencia lógica de las aspiraciones de poder, identidad, conciencia y homogeneidad de sus elementos componentes.

Para el caso de América Latina, Gramsci señala además para el periodo 1900-1930, que existe en los grupos dominantes, un conflicto producto del ascenso no consolidado de la burguesía en la dirección del aparato estatal, que conservaría aun rasgos asociados a los intereses de la oligarquía terrateniente conflictuando de esta manera (es solo en apariencia?) el modelo hegemónico en la cual se sustenta la dominación política: “...en general se puede decir que en estas regiones americanas aun existen una situación de *kulturkamp* (lucha cultural) y de *proceso Dreyfus*, es decir una situación en la que el elemento laico y burgués no ha alcanzado la etapa de subordinación de los intereses y de la influencia clerical y militar a la política laica del Estado Moderno...”⁴⁰. Esta situación tenderá a hacerse más visible en la medida que se tengan en cuenta las disputas internas que tienen los grupos de elite chilenos respecto de la dirección del aparato estatal, en cuanto a estrategias de ejercicio de la dominación política, por lo que no están ausentes de este proceso de lucha en torno a la constitución de la condición hegemónica, siendo posible analizar cualitativamente la *crisis del centenario* como una crisis centrada en el proceso de constitución de la hegemonía de los grupos dominantes y en ascenso. Por contraparte, desde la perspectiva de los grupos populares, el contexto de la *crisis del centenario* se muestra relevante en la medida que hace visibles, a través de los discursos en los cuales

³⁹ Gramsci, Antonio; ídem, pág. 13.

⁴⁰ Gramsci, Antonio; ídem, pág. 26.

se identifica (específicamente en el ámbito educativo), los dispositivos que articulan la reproducción de las formas valóricas-culturales hegemónicas, de lo cual se deviene la complejidad subalterna de su vivencia de subordinación-sujeción social. En gran medida, es en la profundidad que alcanza este proceso de permeación valórica-cultural desde los grupos de la elite dominante hacia las expresiones elitistas del mundo popular, donde se gestarán las operaciones de aculturación-transculturación que definen la frustración de la realización contrahegemónica en el proyecto político de los grupos populares.

Sobre el proyecto valórico-cultural de los grupos de elite.

La conformación de un sistema de valores define, para el caso de los grupos de elite, sus intereses conductas y relaciones con los demás grupos sociales. En este sentido, para los grupos que desarrollan una función dirigente, es fundamental potenciar en los demás grupos sociales subalternos el desarrollo de conductas tendientes a una habilitación social, esenciales en el ámbito del desempeño en el quehacer productivo en el marco de una lenta y no exenta de conflictos transición al capitalismo. La situación descrita por Gramsci respecto de los conflictos internos que enfrentan a los grupos de elite en relación a sus intereses productivos y la dirección del aparato estatal, también es abordada por otros autores. En función de lo anterior, constituye una contribución al problema planteado para esta investigación, el análisis cualitativo del carácter de los conflictos que experimenta estos grupos de elite. Una profundización en el carácter del conflicto nos permite afirmar que en la época del primer centenario los grupos de elite se encuentran anclados aún en valores propios de las sociedades de antiguo régimen, “feudales”, tradicionales y conservadores, fundamentalmente determinados por la ética católica (es preciso recordar el concepto aportado por Weber en relación al conflicto que surge entre una ética católica y una ética protestante con el advenimiento de la modernidad, el capitalismo y la sociedad industrial). Martin Lipset denomina al sistema de valores de los grupos dominantes en Latinoamérica como “particularista-adsriptivo”, basándose en la premisa que “...este sistema tiende a centrarse en torno al parentesco y a la comunidad local y a restar importancia a la necesidad de que existan centros de poder legítimos y fuertes como el Estado. Dada la debilidad de los valores de eficiencia, *esos sistemas consideran el trabajo como un mal necesario*....el estatus o condición social conferido por una determinada posición o cargo tiende a generalizarse -proyección de su prestigio e influencia- a todas las situaciones:... así, si una persona desempeña una determinada función elitaria, gozará de un respeto general...”⁴¹. Según lo anterior, pareciera existir un conflicto permanente entre los grupos dominantes y la función burocrática –administrativa de Estado. Pero esta oposición por conflicto de intereses mas bien es emergente en las coyunturas de ascenso y lucha por el poder político (es decir por ocupar el rol de elite dirigente) que desarrollan grupos aspirantes a esa posición. El aparato estatal aparece más bien como un instrumento lógicamente subordinado en los *periodos de estabilidad* al grupo dirigente, como una consecuencia de la consolidación de su condición hegemónica expresada en el ejercicio del poder político.

En el caso de las características del sistema de valores al cual adscriben los grupos dominantes en la época del primer centenario en Chile, estos están relacionados con los

⁴¹ Lipset, Seymour, Martin y Solari, A. E.; “Elites, educación y función empresarial en América Latina” en *Elites y desarrollo en América Latina*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1967, págs. 19-20.

de la elite de origen español, que se organizó a partir de los intereses y necesidades propios de la estructura social latifundista, la cual estando inmersa en una dinámica de transformaciones en función del peso creciente que asumen otras actividades productivas que se desarrollan en el país y que afectan su posición tradicionalmente rectora, una aristocracia ligada esencialmente al peso de la tradición monárquica, sustancialmente definida por su pertenencia al mundo rural pero que visiblemente se proyecta hacia el ámbito urbano, tiende a reestructurarse, permitiéndose la anuencia-aceptación de elementos que corresponden a grupos en ascenso. En cuanto a lo anterior, se afirma que “...así mismo, en lo que toca a Chile, muchos investigadores han informado que en gran parte de los comportamientos y valores de la burguesía urbana *se refleja su esfuerzo por imitar y conseguir la aceptación de una clase superior sumamente conservadora* basada en la propiedad de la tierra...”⁴². De lo anterior podemos determinar dos propuestas: en primer término, reafirmar la premisa de que todo grupo de elite (y específicamente en el caso de la elite dirigente) basará su poder de dominio sobre los demás grupos sociales, en virtud de la importancia que tiene la actividad económica que desarrolla y de la influencia que proyecta en las conductas y comportamientos hacia la sociedad (situación definida con mayor particularidad en el caso de los grupos estratégicamente cercanos a ella ya sea porque comparten aspectos de sus privilegios económicos, políticos, sociales, o porque también se plantea en un conflicto de ascenso por el poder político es decir, por su vocación de poder). Una segunda afirmación tendrá que ver con la importancia que tiene para este caso el análisis del sistema de valores de la elite, que se estructura como grupo dirigente por cuanto determinarían e influirían en el ámbito de las representaciones valórico-culturales de los demás grupos sociales, los cuales, aun articulándose en situación de oposición y lucha al grupo dirigente, tiende a reproducir o imitar aspectos de este sistema valórico (que adscribe entonces, en diversos niveles de conciencia), que los legitimará en sus aspiraciones de poder, al reproducir rasgos propios de un grupo hegemónico en el poder; esta situación se sustenta además en la construcción que el imaginario colectivo realiza de la sociedad, respecto de los elementos validantes del poder político (es decir de las estrategias que implementan una determinada forma de dominación) y del grupo que lo ejerce. A partir de lo anterior podemos encontrar una primera ruta de aproximación al concepto problematizante de esta investigación, la condición de subalternidad, definida por antonomasia y oposición a la condición hegemónica de los grupos dominantes, expresada en la incapacidad de estos grupos por elaborar formas de representación auténticas que definan su proyección hacia la transformación social.

En la medida que dentro las sociedades latinoamericanas los grupos dominantes tienen contacto con modelos de gestión política-económica diferentes (respecto de la capitalización de excedentes en el desarrollo de actividades productivas, el origen y desarrollo de la plusvalía, y la organización de las tareas burocrático-administrativas necesarias para el ejercicio de poder político) cuya presencia y tensión con los modelos tradicionalmente arraigados viene dada generalmente al percibir la dinámica de aquellos elementos que estando insertos plenamente en ellos, están en situación de permeabilidad ante la influencia valórica-cultural exógena, es posible que se produzcan transformaciones (aunque por cierto muy paulatinas) en el propio sistema valórico-cultural de los grupos dominantes, expresadas como prácticas hegemónicas hacia el resto de los grupos sociales. Estas prácticas hegemónicas que surgen tensionadas en los grupos de elite por la *lucha entre lo nuevo y lo viejo* no necesariamente serán visibles de inmediato por la diversidad social subalterna, ni tampoco claramente apreciables en términos de sus prácticas de

⁴² Krebs, Ricardo; Apuntes sobre la mentalidad de la aristocracia chilena en los comienzos del siglo XX, en Historia de las Mentalidades, Edeval, Valparaíso, 1986, pág. 44.

expresión-representación, siendo posible que convivan temporalmente conductas valórico-culturales abiertamente contradictorias, como consecuencia lógica de un proceso de constitución de la hegemonía en los grupos dominantes aun no consolidado. Ya se ha señalado la relación que existe entre el modelo de desarrollo económico de un país y el sistema de valores que detentan los grupos de elite: las sociedades no industrializadas poseen valores tradicionales, por lo que las posibilidades de transformación de este sistema operaran esencialmente en relación a aquellas que se definan en el ámbito del modelo de desarrollo económico, particularmente visibles en el proceso de transición al capitalismo para las sociedades latinoamericanas.

Retomando las afirmaciones de Gramsci, respecto del papel que les corresponde a los intelectuales de una sociedad en relación con la situación expuesta, estos serán fundamentales dentro de dicha sociedad para obstaculizar o favorecer los cambios en el sistema de valores, como articuladores de la transmisión valórica- cultural sistematizadas en el curriculum escolar. Por ello se puede afirmar que también, aunque el intelectual debe ser contextualizado en tanto su adscripción a la elite, al desarrollar tareas esenciales ligadas al sentido de pertenencia que cohesiona y proyecta a los dominadores en su posición hegemónica, conforma un estamento de condición plenamente elitaria para el caso de los grupos dominantes. Aun cuando exista una clara distinción entre sus tareas y funciones, de un sello organizacional marcadamente profesionalizado, y por lo tanto identificado de forma distinta a la ejecución propiamente tal de la dominación y la hegemonía (es decir la *encarnación*), la funcionalidad de su labor, la coherencia entre sus estrategias y los objetivos en torno a los que se conforman, permite afirmar su pertenencia protagonista y participante en tanto miembro de la elite. Por tanto constituye una situación de su responsabilidad no solo la garantía de continuidad o *interés de perpetuación* de un sistema valórico hegemónico, sino también la posibilidad de generar una potencial ruptura de esa continuidad (en atención a los posibles conflictos que, como se ha señalado, puedan generarse). Desde una *perspectiva nacional*, la preocupación que surge en los intelectuales al comparar el status de su sociedad con el ámbito internacional (afirmación hecha para el caso latinoamericano y particularmente el chileno), los mueve a criticar y abogar por transformaciones poniendo como argumento *el interés de la nación* o *el resguardo de bien común*, para alcanzar finalmente los estándares de progreso material, social y cultural deseados. Los intelectuales surgen en este sentido, no importando el grupo social que les sirve de referente, como el estamento que resguarda la consecución de estos intereses y el logro de estos objetivos. Centrándonos en el caso de América Latina el problema para la adopción, de parte de los grupos de elite, de nuevos modelos valóricos-culturales, diferentes a los que se asocian a la tradición criolla local, se encuentra además obstaculizado por esta asociación entre la identidad nacional y la proyección e influencia que este sistema valórico-cultural de raíz tradicional posee aun en la sociedad (lo que además articula y activa un polo en torno al cual se estructura la identidad del grupo de elite dominante, visibles e identificables en el discurso publico al autoconvocarse como *reserva moral de la nación*, permitiendo entonces que este sistema de valores sea hegemónico), identificando cualquier propuesta o movimiento de transformación como atentatoria para el *bien común* y el *interés nacional*, que aparece entonces *resguardado* por estos grupos dirigentes. De este modo, se produce la enajenación de la perspectiva contrahegemónica en los grupos populares al desarrollarse la alienación de sus formas de representación socioculturales auténticas por medio de la negación, y la afirmación de las formas hegemónicas mediante la aculturación-transculturación.

Los grupos de elite y el desarrollo de la condición subalterna.

Retomando una de las hipótesis planteadas en este análisis sobre la naturaleza de las relaciones que se desarrollan entre los grupos de elite (características de sus grupos constituyentes y de los elementos que confluyen en su formación cultural) y los grupos subalternos (la proyección valórica-cultural de la condición de subalternidad), en el contexto de las transformaciones que operan en el ejercicio de la función dominante, aparece como una propuesta metodológica para el análisis epistemológico del carácter de estas relaciones, el reafirmar una aproximación a la conceptualización de la elite en el sentido de que no es viable definir la existencia de un solo grupo de elite al interior de una sociedad, y que mas bien lo que se da es que cada grupo social, cada clase o estamento, genera sus propias formaciones elitistas aun cuando esté en una situación de dominio o dependencia respecto de aquel que ocupa el rol dirigente-dominante. Cabe entonces detenerse en un análisis respecto de las diversas caracterizaciones o distinciones que podemos hacer en los grupos de elite a partir de las funciones que desarrollan. De esta manera se hace inteligible el carácter de la relación que se da entre estas distintas funciones que desarrollan y la estructura jerarquizada que las organiza. Dentro de los investigadores sobre el fenómeno del surgimiento de los grupos de elite, Pareto ha aportado algunos elementos pertinentes al debate. En este sentido, la idea de la *circulación de las elites* permite enfocar nuestra problematización en el carácter de estas relaciones, organizadas sobre la base de un principio fundamental: la disputa por el poder político. Las elites desaparecen y se renuevan; desde esta perspectiva la historia de las sociedades humanas sería caracterizada como un

⁴³
cementerio de elites, proceso expresado en los vaivenes del ascenso y decadencia de estos grupos. Pareto distingue entre una elite de gobierno (es decir que ejerce una función dirigente-dominante, detentando el poder político y especializada en la ejecución de tareas propias de esta función) y una de no-gobierno (constituida por un grupo social mas amplio, caracterizado por los privilegios sociales y económicos que posee, y de la cual surge la elite de gobierno).

Se distingue, además, una elite nominal (que sería el grupo social percibido por el resto de la sociedad como aquel que ejerce el poder político y económico) y una elite no-nominal (estructurada en torno a los demás grupos sociales, condicionados por la subalternidad expresada en sus modelos de representación valórica-cultural, en permanente aspiración-disputa por el ejercicio de esos poderes). Una elite global agrupará a las elites de gobierno y de no gobierno, clarificando este proceso la coincidencia de intereses que existían entre los privilegios económicos y el ejercicio del poder político, pensando al estado como una estructura o espacio para la organización y expresión de esos intereses. La distinción entre ambos grupos viene dado por el hecho que la elite de gobierno influye directamente en la toma de decisiones del aparato del aparato estatal, lo que no le resta importancia a la elite de no gobierno (nicho social de donde se originan o adscriben los *profesionales en el ejercicio del poder*) en cuanto a su situación de vivencia de los privilegios políticos, socio-económicos, etc. derivados de la concreción de su condición hegemónica: en caso contrario tendríamos que buscar relacionarla con los grupos subalternos y de aspiración al poder. Para Pareto es importante establecer este tipo de distinciones con el objetivo de determinar la verdadera función que tiene cada de elite en la sociedad en relación con

⁴³ Pareto, Vilfredo; Forma y equilibrios sociales; extracto del Tratado de Sociología General. Editorial Alianza Universidad, Madrid, 1980.

el poder, pues los privilegios económicos y sociales no determinarían exclusivamente el papel de grupo dirigente o hegemónico (análisis absolutamente pertinente al momento de determinar que situaciones o elementos *pavimentan* el camino para el ejercicio del poder político y la constitución de una condición hegemónica): "...Pareto lo introduce casi con ingenuidad diciendo que las riquezas, los parentescos y las relaciones ayudan también en otros muchos aspectos, y hacen que se le ponga el cartel de clase elegida en general, o de clase de gobierno en particular, a quien no debería tenerlo..."⁴⁴; aun cuando este reconocimiento igual implicaría el ejercicio de una hegemonía *pasiva o efectiva* por parte del grupo social que es reconocido por los demás y que al menos, se encuentra legitimado en la dimensión del imaginario colectivo.

La estabilidad de la elite depende de que la divergencia entre la elite nominal y la elite de mérito no sea excesiva. Pueden existir elites subalternas que sean percibidas como parte de una elite de gobierno; como ya se ha visto es esta misma condición subalterna la que lleva a problematizar el carácter de las percepciones sociales y el tipo de relaciones que se generan entre los distintos grupos. Pero cuando una elite de gobierno es derrocada, el grupo que la reemplaza de este grupo de elites de mérito subalterna asume algunas contradicciones en cuanto a su identidad valórica-cultural, aun cuando en este caso podemos afirmar que ha superado ampliamente esta condición en virtud de su capacidad de constituir una nueva hegemonía al interior de esa sociedad. Lo interesante aquí sería establecer la relación entre la persistencia de valores de carácter tradicional que plantea Lipset, y las luchas por el ascenso hacia el poder; las elites subalternas (tensionando el sentido y consecuencia de su propia condición) tienen la capacidad de organizar a los demás grupos sociales en el desarrollo de este proceso de ascenso hacia el poder, pero una vez que accede a él se tornan conservadoras en cuanto a los valores con los que se identifican (ya hemos visto como esta situación se explicaría en la idea de la búsqueda de legitimidad y reconocimiento) y a las conductas sociales que promueven. Puede que en este conflicto que se produce entre las elites nominales y de mérito se trate de cooptar o incluso de hacer desaparecer a los grupos en ascenso, como un mecanismo que busca anular la influencia creciente que van teniendo, pero esta situación descrita no juega más que en favor de la elite subalterna objeto de estas prácticas, al surgir la posibilidad de capitalizar para su interés el prestigio, potencial y la proyección de su discurso identitario. De todas maneras el hecho de que se produzca esta situación de capitalización del prestigio –influencia social de las elites subalternas en el desarrollo de su lucha por el ascenso hacia el ejercicio del poder, no quiere decir que supere su condición de subalternidad; más aun la estrategia de reproducción valórica-cultural del discurso de los grupos de elite tradicionales buscando validar este proceso ante los demás grupos acusa la no resolución del conflicto que precisamente la estructura y define el carácter de su dinámica: la no superación de su incapacidad de generar un ejercicio hegemónico de poder y la proyección de un modelo de relaciones sociales alternativo al definido por la práctica de estos grupos de elite tradicionales.

La condición de subalternidad a la que se hace constante referencia para desarrollar una comprensión problematizadora respecto del carácter de las relaciones entre grupos sociales, a partir de la constitución hegemónica de los grupos de elite, tiene que ver precisamente por la carencia de capacidad, por parte de los grupos definidos como subalternos de desarrollar un modelo de autorepresentación. Los problemas epistemológicos derivados del desarrollo de lo que Guha, Chakrabarty, Spivak, Beverley

⁴⁴ Pareto, Vilfredo; *Forma y equilibrios sociales*; Introducción; extracto del *Tratado de Sociología General*. Editorial Alianza Universidad, Madrid, 1980.

45

y otros denominan *estudios subalternos* tienen que ver con el análisis del carácter dependiente e identitariamente conflictuado, de las relaciones establecidas entre los grupos de elite que encarnan la hegemonía y los demás grupos sociales en condición de subalternidad. Lo anterior debe ser además analizado en la perspectiva de los medios materiales e ideológicos constituyentes de la condición subalterna; particularmente para este tema de investigación resulta esencial reflexionar en torno al peso de la transmisión valórica-cultural que hacen los grupos de elite, a través del curriculum escolar, hacia los grupos subalternos, lo cual les impediría a estos grupos desarrollar sus propios sistemas de representaciones a partir de sus problemáticas e intereses, deviniendo en una identidad social conflictuada, impotente de aspirar a la conquista de la hegemonía y por lo tanto fundamental (en la constitución de su condición) para la reproducción del sistema de relaciones sociales vinculado a los intereses de los grupos de elite. Dentro de la propuesta epistemológica de *estudios subalternos* que proponen Guha, Chakrabarty, Spivak, y Beverley, aparece (de forma absolutamente oportuna para nuestro tema) un cuestionamiento esencial que articula el desarrollo de su enfoque de investigación: ¿Cómo interpretar las formas de representación que asumen los grupos subalternos, cuando sabemos que estas han sido construidas desde la perspectiva de los discursos dominantes-hegemónicos? El estudio de *la cuestión de la subalternidad* como condición que caracteriza las formas de representación de los grupos no hegemónicos dentro de un tipo de sociedad, nos lleva a la necesidad de determinar dos temáticas fundamentales: por una parte, se hace indispensable abordar un análisis en relación a los elementos-medios que construyen y sustentan la alienación que proyectan los grupos subalternos, visibles como las formas de representación que asumen. En este sentido, las prácticas educativas institucionales, en cuanto a contenido y metodología (es decir en la organización de su perspectiva de proyección valórica-cultural), actúan sistematizando la condición subalterna para estos grupos, de ahí la relevancia de su análisis. A su vez, nos plantea la necesidad de reconstruir el sentido de historicidad de los grupos subalternos, ya que al estar estructuralmente alienadas sus formas de representación, su presencia como sujetos dentro del discurso historiográfico tradicional (caracterización que supera el referente de la academia, la historiografía conservadora etc.; pues lo interesante es apreciar como esta es una temática que conflictúa sobre todo a aquellos discursos historiográficos que asumen *recuperar* esta presencia histórica) se daría en función de los intereses de la hegemonía, es decir estaría condicionada a los intereses e intenciones de los grupos de elite: “...las clases dominantes y sus agentes, cuyo estatus es parcialmente posibilitado por su dominio de la alfabetización y la escritura... (*les permite excluir*)...al insurgente como un sujeto consciente de su propia historia y los incorpora solo como un elemento contingente a otra historia y con otros sujetos...”⁴⁶.

Para el caso de la denominada elite de gobierno, se distinguen algunas funciones diferentes entre si, que en conjunto articulan la totalidad de tareas a resolver en el ejercicio del poder, pero que en forma paralela, cada una de ellas tendrá en algún momento mayor peso e influencia sobre el aparato estatal, lo que además permite en determinadas coyunturas establecer sus características mas relevantes, identificado en mayor o menor medida con sus elementos conformantes; dentro de toda elite (como categoría que agrupa en la generalidad a todos sus diferentes expresiones como grupos elitarios) se distinguirá

⁴⁵ Ver Guha, Rahanit, Las voces de la historia y otros estudios subalternos; Chakrabarty, Dipesh, La historia subalterna como pensamiento político; Spivak, Gayatri, ¿Pueden hablar los subalternos?; Beverley, John; Subalternidad y Representación: debates en teoría cultural.

⁴⁶ Beverley, John, ídem, pág. 24.

un poder económico, un poder político y un poder burocrático. La coordinación entre estos grupos articula la organización de la hegemonía de esta elite en términos generales, pero es la preeminencia de uno de estos poderes sobre el resto, la que permitirá visualizar el carácter del estado y el grupo de elite e intereses (es decir la carga valórica –cultural que proyecta) que expresa este aparato estatal en su relación con el resto de la sociedad. Si todos los grupos sociales poseen un grupo de elite, en torno al cual se determinan los elementos conformantes de su identidad y su potencial de aspiración-concreción de la hegemonía, en relación directa con la actividad productiva que les ha contextualizado, el debate se centrará en una primera instancia en el análisis sobre la percepción del nivel de distancia que tienen respecto de la marginación o la inclusión- participación protagonista, a partir de la cual desarrollan esta proyección de aspiración sobre la hegemonía (*etapa* del proceso en la cual los rasgos determinantes como grupo de elite estarían definidos con claridad). Lo señalado por Beverley permite enriquecer la comprensión del fenómeno de desarrollo de estas formas-medios de representación, al plantear que la existencia de estas elites subalternas (para el caso de nuestra investigación la *elite obrera*) se encuentra problematizada precisamente porque estas formas-medios de representación aparecen ajenos, alienados, y que mas bien corresponden a una proyección del discurso valórico-cultural de la elite global en una situación que fortalece su condición hegemónica. En este sentido, lo fundamental para el caso de las elites que aspiran a la conquista de la hegemonía o a la construcción de una de signo diferente, es la influencia que poseen en toda la dimensión sobre el cuerpo social que les ha dado origen y al cual representan. Por lo tanto deben ser capaces de organizar las tareas propias con respecto al grupo social que representan, también es importante que sean percibidas como *eficientes* en el desarrollo de estas funciones (es decir la capacidad de desarrollar las operaciones de representación pertinentes a estos objetivos) de tal modo que para el resto de la sociedad sean valoradas en tanto la identidad conformada y estos objetivos de las funciones que desarrollan (a partir de los cuales ha convocado a un determinado grupo social). Un tercer elemento del proceso vendría a ser la adopción de rasgos de valores asociados a las clases tradicionales como una forma de validarse ante la sociedad, de lo cual resultaría la conformación de una hegemonía que, si bien es cierto deberá incorporar nuevos elementos valórico-culturales, en realidad resultaría una elite neoconservadora pues aun estos nuevos elementos valórico-culturales incorporados en la nueva hegemonía estarían condicionados por ser una expresión de proceso de aculturación, transculturación y dependencia respecto del discurso valórico-cultural de los grupos de elite tradicionales.

Una segunda temática que surge fruto del análisis y caracterización de la condición subalterna de estos grupos que hacen los historiadores subalternistas, es la posibilidad de generar una nueva comprensión acerca del sentido de las luchas que desarrollan los grupos subalternos por la emancipación social y la construcción de un tipo de hegemonía que proyecte auténticamente esta intencionalidad, un proyecto de transformación que agota esta relación de dependencia cultural en relación a los códigos y pautas valórico-culturales de los grupos dominantes: "...los estudios subalternos no son solo nuevas formas de producción de conocimiento académico, deben ser también formas de intervenir políticamente en esa producción desde la perspectiva del subalterno (*es decir en la producción de saber ligado a los intereses de los grupos de elite que detentan una condición hegemónica*)..."⁴⁷. Esta *intervención política* en la producción del conocimiento académico, que proyecta la intencionalidad reivindicativa de los sujetos históricos silenciados en disputa por la producción de una interpretación de la experiencia de transmisión valórico-cultural, vinculada profundamente a los elementos auténticamente constitutivos de su identidad,

⁴⁷ Beverley, John, idem, pág. 25.

permite dimensionar por un lado que el concepto de lo académico, en este caso, se desplaza más allá de lo institucional e incluye además aquellos discursos historiográficos que apropiándose de una narrativa deconstructiva, no resuelven la complejidad de la representación de lo popular- subalterno, y por otro lado nos lleva a comprender la dimensión epistemológica que se abre al problematizar la experiencia educativa desde la categoría de la subalternidad :“...si el proceso de educación formal en si mismo produce y reproduce la relación subalterno/dominante, ¿cómo puede este ser un lugar en el cual el subalterno pueda alcanzar la hegemonía?...”⁴⁸. La afirmación que surge desde la propuesta de los estudios subalternos en términos de perfilar los elementos de representación valórico-culturales auténticos de los sujetos en condición subalterna, a partir del reconocimiento de la *situación de permeabilidad* que caracteriza las estructuras formales de esta representación, nos acerca a un nuevo enfoque de la practica pedagógica (es decir, de investigación-reflexión educativa desde la cual surgen propuestas practicas para la organización de la enseñanza aprendizaje), orientada a la desconstrucción de los paradigmas tradicionales, centrados en la reproducción y disciplinamiento (por muy sutil y discreta que sea la presencia de esta intencionalidad, no hay que olvidar cuáles son los principios organizativos que históricamente han legitimado la comprensión de la practica educativa desde la idea de la escolaridad⁴⁹) hacia la humanización, el pensamiento critico y la vocación de disputa y constitución de una nueva hegemonía. Los enfoques pedagógicos que surgen desde una nueva interpretación de la practica de la investigación educativa, (en Chile centrada tradicionalmente en dos ejes : el desarrollo de una narración descriptiva sobre la producción de conocimiento acerca de la experiencia educativa, y el único y protagónico rol que se le confiere a la institucionalidad como actor-gestor de su quehacer) plantea el desafío de convocar a la constitución de un proyecto valórico-cultural de los grupos subalternos que se aleja irremediamente de los discursos de la elite “...de acuerdo a la lógica binaria que es constitutiva de la identidad subalterna como tal, ellas tendrían que ser formas culturales que fueran una negación de los valores de la cultura burguesa y de la clase media, aun en formas políticamente progresistas representadas por el vanguardismo...”⁵⁰. Aparecen visualizados en el horizonte de la discusión epistemológica, los desafíos que exigen el desarrollo de una práctica desconstruccionista-critica-propositiva como enfoque que orienta el desarrollo de la investigación-reflexión en educación; en este sentido, la disputa por la hegemonía desde los grupos subalternos en condición subordinada frente a los grupos dominantes es una lucha que, al proyectarse al contexto de las practicas educativas, define el carácter de la transformación de las estructuras de representación valórico-culturales en estos grupos, y lo esencial de su desarrollo para generar acciones de disputa de la hegemonía coherentes con esta identidad que se redescubre: “...el concepto de contrahegemonía... (es decir la aspiración efectiva de disputa de la hegemonía que detentan los grupos de elite por los grupos subalternos) ...implica una comprensión más política , teórica y critica de la naturaleza de la dominación y del tipo de oposición activa que esa dominación debería engendrar. Y, lo que es más importante, el concepto de contrahegemonía no solo expresa la lógica de la critica sino la creación de nuevas relaciones sociales y espacios públicos que definen contra-instituciones, relaciones vividas e ideologías que encarnan

⁴⁸ Beverley, John, ídem, pág. 111.

⁴⁹ “...Ya sea a través del sistema educativo, de las representaciones sociales de la identificación síquica con la ley u otras, se trato siempre d imponer una cultura arbitraria y basada en una definición social...” en Martuccelli, Danilo; Cambio de Rumbo: la sociedad a escala del individuo; Editorial LOM, primera edición Santiago de Chile, 2007, pág. 150.

⁵⁰ Beverley, John, ídem, pág. 87.

formas alternativas de experiencia y de lucha... como campo reflexivo de la acción política, la contra-hegemonía desplaza la naturaleza característica de la lucha de la crítica al terreno colectivamente construido de la esfera pública...⁵¹. Un nuevo enfoque de la práctica de investigación-reflexión educativa, al problematizar los fenómenos educativos y redescubrir la presencia y acción de una diversidad de actores-gestores institucionalmente silenciados busca desarticular las “certezas hegemónicas”⁵² de la transmisión valórico-cultural de los grupos de elite, instalando un escenario de acción en que la condición de subalternidad, donde los grupos subordinados “...quedan tan replegados sobre si mismos que les parecen inalcanzables la modificación de las coerciones...”⁵³, es revertida en función de una identidad valórico-cultural reafirmada en su autenticidad y que posibilita la constitución de una nueva hegemonía que transforma en absoluto el carácter de las relaciones que estructuran una determinada sociedad. En este sentido la problematización de la historicidad de la condición subalterna en los grupos populares y sus formaciones de elite nos acerca a un análisis más complejo sobre las formas de representación de estos grupos a través de los discursos que elaboran (en este caso, específicamente el discurso educacional) y sobre el potencial de estas formas para el desarrollo de un proyecto histórico en los grupos populares, que revela su trascendencia en el posicionamiento frente a la realización de lo contrahegemónico.

⁵¹ Giroux, Henry y McLaren, Peter; La formación de los maestros en una esfera contra-pública: notas hacia una redefinición, en Pedagogía, Identidad y Poder: los educadores frente al multiculturalismo, ediciones HomoSapiens, Santa Fe, Argentina, 1998, pág. 18.

⁵² Giroux, Henry y McLaren, Peter, ídem, pág. 31.

⁵³ Martuccelli, Danilo; ídem, pág. 145.

Capítulo II: El proyecto valórico cultural de la elite en torno al primer centenario de la República

“...Nosotros no aceptaremos sino a los bien nacidos, a los adinerados, a los vencedores, no a los que pueden vencer...” **Luís Orrego Luco, Casa Grande.**

“...Es cristiano que los caballeros quieran nivelar las clases levantando a los de abajo...lo diabólico es cuando los rotos imponen una nivelación por fuerza...” **Inés Echeverría Bello, Cuando mi tierra era niña.**

Como se ha señalado, la definición del concepto de elite (particularmente en este caso, interpretando el carácter de su función como grupo dirigente) tiene relación con el análisis del proceso de definición, organización y ejecución de aquellas tareas que permiten a un grupo social con amplios privilegios (en función de la actividad productiva que le ha dado origen) proyectar y reproducir su condición en el marco de las diferentes relaciones que articulan una formación social determinada. No todo grupo social y económicamente privilegiado, se constituirá de por sí en un grupo de elite dirigente. La constitución de su condición de hegemonía política económica y social-cultural tiene que ver, esencialmente con el ejercicio reflexivo-propositivo de como se ha originado en el contexto histórico, y como perpetua esta construcción en el devenir de la dinámica social.

El análisis del carácter de los grupos de elite dirigentes para el caso de Chile, en el periodo del primer centenario, atraviesa en un primer término, por la caracterización de aquellas actividades productivas que han convocado a sus miembros a este proceso de reflexión –proposición sobre su naturaleza identitaria, como expresión mas acabada, definida, nítida de la intencionalidad de defensa de sus intereses de vocación hegemónica. La discusión historiográfica a este respecto expone algunos elementos de discusión necesarios a tener en cuenta para lograr una caracterización más profunda del concepto de elite como también de la interpretación que se establece sobre su desarrollo histórico.

La historiografía desarrollada en torno a los grupos de elite: características y tendencias.

En primer lugar es necesario abordar una cuestión conceptual esencial en la investigación: ¿Cómo se ha investigado la trayectoria de las clases dirigentes/dominantes en Chile? ¿Cómo se entiende la aplicación del concepto de elite en el análisis de las relaciones sociales entre los diversos grupos durante el siglo XIX y XX? ¿Como ha conceptualizado el análisis historiográfico la aplicación de este termino, para definir la situación de los grupos dominantes en Chile? Un análisis a la producción historiográfica desarrollada en Chile sobre este tema, plantea algunos elementos interesantes. En este sentido es necesario tomar en cuenta el vínculo que tiene el historiador con su propio contexto,

desde el cual escribe y el que finalmente logra permear (independientemente de su grado de explicitación) su discurso historiográfico; en este sentido el historiador reconstruye el pasado a partir de interpretaciones que cobran sentido porque encuentran un significado en su contemporaneidad. Estas interpretaciones, por supuesto que estarán mediadas por los diferentes fenómenos, conflictos, problemáticas que configuran esa contemporaneidad, definibles concretamente en el ámbito del horizonte cultural en el cual se sitúan : "...se puede decir que los hombres se construyen una imagen de la realidad material, la cual nunca es un reflejo fiel de esta, puesto que esta mediada por los múltiples y disímiles componentes del universo cultural, que van desde la filosofía a las mentalidades..."

⁵⁴ . Lo anterior aparece quizás más evidente en el caso de aquella historiografía que analiza el rol de las elites en el proceso histórico de cada sociedad y que nos lleva a plantearnos problemáticas meta-historiográficas (en cuanto al significado de la construcción de estas interpretaciones). Sagredo, al analizar las características de la producción historiográfica sobre la elite en Chile plantea que: "...la peculiaridad de esta historiografía es la mediatización en función del presente de los temas que se abordan... en efecto, si durante casi un siglo ella confundió la historia patria con la trayectoria de las elites, fue porque hasta por lo menos 1920 esta dominó sin contrapeso en la vida nacional...más tarde, cuando las clases altas perdieron el poder, y este paso a las clases medias se produjo una historiografía revisionista que, junto con llamar la atención sobre la existencia de una historia nacional que no era necesariamente la de las elites, evaluó negativamente su papel en la época republicana, especialmente en función de los parámetros como la situación económica y social por la que atravesó el país en la década de 1950...por último cuando la nación ha entrado en una nueva etapa de su evolución histórica, y la economía de mercado o social de mercado predomina sin contrapeso, asistimos a la reivindicación histórica del papel económico jugado por la burguesía decimonónica..."⁵⁵ . Varios elementos aparecen como fundamentales al momento de analizar como se construye la historiografía de la elite. En primer termino tanto para la historiografía conservadora como para la historiografía crítica (en este ámbito incluyo a todas aquellas corrientes que se plantean la desconstrucción de las interpretaciones de la primera) asignan un papel protagónico a los grupos de elite en la historia nacional, llegando en algunos casos a no distinguir (en el caso de la conservadora: Eyzaguirre, Encina, Edwards, mas recientemente Vial Correa) entre lo que es el desarrollo propio de estos grupos y la historia político-institucional, o mas bien construyendo una interpretación de esta historia político-institucional a partir de la historia de estos grupos⁵⁶ . Para el caso de la historiografía crítica (Ramírez-Necochea, Jobet, Secall, Vitale, cada uno con sus matices) la contradicción se da cuando juzgan críticamente este rol protagónico, asumiendo sin embargo que esta historia también se construía, en este caso "refractariamente", por la acción de estos grupos. El análisis de la producción historiográfica que se ha desarrollado sobre la elite por parte de esta corriente crítica, debe hacer referencia al contexto en el cual se sitúa el trabajo de estos historiadores, que apunta a cuestionar la legitimidad histórica que le ha concedido la historiografía tradicional a los grupos de elite en el ejercicio de su condición hegemónica, visualizándose en este cuestionamiento la presencia de otros actores sociales que potencialmente pueden

⁵⁴ Torres- [Djubisin](#), Isabel; Estudio de la mentalidad y pensamiento político de la Elite en el año 1919 a través de la prensa en Santiago; Tesis para optar al grado académico de Lic. en Filosofía con mención en Historia, U. de Chile, Depto. de Ciencias Históricas, 1985, pág. 13.

⁵⁵ Sagredo Baeza, Rafael; Elites chilenas del siglo XIX: historiografía, en Cuadernos de Historia n° 16; U. de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Depto. de Ciencias Históricas, Santiago, 1996, pág. 130.

⁵⁶ Sagredo Baeza, Rafael; ídem, pág. 104.

disputar esta legitimidad : “...(Jobet)...al abordar el estudio del pasado nacional desde una perspectiva que le permitiera entregar una visión panorámica del proceso, superar la crónica predominantemente política e intentar reparar el desconocimiento de la existencia del pueblo y su aporte al progreso del país, paradójicamente -y al igual que Ramírez, Segall y Vitale- terminan ocupándose también de las elites aunque solo sea para mostrar sus vicios y llamar la atención sobre algunas de sus características como clase...”⁵⁷. En este sentido queda patente el problema de la subalternidad en la construcción de aquellas interpretaciones historiográficas que se identifican con los grupos subordinados, las cuales aparecen transculturizadas en relación a la producción cultural de los grupos hegemónicos.⁵⁸

Un segundo elemento a la que apunta la reflexión de Sagredo tiene que ver con la interrogante acerca de la validación del discurso historiográfico. Lo que aparece como evidente es que en el caso de la historiografía de las elites lo que se busca es proyectar su relación con las legitimaciones del presente: “...la historia no es solo el pasado, sino también, y principalmente, presente y futuro...la historia es proyección...es la construcción social de la realidad futura...”⁵⁹. A mi juicio, lo señalado anteriormente no debe ser considerado un elemento distorsionador o manipulante respecto de la comprensión del pasado; mas aún, es necesario que el historiador se enfrente a este ejercicio reflexivo que le propone la historiografía, en este caso, de los grupos hegemónicos, como también de aquellos grupos que buscan construir una nueva hegemonía, para problematizar el sentido del discurso que elabora. En este sentido la idea de una verdad histórica monolítica, única e indivisible es un construcción cultural que mas que servir como criterio de rigor científico, aparece (en el caso de las ciencias sociales en general y de la historiografía en particular) como un concepto funcionalmente coercitivo, propio a la intencionalidad de la producción cultural de los grupos hegemónicos, donde su aspiración a la reproducción de su condición (característica fundamental de su condición-vocación hegemónica) de supremacía social se expresa también en un discurso sobre el pasado que busca absolutizar la comprensión de este⁶⁰.

Un tercer elemento que se plantea es la dispersión en la utilización del concepto de elite , para aludir a diferentes dimensiones que concretan la acción de “...una minoría selecta con ascendiente sobre el resto de la sociedad en el área que se desempeña como tal...”, lo cual hace necesario un análisis más profundo de su proceso constitutivo como también del carácter de las relaciones, tensiones y contradicciones que la cruzan en cuanto a grupos privilegiados o dominantes “...esto implica que en cada sociedad no existe una única elite que abarque todos los campos de acción existentes en su interior...”

⁵⁷ Sagredo Baeza, Rafael; ídem, pág. 110.

⁵⁸ Beverley, John; ídem, pág. 37.

⁵⁹ Grez, Sergio; Salazar, Gabriel (compiladores); Manifiesto de Historiadores, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 1999, pág. 19.

⁶⁰ Leonardo León clarifica muy bien el sentido de esta construcción cultural, que al subordinar la validez de los discursos historiográficos funciona como una verdadera “cárcel”, un horizonte cultural que los mediatiza con objetivos propios de los grupos hegemónicos. Frente a esto se plantea una pregunta esencial que desnuda el sentido de este pretendido “sentido de objetividad”: “¿porque no se nos explico que un determinado concepto de la historia como disciplina significaba también omitir, por segunda vez, la historicidad de miles de chilenos?..”. Los combates por la historia, en Grez, Sergio; Salazar, Gabriel; ídem, pág. 96. Ver también Sagredo Baeza, ídem, pág. 105: “...en una época en que la historia como oficio se identificaba con el pasado de estas (elites) no debe llamarnos la atención que en los estudios de nuestra historia se confunda el pasado nacional con el desenvolvimiento de las elites...”.

en ella conviven numerosas *minorías especializadas* que cumplen el papel de rectores -de autoridad en sus respectivos ámbitos de actuación...”⁶¹.

A este respecto aparece muy oportuna la reflexión que hace Salazar⁶² sobre la ausencia de un concepto de elite plenamente desarrollado para la historiografía local que posibilite un análisis epistemológico que asuma sus implicancias en tanto categoría de análisis. Lo que se ha dado es mas bien una asociación del concepto de elite a otras categorías que limitan conceptualmente con esta (pues se refieren al análisis y caracterización de la dominación, privilegios, prebendas que tienen o ejercen, condicionando el carácter de las relaciones sociales) como seria la burguesía, la aristocracia, autoridades, etc., y que por tal razón tienden a distorsionar el sentido y la comprensión de las interpretaciones historiográficas que sustentan. Este es un elemento que también plantea Villalobos, al hacer referencia a un problema de carácter semántico en la caracterización de aquellos grupos, que el define históricamente como burguesía⁶³. A partir de lo señalado anteriormente, se debe considerar que el carácter de las variaciones en la asociación del termino de elite a diversas categorías de análisis (como caracterización del rol que han desarrollado dichos grupos en una sociedad) tiene que ver con las diferentes discursos historiográficos que se han desarrollado respecto del carácter de los grupos dominantes en Chile, en cuanto a su origen, su ejercicio del poder y el sistema de relaciones en el que se insertan en conjunto con los demás grupos sociales. Para el caso de la presente investigación la utilización del concepto de elite apela fundamentalmente al análisis de la construcción de su condición hegemónica (que es lo que verdaderamente le confiere sus rasgos como grupo dominante, tomado en cuenta la amplitud de significancia de esa dominación) y su proyección hacia el resto de la sociedad. En este sentido, lo fundamental al desarrollar su interpretación en términos de la producción historiográfica, es el análisis de los mecanismos-dispositivos de condición hegemónica que la articulan-cohesionan y dentro de ellos, la relevancia que adquieren aquellos que hacen referencia a la estructuración de su identidad valórica-cultural. Por lo mismo, para dichos objetivos, interesa mas bien la generalización de aquellos rasgos que permiten proyectar esta condición hegemónica, es decir que le dan coherencia interna y externa porque en definitiva expresa la representación social que asume un sector para el resto de la sociedad. No es por sus contradicciones internas que logran ejercer su condición hegemónica (aun cuando esto no quiere negar su existencia y su importancia para el periodo, incluso cuando estas se profundizan y presentan rasgos disolventes frente a esta misma condición hegemónica), sino por su acuerdo en torno a determinados principios que en su proyecto histórico deben estructurar las relaciones sociales. A partir de lo anterior aparecen dos elementos distinguibles en la construcción de su representación social. El sentido de minoría, que al ser poseedora de determinadas características (que tienen que ver con aspectos variables, dependiendo del carácter de su formación social, y que por supuesto es absolutamente particular en cada tipo de sociedad), es juzgada como ideal para ocupar un rol dirigente en el esquema

⁶¹ Sagredo Baeza, Rafael; ídem. pág. 104.

⁶² Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; Historia Contemporánea de Chile, Vol. II, Editorial Lom, 1ra edición, Santiago, 1999, págs. 31-32.

⁶³ Para Villalobos esta es una situación que ha dificultado la construcción de marcos conceptuales a partir de los cuales se analiza el desarrollo de los grupos dominantes: "...hay por tanto una cuestión semántica que perturba el trabajo del investigador..." en Villalobos, Sergio; Origen y ascenso de la burguesía chilena; Editorial Universitaria, 2da. Edición, Santiago, 1988, págs. 15-19. La problemática que plantea esta observación hace referencia a una característica que para el caso de esta investigación, permite generalizar el análisis de estos grupos de elite en el caso chileno: la combinación de diferentes rasgos productivos en los grupos dominantes.

de la jerarquía social el cual se insertan pero que a su vez construyen en función de su propia condición: su dirigencia carecería de significancia si no hubieran grupos dirigidos. En segundo lugar, y apuntando a lo mismo, está el hecho de que su constitución como minoría selecta tiene que ver con la posesión y el ejercicio monopólico de un poder (ya sea político económico, religioso, social, cultural, etc.) que obviamente implica que las relaciones que se estructuran entre los diferentes grupos sociales a partir de esta constitución, sean desiguales. En este sentido una tercera característica de esta conceptualización de los grupos de elite, tiene que ver con su posición rectora, en donde el ejercicio de su hegemonía se proyecta más allá del discurso, como realidad material y concreta, siendo este el escenario en el cual se desarrollan las relaciones de poder. Surge entonces la dualidad hegemonía -subalternidad como una vivencia o experiencia social, superando su visualización como abstracción conceptual.

El origen del elemento social que da forma a los grupos dirigentes/dominantes en Chile es una temática abordada en la discusión de la historiografía tradicional-conservadora chilena, particularmente, a partir de la articulación, exposición y difusión sistemática de una interpretación “mítica” de ese origen, basada en la constitución de una *antigua nobleza colonial* producto de la *gesta de guerra* desarrollada durante el periodo colonial, fruto de las relaciones esencialmente bélicas entre el elemento conquistador *más puro* (aquel que se asocia a cargos de relevancia en la administración colonial identificados con la hegemonía peninsular mas que con el proceso de mestizaje) y los pueblos originarios, particularmente las comunidades mapuches al sur del río Bio-bío, en una interpretación del carácter de las relaciones españoles –indígenas centrada esencialmente en la comprensión histórico-epopeyica de la Guerra de Arauco. Este elemento social en condición *pre-hegemónica* habría basado su poder político-económico y (lo que es más relevante para el carácter de nuestra temática) su prestigio social en la tenencia y propiedad de la tierra *legítimamente conquistada*. A esta nobleza que ha conquistado sus títulos en batalla, se le habrían sumado los vascos emigrantes desde el noreste de España, dando origen a una aristocracia castellano-vasca desde mediados de periodo colonial. Caracterizada desde un principio por este contexto de origen, es lógico pensar como construye un horizonte valórico-cultural definido en torno a un imaginario con aspiración aristocrática, donde lo relevante es el análisis de cómo este horizonte valórico-cultural que constituye se instrumentaliza claramente como un mecanismo de legitimación respecto de la evidencia de su poder político-económico, y proyecta y reproduce en la estructura de relaciones sociales su capital de prestigio social. La estructura rígida de la jerarquía social de la colonia (expresada en un elemento que ha sido común en el análisis historiográfico: la escasa posibilidad de movilidad social) no debe estar exenta de contradicciones, producto de los conflictos de interés que surgen en los diferentes grupos sociales, mostrando entonces lo oportuno y fundamental de los mecanismos de validación-legitimación que utilizan los grupos dirigentes-dominantes. Así mismo, esta interpretación plantea que existiría una continuidad en la etapa republicana respecto del ejercicio de su rol dirigente-dominante durante todo el siglo XIX. Este periodo estaría caracterizado por un predominio de esta mentalidad señorial, propia de un mundo rural, dentro de la cual los únicos actores sociales reconocibles, entre la maraña de barbarie primigenia de los sujetos marginados en esta interpretación historiográfica, serían las aristocracias locales, tanto a nivel de capital como en el Chile de provincias⁶⁴.

En función de su contenido argumental y su sentido como interpretación-discurso historiográfico (que aparece en forma evidente y *sospechosa* desprovista de toda intencionalidad de asepsia discursiva, denotando su evidencia como producción cultural

⁶⁴ Ver Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; ídem, Vol. II págs. 32-33.

hegemónica), esta propuesta tradicional sobre el origen y carácter de los grupos dirigentes-dominantes en Chile es objeto de un análisis crítico, que propone cuestionar algunos elementos de esa definición, que aparecen interpretando con simplicidad la trayectoria de estos grupos dirigentes-dominantes, fundamentalmente porque no dan cuenta de la complejidad de los conflictos que se generan a partir de las relaciones sociales establecidas, fundamentalmente en el plano de la construcción y reproducción de los discursos legitimantes de su condición hegemónica.

Prioritariamente es necesario analizar el cómo desarrollar una interpretación de este sentido de continuidad lineal en la condición hegemónica de los grupos referidos. Desde este elemento social, que a través del ejercicio de su poder político y económico, define el carácter de las relaciones sociales y expresa una intencionalidad de reproducción del sistema valórico-cultural que lo identifica, es posible precisar entonces, que en torno a las coyunturas-conflictos institucionales, (instituciones que constituyen precisamente la expresión de la diversidad de dispositivos-mecanismos que construyen, articulan, y reproducen su condición hegemónica⁶⁵) van generándose tendencias que exigen en algunos casos específicos reestructuraciones, redefiniciones tanto de su composición, carácter de las relaciones, sistema valórico-cultural, etc., las cuales a su vez se dan en una dinámica de continuidad, en cuanto a la permanencia de rasgos estructurales del carácter y ejercicio de la condición hegemónica.

Rasgos del proyecto de desarrollo económico de los grupos de elite.

Para el periodo del Centenario, los investigadores coinciden en que las actividades económicas que tienen como marco de referencia a los grupos de elite dentro de la estructura productiva del país, constituyen un conjunto heterogéneo de funciones productivas⁶⁶ las cuales, sin embargo, se insertan coherentemente dentro de una lógica de desarrollo que corresponderá en realidad, al proyecto histórico que (en el ámbito

⁶⁵ La propuesta epistemológica gramsciana respecto del análisis de las clases dirigentes desarrolla la categoría de la hegemonía, cuya comprensión en términos del análisis se refiere no solo al *rol formal de clase dirigente*, sino esencialmente (para los objetivos de esta investigación) en su capacidad de permear al conjunto de la sociedad respecto de su horizonte valórico-cultural, a través de la determinación de la función de las instituciones que articulan el estado, y que concretizan la vivencia social de la hegemonía-subalternidad: "...la situación normal de hegemonía realizada comporta una adecuación entre la ubicación y el rol de las clases dominantes en la estructura económica y a capacidad de esa clase de producir un florecimiento superestructural conforme, que le permita dar una dirección intelectual y moral a la sociedad, no solo a nivel del aparato de estado *sino de todos los aparatos hegemónicos, y entre estos, de la organización escolar...*" en García-Huidobro, Juan Eduardo; Gramsci y la Escuela; Cide, Santiago, 1987, págs. 9-10.

⁶⁶ Este es un tema que se desarrollara posteriormente al analizar los rasgos valóricos - culturales de estos grupos de elite como expresión de su proyección hegemónica sobre el resto de la sociedad a partir de su origen en las actividades económicas que desarrollan. Con distintos matices y particularidades en el análisis historiográfico existen coincidencia en estos aspectos en los investigadores; ver Villalobos, Sergio; óp. cit.; Jobet, Julio Cesar; Ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile, Anales de la U. de Chile n° 81-82, Editorial universitaria, 1951; Mellafe, Rolando; Historia social de Chile y América, Editorial Universitaria, 4ta. edición, 2004; Del Pozo, José; Historia de América Latina y del Caribe 1825-2001, Editorial Lom, 1ra edición, Santiago de Chile, 2002; Villablanca Zurita, Hernán; Terratenientes, burguesía industrial y productores directos: Chile 1900-1960, Depto. de Sociología, U. de Chile, Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 2003; entre otros.

económico) implementan estos grupos en Chile. Este proyecto de desarrollo económico implica la caracterización de la económica chilena a partir de tres rasgos distintivos: es primaria, exportadora y dependiente. Estos tres elementos se plantean dentro de una situación de continuidad en cuanto a rasgos históricos del proyecto de desarrollo económico promovido por las elites, y que también pueden ser considerados como característicos del desarrollo económico nacional, en virtud de la condición de hegemonía que ejercen las elites (y que se expresa en el ámbito político- institucional por un modelo que monopoliza el aparato estatal a sus intereses). Por lo tanto, en el sentido de significar esta continuidad histórica en el proceso de desarrollo económico, se plantea además que estos rasgos son pretéritos a la constitución de Chile como estado-nación, y por lo tanto, su origen hay que buscarlos en los inicios de la época colonial, cuando se constituye un grupo dominante que articula su usufructo productivo en primer termino en torno a la propiedad de la tierra.

Estos rasgos que se han definido para la caracterización económica de elite deben a su vez ser especificados. En primer término las actividades productivas desarrolladas son primarias porque corresponderán a actividades de extracción de recursos naturales- materias primas con muy poco valor agregado. En este sentido podemos mencionar como ejemplos claros la extracción de metales preciosos durante el siglo XVI, la agricultura desde el siglo XVII en adelante con una dinámica de progresiva diversificación hacia otras actividades ligadas como la ganadería, la curtiembre, la producción de sebo, etc., los ciclos del guano y del salitre ya en el siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX. La caracterización como actividades primarias debe ser analizada además desde la perspectiva de la escasa introducción en los procesos productivos de innovaciones tecnológicas que permitieran incrementar la valorización de la producción chilena, a través de las diferentes etapas históricas-institucionales en las cuales proyecta este rasgo. Lo anterior tiene que ver a su vez con un rasgo propio de disposición psicológica (es decir de las estructuras mentales identificables en las representaciones valórico-culturales que construye) de las elites en Latinoamérica y en Chile en particular frente a la actividad económica⁶⁷.

La segunda característica plantea la orientación de la producción interna hacia la exportación, lo cual tiene que ver con definir que el principal incentivo para que estas actividades ocuparan un lugar fundamental en la estructura productiva estaba en la gran rentabilidad que ofrecían, producto de su alta demanda por parte de los mercados externos, primero el constituido por el monopolio comercial de España y Perú, y posteriormente por Inglaterra, Alemania y EEUU. Lo anterior tuvo entre sus principales consecuencias la existencia de un mercado interno en situación desmedrada, en cuanto a la satisfacción de sus demandas productivas, lo cual incremento persistentemente la resolución de estas necesidades mediante la importación de productos desde el mercado externo con las consiguientes consecuencias especulativas e inflacionarias. Aun cuando desde fines de siglo XIX se venía desarrollando en Chile un proceso de industrialización que significo, de manera muy limitada, (en relación a los volúmenes de producción y de ingresos que generaban las actividades productivas consideradas fundamentales) la elaboración de manufacturas que en alguna medida paliaron la demanda del mercado interno, debemos entender que su desarrollo esta también orientado de acuerdo a estos rasgos

⁶⁷ M. S. Lipset plantea que entre los rasgos distinguibles de esta mentalidad, también esta la poca disposición o interés a incorporar innovaciones a los procesos productivos de los cuales usufructúan, como un elemento que estructura una mentalidad definida en los grupos de elite. Formaría parte de un modelo de pensamiento o mentalidad que el denomina como “particularista- adscriptivo”, valido para caracterizar el comportamiento de los grupos de elite en América Latina en el contexto de la inserción en la mundialización de la economía y el afianzamiento del capitalismo. Ver M. S. Lipset y A. E. Solari; op.cit.

estructurales que define el proyecto económico de la elite implementado a través del ejercicio hegemónico del poder político-institucional, no logrando superar la lógica de una acumulación de capital basada en la maximización del beneficio sin una mayor inversión estructural que potenciará un proceso de desarrollo económico integral y sostenido: "... la clase gobernante no intenta crear nuevas fuentes de producción y trabajo, por ejemplo montar y desarrollar una marina mercante, la pesca, la explotación racional de las maderas, construir caminos permanentes, escuelas industriales... (le interesa)...dejar que el país se mantenga en la pobreza, el atraso y la incultura..."⁶⁸.

El tercer elemento señalado tiene que ver con la estructura dependiente de este proyecto de desarrollo económico, respecto de las fluctuaciones de precios en los mercados internacionales, frente a los cuales se estructura una situación endémica y recurrente de la evolución económica en Chile: las crisis económicas producto de la caída de la demanda de estos productos que afecta paradójicamente, no a los grupos de elite que usufructúan de ellas, sino a los mecanismos redistributivos de la riqueza que implementa el estado; por ejemplo los impuestos que gravaban estas actividades, como la extracción del salitre, que desde fines del siglo XIX y hasta las primeras décadas del siglo XX constituyó la principal fuente de ingresos fiscales⁶⁹. Esta dependencia se veía además reforzada por un elemento señalado con anterioridad: la concentración monopólica de la demanda de la producción exportada hacia los mercados de algunos países; en el caso del salitre para el periodo se visualiza que estos mercados destinatarios fueron Inglaterra, Alemania y posteriormente EEUU. Esta situación además devendrá en la sobredimensión y concentración de la inversión extranjera en Chile para el periodo, la cual se ubicara además en aquellas actividades que son claves dentro de este modelo económico primario, exportador y dependiente⁷⁰.

Estos rasgos que caracterizan estructuralmente el proyecto de desarrollo económico de los grupos de elite en Chile se fueron acentuado en la medida que se desarrollaron dos factores: por una parte esta el ingreso de la producción local, ya desde mediados del siglo XVIII, al sistema de mundialización de la economía (particularizado en la internacionalización creciente de los intercambios comerciales como un proceso que caracteriza a las sociedades que transitan hacia el capitalismo) y por otra parte la coyuntura política que representa la emancipación político-institucional de Chile respecto de la corona española⁷¹.

⁶⁸ Jobet, Julio Cesar; óp. cit.; pág. 132.

⁶⁹ Se ha planteado que para el período señalado las exportaciones salitreras en el conjunto de la producción exportada representaban alrededor de un 76,3%, por lo tanto por sí sola constituía el pilar fundamental de la recaudación de impuestos por grabación de exportaciones por parte del estado chileno. Ver Meller, Patricio; **Un siglo de economía política chilena: 1890-1990; Editorial Andrés Bello, 3ra. edición, Santiago de Chile, 2007. Sobre la dependencia del estado de la renta salitrera en el periodo y su sensibilidad frente a las fluctuaciones del mercado internacional ver también Del Pozo, José; óp. cit.; Jobet, Julio Cesar; óp. cit.; Vitale Cometa, Luis; Interpretación marxista de la historia de Chile, Tomo V, editorial Lom, 1994. entre otros.**

⁷⁰ Ver Anexo 1, Gráfico n°1.

⁷¹ La relevancia del reconocimiento de los rasgos estructurales del desarrollo económico en Chile para este periodo, en tanto expresión del proyecto de desarrollo sostenido por los grupos de la elite dirigente, tiene que ver además con la intención de enfatizar la determinación de lo político por lo económico, como rasgo distintivo del ejercicio de las condiciones hegemónicas por estos grupos dominantes, lo que lleva a constatar la definición de lo político institucional en relación a los intereses económicos, o planteado desde un enfoque distinto, el reconocimiento por parte de estos grupos de la elite dirigente, de lo esencial del dominio del poder político como ámbito de acción desde el cual surgen formas ideológico-materiales que fundamentan la condición subalterna y constituyen la hegemónica. En este sentido la instrumentalidad de lo político como medio de realización de la condición hegemónica

Para el primer factor se debe considerar las consecuencias que tuvo para nuestro desarrollo económico la apertura e inserción en el sistema de comercio internacional como país productor de materias primas, proceso que represento la ampliación de las posibilidades de acumulación de capital e instó a los grupos de elite a perfeccionar los mecanismos político-institucionales del ejercicio hegemónico como una forma de fortalecer este proceso⁷². Se debe tomar en cuenta además que el origen de este proceso de inserción en la mundialización de la economía se venía registrando, como se ha señalado, desde la época colonial, configurando ya en la aristocracia terrateniente (base tradicional a la que se hace referencia como grupo que encarna la esencia de esta formación elitista⁷³) características que hacen referencia a un proceso de apertura y diversificación en cuanto a actividades productivas: “... el transcurso del siglo XVIII marcó más profundamente el rasgo mercantil de la aristocracia, en sentido paralelo a la intensificación del tráfico y del desenvolvimiento minero, con las consecuencias de mayor acumulación de riqueza...”⁷⁴.

implica a su vez la retroalimentación en su definición desde la dinámica del proceso de desarrollo económico: “...Los intereses de esta oligarquía, aparecen, (mirados desde el presente al menos) como claramente definidos. Cualquier cambio socioeconómico podía ir contra su absoluta hegemonía. Sin embargo, esta situación objetiva no impidió que muchos de sus integrantes -la mayoría posiblemente- se mostraran, al menos en el discurso, partidarios de reformar la estructura político-social del país, modernizar la sociedad chilena y, en lo político, afianzar una forma de republica democrática genuina. Esto se debió al afán de romper con el pasado colonial, español y monárquico, pero también a una admiración por la evolución de las ideas políticas liberales, republicanas y democráticas, existente en las sociedades europeas occidentales, a partir de la Revolución Francesa, y la de los Estados Unidos a partir de su Independencia...”; ver Gazmuri, Cristian; *El 48 Chileno: igualitarios, reformistas, masones, radicales y bomberos*, Editorial universitaria, 2da edición, Santiago de Chile 1998, pág. 18. Desde esta perspectiva, la apropiación ideológica de lo institucional como dimensión constituyente desde la que afirman su hegemonía política los grupos de la elite dirigente, concretiza su historicidad en todas las acciones orientadas hacia el dominio y utilización del aparato estatal: “...las elites que asumieron la conducción del país después del colapso (accidental) del régimen colonial no podían, evidentemente, consolidarse en el plano político sino legitimando su poder de esa manera, negando una nación previa al estado y al modelo republicano-liberal que querían implementar...en consecuencia, no es extraño que los liderazgos –y no solo los políticos– perciban al estado como su instrumento, como una fuente de legitimidad y un espacio a dominar necesariamente, pero también como un campo de batalla donde se miden las fuerzas, y donde el mismo poder de las minorías sociales puede ser seriamente amenazado...”; Ver Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; *Ídem*, Vol. II pág. 47. De esta manera su conceptualización sobre la relación entre los intereses económicos y lo institucional se caracteriza por una visión del estado definida desde “... un concepto de autoridad política inatacable, casi sacralizada...la aceptación de una estructura social jerarquizada como algo “natural”...apego al orden y temor a toda situación político-social de incertidumbre...”; Ver Gazmuri, Cristian; *Ídem*, pág. 20.

⁷² Ver Halperin Dongui, Tulio; *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, 13ava edición, Madrid, España, págs. 216-217.

⁷³ El reconocer el origen común de los grupos de elite en la aristocracia terrateniente conformada en la colonia, no tiene que ver con reafirmar, sino más bien con problematizar, la perspectiva de “origen mítico” que la historiografía tradicional y conservadora le ha asignado a este proceso. En este sentido es evidente que el modelo de sociedad señorial, jerárquica y estamental que estructuró el dominio colonial español en América privilegia a un grupo social determinado que legitima y expresa su posición de poder, primero a través de la participación en la conquista territorial, y posteriormente en la tenencia de la tierra. Lo que interesa para esta investigación es más bien desconstruir la imagen de una supuesta nobleza o aristocracia “pura” que opera en torno a valores rígidamente establecidos, como una recreación de la nobleza española peninsular. En este caso planteo existe una disposición “oportunista” en esta aristocracia, conformada como núcleo inicial de los diferentes grupos de elite que posteriormente se desarrollan, y que se expresa en esta creciente diversificación de las actividades productivas en las que se involucra y de las cuales usufructúa; en este sentido la noción de aristocracia o nobleza esta absolutamente instrumentalizada por estos grupos como referente de prestigio social “... la obtención de títulos nobiliarios, concedidos por príncipes agradecidos o que fueron vendidos (dieron) lugar a una nobleza de toga en contraposición a una nobleza de espada...” en Villalobos, Sergio; *óp. cit.*, pág. 19.

⁷⁴ Villalobos, Sergio; *óp. cit.*; pág. 21. Sobre la profundización de los rasgos mercantiles en la aristocracia terrateniente ver también Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; *óp. cit.*; Vol. II, pág. 33.

Este proceso de apertura e inserción fue progresivamente modificando las estructuras arcaicas de producción e intercambio, que habían estado limitadas por la existencia de este monopolio comercial establecido por el régimen colonial. En relación a esto se debe "... señalar que la economía colonial, desde mediados del siglo XVII y hasta la época de la independiente inicial, a pesar del marcado tono rural y luego minero, fue un capitalismo comercial restringido o subordinado, según corresponde a la doble dependencia del Perú y España..."⁷⁵.

El segundo factor identificado como la coyuntura político –institucional del proceso de emancipación del régimen colonial contribuye a acelerar estos rasgos económicos capitalistas en el desarrollo del proyecto económico que implementan las elites. En este sentido, en relación al ejercicio de la condición hegemónica en el ámbito productivo, tiene que ver con la posibilidad concreta de influir más directamente en el aparato estatal, constituyendo entonces, como objetivo primordial para esta nueva etapa, la conformación de un nuevo marco jurídico-institucional acorde a sus intereses. Esta dependencia y subordinación frente al imperio español y sus apéndices (ya cuestionada en el discurso que opone a los comerciantes locales con los agentes del comercio colonial, y en la práctica por una institucionalidad colonial que, sobre todo en el caso de Chile parece evidente que "acata pero no cumple", lo cual abre una dimensión de investigación relacionada con la "entusiasta tolerancia" de mercaderes y autoridades al lucrativo contrabando comercial) será remplazada por aquella que se articula en torno a las nuevas metrópolis europeas que transitan a paso acelerado hacia la industrialización y el incremento en la eficiencia de los medios de transporte y comunicación. Es por eso que el impacto del proceso de emancipación político-institucional del régimen colonial, para el caso de Latinoamérica, y en el caso particular de Chile, incidirá directamente más en los mecanismos que articulan el ejercicio hegemónico de los grupos de elite, que en su significancia, sobre todo por las nuevas posibilidades y oportunidades que se abren en el ámbito económico: "...el hecho más importante de la economía es la consolidación y desarrollo del comercio con todas las naciones, ya existente en forma algo inestable desde la última época de la colonia que estructuró y creó las modalidades de producción circulación, distribución, etc....era el origen de una dependencia que sustituía a la dominación colonial, paralelo y concomitante con la revolución industrial y el avance del capitalismo mundial....(su característica más visible era que) ...se hacían presentes los capitales comerciales foráneos y se establecen en los puertos las casas comerciales extranjeras..."⁷⁶.

Las consecuencias de este proceso obviamente se verán también reflejadas en algunos cambios en el comportamiento económico de los grupos de elite, que comienzan a mostrar en forma cada vez más definida, rasgos capitalistas en el desarrollo de las actividades productivas, lo que evidencia las consecuencias de este proceso de apertura e inserción en la mundialización de la producción y los intercambios. En relación a este proceso se debe recalcar el rol que desarrollaron el empresariado y el capital extranjero que a partir de la independencia comenzaron a avecindarse y operar en Chile, con la consecuencia de la creciente transformación de los procesos de producción, comercialización y acumulación de capital en los términos plateados con anterioridad. Este proceso será evidente sobre todo en aquellas actividades productivas ligadas a la demanda del mercado internacional, como la minería: "...el vuelco llega en las décadas de 1820-1830 con la integración de extranjeros, que junto con mineros locales inician la transformación de la minería...un nuevo espíritu, audaz e imaginativo, dinamiza el quehacer de los mineros ,

⁷⁵ Villalobos, Sergio; óp. cit.; pág. 36.

⁷⁶ Villalobos, Sergio; óp. cit.; págs. 39-40.

al mismo tiempo que estrechan las vinculaciones con el mercado mundial mantienen relaciones con las casas comerciales establecidas en los puertos , utilizan nuevas formas de asociación y emplean técnicas renovadoras...”⁷⁷. Este nuevo espíritu que se refleja en el impulso que adquiere la actividad productiva y que se configura en una mentalidad con rasgos más definidamente capitalistas (que se arraigan progresivamente en una disposición valórico-cultural de los grupos de elite afín con su significancia, condición “preexistente” ya durante la colonia al observar la relación de estos grupos con la institucionalidad colonial, que en el plano económico los lleva a desempeñarse con rasgos de pragmatismo e interés lucrativo personal frente a una legislación económica y comercial formalmente limitante de la iniciativa y el emprendimiento) se visualizara concretamente en el comportamiento económico de estos grupos: “...si hasta entonces los negocios habían sido una manera honorable de ganarse la vida, con pocas esperanzas de gran fortuna, ahora la acumulación de dinero y capitales pasa a ser un objetivo en si ...se busca la riqueza creadora de riqueza en un trayecto sin fin...”⁷⁸. Es por esto que los grupos de elite locales acogieron entusiastamente estas innovaciones, en virtud de las posibilidades que representaban para el proceso de acumulación de capital. En este plano se debe reafirmar que los sectores sociales dominantes no se resistieron a este proceso de apertura que significo la consolidación de la mundialización de los intercambios comerciales y el afianzamiento de los rasgos productivos como economía primaria, exportadora y dependiente. Al verse beneficiados directamente con los progresos que reporta esta inserción en la economía mundial existen dos procesos que resultan fundamentales al analizar la identidad valórico-cultural de los grupos de elite en Chile. En el ámbito de la expresión de los rasgos políticos de su ejercicio hegemónico transcurre lo que denominaré como *constitución oligárquica* de estos grupos, en la medida en que aparece en forma evidente la necesidad de formular un nuevo tipo de relación con la institucionalidad, pues las innovaciones como las posibilidades de maximización de beneficios que trae el ejercicio especulativo, la transacción , los intereses y todos aquellos mecanismos de reproducción de capital, deben tener a partir de esta coyuntura de emancipación política y de organización del estado, un sustento legal e institucional, con lo cual el aparato estatal que se organiza, teniendo siempre como protagonistas de este proceso de construcción del estado y organización de sus instituciones a las diferentes expresiones de los grupos de elite (implícitas sus contradicciones internas), expresa intencionadamente los intereses de estos grupos.⁷⁹ Por otra parte está el hecho al cual se ha hecho referencia, sobre la progresiva encarnación de rasgos capitalistas o burgueses⁸⁰ en esta aristocracia local (tradicional en cuanto a su condición hegemónica, pero con intencionalidad diversificada en cuanto a conducta económica) que debe ser analizado desde la perspectiva de su proyección valórico-cultural.

⁷⁷ Villalobos, Sergio; óp. cit.; pág. 49.

⁷⁸ Villalobos, Sergio; óp. cit.; pág. 59.

⁷⁹ Ver Villalobos, Sergio; óp. cit.; pág. 62; y Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit.; Vol. I, pág. 219 y Vol. II, pág. 34; ver también Halperin Dongui, Tulio; óp. cit.

⁸⁰ Villalobos plantea este proceso desde la perspectiva de un ascenso de la burguesía ligada al capital financiero e industrial en detrimento de la tradicional aristocracia terrateniente; respecto a esto debo señalar que sin dejar de reconocer la importancia que tiene para este caso el análisis de los conflictos y contradicciones internas entre los grupos de elite, para esta investigaciones es fundamental hacer referencia a aquellos elementos que le dan coherencia y unidad, ya que finalmente son estos los que se presentan como fundamento de los mecanismos de constitución de su condición hegemónica, y que pare este caso específico, se analizan como la identidad valorico-cultural que proyectan hacia el resto de la sociedad. Ver Villalobos, Sergio; óp. cit.; págs. 58-69.

Articulación de la expresión oligárquica en el ejercicio hegemónico político –institucional de los grupos de elite.

La proposición del concepto de constitución oligárquica para caracterizar la relación que se establece entre los grupos de elite y las instituciones que articulan el proceso de organización del aparato estatal, (a partir del advenimiento del proceso de emancipación política) debe ser interpretada en función de dos elementos esenciales.

En primer término es necesario señalar que esta constitución oligárquica se da en un sentido de continuidad histórica que trasciende la periodización que distingue etapas para la historia chilena como conquista, colonia, independencia, república autoritaria, parlamentarismo, etc. En ese sentido es necesario aclarar que como rasgo relevante de la condición hegemónica de los grupos de elite, es distinguible desde el origen de estos en relación al desarrollo y usufructo de un tipo de actividad productiva que le confiere un rol de supremacía al interior de la sociedad, pues precisamente es un rasgo que define éste ejercicio de la hegemonía en la implementación y desarrollo de mecanismos que permitan reproducir materialmente dicha condición, dentro de los cuales, aquellos que aparecen vinculados al ámbito político-institucional, tienen que ver con como desde el aparato estatal (cualquiera sea su naturaleza) se generan condiciones que aseguran el ejercicio de esta hegemonía por parte de los grupos de elite. Una elite que carezca de la capacidad para instrumentalizar la institucionalidad de acuerdo a sus propósitos u objetivos, arriesga precisamente su situación de privilegio y poder dentro de una sociedad, y en este sentido crea las condiciones para la irrupción de otros proyectos hegemónicos que aspiran precisamente a llenar ese vacío, situación que tradicionalmente asociamos a fenómenos socio-políticos como la pérdida de legitimidad, la demanda de autoridad, etc. Profundizando esta temática, lo que se plantea es que la constitución oligárquica de la elite en relación al estado surge y se desarrolla en forma paralela al proceso constitutivo de los mismos grupos de elite.

En segundo término debo hacer referencia a la relación que se instala entre este proceso constitutivo y la coyuntura político-institucional⁸¹. En relación a esto se debe señalar el hecho que, aun cuando la “constitución oligárquica” de los grupos de elite preexiste a muchas de las etapas de la historia nacional a la que se hace referencia (incluso a aquella coyuntura histórica concreta que articula la temporalidad de esta investigación: el primer centenario de la república) pues estaría presente, al menos como potencial o intencionalidad, en el inicio de su proceso constitutivo como grupos dominantes, no se debe dejar de tomar en cuenta el efecto acelerador y catalizador que tuvieron determinadas

⁸¹ La importancia del análisis de la coyuntura histórica en relación a los procesos de continuidad-discontinuidad en las estructuras que articulan una sociedad, se reafirma en la idea de una interpretación mas compleja del desarrollo histórico, por lo tanto trasciende lo factual o episódico, y legitima su relevancia y pertinencia: “...por debajo de las grandes continuidades de pensamiento, por debajo de las manifestaciones masivas y homogéneas de un espíritu o de una mentalidad colectivas, por debajo del terco devenir de una ciencia que se encarniza en existir y rematarse desde su comienzo, por debajo de la persistencia de un genero, de una forma, de una disciplina, de una actividad teórica, se trata ahora de detectar la incidencia de las interrupciones...” en Foucault, Michel; La arqueología del saber, Siglo XXI editores, 20ª edición, México, 2001, pág. 5. El concepto de coyuntura histórica se interpreta entonces desde la perspectiva de aquellos eventos históricos que, en relación a las características propias que encarnan, es decir los conflictos, contradicciones, crisis, irrupciones, etc., tienden a modificar el sentido de permanencia de las estructuras que caracteriza el desarrollo histórico de las sociedades humanas, como fenómenos de ruptura y cambio. Ver también Vilar, Pierre; Estructura y Coyuntura, en Iniciación al vocabulario del análisis histórico; Editorial Grijalbo S.A., 2da. Edición, México D.F., 1988.

coyunturas históricas, en el sentido de representación de rupturas dentro de la continuidad de las estructuras, (y en este caso concreto las estructuras de dominación y las relaciones de poder al interior de una sociedad) para el afianzamiento de este rasgo. Es por esto que la constitución oligárquica de los grupos de elite precede a la etapa republicana, pero no podemos entender su significancia histórica para el periodo sin dejar de considerar el efecto que tuvieron para su proceso de consolidación como rasgo que caracteriza el ejercicio de la hegemonía, diversos eventos a los que se harán referencia como el conflicto con las comunidades indígenas del sur de Chile en el periodo colonial y republicano (con los efectos concretos de sus volcánicos flujos y reflujos), la organización de una nueva institucionalidad producto de la emancipación político-administrativa de la corona española, el auge por la demanda de trigo chileno a partir de la década del 50 en el siglo XIX producto del descubrimiento de oro en California, el auge económico que se produce en torno al desarrollo de la actividad salitrera en la zona norte del país, el conflicto entre el poder ejecutivo y el legislativo expresado en la guerra civil de 1891, la configuración del sujeto popular como actor político y su irrupción en el ámbito de la disputa por la hegemonía, hecho que tradicionalmente ha sido identificado como el estallido de la cuestión social, etc.

En relación al primer elemento planteado, se debe señalar que ya en los primeros tiempos de la constitución de los grupos de elite en función de su participación en el proceso de expansión y conquista territorial, y posteriormente a través de la acumulación de propiedad territorial que se convierte en la expresión de su condición hegemónica⁸², expresaran una conducta frente a la institucionalidad colonial que en la practica tiene el sentido de cuestionar el absolutismo que define las relaciones de poder entre la corona y los territorios coloniales, en particular el caso de Chile. Esta particularidad tiene que ver con el status jurídico-administrativo especial que tiene el territorio chileno, que es definido desde las propias autoridades monárquicas y virreinales como una *colonia de frontera*, donde la situación de permanente latencia del conflicto por el dominio territorial con los mapuches al sur del río Bio-bío, caracterizada sistemáticamente por violentos episodios bélicos, hacia que en la practica se relativizaran la aplicación de muchas decretos y ordenanzas que, paradójicamente, estaban orientadas con la intencionalidad de concretar un mayor control y centralización en el ejercicio del poder por parte de la corona hacia los dominios coloniales. Particularmente en el caso de los latifundistas, como expresión del elemento fundante-referente de los grupos de elite en Chile, esta disposición hacia el “acatamiento pero no cumplimiento”, encontró mucho asidero y complicidad evidente en las autoridades locales (lo que a su vez hace explicito la existencia de comunión de intereses por vínculos familiares, en primer termino, pero también económicos u de otro tipo en una compleja maraña de relaciones de dependencia que se teje en la sociedad colonial), con lo cual esta relativización de las disposiciones legales tendió a favorecer los intereses

⁸² El proceso de apropiación- distribución de tierras producto de la consolidación del dominio administrativo-territorial de la corona en Chile , conforme el origen de la propiedad latifundista, la cual se desarrollara como una unidad productiva caracterizada (fundamentalmente en cuanto a las relaciones de poder que se articulan en su interior, y que son las que precisamente contribuyen a otorgarle una larga existencia y relevancia en la historia nacional) por el poder socio-político que ejercen en ella quienes usufructúan de sus beneficios, constituyéndose en una entidad determinante en la estructura de las relaciones sociales que se desarrollan en el mundo colonial. A través de su conformación, se situara como expresión y elemento constitutivo del prestigio social y de este ideal valórico-cultural de carácter señorial que proyectan los grupos de elite en Chile. A través del latifundio se expresa un tipo de hegemonía (que obviamente es mas visible en el mundo rural, pero que precisamente, por ser expresión del ejercicio de la condición hegemónica, también logra influir y trascender hacia el mundo urbano donde se establecen los centros político-administrativos, de intercambio y comercialización, etc.) que expresa esta intencionalidad oligárquica y que en los hechos disputa mayores cuotas de poder a la administración colonial: “...en esta larga lucha por el control estatal nunca tuvo el latifundio tradicional un grupo o poder regional que le opusiera un verdadero frente contrario...” en Mellafe, Rolando; óp. cit., pág. 101.

de este grupo social⁸³. Este complejo escenario que estructura todo el periodo colonial, determina que el referido potencial o intencionalidad de constitución oligárquica en estos grupos no solo encuentre un contexto de legitimidad, que en los hechos tiende a justificar lo excepcional de este status jurídico-administrativo especial, sino que además fortalece en forma progresiva estos rasgos, permitiendo que se desarrolle una especialización en el desarrollo de aquellos mecanismos que proyectan la condición hegemónica de los grupos de elite hacia el ámbito político-institucional: "...se habría requerido entonces mayor decisión y recursos para mantener un control centralizado y verdaderamente estatal en los territorios de las fracciones coloniales...había un vacío de poder que fue llenado hábilmente, en este caso por los latifundistas..."⁸⁴.

El segundo elemento planteado se hará más visible con el advenimiento del proceso de emancipación político-administrativa respecto de la corona española y la organización de un nuevo aparato estatal, al abrirse una etapa donde una serie de coyunturas funcionarían como mecanismo catalizador de este afianzamiento de los rasgos oligárquicos en los grupos de elite. En función de lo anterior es posible precisar que existe una continuidad de la estructura entre la etapa colonial y la de organización del estado, por cuanto el rol del estado y quienes lo dirigen expresa un sentido oligárquico del ejercicio del poder a través de las instituciones que lo conforman, en la idea de garantizar la permanencia y el perfeccionamiento de los mecanismos que articulan su condición hegemónica⁸⁵. En cuanto a la ruptura que representa esta coyuntura de emancipación político-administrativa dentro de la estructura anteriormente descrita, sugiere también su relevancia no solo como elemento que consolida los rasgos oligárquicos, sino también el proceso de diversificación de las expresiones políticas de los grupos de elite que se convocan para el proceso de organización de la nueva institucionalidad. El surgimiento de los grupos/facciones pelucones, pipiolos, ohigginistas, estanqueros, federalistas, en una primera etapa, y posteriormente de las diferentes formas de organización más diversificadas y profesionalizadas como clubes, logias, partidos, etc. expresan las alternativas del desarrollo de los conflictos y contradicciones internas entre los grupos de elite, proceso en el cual se irán involucrando progresivamente en la medida que visualizan la capacidad de capitalizar los asuntos públicos a favor de sus intereses mediante la monopolización y ejercicio oligárquico del poder político. Supone también un periodo de aprendizaje (es decir de perfeccionamiento de los mecanismos que implementan este ejercicio oligárquico) para estos grupos: "...el desapego del poder fue una virtud bastante extendida en la aristocracia de las primeras décadas republicanas, quizás por las dificultades del momento o la falta de preparación y audacia..."⁸⁶. Esta "desorientación estratégica" que caracteriza

⁸³ Ver Mellafe, Rolando; óp. cit.; págs. 92-93; también Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit.; Vol. I, pág. 130.

⁸⁴ Mellafe, Rolando; óp. cit.; pág. 112.

⁸⁵ Ver Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit.; Vol. I, pág. 31.

⁸⁶ Villalobos, Sergio; óp. cit.; pág. 29. Es interesante tomar en cuenta el análisis que hacen Gabriel Salazar y Julio Pinto respecto del papel desarrollado por los grupos pelucones y estanqueros durante este periodo; al comienzo de este mantienen una disposición contemplativa frente a los acontecimientos siendo por esto desplazados en la iniciativa por los sectores de elite que representaban en general tendencias más progresistas o radicales, producto de la carencia de capacidad para formular e imponer un proyecto de estado acabado. Habrían adolecido de una visión republicana-cívica (muy a pesar de su potencial-intencionalidad oligárquica) producto de la actividad cosmopolita y comercial a la que tradicionalmente se vinculaban; en este sentido estaban ajenos a la cotidianidad de los asuntos públicos pues tenían una visión orientada hacia la dimensión externa del país, en vez de la interna, como el grupo pipiolo-liberal que tendía a representar los intereses de los productores internos. Serán los sucesos de la década del 20 durante el siglo XIX los que contribuirán en definitiva a que concreten un discurso de poder y estado en el que logran alinear-convocar

la acción político –institucional de las diferentes expresiones políticas de los grupos de elite, se ve reflejada, sobre todo en el ámbito de los proyectos políticos que se desarrolla sobre la organización de estado, que en algunos casos asumen una orientación bastante radical (en la medida que se alejan o afectan determinados intereses de los grupos dominantes), reflejo de la influencia de los principios de la Ilustración y el Liberalismo político (en tanto constituye la expresión de su tradición política mas reconocible): “... durante la Independencia, ya se planteaba esta contradicción entre conservadores y rebeldes: Fray Antonio Orihuela comprendía que dentro de la llamada independencia existían ideales populares, que se diferenciaban de la aristocracia criolla... posteriormente, Camilo Henríquez, José Miguel Carrera y Manuel Rodríguez, el mítico guerrillero, se identificaron con los sectores populares...”⁸⁷. Para el caso de esta investigación, lo que resulta realmente relevante, es la definición de los elementos que provocan la convocatoria de los grupos de elite frente a un único proyecto de hegemonía, y que para el caso de Chile, logra materializarse a partir del entronamiento en el poder político de los grupos conservadores de la mano de Portales, y que se legitima jurídicamente con la constitución de 1833. En este sentido, el fenómeno de ordenamiento u organización interna de los grupos de elite frente la necesidad de lograr su constitución multifacética de supremacía, privilegios, ascendiente, etc. (es decir, de la resolución de sus contradicciones internas, con diferentes métodos, desde la pragmática negociación hasta la violencia fraccional), proceso que es visible y válido para el caso de todas las repúblicas americanas⁸⁸, se relaciona nuevamente con la creciente influencia de las consecuencias de su inserción en el proceso de mundialización de la economía y transición al capitalismo; los grupos de elite experimentarían progresivamente un comportamiento de oportunista perspicacia frente a los cambios que ocurren, donde lo que se da por una parte es “...una disminución en la resistencia que los avances que ese orden encuentran...por otra la identificación con ese orden de los sectores económica y socialmente dominantes, esta identificación trae consigo un parcial abandono de los aspectos propiamente políticos del programa

a los demás grupos de elite. Tuvo particular importancia, para este proceso, la alianza que establecen con el sector mercantil inglés ligado al comercio monopolista. Ver Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit. Vol. I págs. 130-136.

⁸⁷ Gumucio, Rafael; Utopías libertarias en Chile, siglo XIX y XX, en Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, año/Vol. 2, nro. 6, Santiago de Chile, 2003. Es interesante además comentar como el autor analiza la concertación de los historiadores conservadores para deslegitimar esta dimensión progresista de algunos sectores de la elite, exaltando en contraposición aquellos personajes que encarnan un ideal autoritario y conservador, como una forma de revalidar la conceptualización de un orden político fuerte, estable y sin fracturas frente a la evidencia histórica de su precariedad, producto de la emergencia constante de las rupturas que representan estos sectores progresistas.

⁸⁸ Precisamente en este punto identificamos una característica esencial para la construcción de un sentido de historicidad afín a los intereses de los grupos dominantes, desde una lectura que se corresponde con la intencionalidad de realización de la hegemonía. En dicha lectura hegemónica se ofrece una perspectiva de estabilidad y coherencia en relación a la dinámica institucional, que se significa en realidad como la trayectoria de los grupos de elite, y por lo tanto, para el caso específico de Chile, reafirma su legitimidad en el ejercicio del poder y su amalgama con la institucionalidad al presentarse ajena o desprovista de la dinámica caótica que caracterizan las relaciones sociopolíticas en otras regiones latinoamericanas. Para el caso de la historiografía que se posiciona desde la problematización de la condición subalterna en los grupos populares, es necesario concretar aquí el desarrollo de una aproximación contratextual en torno a dicha apreciación, planteando que es la irrupción amenazante, intermitente pero sostenida del mundo popular hacia el ámbito de lo institucional, la evidencia de su potencial contrahegemónico irrealizado o incompleto, con lo cual se define como necesario reconstruir la interpretación histórica acerca de las formas de movilización auténticas de los grupos subordinados, especialmente aquellas vistas como irracionales o incoherentes, y que generalmente están asociados a episodios de violencia que involucra el protagonismo de sujetos populares.

renovador...”⁸⁹. Para el caso de Chile específicamente, esto trajo como consecuencia directa una resignificación muy particular de conceptos como democracia, ciudadanía, participación política ,etc., a partir del modelo de gobierno autoritario que estructura la constitución de 1833, los cuales son implementados en clave portaliana (sospechosamente inmanente a la figura del mismo Portales, víctima de la vocación oligárquica o “espíritu de fronda” como también lo plantea Edwards⁹⁰) según lo cual el “uso del garrote” permite “premiar al bueno y castigar al malo”⁹¹. Se percibe en los discursos y en los hechos un alejamiento progresivo de esa perspectiva que había inaugurado el Chile republicano, basada en la idea de su constitución como expresión de la búsqueda del bien común (abstracción que se concretiza en la idea de “la felicidad del pueblo” según la interpretación iluminista) a través de acción paternal, benéfica y caritativa, en los diversos ámbitos de la vida nacional. Lo que se impone en la evidencia histórica es la constitución de un tipo de hegemonía que se distancia de este entusiasmo redentor independentista: la tradicional obediencia a la monarquía y a la figura del rey es restaurada en la obediencia a la autoridad omnipotente del Estado, los mecanismos de representación formal que enuncia la democracia teórica (ensayados en esta etapa con diversos niveles de superficialidad) son reemplazados por la temerosa sumisión al miedo y la autoridad⁹². La constitución oligárquica de los grupos de elite en la monopolización del Estado (como expresión de su condición hegemónica) se formalizara en ese orden jurídico de carácter fundacional que el grupo estancero de Portales plantea, y que logra legitimarse verdaderamente en la medida que proyecta con claridad la funcionalidad del sentido de conveniencia con el cual se resignifica también el orden y el respeto a la autoridad. Ya había hecho explícito Portales el carácter excluyente del tipo de Estado que se estructura⁹³. Para este caso lo importante es saber a quienes incluye ese Estado, quienes representan la idealidad del bien que propugna como referente ético para el ejercicio de la ciudadanía: son los propietarios los hombres de negocios, “los amantes del orden y la paz”. Los que son marginados por antonomasia, los que se conceptualizan como enemigos del Estado serán aquellos grupos que no comparten ese concepto de orden y autoridad. Lo que se constituye en

⁸⁹ Halperin Dongui, Tulio; óp. cit., pág. 243; también Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit. Vol. I pág. 219 y Vol. II pág. 34.

⁹⁰ “...Ese espíritu se traducía en la soberbia dominadora del patriciado; abajo, en la aceptación tacita, resignada, inerte de ese antiguo hecho... (la dominación) jerárquica...” en Edwards Vives, Alberto; *La fronda aristocrática*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1952, pág. 201.

⁹¹ Ver el análisis que hace Gabriel Salazar y Julio Pinto acerca de la relevancia y centralidad que tienen los mecanismos de coacción y coerción en el modelo de gobierno que plantea Portales, donde la gobernabilidad es posible en la medida que el estado pueda “...enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes...”; en Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit. Vol. I págs. 133-136, también respecto de la importancia que tienen estos mecanismos para mantener la “inercia” en las relaciones sociales sobre la cual se afirma el principio de autoridad (para esta investigación serán las condiciones de realización de la hegemonía) ver Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo; *El peso de la Noche: nuestra frágil fortaleza histórica*; editorial Ariel, Santiago, 1997.

⁹² Ver Góngora, Mario; *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*; Editorial Universitaria, 8va. Edición, Santiago de Chile, 2003, pág. 76.

⁹³ Ver Góngora, Mario; óp. cit.; pág. 78. También Gabriel Salazar y Julio Pinto caracterizan la perspectiva histórica del Estado fundado a partir de 1830, señalando que no existe como practica estatal el reconocimiento de la idea de una real integración de la nación (es decir el diseño y puesta en practica de mecanismos de participación y democratización en el ejercicio de la ciudadanía); la idea de integración, reconocida en el ámbito discursivo, se interpreta mas bien como una necesidad, una urgencia que surge desde las condiciones de gobernabilidad; se articula en torno a la constitución, reproducción y consolidación de la condición hegemónica de los grupos de elite, a través de la instrumentalización de las instituciones. Para el caso de esta investigación, se hace evidente esta interpretación del concepto de “integración nacional” al analizar las dimensiones disciplinantes y moralizantes del sistema educacional y su proyección valórica-cultural sobre los grupos subordinados-subalternos. Ver Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit. Vol. I.

la práctica, más que un gobierno impersonal como lo plantea Edwards, interpretando con mucho apego lo señalado por el mismo Portales⁹⁴, es un gobierno que se apoya en los grupos a favor del orden público y su autoridad intransable. Lo anterior supone sin embargo, un reconocimiento de la posibilidad de conflictos internos entre los grupos de elite frente a la interpretación de la práctica de este modelo. Este tipo de estado se articula a partir de la aceptación de un régimen de gobierno que descansa en el acuerdo de los grupos de elite frente a las ideas que sustentan su interpretación de la gobernabilidad, fortaleciendo a su vez la cohesión interna, el acuerdo de los grupos dominantes, haciéndose cada vez más explícita su conveniencia en el establecimiento de un modelo autoritario, de ciudadanía limitada, y de respeto absoluto a la autoridad y las instituciones públicas (es decir al cauce institucional): “...el régimen de Portales no era impersonal o abstracto, sino que el gobierno tenía que apoyarse en la aristocracia -ciertamente una aristocracia americana de terratenientes, no de señores feudales-, pero esta clase debería estar sujeta obedientemente al gobierno por su propio interés en el orden público...”⁹⁵. Debe tomarse en cuenta además, que la “obsecuencia práctica” de los demás grupos sociales frente a este proceso de constitución a nivel institucional del proyecto hegemónico de las elites, y la certeza eficaz de los mecanismos coactivos –coercitivos que operan sobre la sociedad civil y que articulan en términos concretos su condición subalterna, es una situación que se explica además en términos del análisis sobre el arraigo histórico de las tradiciones cívicas en el conjunto de la sociedad civil; en este sentido lo que pasa en relación a los modelos de ciudadanía en Latinoamérica y particularmente en Chile tiende a distanciarse del esquema de *asociacionismo voluntario* planteado por Alexis de Tocqueville, para el caso de su estudio sobre las formas de ciudadanía en la sociedad norteamericana, que explicaría porque su pretendida riqueza experiencial en cuanto a participación política, evito que sus gobiernos derivaran en formas tiránico-despóticas del ejercicio del poder, a diferencia de lo que ocurre en el resto del continente, donde el asumir este modelo fue un proceso permanentemente obstaculizado “...por el progresivo y lentísimo retroceso de las formas de organización de carácter corporativo propias del antiguo régimen...”⁹⁶, es decir, por la “inercia” necesaria que legitimaba la inmovilidad del régimen colonial (*el peso de la noche*), pero también (paradójicamente) por el potencial-intencionalidad oligárquica profundamente arraigado (como experiencia política, si se quiere) en los grupos de elite producto de siglos de confrontación y desgaste del marco jurídico que sostenía el principio de autoridad y obediencia a la corona española. Son los mismos grupos de elite que en un primer momento invocan principios de democratización, como forma de validar su rol en la construcción del estado, y cuyo resultado será su constitución oligárquica ahora en el ámbito político-institucional⁹⁷ quienes posteriormente, en la medida en que se afianza ese proceso, crearán y pondrán en práctica los mecanismos que materialmente sostienen su condición hegemónica, precisamente a partir de la limitación de esos mismos principios,

⁹⁴ Edward Vives, Alberto, óp. cit.

⁹⁵ Góngora, Mario; óp. cit.; pág. 79.

⁹⁶ De Privitellio, Luciano y Romero, Luis Alberto; Organizaciones de la sociedad civil, tradiciones cívicas y cultura política democrática: el caso de Buenos Aires, 1912-1976”; Cuadernos de Ideas n° 11, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 1ra. Edición, Santiago de Chile, 2007, pág. 11.

⁹⁷ En este sentido la operación de constitución de su condición hegemónica quedaría definitivamente asegurada en la medida que logran esta mimetización entre sus interés como grupo y los intereses del aparato estatal: “...la primacía de lo político, entendido como el nivel mas englobante y revelador de cualquier sociedad...” en Chartier, Roger; La historia entre el relato y el conocimiento; Cuadernos de Ideas n° 9, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 1ra. Edición, Santiago de Chile, 2006, pág. 17.

los que ahora son devueltos a la sociedad civil previo ejercicio interpretativo y relativizante, de acuerdo a los intereses y objetivos que expresa su proyecto de hegemonía.

El Estado que se modela desde su legitimación jurídica con la constitución de 1833, define cuales son las dimensiones más relevantes en las cuales debe intervenir (a través del filtro coactivo-coercitivo que significa al aparato estatal) para lograr consolidar este proyecto: "...comprendía por lo tanto el buen gobierno y administración, la legislación, la justicia, *la educación nacional*, la economía, la moralidad y la bondad publica...se implantaba una nueva obediencia dirigida a quien ejerciera la autoridad, *legítima en cuanto legal*..."⁹⁸. Por supuesto que esta legitimación jurídica también tiene que tener su proceso paralelo de organización de una disposición o mentalidad en los grupos de elite proclive a sentirse interpretada en la generalidad por estos principios, sobre todo si se tiene en cuenta lo traumático de su imposición (guerra civil y derrota armada del pipiolismo). Es por esto que "...basado en la voluntad oligárquica, más que en la legitimidad nacional, el estado de 1833 se vio forzado a iniciar complejas maniobras de legitimación...tarea tardía pero fundamental, en la que ya no participo Portales pero si sabios como Andrés Bello, Lastarria y los que se congregaron en la llamada generación del 42...en periódicos de gobierno, salones universitarios o cenáculos privados, montaron un *espacio público* de debate y legitimación, como remedo elitista de lo que debió ser el espacio cívico común y federado de todas las comunidades..."⁹⁹; lo que surge es un consenso en los grupos de elite (aun en los mas progresistas) articulado en torno a dos elementos: el acuerdo frente a la necesidad del orden y el temor al desborde del bajo pueblo desde su condición subalterna. Más aun, la trayectoria del proceso de consolidación de su condición hegemónica y proyección oligárquica fue ampliando progresivamente su base de apoyo entre los grupos de elite (es decir fue afianzando progresivamente este consenso como una conciencia oligárquica de la necesidad de cohesión interna frente a su externalidad), con la consecuencia de reforzar este imaginario de legitimidad de su rol dominante¹⁰⁰. Sin dejar de reafirmar que las elites se complejizan internamente (como también había ocurrido de algún modo en el periodo colonial), en función de un proceso de diversificación¹⁰¹ de sus expresiones políticas, actividades económicas, tendencias culturales, etc., en el ámbito externo (es decir de las relaciones que establecen con los grupos subalternos) se homogenizan, concretando el creciente perfeccionamiento de los alcances de este consenso frente a los verdaderos pilares de la institucionalidad, y afirmando de este modo la consolidación de su condición hegemónica¹⁰². La cristalización en el ejercicio de esta condición, se refleja en las estrategias con las cuales asumen las diversas coyunturas que tensionan la sustentabilidad

⁹⁸ Góngora, Mario; op.cit., págs. 73-74. La evolución del ejercicio de esta condición hegemónica demostrara, en la coyuntura del conflicto entre el poder ejecutivo y legislativo de 1891, que incluso la legitimidad legal como abstracción se relativiza, y que el verdadero principio de legitimidad se constituye en la capacidad de los grupos de elite para reproducir su propia condición, aun al costo de irrumpir sobre su legalidad que ellos mismos han construido, cuando esta tiende a distanciarse de sus intereses e intenta desmarcarse de su sentido oligárquico.

⁹⁹ Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit. Vol. I pág. 35. Ver también óp. cit., págs. 137 y 145.

¹⁰⁰ En este sentido, sirve como ejemplo la entrada de las fuerzas liberales al gobierno a partir de 1860 y el absoluto sentido instrumental que tienen coordinaciones políticas como la Fusión Liberal-Conservadora o las posteriores Alianza y Coalición, que expresan una completa superficialidad en los contenidos de los principios ideológicos con los que se identifican, frente a la sustancialidad que adquiere la ambición por el ejercicio del poder.

¹⁰¹ Es decir, de intereses intraelite que varían de acuerdo a cada grupo y que tienden a conflictuarles, sin llegar a imponerse como lógica de un potencial proceso de disolución de aquellos elementos que articulan el consenso en el ejercicio de la hegemonía.

¹⁰² Ver Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit. Vol. II pág.35; también op.cit. Vol. pág. 208.

de su proyecto de desarrollo económico, en virtud de su gran sensibilidad frente a las aceleraciones y desaceleraciones de la dinámica de intercambios y de producción. Se desarrollara un sistema de relaciones entre los grupos de elite y la institucionalidad que revela la complicidad de la política económica estatal con los grandes monopolios comerciales, en perjuicio de los intereses nacionales, lo que impidió desde un principio la existencia de una real voluntad política para desarrollar mecanismos de intervención en la economía y de redistribución de la riqueza, aun cuando contó con los ingentes recursos que se obtenían del gravado de las actividades productivas ligadas a la demanda del comercio internacional, producto del auge que experimentan en el periodo¹⁰³. Por otra parte, cuando producto de esa misma dinámica de desarrollo económico, el flujo de los intercambios se desacelera y se ven disminuir los ingresos (por ejemplo con la recesión mundial de la década de los 70 en el siglo XIX), el estado, a través de su política económica blinda los intereses de los grupos de elite que desarrolla actividades en las cuales se perciben estos efectos. Esta sensibilidad de la economía nacional frente a la dinámica de la economía internacional tuvo entre sus principales estructuras de apoyo el sistema de navegación y comercio que se desarrollo a través de la costa del océano pacifico, ya existente durante la colonia (pero con un limitado alcance formal, producto de las limitaciones que establecía la política monopolista de la corona española), pero que intensificó el flujo de sus intercambios (y con esto la penetración de intereses comerciales extranjeros, principalmente ingleses, alemanes, norteamericanos) con el descubrimiento de oro en California y la demanda de productos y mano de obra que genera durante la década del 50, perfeccionando los medios que facilitan el desarrollo del comercio y las exportaciones: desde el incentivo a la creación de una legislación acorde a la penetración de capital inversionista foráneo, la construcción de puertos y almacenes, la construcción de vías de comunicación que comunican los centros productivos con los puntos de embarque, el establecimiento de casas comerciales, etc.¹⁰⁴. El ingreso de estos capitales extranjeros y su inserción en las actividades productivas claves en el modelo de desarrollo económico chileno, junto con la disposición de los grupos de elite locales en sintonía con estos objetivos, consolido aun más esta conjunción de interés entre el estado y los privados (que administran sus intereses a través de lo publico) sobre todo a partir de los grandes beneficios que reporta para la capitalización y el incremento de los beneficios económicos. Donde queda absolutamente definida esta tendencia será en el ámbito de la actividad salitrera, donde independientemente de la naturaleza de la coyuntura que se trate (conflictos de interés con otros estados como en la Guerra del Pacifico, permanentes fluctuaciones de la demanda y desaceleración económica, configuración de un sujeto popular que asume y reacciona frente a las condiciones de expoliación en las que se ve inmerso en su calidad de asalariado, etc.) el Estado chileno resguarda los intereses de los empresarios de nitrato, tanto nacionales como extranjeros¹⁰⁵, aun en perjuicio de sus propios intereses (en cuanto a su imaginario de representación de bien común que lo legitima retóricamente). Aun cuando, como ya se ha señalado, la renta salitrera representaba un ítem fundamental

¹⁰³ Para hacer claridad frente a esta situación, hay que plantearse una cuestión esencial: “... ¿Por qué no uso el estado ese regalo del cielo que constituían los impuestos para diversificar la economía y darle alternativa para cuando se acabara el auge del salitre?...”. Esta reflexión también es valida para analizar el desempeño del estado frente a los recursos generados por otras actividades productivas, ligadas a este modelo de desarrollo económico. Ver Collier, Simon y Sater, William F.; Historia de Chile 1808-1994, Editorial Cambridge University Press, 1ra. Edición, Madrid, España, 1999, pág. 151.

¹⁰⁴ Ver Halperin Dongui, Tulio; óp. cit., pág. 216-217.

¹⁰⁵ Blakmore, Harold; Chile, desde la Guerra del Pacifico hasta la Depresión Mundial 1880-1930; en Leslie Bethel ed.; Historia de América Latina, Cambridge University Press, Editorial Critica, Barcelona, España 1992, Vol. X, pág. 164.

en los ingresos del estado, éste permite que se desarrolle la especulación en forma indiscriminada de los dueños de las salitreras, a partir de la formación de las llamadas *combinaciones salitreras*, organizaciones de defensa corporativa de estos empresarios para resguardo de sus intereses económicos, que actúan en forma coordinada para bajar los ítems de producción cuando disminuye la demanda internacional, con la consecuencia de que el estado deja de percibir una gran cantidad de ingresos provenientes de los impuestos que se aplican¹⁰⁶. Por lo tanto quienes realmente se benefician de su usufructo son los grupos de elite que tienen intereses económicos ligados a esta actividad, pero que además comprenden la importancia del ejercicio de la hegemonía político-institucional para reproducir esta dinámica de acumulación de capital: "...la posesión del poder político estaba ligado a una capacidad de decisión sobre recursos económicos, que era muy significativa para la escala de la economía chilena...la obtención del poder político no significaba solo una capacidad de decisión sobre los medios de coacción destinados a respaldar el cumplimiento de las leyes...también representa la capacidad de decisión sobre recursos ...esto hacía que el poder político fuera importante para todas las fracciones o segmentos que constituyen las clases con poder económico..."¹⁰⁷. Es por esto que la consolidación definitiva de su constitución oligárquica en referencia a la institucionalidad se concreta en esta etapa de las últimas décadas del siglo XIX, expresado con claridad, (en cuanto a relatividad y interpretabilidad de la legitimidad del marco jurídico-constitucional) en la coyuntura que confronta al poder ejecutivo con el poder legislativo, y que finalmente se define en la guerra civil de 1891.

Características del ejercicio de la condición hegemónica en los grupos de elite hacia el Centenario.

Un análisis a la proyección histórica de esta coyuntura en el proceso de consolidación del ejercicio hegemónico, nos lleva a reconocer que su esencia radica en la necesidad que tienen los grupos elite de articular un nuevo principio de subordinación en las instituciones del estado, desde aquel que consagraba el autoritarismo presidencial, depositando en el poder ejecutivo una serie de atribuciones de las cuales resultaba su preeminencia, a otro en el cual el verdadero soporte de la legitimidad institucional reside en el poder legislativo, otorgándole un rol determinante en esta etapa a partir de una serie de herramientas constitucionales con las cuales en la práctica limita la tradicional preeminencia del presidente de la república. Lo que resulta relevante para esta investigación es el análisis de la interpretación del marco jurídico que hace el grupo que finalmente se consolida en poder, que entiende la necesidad de violentar y alzarse contra un modelo de autoridad que se había conformado con el concurso de su aceptación en 1833, pero que en la medida que se distancia de sus intereses más inmediatos, justifica en los hechos la legitimidad su acción facciosa, es decir, de su conducción oligárquica en el ámbito jurídico institucional¹⁰⁸. Mucha discusión historiográfica se ha desarrollado para dilucidar la naturaleza del conflicto y del rol que le corresponde a la figura de Balmaceda en tanto primer mandatario de la

¹⁰⁶ Blakmore, Harold; óp. cit. págs. 165-166: Ver también Jobet, Julio Cesar, óp. cit. y Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit.

¹⁰⁷ Torres- [Djubisin](#), Isabel, óp. cit.; págs. 45-46.

¹⁰⁸ Blakmore, Harold; óp. cit.; pág. 173.

época y símbolo de la tendencia que es derrotada tras la guerra civil de 1891: tanto su reivindicación como encarnación de un proyecto progresista, nacionalista e integrador por parte de la intelectualidad de izquierda (que entiende el significado de su martirologio desde otras derrotas políticas que la han involucrado¹⁰⁹), como su denostación como símbolo del autoritarismo, el poder dictatorial y la inconstitucionalidad desde la intelectualidad más conservadora (que pretende vincular a los hechos del pasado el arraigo de un espíritu normalizador y sanador de las instituciones en los grupos de elite, que en consecuencia se ven en la obligación de actuar en cuanto estas son transfiguradas por la retórica irresponsable y populista) deben ser analizadas en el contexto de la permanencia de las estructuras que materializan, garantizan y reproducen la condición de hegemonía de algunos sectores sociales sobre otros. Lo que corresponde cuestionarse entonces es hasta que punto Balmaceda representa una amenaza a la permanencia de esas estructuras. En este sentido, el rasgo que diferencia a Balmaceda de sus predecesores (tomando en cuenta que su procedencia social tiene como referente u horizonte a los grupos de elite y a la clase política tradicional) y lo convierte en un representante atípico (por tanto en alguna medida conflictuado con los intereses de los grupos de elite) es que pretende enfatizar la presencia y autoridad del poder ejecutivo¹¹⁰ en algunas dimensiones sensibles a estos intereses de los grupos dominantes por lo cual tiende a marcar una diferencia entre el interés público sobre el privado (que constituía precisamente el principio consagrado en la constitución de 1833 y era el elemento que cohesionaba a los diferentes grupos de elite en torno al Estado), lo que no debe ser entendido como una conceptualización de lo público como lo *popular* y menos como lo *antioligárquico*¹¹¹. El escenario que proponía el proyecto político de Balmaceda, suponía más bien un cuestionamiento a la forma en que sustentaba y desarrollaba la expresión oligárquica de la situación de hegemonía de la elite, más que su sentido mismo como eje articulador de la jerarquía social: “...el proyecto gubernativo, racional y dinámico, pretendía crear condiciones para la industrialización, estimulando un desarrollo autónomo de todas las fuerzas productoras, *prescindiendo de la presencia capitalista foránea*. La vieja elite terrateniente y especuladora, necesariamente debía evaluar su rol y adaptarse al esfuerzo modernizador que imponía el balmacedato...evidentemente, cambios de tanta trascendencia y profundidad amenazaban sus intereses y preeminencia seculares...”¹¹². Gran parte de las interpretaciones historiográficas desarrolladas en torno a esta coyuntura

¹⁰⁹ Ver Sagredo, Rafael, óp. cit.; nuevamente se debe hacer referencia a la dimensión instrumentalizante de la historiografía para la comprensión y legitimación de la acción política que se desarrolla en el presente desde la intelectualidad.

¹¹⁰ En este punto se debe hacer alusión a las reformas practicadas a la constitución de 1833 durante la década del 70, que consagraron la disminución de las atribuciones presidenciales, utilizando estrategias como la votación de las leyes periódicas y la interpelación a los ministros de estado, que ya estaban consideradas en dicho marco jurídico, pero que ahora están al servicio de la *mayor disposición* al ejercicio oligárquico por parte de las diferentes expresiones político-partidarias de la elite que han ingresado al ámbito político-institucional, con la apertura del sistema a otras fuerzas políticas, a partir del gobierno de J.J. Pérez.

¹¹¹ Blakmore, Harold; óp. cit.; pág. 170.

¹¹² Núñez Pinto, Jorge; 1891 Crónica de una Guerra Civil; Editorial Lom, 1ra. Edición, Santiago, 2003, pág. 113. Sobre la intencionalidad de Balmaceda de afectar los intereses de los capitalistas extranjeros como parte de su proyecto modernizador (en el marco de una “retórica antiimperialista”) otros autores se distancian de esta interpretación señalando que la postura nacionalista y anti oligárquica que se le ha querido atribuir a Balmaceda debe ser analizada con mayor profundidad: “...la preocupación primordial en relación con los nitratos, no tuvo nada que ver con el predominio extranjero y sí con su control monopolístico, peligro que en su opinión estaba representado por North...” en Blakmore, Harold; óp. cit.; pág. 172. Esta idea de alguna manera también es reconocida por Núñez al señalar que “...la figura símbolo de esta coyuntura fue John Thomas North...” a quien “...una inteligente campaña de prensa le vinculó a la sociedad mercantil de Valparaíso y... (a quien)... los bancos le concederán el dinero que invertirá...en enajenar nuestra propia riqueza...”. Ver Núñez Pinto; Jorge, óp. cit.; pág. 12.

histórica han querido ver en ella el colapso final del modelo de gobierno portaliano que se había inaugurado en 1833, afirmación que a mi juicio sobredimensiona la naturaleza del conflicto; lo que se pone en crisis definitiva es el principio que articuló el consenso de los grupos de elite frente a la institucionalidad, hasta mediados del siglo XIX (la preeminencia del poder ejecutivo como representación de la tendencia autoritaria que vincula a estos grupos partidarios del orden y respeto a la autoridad, en tanto constituye su interpretación de los principios republicanos y democráticos¹¹³) y que Balmaceda intenta retomar, aunque en una dimensión absolutamente diferente, pues ya se ha señalado como desde la década del 60 el ingreso del liberalismo y el radicalismo en cargos de representación concretan precisamente la practicidad de ese consenso, consolidando crecientemente esta constitución oligárquica en el ejercicio del poder político-institucional. Es esa visión impositiva del proyecto balmacedista la que funciona precisamente como elemento que aglutina a la mayor parte de los sectores dominantes en su contra y no la supuesta matriz de “representación de los intereses populares”.¹¹⁴ Es por eso que esta coyuntura no logra en realidad fracturar la continuidad histórica del proyecto de hegemonía de las elites (porque tienen conciencia de que lo cuestionado es un tipo de gestión política y no los ejes articuladores de la institucionalidad); no ocurre por tanto una destrucción del modelo portaliano como han querido ver algunos autores, mas bien es una resignificación de sus principios, donde el autoritarismo presidencial es remplazado por el autoritarismo parlamentario: se refuerza entonces la tendencia histórica mostrada por los grupos de elite, por cuanto los rasgos característicos de este ejercicio hegemónico tienden a acentuarse en un contexto institucional favorable¹¹⁵. Es por esto que los conflictos político-institucionales que tiene como protagonistas a los grupos de elite, sobre todo a partir de esta época y en torno al periodo del Centenario, en lo esencial carecen de un contenido económico y social¹¹⁶. Con esto quedara en evidencia una segunda característica del ejercicio hegemónico de los grupos de elite acentuada a partir de esta etapa, vinculada estrechamente a la pertinencia del contexto institucional que representaba

¹¹³ Frente a esta temática sobresale la capacidad que tiene la facción comerciante-monopolista que triunfa en Lircay para explicitar como idea política sus necesidades desde la perspectiva de la construcción de la institucionalidad, y posteriormente, mediante las “operaciones de legitimación” a las que se ha hecho referencia, lograr ampliar el consenso de los demás grupos de elite frente a esta proyecto: “...el mercader siempre ha exigido un orden global, tan ancho como el espacio circulacional de sus mercancías...un orden central que fuera draconiano en eliminar el latrocinio, el piraterío, el contrabando, el incumplimiento de contratos, etc..... un orden que por encima del cabildos y republicanismos, fuera un orden con respaldo militar, policiaco, o cuando menos, de milicia ciudadana de seguridad ...”; en Salazar, Gabriel y Pinto, Julio, óp. cit. Vol. I, pág. 33.

¹¹⁴ Al respecto es interesante indagar en algunos eventos históricos que permiten hacer claridad como el discurso del orden y respeto a la autoridad convoca tanto a balmacedistas como congresistas en la perspectiva del disciplinamiento social, mediante la coacción y coerción hacia los grupos subordinados-subalternos, sintetizando así el horizonte valórico-cultural desde el cual sustentan y reproducen la condición hegemónica que ejercen. De esta forma queda absolutamente definido que elementos cohesionan a los grupos de elite en el ejercicio de esta condición, y por otra parte sobre quienes se ejerce. Hago referencia a la represión que desato el poder ejecutivo frente a la primera huelga general de los obreros del salitre en 1890 en el norte del país (mineral de Huantajaya y oficinas salitreras cercanas), que paradójicamente los llevo a ingresar a las filas del ejercito congresista, en desprecio al “imaginario de representación popular” de Balmaceda. Ver Blakmore, Harold; óp. cit.; págs. 174-177, y Pinto Núñez, Jorge; óp. cit., págs. 29-30.

¹¹⁵ Ver Collier, Simon y Sater, William F.; óp. cit.; pág. 147.

¹¹⁶ Ver Blakmore, Harold; óp. cit.; pág. 157. En este sentido, también es importante revisar cual fue la conducta de los herederos políticos del balmacedismo el Partido liberal democrático, en el contexto post 1891, que refleja la verdadera consistencia de su discurso político, al destacarse por ser el mas oportunista, el mas hábil en la conformación de combinaciones partidarias el mas agudo en su sentido de expresión de la política oligárquica, de los partidos políticos parlamentaristas, encarnando para algunos el ethos de esta etapa institucional. Ver también Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit. Vol. I.

el parlamentarismo: la autonomización de su quehacer político respecto del resto de la sociedad, que vendrá a ser el verdadero sentido de la Crisis del Centenario. Mas que entrar en crisis la república, el estado o incluso la totalidad de la nación, lo que se cuestiona es un modelo de ejercicio de la condición hegemónica que expresa los intereses de los grupos de elite, corrompido en tanto han desarrollado esta construcción a espaldas y en perjuicio del resto de la sociedad civil¹¹⁷, reemplazando el rol del Estado como garante teórico del bien común, por su rol de defensa corporativa de los intereses privados que hacía necesario debilitarlo al máximo, como mecanismo de usufructo de los crecientes recursos que a el ingresan en virtud del auge de modelo económico chileno que se desarrolla en esta época¹¹⁸. Es la dispersión del poder político del ejecutivo, doblemente consagrada por la constitución de 1833 (formalmente) y sus reformas y contextos político-institucionales posteriores (prácticamente), el elemento que terminará por consolidar la condición hegemónica de las elites para el periodo del Centenario, donde esta aparente liberalización del rol de las instituciones y los poderes del estado, significa en realidad un refuerzo de los mecanismos que articulan y reproducen este proyecto hegemónico de las elites: “...a la enérgica conducción conservadora, que había devuelto el orden a Chile y luego inducido la modernización venciendo a veces la resistencia de su propio bando , seguía ahora un estilo de gobierno menos activo: si la expansión del comercio y la minería habían ampliado a las clases altas chilenas y las había dotado de actitudes mas complejas y a menudo contrastantes, a la vez que las había hecho mas poderosas, la liberalización no significaba una democratización puesto que la ampliación del poder no excedía la de la clase económica y socialmente dirigente...”¹¹⁹. La referida autonomización de la elite como característica de su ejercicio hegemónico debe ser analizada desde dos perspectivas: por una parte como expresión de esta condición que implica una visión del sistema republicano-democrático estructurada en la evidente desigualdad política, económica y social que caracterizaba al país en este periodo; por otra parte implica una interpretación del rol de estado como aparato político administrativo que gestiona los intereses de las elites.

La condición hegemónica y el discurso educativo de los grupos de elite.

La constitución de la condición hegemónica en los grupos de elite se apoyará cualitativamente en los dispositivos de transmisión y permeación valórica-cultural que estos articulan desde el Estado, para reproducir en los demás grupos sociales sus valores y representaciones culturales, de tal forma que se configure en el pueblo una disposición de adhesión o consentimiento hacia el proyecto de dominación que formulan orgánicamente estos grupos de elite. En este sentido, las clases dirigentes reconocen una mayor

¹¹⁷ Ver también Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; óp. cit. Vol. II, págs. 38-40.

¹¹⁸ Torres- [Djubisin](#), Isabel, óp. cit.; pág. 51.

¹¹⁹ Halperin Dongui, Tulio; óp. cit., pág. 279. En este sentido la disminución de atribuciones del poder ejecutivo como interés promovido por los grupos de elite, reflejan la instrumentalización y funcionalidad del orden y la autoridad de acuerdo a los objetivos que se plantea el proyecto de hegemonía que sustentan estos grupos: “...en el plano político, la oligarquía obtuvo, después de 1891, la anulación de la autoridad presidencial, creándose a situación ideal para disponer ella del poder sin la cortapisa de un ejecutivo fuerte... desde el congreso y actuando sobre los partidos y la prensa , puede imponer su voluntad y no ser perturbada en sus ingresos...”, en Torres- [Djubisin](#), Isabel, óp. cit.; pág. 145.

comprensión de la función ideológica de la escuela y la acción educativa, como dispositivos de sistematización de la transmisión valórica-cultural que consolida el ejercicio hegemónico; en relación al análisis que expresan las formas de acción discursivas y prácticas de las elites del mundo obrero, los grupos de elite dirigente demuestran precisamente la consolidación de su ejercicio hegemónico, en la medida que comprenden dicha vinculación, y son capaces de significarla como vivencia social relevante para la sociedad en la cual desarrollan un rol de supremacía.

Como se ha señalado, los grupos de elite experimentan a lo largo del siglo XIX una serie de transformaciones (esencialmente en el ámbito económico, producto de las reestructuraciones definidas por la inserción progresiva de formas capitalistas de producción e intercambio) que determinarán un ejercicio del poder caracterizado por su autonomización y oligarquización. Por otra parte se ha planteado que el desarrollo de estas características se da, de algún modo, en el contexto de un proceso de continuidad y cambio, por cuanto estos rasgos se encontrarían presentes en los grupos de la elite locales durante la colonia pero aflorarán decididamente en la medida en que se produzcan cambios institucionales (emancipación político-administrativa) a partir de su acceso al ejercicio del poder. De esta manera, la formación valórica-cultural de los grupos de la elite para el periodo señalado encarna tanto elementos tradicionales como modernos. Estos elementos tradicionales se expresan fundamentalmente a través de los rasgos patriarcales que definen su comportamiento hacia el mundo popular, forma valórico-cultural que tiene su origen en el mundo del latifundio colonial y en la influencia eclesiástica como fundamento ideológico de un tipo específico de dominación social propia del antiguo régimen¹²⁰ La progresiva transición a la modernidad política y económica (procesos de los cuales eran plenamente concientes los grupos de elite, o al menos mucho más que los grupos subalternos) no significó que los sectores dominantes se desligaran de las concepciones más tradicionales de su horizonte valórico-cultural, ya que, muy por el contrario, se presentan como atingentes y oportunos en tanto justificación de la inmanencia del modelo de hegemonía, caracterizado como una dominación excluyente. La incorporación de rasgos propios de la burguesía capitalista en la mentalidad de los grupos de elite encontrará en este modelo tradicional de relaciones sociales el soporte estructural a través del cual logra concretar un tipo de dominación social de acuerdo a una visión que es coherente con sus intereses, es por esto que el carácter de esta relación patriarcal con el mundo popular es "...autoritaria y paternal...un modelo de autoridad que se extiende y penetra por todas las relaciones de mando y encarna en el patrón la persistente representación popular..."¹²¹. Por supuesto que detrás de estas transformaciones desarrolladas en la generalidad del horizonte valórico cultural de la elite hay dinámicas de circulación y ascenso social de algunos grupos, como es el caso del pujante empresariado minero, de los sectores comerciantes y financieros y los inmigrantes que se incorporan a los elementos tradicionales: lo que ocurre es un proceso de transculturación para ambos grupos (*modernos y tradicionales*) de tal modo que existe un

¹²⁰ La confluencia de intereses entre el poder latifundista y la institucionalidad eclesiástica resulta evidente en las formas de sociabilidad que se desarrollan al interior de los grupos dominantes: "...a fines del siglo XVIII y en el siguiente, por otra parte, se acentúa la costumbre de las grandes haciendas de tener oratorios y sacerdotes en la misma hacienda, de modo que la familia, la clientela del latifundista y el sacerdote aparecen a menudo como un solo núcleo...", en Mellafe, Rolando; Historia social de Chile y América, Editorial Universitaria, 4ta. edición, 2004, pág. 101-102. Esta homogeneidad y cohesión que presentan a nivel de imaginario los grupos que componen la elite, en torno al sentido patriarcal con que se ejerce la dominación social, garantiza su prevalencia como elemento de continuidad que subsiste en etapas posteriores.

¹²¹ Villablanca Zurita, Hernán; Terratenientes, burguesía industrial y productores directos: Chile 1900-1960, Depto. de Sociología, U. de Chile, Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 2003, pág. 84.

trasvasije de identidades e imaginarios, en el que los grupos *tradicionales* se modernizan como solución a la necesidad de continuidad de su proyecto hegemónico, y los *modernos* se tradicionalizan, como una forma de absorber y encarnar el prestigio social de la condición dirigente que asocian con la tradición. Al modelo particularista-adsriptivo propuesto por Lipset, Solari, T. Parsons, para caracterizar en términos globales la mentalidad de los grupos de elite latinoamericanos tradicionales (centrado en torno al parentesco, el poder en la comunidad local, su tensión con el estado en tanto poder y control central, su desprecio por el trabajo como actividad manual) se insertan valores característicos de la racionalidad capitalista como el calculo, la disciplina, la frugalidad, el esfuerzo continuo, la competencia, la eficiencia, etc. De lo anterior deviene que la mentalidad de la elite lleve dentro de si la contradicción propia de su formación en una dinámica de continuidad-cambio, donde los rasgos de racionalidad capitalista operan en el sentido de la maximización de beneficios en el ámbito de la actividad económica, pero que en el plano político-social mostrara un mayor apego por los rasgos tradicionales para el ejercicio efectivo de la dominación.¹²² De los elementos señalados aparece como el más relevante para los objetivos de esta investigación, aquel que señala el menoscabo de la actividad manual en el horizonte valórico cultural de la elite; en el se articula un dispositivo de soporte fundamental para la representación de inmanencia (como único orden social natural y posible) que elabora de la condición hegemónica-subalterna, pues es en la superioridad-inferioridad intrínseca de la elite y el pueblo respectivamente, que se justifica la legitimidad de este modelo de dominación: “...el trabajo remunerado se percibe con una fuerte connotación peyorativa...al conferirle al trabajo una connotación negativa,...(*la elite*) podrá interpretar la discriminación entre trabajadores y no trabajadores en términos de superioridad e inferioridad moral...que aquellos que la oligarquía llaman el pueblo aparezcan condenados a la servidumbre del trabajo, es propio de su naturaleza de inferiores...”¹²³ Esta autopercepción de superioridad que expresan los grupos de elite interpreta en clave oligárquica, mas que patriarcal el significado de la dominación que ejerce. Si en el contexto de relaciones patriarcales el patrón detenta esa condición es porque encarna la bondad intrínseca de un orden percibido como natural, lo que lo lleva a desarrollar algún nivel de compromiso y responsabilidad con sus subordinados que refuerza la dependencia de estos; en el contexto oligárquico el sentido de la superioridad se interpreta desde la autoafirmación, que no necesita ser demostrada en tanto se constituye a si misma (autonomización)¹²⁴: “...la tradición deriva la

¹²² De este modo podemos explicar que convivan en los grupos dominantes concepciones tan contradictorias para el contexto histórico, como la preferencia por los beneficios inmediatos sobre el sacrificio y el esfuerzo riguroso, la primacía de los intereses personales por sobre los demandados desde las obligaciones comerciales, industriales, etc., el escaso interés que muestran por la innovación en las formas de producción, intercambio o constitución de la propiedad, la valoración del nepotismo por sobre la gestión competente, su desinterés por promover acciones de dialogo social explícitos hacia el mundo popular que distensionen la confrontación que se configura entre ambos sectores, etc. Ver Villablanca Zurita, Hernán; Terratenientes, burguesía industrial y productores directos: Chile 1900-1960, Depto. de Sociología, U. de Chile, Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 2003, pág. 127.

¹²³ Barros Lezaeta, Luís y Vergara Johnson, Ximena; El modo de ser aristocrático: el caso de la elite chilena hacia 1900, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1978, págs. 48-51.

¹²⁴ Nuevamente es a través de los rasgos de sociabilidad que desarrollan los grupos de elite, donde se puede apreciar mejor esta autonomización; las celebraciones organizadas en torno al Centenario, son también el reflejo del regocijo y la confianza en si mismos sobre su capacidad para dirigir el estado: “...fuegos artificiales, paradas, noches de gala en la opera, carreras de caballos, el primer avión que sobrevolara Santiago, el nuevo palacios de Bellas Artes...las escenas del Centenario serán recordadas por mucho tiempo...”, en Collier, Simon y Sater, William F.; Historia de Chile 1808-1994, Editorial Cambridge University Press, 1ra. Edición, Madrid, España, 1999, pág. 178. Otros autores profundizan en el análisis del sentido de la fiesta cívica como metáfora de la desigualdad en las relaciones sociales: “...la clase dominante evalúa los cien años de la nación como un éxito. Discursivamente se

noción de superioridad de la idea de destino: son superiores quienes han sido llamados a realizar y transmitir el orden natural...la superioridad no es otra cosa que la dignidad que confiere esta visión...únicamente ejerciendo su calidad de padre y señor, de patriarca y patrón, podrá garantizar la obediencia a esa disposición concertada de las cosas...es en este punto donde el dinero y el buen tono (*atributos de los grupos de elite del periodo con que exteriorizan su condición*) niegan la tradición...ambos reducen la idea de aristocracia a la autosuficiencia a la de una perfección acabada en si misma...¹²⁵. Sin embargo esta progresión hacia la autonomización no impide que en el imaginario valórico-cultural de los grupos de elite se configure una visión ideal de los sujetos populares, consecuente con sus exigencias: "...la imagen popular valorada por la oligarquía debería corresponder a la del trabajador aplicado, obediente y leal...la sumisión al trabajo debería verse como la virtud popular por excelencia..."¹²⁶. De este modo, junto con la organización oligárquica y autonomizada desde la que ejerce la hegemonía, aparece un discurso educativo que es pensado como mecanismo difusor-reproductor de estas formas valóricas-culturales deseables de encarnar en la mentalidad de los grupos populares. Fundamentada en la concepción de la precondición animalésca y barbárica del bajo pueblo, reprimida en estado de latencia, pero siempre probable de irrumpir a pesar de su sujeción, el enfoque del discurso educativo de los grupos de elite ve en el racionalismo positivista de la filosofía del progreso, el principio bajo el cual orientará un tipo de acción educativa que en esencia es negadora de la subjetividad popular (disciplinante, moralizadora, restrictiva, punitiva, etc.). La *acción civilizadora* desplegada hacia los grupos populares a través del sistema educativo publico (y a pesar de su escasa cobertura¹²⁷) muestra la intencionalidad principal de concebirlo como aparato de disciplinamiento y contención de la temible irrupción del mundo popular: "...basta que el pueblo se perciba como alejado de las virtudes que harían de él un noble servidor, para que su imagen se transforme por completo....(entonces) se le ve como parias, entregados a bajos instintos ...en otras palabras, roto el lazo de la servidumbre y en consecuencia al margen ya de la tutela moral del patrón no queda para el pueblo mas que sucumbir a su naturaleza inferior...es entonces sanguinario, brutal, borracho, supersticioso, depravado..."¹²⁸. Este ascendiente moral que poseen los grupos de la elite sobre los grupos subordinados, como expresión de la constitución hegemónica-subalterna

sigue planteando un afán integrador, inaugurado en 1810, que en la práctica se diluye en la lógica excluyente con que esa elite había operado durante todo el siglo. De ahí que su acción en las festividades del Centenario sea predominantemente simbólica, ya que, en ese contexto, nunca se trato de una prohibición o exclusión expresa, sino mas bien una ausencia de invitación a configurar el universo en que ella se desenvolvía...". en Silva A., Bárbara; *Identidad y Nación entre dos siglos: patria vieja, centenario y bicentenario*; editorial Lom, primera edición, Santiago de Chile, 2008, pág. 75.

¹²⁵ Barros Lezaeta, Luís y Vergara Johnson, Ximena; *El modo de ser aristocrático: el caso de la elite chilena hacia 1900*, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1978, pág. 143.

¹²⁶ Barros Lezaeta, Luís y Vergara Johnson, Ximena; *El modo de ser aristocrático: el caso de la elite chilena hacia 1900*, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1978, págs. 52-53.

¹²⁷ La cobertura educacional que definía el Estado consistía en la organización de la educación primaria en torno a un sistema de cuatro años para las escuelas comunes –donde asistía la mayor cantidad de la población escolar-, y seis años para las superiores. Para el año 1895 se calcula que dicha cobertura alcanzaba al 26%, siguiendo el año 1907 con un 34% y finalmente el año 1920 con un 50%. Aunque la tendencia se muestra progresivamente ascendente, no se puede dejar de reconocer su limitado ámbito de acción, considerando al amplio porcentaje de población escolar que quedaba fuera del sistema, es decir, donde no llegaba en forma sistemática y dirigida estos principios que fundamentaban las practicas educativas e el periodo Ver Soto Roa, Freddy; *Historia de la Educación Chilena*, editorial CPEIP, Santiago, 2000, pág. 42.

¹²⁸ Barros Lezaeta, Luís y Vergara Johnson, Ximena; *El modo de ser aristocrático: el caso de la elite chilena hacia 1900*, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1978, pág. 54.

de las relaciones sociales, no solo impedirá el desarrollo valórico-cultural espontáneo o autónomo de los sujetos populares, sino que también inhabilita a las organizaciones que estos desarrollan para formular discursos y practicas educativas que se perfilen como superadoras de la condición subalterna¹²⁹, que es donde se expresa con mayor claridad la naturaleza ideológica del sistema educativo y las escuelas públicas. La paradoja de la subalternidad como vivencia del mundo popular, implica que incluso sus expresiones organizativas (las elites obreras) no resientan de los objetivos que impulsa y concreta el discurso civilizador y regenerativo proclamado desde los grupos de elite, y que inhiben en estas experiencias asociativas populares el desarrollo de una practica educativa critica reflexiva de la cual surja un proyecto contrahegemónico: “...al descubrimiento del pueblo como productor de riqueza no se responderá con leyes sino con filantropía: como hacer para ser justos con sus *necesidades humanas*, si estimular en el pueblo esas pasiones oscuras que lo dominan, y sobre todo *esa envidia rencorosa que se disfraza de igualitarismo*... así en el paso de lo político a lo económico se hará evidente el dispositivo central: de inclusión abstracta y exclusión concreta es decir de legitimación de las diferencias sociales...”¹³⁰. Dos sentidos se definen con claridad en el desarrollo del discurso educativo de los grupos que ejercen la hegemonía; por un lado esta el sentido vertical y autoritario que se expresa a través de la acción educativa que implementa, como reflejo del sentido patriarcal desde el cual los grupos dominantes entienden las relaciones sociales, lo cual además significa asumir a los sujetos populares desde su condición inculta que niega su individualidad colectiva ,y por lo tanto los excluye de una esfera de racionalidad y civilización en la cual si podrían subjetivarse: “...(*la relación del pueblo con la educación*)...no podía ser sino vertical: desde los que poseen activamente el conocimiento hacia los que ignorantes, esto es vacíos, solo pueden dejarse llenar pasivamente y de un conocimiento al qué en ultima instancia siempre seguirán siendo extraños...salvo en sus aspectos prácticos...”¹³¹ Por otra parte se encuentra la dimensión homogenizadora en la que se insertan las practicas educativas desarrolladas a través de las escuelas publicas, en el sentido de unificar a través del discurso civilizador el horizonte valórico-cultural que prima en la sociedad, de tal modo que este funcionara como una instancia generadora de consenso social (es decir de formas de adhesión-consentimiento en el mundo popular hacia el ejercicio de la hegemonía por parte de los grupos de elite):“...con la idea de la cultura burguesa designa, nombra la unificación del sentido que ella realiza al universalizar el sentido que reduce todas las diferencias a su equivalente general: el valor...la razón mítica de una cultura universal forma

¹²⁹ Este ascendente moral se expresa como supremacía inherente e incuestionable de los grupos de la elite, funcionado como dispositivo supresor del potencial contrahegemónico que existe en las organizaciones sociales del mundo popular orientadas hacia la emancipación social: “...la validez del poder no estriba en que unos tengan que ganarse la voluntad de otro ...la autoridad no es algo dispensado por quienes se le someten...ella es, muy por el contrario, dignidad que viene desde lo alto...”, en Barros Lezaeta, Luís y Vergara Johnson, Ximena; El modo de ser aristocrático: el caso de la elite chilena hacia 1900, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1978, pág. 165.

¹³⁰ Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones: Comunicación, Cultura, Hegemonía, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa fe de Bogota, 1998, pág. 5.

¹³¹ Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones: Comunicación, Cultura, Hegemonía, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa fe de Bogota, 1998, pág. 6. Para profundizar mas en la visión de la acción educativa como prácticas de instrucción, se sugiere revisar el concepto expuesto por Freire de *educación bancaria*, en Freire, Paulo; Pedagogía del oprimido, editorial Siglo veintiuno editores Argentina, 2da. edición, Buenos Aires, 2005, pág.80. Ver también Giroux, Henry A., Cultura, poder y transformación en la obra de Paulo Freire: hacia una política de la educación, en Los profesores como intelectuales: hacia una pedagogía critica del aprendizaje, editorial Paidós Ibérica, Barcelona, 1990, págs. 159-170.

parte de imaginario que produce la burguesía y desde el que se mira y comprende a sí misma...”¹³².

El contenido de discurso educativo de los grupos de elite se presenta coherente frente a estas definiciones. En cuanto al contenido expresado por los programas políticos de los partidos que los representan (conservador, liberal, liberal democrático, radical, nacional), no se aprecian grandes definiciones sobre el contenido en la enseñanza, centrándose más bien en los aspectos administrativos, haciendo referencias a la obligatoriedad, gratuidad y cobertura como temáticas en las cuales se debe reflejar la intervención del Estado; en este sentido los liberales democráticos (balmacedistas) plantean el “...sostenimiento del Estado Docente por medio de las universidades, liceos y otros establecimientos públicos con enseñanza gratuita para la instrucción primaria, secundaria, superior y especial...”¹³³, siendo esta una propuesta que con distintos niveles de aceptación, está presente en la generalidad de estos programas partidarios. También se enfatiza la importancia del desarrollo de la formación técnica y de oficios, en tanto demanda que emana directamente de las necesidades del sistema productivo¹³⁴. Las grandes diferencias entre estos programas, radicadas en el ámbito *doctrinario*, en el que se representan las diversas visiones y proyectos de la elite, tiene que ver con el énfasis racionalista o religioso que deba tener el contenido de la enseñanza. Según esto, los conservadores pretenden limitar en este sentido la acción secularizadora del estado, reconociendo en este caso a la familia un rol importante en la defensa de la libertad de enseñanza (entendida como el derecho exigido para recibir instrucción religiosa en las escuelas públicas), pues la visualizan como el espacio donde se arraigan las costumbres y tradiciones, pero además donde se definen en gran parte las conductas sociales. En relación a esto, los radicales representarán claramente la tendencia racionalista y civilizadora al concebir el rol de las escuelas públicas en la difusión y reproducción de una nueva mentalidad en el mundo popular, acorde con la racionalidad capitalista; en relación a esto declararán que: “...siendo la ciencia la base de la independencia del espíritu, la enseñanza dada por el estado debe ser esencialmente científica y tener finalidad esencialmente moral y social...”¹³⁵. A pesar de esta contradicción que se plantea entre las fuerzas políticas identificadas (y que puede ser considerada como elemento que separa internamente a los grupos de elite, desde la cual se desarrollarán interpretaciones sobre el ejercicio de la hegemonía) subyace en la base de estos planteamientos, la idea de que la acción educativa contribuye a fortalecer la armonización de intereses dentro de una sociedad (en un contexto donde la fragmentación que se produce como una consecuencia de la agudización de las contradicciones sociales, se percibe como peligrosa y atentatoria para el mantenimiento del sistema de dominación), por lo cual su función hacia el mundo popular será precisamente la formación de esta disposición a la armonización en la conciencia de los sujetos populares (adhesión-consentimiento) a través de la regeneración moral e intelectual mediante la

¹³² Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones: Comunicación, Cultura, Hegemonía, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa fe de Bogotá, 1998, pág. 123.

¹³³ Programa del Partido Liberal Democrático-1896, en Ortiz Letelier, Fernando, El movimiento obrero en Chile (1891-1919), editorial Lom, primera edición, 2005, Santiago, pág.238.

¹³⁴ “...ampliación de la instrucción especial, por la creación, además de los establecimientos profesionales y de Artes y Oficios existentes en la actualidad, de escuelas talleres para obreros y escuelas manuales...”, en Programa del Partido Liberal Democrático-1896, en Ortiz Letelier, Fernando, El movimiento obrero en Chile (1891-1919),..., ídem.

¹³⁵ Programa del Partido Radical- 1888, en Ortiz Letelier, Fernando, El movimiento obrero en Chile (1891-1919),..., pág. 233.

acción educativa¹³⁶. La fundamentación de este tipo de acción educativa para las escuelas publicas, es posible además porque dentro en las practicas que implementan la condición subalterna , tiene importancia central el reconocimiento y la legitimación en los sectores populares de actividad desplegada por el sistema educativo publico, que es donde se refleja la consecuencia subordinante que proviene desde la articulación de la hegemonía-subalternidad: “...para alcanzar este propósito (*legitimación de la institucionalidad escolar*) se organizó un sistema de instrucción primaria para cumplir la doble finalidad; constituirse en un organismo eficiente para la civilización y el disciplinamiento de los sectores populares, y por otra parte, que la escuela llegara a ser aceptada y reconocida por ese pueblo como útil y necesaria para mejorar su situación dentro del orden vigente...”¹³⁷. Precisamente para lograr estos objetivos, se observa en el análisis que hacen diferentes pensadores, que no basta, para la coyuntura de agudización de las contradicciones sociales, con las acciones que ha desarrollado el estado durante el silgo XIX y el rol tradicional de las escuelas públicas, por lo cual se percibe una especie de crisis en la institución escolar, definida por su incapacidad de desarrollar una gestión del sistema educacional acorde a las exigencias del contexto: “...ni instrucción elemental para el que no tuvo la suerte de adquirirla en sus primeros años, ni de perfeccionamiento general o especial para el que siente las deficiencias de su preparación y anhela repararlas ni medios de contribuir a la cultura moral, cívica o estética de la comunidad, de todo eso, nada o casi nada ofrecen nuestras escuelas, la irregularidad en la previsión de materiales de enseñanza y sobre todo el desarrollo en que se mantiene a las escuelas rurales encargadas de luchar con un 70% de analfabetos y de incorporar a la ciudadanía a un 57% de nuestra población total...”¹³⁸. Es por esta razón que para esta etapa el debate se centra en cómo resignificar las prácticas educativas en el sentido de que orienten su acción al fortalecimiento de la cohesión social, la identidad nacional y una racionalización en la dinámica del disciplinamiento en la cual no sean tan evidentes su lógica coactiva y coercitiva¹³⁹. Se percibe las escuelas como un espacio que debe ser ideológicamente recuperado a través de las determinaciones que emanen desde los grupos dirigentes, que en este caso se proyectan a la critica del sentido generalista, humanista y culturizante de la formación escolar y el énfasis en la necesidad que se perfile en ella con mayor nitidez los objetivos de utilidad y sentido practico que debiera tener la enseñanza para los grupos populares¹⁴⁰, de acuerdo a las exigencias que plantea el desarrollo político-económico: “...a comienzos de siglo surgieron las primeras críticas al carácter humanista de la educación que se impartía, que se consideraba

¹³⁶ Esta idea aparece como muy relevante dentro del pensamiento político conservador, al plantear el “...desarrollo de la instrucción publica en escuelas de aplicaron practica que preparen para la vida honrada del taller a los hijos del pueblo...”, en Programa del Partido Conservador-1895, en Ortiz Letelier, Fernando, El movimiento obrero en Chile (1891-1919),..., pág. 242.

¹³⁷ Monsalve, Mario, investigador; “Y el silencio comenzó a reinar”: Documentos para la historia de la instrucción primaria 1840-1920, editorial Dibam, Colección Fuentes para la Historia de la Republica, Vol. IX, Santiago, 1998, pág. 17.

¹³⁸ Salas, Darío; El Problema Nacional, editorial Universitaria, 2da. edición, Santiago de Chile, 1967, págs. 36-37.

¹³⁹ En relación a los objetivos de formación de curriculum escolar y las asignaturas impartidas en las escuelas chilenas para el periodo, ver Salas, Darío; El Problema Nacional, editorial Universitaria, 2da. edición, Santiago de Chile, 1967, pág. 114.

¹⁴⁰ En relación a este aspecto se fundamentará la idea de recalcar la importancia de la formación técnica por el sentido de habilitación socio-laboral con el que se la visualiza, materializando en principio de practicidad proclamado: “...la relación de estas asignaturas técnicas con las necesidades de la colectividad es desde luego, directa e inmediata. Imposible es no ver que la enseñanza de la minería, de la agricultura y sobre todo de los trabajos manuales al despertar el intereses de los alumnos en las faenas productoras e iniciarlos en su ejercicio facilita la consecución del fin primordial de la educación, cual es, capacitar al individuo para arrastrar en la sociedad su propio peso...”, en Salas, Darío; El Problema Nacional, editorial Universitaria, 2da. edición, Santiago de Chile, 1967, pág. 117.

demasiado intelectual, abstracto, libresco, que estaba lejos de preparar a los alumnos para la vida practica y para las exigencias del desarrollo del país. En el mismo sentido se critica fuertemente la indiscriminada adopción de los modelos educacionales extranjeros, especialmente el alemán, resaltando la idea de que se encontraban en discordancia con lo que requería el educando chileno para desenvolverse en el medio nacional...¹⁴¹. La necesaria resignificación del principio educativo hacia la cual se orienta el debate ideológico interno de los grupos de elite, encuentra en la *eficiencia social*, el elemento significativo bajo el cual se aspira a desarrollar las practicas educativas, en tanto esta permitiría potenciar el desarrollo de las formas de racionalismo capitalista mas pertinentes de acuerdo a su visión de la constitución hegemónica-subalterna: "...la eficiencia social: he ahí el verdadero fin ultimo de la educación, considerado como empresa consciente colectiva. ¿Qué móvil podría inducir a la sociedad a emplear parte de sus energías y recursos en preparar al individuo para ganarse bien la vida, en disciplinar sus facultades, en ponerlo en posesión de la herencia cultural de nuestra especie, en desenvolverlo armónicamente, en hacer de el una entidad moral, sino es el interés común, el anhelo que la sociedad misma siente de conservarse y mejorarse? ¿Que significado tendría la utilidad, la disciplina, la cultura y lo demás aparte de la vida en comunidad?...¹⁴². La eficiencia social será el principio educativo en el cual la vivencia hegemonía-subalternidad de los diferentes grupos sociales se contextualiza, se objetiva y concreta a partir de la doble lectura que hace de la relación entre el individuo y la sociedad: por una parte, como expresión de su relación con los intereses y necesidades de la comunidad a través de la sistematización de las experiencias educativas de instrucción en conocimientos, procedimientos y valores deseables; por otra parte la *eficiencia social* es también un medio para la superación cualitativa del individuo, al perfilarse entonces como un difusor activo de esta experiencia educativa, entendida como relevante en la medida que actúa como un factor de mejoramiento colectivo, es decir, de armonización social y por lo tanto de concreción de la constitución social hegemónica-subalterna, que es la lectura que hacen los grupos de elite.

¹⁴¹ Reyes del Villar, Soledad; Chile en 1910 una mirada cultural en su centenario, Editorial Sudamericana, 1ra. edición, Santiago de Chile, 2004, pág. 172. Otros autores profundizan en el análisis de la descontextualización de la enseñanza impartida por el sistema educación publico, en relación a los requerimientos del modelo de desarrollo del país; en el caso del impacto de estas practicas educativas en los grupos populares se observa que: "...sin las aptitudes técnicas, ni voluntad ,y sin hábitos de trabajar y sin espíritu de deber o es una carga para la familia o un parasito que pierde su tiempo y vive a expensas de la colectividad...". en Encina, Francisco Antonio; Nuestra inferioridad económica, editorial Universitaria, 7ª. edición, Santiago de Chile, 1990, pág. 62.

¹⁴² Salas, Darío; El Problema Nacional, editorial Universitaria, 2da. edición, Santiago de Chile, 1967, pág. 214.

Capítulo III: El proyecto valórico-cultural de la elite obrera.

“...Mal hablado y pendenciero, racimo de hierba negra, todavía el corvo integra su figura de haviero piojoso y aventurero caído en el ventarrón, y aun le queda corazón a esa inmensa ruina humana para agarrar la picana y clavársela al patrón...” Pablo de Rokha, Décimas del roto choro, Romancero Proletario.

Como elemento fundamental para el desarrollo de los objetivos de esta investigación, aparecen aquellos sectores sociales que se definen en su carácter histórico por las condiciones de subordinación, dominación y subalternidad desde las cuales articulan su identidad social, el carácter de las relaciones sociales con otros grupos (hegemónicos) y el discurso a través del cual se posicionan en el conjunto de dimensiones históricas relevantes de acuerdo al contexto estudiado. En este sentido fundamentan su importancia en tanto grupo social para el análisis de las proyecciones del discurso educativo, al identificar este ámbito de análisis como constitutivo de la estructura hegemonía-subalternidad. No podría entenderse la significancia de esta doble condición, ejercida y vivenciada, sin un análisis a la trayectoria de estos grupos y sus expresiones discursivas y prácticas. Sin embargo es preciso señalar que dentro de estos grupos sociales se distingue de su conjunto a aquellos núcleos donde se hace más patente la tendencia a la asociatividad y su consecuente construcción de discursos de representación. Sin descartar la posibilidad de que estas características sean en realidad homologables al conjunto del movimiento, se debe clarificar la significancia de sus expresiones más nítidas, que identifico como la *elite obrera*, por cuanto se asume que dentro y en torno a ellas estas expresiones discursivas y prácticas adquieren un mayor nivel de concreción, sistematicidad, coherencia y proyección. En directa relación con el concepto de elite que se utiliza en esta investigación, la elite obrera aparece como aquel segmento de grupos provenientes desde el conjunto de los sectores dominados, que ha desarrollado una experiencia discursiva en cuanto a su identidad de organización y representación social, que permite identificarla como expresión orgánicamente constituida de este conjunto social, y por lo cual se le atribuye el ejercicio de este rol “reflexivo” frente a su propia condición social. Lo que permite a su vez otorgarle una mayor relevancia a este grupo en cuanto a su subjetividad histórica tiene que ver con dos elementos que a su vez significa la experiencia educativa en cuanto a la condición hegemónica-subalterna. Por una parte, al hacer referencia a una elite obrera no se debe dejar de recalcar su carácter subalterno, que deviene como una consecuencia de ser expresión discursiva y práctica de un grupo que se encuentra en situación de dominación, subordinación, etc.; por lo cual estas expresiones que reflejan la búsqueda de construcción de su identidad social, se encuentra profundamente ligadas (precisamente en lo cualitativo) a la vivencia de la subordinación. Esta realidad, *profundamente material y concreta*, al no poder ser sustraída de la experiencia, termina por permear o traspasar la identidad valórico-cultural de los grupos de la elite obrera. A través de diversos procesos¹⁴³ que

¹⁴³ Beverley habla de la función que tiene las experiencias de aculturación y transculturación como mecanismos constitutivos de la subalternidad en la medida que plantean la decodificación o interpretación de lo subalterno según las pautas valórico-culturales de la cultura hegemónica, la *academia*. Ver Beverley, John;

se organizan desde la hegemonía, las representaciones valórico-culturales de los grupos subalternos terminan enajenándose en su contenido de sus intereses auténticos, definidos por su discurso político. Lo anteriormente señalado plantea la permanente contradicción a la que se ven enfrentados estos grupos y que es precisamente la débil reflexión que se hace en torno a los elementos que estructuran su identidad valórico-cultural, en algunos casos, o también el hecho de que aun desarrollado una reflexión crítica frente al carácter subordinante de estos elementos representativos de la identidad valórica-cultural de la elite dominante, no desarrolla practicas culturales contra-hegemónicas. Por otra parte se ha hecho referencia constante a la *pluralidad* de tendencias internas como elemento que permite generalizar la exterioridad de las formaciones de elite, y en este caso, de la elite obrera, por cuanto estaría constituida por un variado numero de experiencias, sensibilidades y discursos que guardan entre si importantes niveles de heterogeneidad. Respecto de lo anterior, se debe plantear que la definición de elite obrera busca poner el énfasis en aquellos elementos de continuidad que permiten estructurar una identidad valórica-cultural en común, persistente a pesar de las diferencias entre ellos que es precisamente la interpretación que se asume como mas pertinente respecto del fenómeno histórico planteado, la proyección de la condición hegemónica-subalterna en el discurso educativo, por cuanto plantea una perspectiva de polaridad que permite dimensionar el carácter de estas experiencias educativas, concebidas como un reflejo de las relaciones de poder que se articulan en el periodo estudiado. En relación a esto, la evidencia que surge desde las ideas educativas desarrolladas por la elite del mundo obrero permite desarrollar un análisis crítico sobre los fundamentos de su proyección contrahegemónica para el periodo señalado.

Proyección histórica, tendencias y conflictos en la elite obrera

Se debe rastrear cual ha sido el origen de esta elite obrera, para posteriormente determinar que tendencias se han organizado incidiendo en la definición de su trayectoria histórica. El origen de la experiencia asociativa obrera lo encontramos en la época colonial. Sergio Grez ha señalado que las raíces de movimiento obrero organizado del siglo XIX y principios de XX lo encontramos en el artesanado urbano, segmento que se considerara como la “columna vertebral” de la experiencia asociativa popular¹⁴⁴. Lo que constituye materia relevante para esta investigación es el análisis del proceso de génesis de su identidad reivindicativa, en tanto expresa la afirmación de convocatoria para una estructuración identitaria. En este proceso es el artesanado el grupo que juega un rol determinante, al definir durante esta etapa de gestación los elementos valóricos-culturales que con posterioridad se proyectaran en el discurso y la praxis como movimiento organizado. Durante la etapa histórica señalada, los gremios se articulan de acuerdo al tipo de organización que prevalece durante la Edad Media, en el sentido que son depositarios de la validez en el ejercicio de la practica laboral y su reglamentación, elementos en torno a los cuales se agrupan y cohesionan; por otra parte, desarrollan un tipo de relación con la autoridad según el esquema de un pacto social, en el cual se reivindican derechos y obligaciones, descansado en ultimo caso su legitimidad en la lealtad a la sacralidad del poder y a esa conceptualización de divinidad e

¹⁴⁴ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general: Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890), Colección Sociedad y Cultura, Editorial Dibam, 1ra edición, Santiago, 1997.

inmanencia con que se interpreta el sentido de la autoridad y la propia dinámica política de este tipo de formación social. En su arraigo a la tradición y en su instintiva defensa de la condición socio-productiva es que el artesanado configura un tipo de identidad social que se basaba sustancialmente en la defensa corporativa de sus intereses; es desde esta particular experiencia asociativa que aparecen elementos importantes que ayudan a definirla como su atavismo patriarcal, el sentido de jerarquía y su inmanencia, perspectiva *escolástica* sobre la experiencia de formación/profesionalización en el oficio, organicidad afectiva de los vínculos laborales-productivos, experiencia de religiosidad asociada a la labor en la que se especializan, exteriorización, vinculación y representación hacia la sociedad a través de la expresividad pública de algunos de estos rasgos distintivos (como las cofradías), etc. Son estos elementos los que estructuran un tipo de identidad, que deviene en reivindicativa en la medida que se desarrollan algunos procesos de ruptura frente a las condiciones históricas estructurales que contextualizaron su desarrollo. Estos procesos de ruptura tienen que ver esencialmente con las transformaciones que operan en el ámbito institucional-administrativo, político y económico, como consecuencia del advenimiento de la Modernidad y las reformas que potencia, como influencia y reflejo en la administración colonial de América.

Es el conflicto que surge entre los tradicionales fueros de estos gremios artesanales y el discurso racionalista-ilustrado que fundamenta el desarrollo del estado moderno y el capitalismo, aquel contexto en el que se articula progresivamente la afirmación de una identidad reivindicativa. El ascenso de la burguesía como grupo social en disputa por la hegemonía política, se relaciona evidentemente, entre otros *lei motiv*, con su necesidad de articular una legalidad económica tendiente hacia la liberalización del comercio y el ejercicio profesional de los oficios artesanales, situación que obviamente afectaba los intereses de los mencionados gremios: “...hacia fines del siglo XVIII, durante el periodo borbónico, las exigencias de las autoridades se hicieron menos estrictas. En 1789 Carlos IV concedió a los fabricantes de tejidos el derecho de inventar, imitar y variar sus artefactos como quisieran sin sujetarse a ninguna ordenanza gremial y si exigir a los artesanos las pruebas que hasta entonces debían pasar para ejercer su oficio...tales medidas, destinadas a disolver los antiguos gremios de origen medieval, correspondían a la política modernizadora de los Borbones y se inscribían dentro del proceso de desarrollo económico que hacia mediados del siglo XVIII había permitido la configuración de un sector artesanal y manufacturero...”¹⁴⁵. En el caso de nuestro país, los antecedentes de este conflicto como crisol de la identidad reivindicativa del artesanado se encuentran en las intenciones normativas-reglamentarias que tuvo el Estado Borbón hacia este grupo, expresado en las reformas aplicadas (o al menos dictadas, tomando en cuenta la situación de excepcionalidad jurídico-administrativa de Chile a la cual ya se ha hecho referencia) que afectaban sus intereses inmediatos¹⁴⁶.

¹⁴⁵ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general: Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890), Colección Sociedad y Cultura, Editorial Dibam, 1ra edición, Santiago, 1997, pág. 55.

¹⁴⁶ Es necesario tomar en cuenta este factor al analizar las características desde las cuales surge el estado chileno después el proceso de emancipación política pues permiten comprender la dimensión de la vocación oligárquica en el ejercicio del poder que expresan los grupos de elite vinculados a este: “...en términos generales, las reformas borbónicas perseguían fortalecer el control de Madrid, mas aun, pueden ser consideradas una reacción de la Corona frente a la pérdida progresiva de su poder en ultramar, vacío que estaba siendo aprovechado por los grupos locales...las políticas destinadas a aminorar el poder creciente que fue adquiriendo este grupo fueron principalmente económicas, administrativas, militares y eclesiásticas, las cuales en resumidas cuentas, buscaban una mayor centralización de la administración, una explotación mas eficiente de los recursos disponibles y una intensificación de los gravámenes (como también una mejora en su recaudación) con el fin de colaborar en la consolidación del poder estatal -esencia *absolutista del régimen*- como también en el progreso y modernización de las colonias...” en Peralta C., Paulina; ¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837), Editorial Lom, 1ra. Edición, Santiago 2007, pág. 35.

También el desarrollo de esta temprana condición reivindicativa del artesanado expresa su prefiguración subalterna respecto del grupo en ascenso, característica que posteriormente proyectara al movimiento obrero ya constituido en el siglo XIX, en el sentido de que contribuye a reforzar el imaginario libertador de la elite de las opresiones y vejámenes del estado colonial, en su rol de único grupo protagonista de la emancipación política.

Este artesanado muestra algunas características que permiten definir sus elementos constitutivos elitistas dentro del conjunto del mundo trabajador-subordinado, los que deben ser considerados al percibir en ellos rasgos refractarios a la cultura popular como expresión de esta prefiguración subalterna. Por una parte al interior de los gremios existía una marcada estratificación social, que la caracterizaba como una organización rígida, patriarcal y jerárquica, ajena a la tradicional indisciplina laboral de la masa de peones y gañanes, caracterizados por su sentido de horizontalidad social, movilidad, desarraigo: "... la vivencia del trabajo para el siglo XVIII ...era transgredida por los vagos desviándose de ella , siendo inconstantes o simplemente resistiéndose al mantenerse *de limosna, de andante, de andar andandoo jugando toda clase de juegos*. Estos últimos, junto a los que declararon estar *sin ejercitarse o no servir a persona alguna*, constituyen un grupo de vagos realmente refractarios al trabajo colonial, especie de picaros que se las ingenian para subsistir al margen de lo establecido...la lucha contra estos hombres tan libres y ajenos a lo que se entendía como correcto, tenía un carácter de cruzada, ellos adquirirían una dimensión monstruosa, eran errores de este mundo..."¹⁴⁷. Por otro lado el carácter mismo de la actividad productiva que desarrollaban era un factor discriminatorio utilizado por la elite, que despreciaba la actividad manual propia del artesano (los denominados *oficios viles*) dada su configuración particular adscriptiva propia de los grupos de elite tradicionales en Latinoamérica¹⁴⁸. El fortalecimiento que en términos prácticos otorgan

¹⁴⁷ Araya E., Alejandra; *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile Colonial*; Colección Sociedad y Cultura, Editorial Dibam, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1999, págs. 85 y 126. Los elementos que caracterizan a la fuerza laboral durante la época colonial, permiten comprender la profundidad del arraigo de esos rasgos de resistencia atávica que distinguen a la base de esta, frente al avance de la modernidad capitalista y las transformaciones que conlleva en el ámbito de las relaciones de producción; en este sentido la significancia de la practica de *ociosidad y vagabundaje* como expresión subvertidora de la sujeción y expropiación laboral por parte de peones, jornaleros , gañanes, etc., queda reflejada en la convocatoria y homogeneidad de la elite dirigente frente a las practicas institucionales tendientes a *normalizar* el ejercicio de la actividad productiva, tanto en la época colonial como posteriormente en la republicana (obviamente apelando a la coerción y la coacción) : "...la sociedad colonial chilena del siglo XVIII se encontraba en un proceso de consolidación de estructuras de dominio interno (local) como producto de una transformación de las estructuras económicas y demográficas...enfrentar en términos de dominio y poder esta transformación de larga duración , que cristaliza en el siglo XVIII, llevo a las elites e intelectuales a emprender una tarea de conquista de aquellos que debían ser objeto de dominio - la plebe -.... para concretar esta tarea se recurrió a un conocido discurso moral , el que adquirió el rasgo de una ideología socialel discurso sobre la ociosidad...el resultado del proceso de conceptualizaron de la vagancia es claro a principios de siglo XIX: la inutilidad debía ser transformada en utilidad y se contaba con los mecanismos legales e institucionales para realizarlo...los vagabundos no eran delincuentes por su errancia , sino por su relación con el trabajo, sus formas de sostenimiento y por conductas asociadas que resultaban ser objeto de sanciones penales como los juegos prohibidos, el amancebamiento y el hurto..."; op. cit., págs. 13, 17, 21. Para un análisis de estas expresiones de resistencia a la disciplina laboral del Antiguo Régimen en España, visualizando su proyección en la identidad valórica-cultural del mundo popular en Latinoamérica ver Peiro Arroyo, Antonio; *Jornaleros y Mancebos: identidad, organización y conflictos en los trabajadores del Antiguo Régimen*; Editorial Crítica, primera edición, Barcelona, España, 2002.

¹⁴⁸ Esta situación tiene que ver entre otras cosas con el monopolio valórico de la ética católica en las colonias americanas, sostenido férreamente por la iglesia y el estado monárquico (¿qué mas explicito que su condición de principio fundante de la potestad del monarca español sobre América, en su rol de defensor de la fe?) y que hace la diferencia cualitativa con el desarrollo de la identidad valórica-cultural de las elites en las colonias inglesas adscritas a la ética protestante : "...como los valores de eficiencia

las reformas borbónicas al desarrollo de la elite comerciante (desde la perspectiva de su cohesión como grupo social y el desarrollo de un discurso de disputa de la hegemonía política) permite comprender cómo es que este mismo grupo social cumple con el doble objetivo de impulsar y conducir el proceso de emancipación política, para posteriormente instrumentalizarlo a través del acto fundacional de creación de la república, de acuerdo a las necesidades de proceso de legitimación del nuevo orden fundado: “...se presenta un vacío de poder que la elite ocupará , teniendo en cuenta que quizás nadie más podría haberlo hecho...si no se trata de ninguna explicación divina del poder, porque de hecho lo que se rechaza es el sistema monárquico absoluto, hay que recubrirse de un ideario que de la justificación necesaria para apropiarse de ese espacio de poder . Por tanto, debe recurrir al territorio mismo y sobre todo a la población que en él vive....así se entiende el actuar en nombre del pueblo, recordando que pueblo, en la practica, no implica nada mas que la elite. Las justificación inmediata es que esta clase dirigente actuaría con el objetivo del buen común, mientras se trabajaría en crear condiciones necesarias en el pueblo para extender la nación...”¹⁴⁹. Este grupo social se encuentra en una tensión bastante singular respecto de la matriz del movimiento social representada por el artesanado. Por un parte existe la conciencia en los grupos de elite de la necesidad de contenerlos socialmente, pero a su vez la pertinencia de convocarlos oportunamente, es decir de generar algún tipo de dinámica de cooptación para fortalecer la legitimidad del proceso bajo una apariencia de sentido respaldo popular. Sin duda que este particular relación generó conflictos que potenciaron el desarrollo de una identidad reivindicativa en el movimiento social. Sin embargo se debe señalar que la articulación de esta identidad se da en *clave premoderna* durante esta primera etapa de transición entre la colonia y las organización republicana, es decir bajo el carácter de las luchas sociales propias del antiguo régimen, asociadas a la defensa de las condiciones-garantías de vida, propia de un imaginario conservador en cuanto al sentido de historicidad: “...el iluminismo proyectivo de las elites modernizadoras debió enfrentarse con las continuas manifestaciones, por lo general locales y espontáneas de un anticapitalismo permeado por una fuerte identificación con formas tradicionales de socialización y elementos de una cultura de contrarreforma...”

¹⁵⁰ . La expresión más concreta del carácter reivindicativo premoderno de estas expresiones

son débiles en la mentalidad de la elite (*en Latinoamérica*) , el trabajo se considera un mal menor...” en Lipset, Seymour, Martin y Solari, A. E.; op. cit.; págs. 19-20.

¹⁴⁹ Silva A., Bárbara; *Identidad y Nación entre dos siglos: patria vieja, centenario y bicentenario*; editorial Lom, primera edición, Santiago de Chile, 2008, pág. 31. En relación a lo señalado se debe reiterar el carácter singular de la interpretación que hacen los grupos de elite locales respecto del ideario ilustrado en el que fundamentan la construcción de la nueva institucionalidad republicana: “...con el tiempo, se evidenciara que la llegada de la independencia en ningún caso significo el reemplazo de un modelo de modernidad por otro, sino que implicó la coexistencia de ambas (*sociedad colonial-sociedad moderna*)...si bien el ideario en que se sustentaba a elite se presentaba como revolucionario, existía un fuerte sustrato tradicional , que después de tres siglos de orden colonial era parte constitutiva de su identidad...el liderazgo de la elite se presenta como una continuidad histórica, y la ruptura con la metrópoli le añade la hegemonía política a la social y económica que ya detentaba en tiempos de la colonia...se trata de la coexistencia de tradición y revolución...” en Silva A., Bárbara; op. cit., págs. 19-21. Para un análisis de las practicas de instrumentalización de elementos de la cultura popular en el proceso de consolidación de la institucionalidad republicana ver Peralta C., Paulina; op. cit.

¹⁵⁰ Arico, José M.; *La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina*, editorial Siglo XXI Argentina, 1ra. edición, 2005, pág. 138. Al analizar las perspectivas de la identidad valórica -cultural de la elite obrera, se hará la distinción entre su vertiente anarquista (interpretada en parte como una expresión de resistencia a la modernidad, heredera de la tradición romántica) y la marxista -socialista-comunista- (visualizada mas bien como herencia radicalizada de la filosofía de la ilustración y el progreso). Para ver un análisis detallado del sentido, implicancias y tensiones que esta diferenciación genera en el imaginario del movimiento social en el periodo investigado se sugiere revisar también Martín-Barbero, Jesús; *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura, hegemonía*, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa Fe de Bogota, 1998; Chavolla, Arturo; *La imagen de América en el*

elitista de asociatividad de los grupos subalternos se visualiza en el contenido de su estrategia reivindicativa, articuladora de un discurso prepolítico, en cuya dimensión no plantea una praxis autónoma sino más bien dependiente, bajo la forma de la sistemática petición de intervención del estado como árbitro para la intervención en la resolución de éstos conflictos; al proyectarse esta característica al movimiento obrero del siglo XIX y XX se comprende la influencia del artesanado en la formación de su imaginario de representación política (en tanto evidencia la permanencia de rasgos de subalternidad) como también la continuidad, más allá de los cambios políticos-institucionales, de la relevancia de la dinámica hegemonía-subalternidad para caracterizar el conflicto entre los grupos dirigentes y subordinados; hace referencia además sobre la coherencia-continuidad histórica del proyecto de hegemonía de los grupos de elites criollos, y como evidencia del arraigo de la referida vocación oligárquica en el ejercicio del poder político¹⁵¹. En tanto el proyecto económico de la elite dirigente era excluyente en lo estructural, pero instrumentalizante en lo formal respecto de los grupos dominados, se puede entender las razones que explican el desarrollo y progresivo aumento de la conflictividad social que encarnan los grupos subalternos. Como ya se ha señalado, el proyecto de desarrollo económico implementado por los grupos de la elite dirigente, sobre todo a partir del advenimiento del portalianismo y la republica conservadora, privilegiaba su carácter primario, exportador y dependiente: "... la estabilidad política alcanzada a partir de 1830 influyó en la exitosa expansión económica sustentada por la exportación de productos agrícolas y mineros...la agricultura el comercio y la minería se convertirían en los pilares de la economía chilena..."¹⁵². Es entonces en función de este proyecto de modernización económica, que los grupos dirigentes desarrollan un modelo de relación hacia el mundo popular basado esencialmente en su perspectiva disciplinante. Para su justificación y legitimación social apela al discurso de la regeneración moral como fundamento del horizonte de modernidad capitalista plena hacia la cual aspira transitar. Por supuesto que en función de su condición hegemónica, al proyectar desde la perspectiva de la subalternidad el discurso de la regeneración en los grupos subordinados, logrando la adhesión-instrumentalización de aquellos elementos que articulan esta elite subalterna, logra gran efectividad en la aplicación de estas estrategias de disciplinamiento social. Se confirma en este sentido la tendencia de los grupos de la elite dominante a desarrollar la capacidad de permear con formas culturales propias y pertinentes a sus intereses, el horizonte valórico –cultural de los grupos subalternos, situación expresada en el imaginario político que desarrolla; detrás de estos esfuerzos esta la necesidad de generar un tipo de *adhesión instrumentalizante* en el mundo popular coherente con el sentido de integración nacional que es indispensable en el nuevo contexto político-institucional: "...el punto de esta dimensión es incluir al pueblo en el proyecto de construcción nacional; es una inclusión simbólica, de manera que se de la apariencia de participación mediante la identificación del pueblo a través de diversos referentes, y así poder postergar la participación real...la postergación se fundamenta en la imagen que se tiene del pueblo, aquel que vive en la miseria, ocioso, vagabundo e ignorante, por lo tanto incapaz de tomar decisiones políticas pero necesario como grupo humano y fuerza militar, es decir, que otorga legitimidad y defensa al sistema..."¹⁵³. Estos elementos adquieren un

marxismo, editorial Prometeo Libros, 1ra. Edición, Buenos Aires, 2005; Porton, Richard; Cine y Anarquismo: la utopía anarquista en imágenes, editorial Gedisa, 1ra. edición, Barcelona, 2001.

¹⁵¹ Ver Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., págs. 66-71, 232-235.

¹⁵² Grez Toso, Sergio; op. cit., pág. 59.

¹⁵³ Silva A, Bárbara; Identidad y Nación entre dos siglos..., pág. 46. Ver también Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., págs. 177-178.

carácter esencial si se toma en cuenta que durante esta primera etapa de organización republicana, la adhesión del mundo popular hacia el proyecto de los grupos dirigentes, fue en realidad bastante escaso, evidenciando que en realidad subyace en su sustrato valórico-cultural más auténtico, esta tendencia a la refractariedad respecto de estos propósitos e intenciones *integradoras* de los grupos hegemónicos: “...la causa patriota no es sentida por el pueblo, pues este deserta de las filas del ejército...para ellos esta revolución tenía más carácter de guerra civil, de patrones contra patrones, que de guerra nacional contra un enemigo externo. Sin comprender de que se trataba la revolución, *sin la educación para poder informarse a través de la prensa y sin conocer este anhelo republicano la respuesta es la indiferencia...*no son ellos los que impulsan la transformación hacia un sistema republicano, ya que de haber sido así, hubiese implicado *además una transformación social inmediata y significativa...*”¹⁵⁴. Es este contexto en que se justifica el discurso de la regeneración moral del pueblo a cargo de la elite, al ser esta la condición básica que aseguraría una simple, lejana y difusa integración política efectiva del mundo popular. Es en el análisis del carácter de los instrumentos a través de los cuales la elite dirigente implementa esta representación simbólica, donde se visualiza con claridad el rol de la educación y el papel que juega el estado oligárquico en su promoción, como principal interesado en garantizar la estabilidad necesaria para su proyecto de dominación: “...en ese entonces la educación se instaló como una preocupación de primera línea para alcanzar la asociación individuos – ciudadanos y, eventualmente, para desarrollar y sustentar el imaginario común que sería necesario...”¹⁵⁵. El contenido de esta práctica educativa se instala dentro del horizonte valórico cultural preconizado por el ideario iluminista, poniendo énfasis en la cultura escrita, donde el triunfo pleno del racionalismo expresa además un sentido de trayectoria hacia la modernidad y el progreso que tiene una esencia negadora de la cultura popular: “...la cultura escrita es vista como la frontera entre civilización y barbarie...la gran masa de la población se encontraría en este estado salvaje, bárbaro y oscuro por lo que debía ser civilizada e incorporada al proyecto nacional, eminentemente moderno, mediante el acceso a las luces...el proyecto nacional se construiría sobre un pensamiento ilustrado previo. Aunque se apela a una supuesta unidad nacional, desde un principio se segrega y excluye la cultura popular, mucho más extendida que el iluminismo, que es el que entrega las bases para la explicación o justificación de la formación nacional...la ilustración se presenta en Latinoamérica como una imposición vertical, desde el poder...”¹⁵⁶. En este sentido el discurso de la elite se muestra absolutamente coherente con su intencionalidad, y expresa además una homogénea cohesión en torno a este, más allá de las diferencias particulares que pueden conflictuar a los grupos internos que componen esta elite dirigente.

Es específicamente en el ámbito del desempeño laboral frente a las demandas del modelo de desarrollo económico, donde se sitúa la relevancia de las estrategias de disciplinamiento social, sobre todo si se toma en cuenta que el mismo proceso de

¹⁵⁴ Silva A, Bárbara; *Identidad y Nación entre dos siglos...*, pág. 65. En relación a este aspecto Sergio Grez puntualiza que “...grandes masas de campesinos eran enroladas por la fuerza o simplemente siguieron -con mayor o menor convicción- las ordenes de sus amos convertidos en líderes...”; lo anteriormente señalado permite comprender el carácter de resistencia implícita que asume la obstinada negación del mundo popular frente a la convocatoria instrumentalizante de los grupos dirigentes. Ver Grez Toso, Sergio; *De la regeneración del pueblo a la huelga general...*, pág. 178.

¹⁵⁵ Silva A, Bárbara; *Identidad y Nación entre dos siglos...*, pág. 24.

¹⁵⁶ Silva A, Bárbara; *Identidad y Nación entre dos siglos...*, págs. 34-40. El análisis de las expresiones de festividad popular promovidas por el estado (al estar ligadas a la conmemoración de eventos históricos de importancia fundacional en la trayectoria de la naciente institucionalidad), alcanza una significancia especial como conjunto de prácticas educativas en perspectiva formadora-moralizadora de la cultura del mundo popular. Ver Peralta C., Paulina; op. cit.

emancipación política y organización de la república supone un afianzamiento progresivo pero lento, no exento de etapas de retroceso y estancamiento, del aparato jurídico-administrativo (posibilitando en este sentido un recrudescimiento de la conducta bárbara de los sectores populares, en estado de irrupción latente) mostrando con claridad su dimensión coactiva-coercitiva: "...el relajamiento de la disciplina social y el debilitamiento del control estatal sobre vastos sectores de la población durante el periodo de las guerras de independencia y de los primeros años de la organización republicana (1810-1830), planteaba a los vencedores de Lircay la acuciante tarea de restaurar plenamente el imperio de las jerarquías tradicionales. Por otra parte, los albores de la transición al modo de producción capitalista que se anunciaban en la misma época, exigía un disciplinamiento de la mano de obra en función de la economía del futuro, condición que el trabajador colonial estaba muy lejos de llenar...desde el inicio de la república conservadora sus dirigentes procedieron sistemáticamente a someter y disciplinar al bajo pueblo..."¹⁵⁷. Llama la atención el hecho que dentro del discurso de los grupos de elite dirigentes exista una apelación constante para buscar, a través de estas estrategias, un sentido de *utilidad practica* a la vivencia social del bajo pueblo, aun cuando ella misma valora el ocio y mira el trabajo manual con desprecio, como una aberración, absolutamente impensable en el imaginario que construye de su condición social¹⁵⁸: aquí se reflejará una vez más su vocación oligárquica en el ejercicio del poder como elemento constitutivo de su condición hegemónica. Otra situación que permite profundizar en la exploración de la identidad valórica-cultural subalterna que expresa el mundo popular durante esta primera etapa de desarrollo, es apreciable al analizar el efecto que tuvieron algunos discursos divergentes, críticos o cuestionadores, que enuncian elementos que se asocian al discurso y la praxis de los grupos dirigentes (aunque tienen un carácter de expresiones radicalizadas del discurso ilustrado, son una herencia del pensamiento iluminista), pero que precisamente son ignorados por el segmento social interpelado: "...vosotros inocentes cooperáis a los designios viles de los malvados, acostumbrados a sufrir el duro yugo que os puso el despotismo, para que agobiados con la fuerza y el poder no pudiereis levantar los ojos y descubrir vuestros derechos..."¹⁵⁹. La omisión del mundo popular frente al carácter de esta convocatoria, tendiente a potenciar un proceso de afirmación *clasista* en la identidad del mundo popular, expresa el fracaso efectivo de sus objetivos, por cuanto en sus formas conserva los elementos característicos de la cultura letrada, por esencia ajena y negadora a la cultura popular; esta situación determino la imposibilidad de decodificación de esta y otras expresiones posteriores que interpelaban a los sectores populares en el sentido planteado.

¹⁵⁷ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 224. En este sentido Sergio Grez plantea que el disciplinamiento social hacia el mundo popular se concreta con el advenimiento del portalianismo a través de dos prácticas: el reclutamiento que exigía la reorganización de la guardia nacional y el sistema de trabajo forzado para los reos. Una descripción exhaustiva de los mecanismos de contención –control social incluyen: "...la pena de azotes, la reglamentación de la mendicidad a través de licencias otorgadas por las autoridades para su ejercicio *legal*, la vigencia en las regiones mineras de norte del país del sistema de papeletas mediante las cuales debían acreditar su empleo los sirvientes domésticos, gañanes, operarios de minas y demás trabajadores de tipo peonal, fueron otras tantas disposiciones adoptadas, o reafirmadas por los gobiernos de los decenios conservadores, para asegurar el disciplinamiento y control del bajo pueblo..."; es decir practicas tendientes a hacer sentir en el mundo popular el peso y la autoridad del estado. En Grez Toso, Sergio, op. cit., pág. 228.

¹⁵⁸ Ver Barros Lezaeta, Luis y Vergara Johnson, Ximena; El modo de ser aristocrático: el caso de la elite chilena hacia 1900, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, 1978, Santiago de Chile.

¹⁵⁹ Proclama revolucionaria del padre franciscano Fray Antonio Orihuela, por Fray Antonio Orihuela; en Grez Toso, Sergio; La cuestión social en Chile: ideas y debates precursores (1804-1902), Colección fuentes para la historia de la Republica, Volumen VII; Editorial Dibam, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1995, pág. 51.

De esta forma se evidencian los dos objetivos que articulan la dinámica de relación hegemonía-subalternidad desde los grupos de elite hacia los sectores dominados-subordinados: el discurso regenerativo (es decir las estrategias educativas, civilizadoras, moralizadoras) que concretarían el modelo de adhesión instrumentalizada, y por otro lado las estrategias de disciplinamiento social (coerción y coacción) que garantizan la estabilidad política, económica y social necesaria, mediante el control y la contención de la siempre posible irrupción del mundo popular. Es por esta razón que la condición subalterna del mundo popular se hace explícita al mostrar por un lado, una resistencia permanente a estas estrategias de disciplinamiento social como un rasgo permanente, pero por otra parte al reconocer, a través de las características de sus prácticas de asociatividad, la necesidad de adoptar el discurso regenerativo, del cual también se hacen parte sus expresiones organizativas (elite obrera). Así también es comprensible el interés de los grupos de elite en la permanente postergación de la real integración de estos sectores sociales al desarrollo político-económico del país: “...previo a la participación política, esos trabajadores necesitaban alcanzar la moralidad civil de que carecen en general y *hacer abjuración de esa mala fe que los hace temibles y siempre los tiene abatidos y hechos al objeto del desprecio publico...deben ser buenos padres, fieles amigos, decentes en sus maneras, veraces, puntuales en sus tratos, detestar la embriaguez que los ridiculiza, y el juego que los arruina, ser respetuosos de la ley y a sus superiores, y proponerse por modelo a la mayoría de los artesanos extranjeros que con muchos menos elementos que ellos, hacen su suerte siendo solo honrados...*”¹⁶⁰ Al analizar como los sectores dominantes construyen una imagen del mundo popular basada en su rusticidad, primitividad y barbarie atávica, se comprueba entonces que también ella será asumida en gran medida por el artesanado, generando en su interior una tensión implícita en la formación de la identidad popular: la autoenajenación respecto de lo que constituye en realidad una tradición popular de resistencia, horizontalidad, y vocación antiopresiva. Nada más evidente que observar cómo el artesanado, aún a pesar del conflicto económico que implica, en alguna medida percibe en las prácticas productivas del artesanado extranjero que se asienta en la joven republica, un modelo de desarrollo válido, proceso motivado en gran parte por la permanente crítica que la elite hace sobre su *primitivismo* y su necesidad de reorientarlo hacia una dinámica de racionalización en su conducta económica acorde a sus necesidades.¹⁶¹

En una segunda etapa se debe analizar cómo se consolida definitivamente en esta elite obrera el discurso regenerativo desde el cual se estructura su condición subalterna por una parte, y por otra, el fenómeno de la separación creciente entre la cultura popular y la cultura obrera ilustrada, desarrollada por sus experiencias de asociatividad que representan el núcleo o matriz del movimiento social durante el siglo XIX. En este sentido, debe hacerse referencia a las condiciones estructurales (específicamente en el ámbito económico) que constituyen el contexto desde el cual se ira cristalizando progresivamente el discurso de regeneración social en la elite del mundo popular. Ya se ha señalado que la alternativa de hegemonía política que representa la republica conservadora-portaliana busca generar las condiciones óptimas para la implementación de un modelo de desarrollo económico de carácter primario, exportador y dependiente, en la perspectiva de integración a la creciente mundialización de los intercambios económicos. Es esta la razón por la cual un sector del

¹⁶⁰ “Artesanos”, periódico El Farol, 24 de marzo de 1829, citado en Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 211.

¹⁶¹ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 74.

liberalismo, de inspiración social-popular¹⁶², aunque claramente perteneciente o vinculado a los grupos de la elite dirigente, levantará desde los primeros albores republicanos un discurso proteccionista de la producción y el mercado interno, y propone un *proyecto industrializador* de fomento estatal. Desde esta perspectiva, el discurso proteccionista afirma su identidad *popular y socializante* (en realidad, esencialmente populista) en la medida que se contrapone al proyecto librecambista de la elite dirigente que ya se ha descrito. He aquí un primer vinculo, de carácter más orgánico, que desde los grupo de elite se establece hacia las expresiones asociativas del mundo popular, en el marco de la dinámica de instrumentalización que inspira su praxis política. Otro momento importante en la constitución de estos vínculos orgánicos entre los discursos popular-socializantes de algunos grupos de la elite y el mundo popular, tiene que ver con la importancia e influencia que tiene el movimiento intelectual de 1842, por cuanto contribuye a identificar con mayor claridad la construcción definitiva del discurso de la regeneración social como interpelación hacia el bajo pueblo, como también la constatación a partir de esta época de la tendencia de las expresiones de asociatividad popular a asumirlo como horizonte valórico-cultural (lo cual se logra esencialmente en las experiencias de convivencia política que se dan entre el artesanado y la juventud liberal radicalizada, a partir de las diferentes movilizaciones que se desarrollaran desde fines de la década del 40) de lo cual resulta un tipo de experiencia asociativa que constituirá el modelo de organización del mundo popular durante el siglo XIX: el mutualismo. Más adelante se profundizará en el carácter de la influencia del mutualismo en la conformación definitiva del horizonte valórico cultural de la elite obrera, que sin lugar a dudas trasciende a su propia existencia, en tanto expresión de organización-asociatividad en la cual se articula la perspectiva subalterna del mundo popular.

El movimiento cultural de 1842 tiene gran relevancia por cuanto constituye básicamente la formación orgánica de un movimiento ilustrado de intelectuales republicanos cohesionados en torno a la ideología del progreso. El contexto que posibilita el surgimiento de este movimiento se relaciona con la situación de prosperidad económica, estabilidad política y desarrollo del acceso a la cultura y la educación, elementos de los cuales se benefician fundamentalmente los miembros de los grupos de elite¹⁶³. Como ya se ha señalado, su importancia en relación al desarrollo de la condiciones de hegemonía y subalternidad entre los grupos dominantes y subordinados, consiste en que permite concretar los mecanismos de convocatoria o adhesión instrumental orientados hacia los sectores dominados, al articular un discurso con el que permea la sección mas organizada de movimiento social (el artesanado como núcleo a partir del cual se desarrolla la elite obrera) e influenciando directamente la formación del horizonte valórico cultural de las organizaciones de la elite obrera en las primeras décadas del siglo XX; esta última operación se da como una consecuencia de que estas organizaciones obreras reconocen una adscripción histórica a este proyecto, traspasando de esta forma esas ideas al

¹⁶² Habría que agregar, a modo de comenario aclaratorio, que esta inspiración se estructura en gran medida como una consecuencia de la exclusión política que sufren producto de la derrota del pipiolaje frente a los pelucones y estanqueros en Lircay; por otra parte es interesante señalar como paradoja que el discurso liberal formal no fue rechazado por este grupo que constituye la elite política, sino que mas bien relativiza algunos de sus principios ideológicos (específicamente los referidos a la vivencia y alcances reales de la soberanía popular), situación que hace comprensible como dentro de la misma institucionalidad de los decenios conservadores tienen un gran protagonismo, en tanto difusores de la cultura ilustrada, figuras como José Victorino Lastarria o los hermanos Amunátegui, que de algún modo constituyen el vinculo a través del cual el discurso regenerativo adquiere forma y practica en las expresiones mas radicalizadas de este liberalismo, en las cuales se inserta el movimiento artesanal como matriz del movimiento social.

¹⁶³ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 288.

conjunto del mundo popular y definiendo de este modo el sentido de su historicidad: “...esta memorable apertura de los sectores cultivados de la sociedad chilena hacia la cultura y las influencias extranjeras, especialmente europeas, (*es decir a la ideología del progreso material y social como simplificación del discurso ilustrado*) contó con una serie de circunstancias que facilitaron la renovación intelectual de una fracción de la elite , y por su intermedio, de algunos sectores sociales subordinados, como fue el caso de la capa superior de los artesanos de las ciudades principales...”¹⁶⁴. En 1842 se terminan por definir los elementos que componen el proyecto regenerativo, que será desde entonces expresión discursiva asociada fundamentalmente a la corriente del liberalismo popular, con el objetivo de moralizar al pueblo. Por otra parte, aún cuando los sectores más conservadores de los grupos de elite se distancien absolutamente del contenido de este discurso¹⁶⁵ (e incluso en algunos casos reinterpreten este discurso y lo promuevan, como es el de aquellas iniciativas desplegadas con el apoyo de la Iglesia Católica, sobre todo a partir de la encíclica *Rerum Novarum*) pondrán el énfasis en el carácter violento e indisciplinado del bajo pueblo, con el objetivo de generar una mayor adhesión social a los mecanismos de coacción y coerción orientados destinados al bajo pueblo (estrategias de disciplinamiento social). El ideal regenerativo, herencia de la Ilustración, hará sentir su influencia en la medida que se desarrollan experiencias asociativas como la Sociedad de la Igualdad, convocando en torno suyo a amplias capas de la ciudadanía (o sea fundamentalmente la elite y las capas superiores de artesanos) que participaba de la generalidad del discurso político liberal: “...el programa de la sociedad fue sin embargo lo suficientemente general para ser aceptado por cualquier liberal. El objetivo declarado era simplemente la asociación para conseguir la vida de la fraternidad en nosotros mismos, en nuestras instituciones políticas y sociales, en nuestras costumbres, en nuestras creencias...”¹⁶⁶. Al observar el caso particular de esta organización, se pueden identificar algunos elementos discursivos que actúan como componentes semánticos de la idealidad propuesta por la regeneración social: independencia de la razón, soberanía popular, fraternidad universal. Estos elementos terminan por significar en la interpretación que hace la elite del mundo popular, la abstracción conceptual del ideario regenerativo ilustrado (propio de la cultura letrada y por tanto ajeno a la cultura popular) .A través de las actividades que desarrolló la Sociedad de la Igualdad en su corta duración (y también a aquellas expresiones de asociatividad que reconocieron en ella un referente histórico, en tanto son expresiones de su

¹⁶⁴ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 289.

¹⁶⁵ No se debe dejar de recalcar con respecto a esta situación, el alto grado de cohesión en lo valórico que expresan los grupos de elite ante el mundo popular, situación que permite vincularlos orgánicamente, como elemento constitutivo de su coedición hegemónica, por sobre las divergencias que existen en su interior (el llamado *espíritu de fronda* el que alude Alberto Edwards Vives en “La Fronda Aristocrática”). En este sentido es muy ilustrativo, a modo de ejemplificar, el episodio de matrimonio de Manuel Bulnes cuando era candidato conservador, con la hija del líder Liberal Francisco Antonio Pinto, que contribuye a diluir las tensiones y los conflictos suscitados entre ambos bloques, armonizando y cohesionando a estos grupos de elite en torno al proyecto de hegemonía que se esta consolidando. Ver Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 285.

¹⁶⁶ Estatutos de la Sociedad de la Igualdad, en Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 320. Esta adhesión de la ciudadanía a los lineamientos políticos generales de la corriente liberal popular no debe entenderse solo como articulada en torno a su contenido propositivo; también en el ámbito del discurso crítico hacia las instituciones y la sociedad existentes es que se logra fortalecer una correlación de fuerzas fundamentalmente sociales, que progresivamente irán afinando una postura opositora (¿superando esta condición pre-política?) a la hegemonía detentada por los grupos de la elite dirigente. Ver Bilbao, Francisco; Sociabilidad Chilena; y Lastarria, José Victorino; El Manuscrito del Diablo; en Grez Toso, Sergio; La cuestión social en Chile: ideas y debates precursores (1804-1902), Colección fuentes para la historia de la Republica, Volumen VII; Editorial Dibam, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1995, págs. 63-91 y 93-109 respectivamente.

conducta asociativa) es posible profundizar en la proyección transculturadora/aculturadora del discurso regenerativo impulsado por la corriente liberal popular: "...entre los proyectos de mejoría de la condición popular sometidos a discusión pública en esos meses se contaron los de Bilbao sobre escuelas primarias y sobre baños públicos e higiene del alma y del cuerpo, el de Rojas sobre las bases de un banco de obreros y el de Arcos sobre montes de piedad...las clases y conferencias populares se realizaban en la noche, con gran asistencia de trabajadores. Santiago Arcos abordaba diversos temas políticos, Francisco Bilbao enseñaba filosofía; Manuel Recabarren, economía política, José Zapiola, música, el sastre Rudesindo Rojas, costura, Nicolás Villegas, aritmética, y un negro de las Antillas –Mr. Moore- que había sido cocinero de un barco antes de desertar, daba lecciones de inglés..."¹⁶⁷ Esta experiencia regenerativa-educativa en el ámbito de la transmisión de saberes conceptuales mostraba su trasfondo valórico explícito: la reivindicación del sujeto popular, desde su degeneramiento moral intrínseco hacia la utilidad y el aprecio al trabajo, la honorabilidad y la honradez. Un análisis de la proyección valórica-cultural del proyecto educativo que subyace (aun de manera inconciente, pues como se ha señalado detrás de toda acción educativa existe una intencionalidad respecto de la significación de la cultura en relación con el régimen social existente¹⁶⁸) en el contenido de estas iniciativas de acción social que postulaba la Sociedad de la Igualdad, nos plantean al menos dos objetivos concretos: la acción instructiva de los sectores populares en una determinada selección cultural (de lo cual deviene la cosificación, conducta desde la que el mundo popular se relacionará con la cultura oficial en tanto la percibe como un conjunto de saberes deseables que actúan también como mecanismos de promoción-movilidad social) y la formación de hábitos de conducta individual y colectiva, privada y pública, en tanto implican mecanismos de sujeción y moralización corporal. Es esta concepción de la vivencia educativa del pueblo, mediante la cual se concreta la perspectiva de regeneración moral de la cual es tributaria, en la que constituye doblemente la condición subalterna del sujeto popular: por un lado en tanto la selección cultural que implica corresponde en realidad a elementos propios de la cultura oficial-ilustrada (manejo del lenguaje y las operaciones aritméticas básicas, oficios de utilidad social, idiomas extranjeros, experiencias cívicas, de organización, normas de sociabilidad, etc.), negadora de la cultura popular en tanto pretende desarraigarla de su experiencias de vida cotidiana, pero negadora además en el plano individual al considerar al(los) sujeto(s) como ente(s) pasivo(s), objeto(s) de la instrucción que deben ser llenado(s), como depositario(s) de los contenidos de esta cultura ilustrada¹⁶⁹ Esta incapacidad del mundo popular de incorporarse desde una postura de afirmación de su identidad valórico-cultural que potencie una opción contrahegemónica en su seno, es decir, de superación del esquema de la convocatoria-adhesión instrumentalizada, pero también de las tácticas de

¹⁶⁷ Ver Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 326.

¹⁶⁸ En relación al análisis de la intencionalidad deliberada de las prácticas educativas sistematizadas en un currículum escolar, Magendzo plantea que "...se debe señalar que la escuela formal y su currículum se han planteado siempre como instancias que de manera deliberada pretenden la formación de una conciencia, el desarrollo de una moral y la adquisición de una concepción de vida de los educandos...en otras palabras, no la escuela ni su currículum son manifestaciones neutras y desprovistas de intencionalidad...", ver Magendzo K, Abraham; Currículum, Escuela y Derechos Humanos; editorial PIIE, 2da. edición, Santiago, 1991, pág. 13.

¹⁶⁹ Ver Freire, Paulo; "Pedagogía del Oprimido", Siglo veintiuno editores Argentina, 2da. Edición, Buenos Aires, 2005, págs. 75-103. Debe tomarse en cuenta la intencionalidad que subyace detrás de la concepción de *educación bancaria* con que Freire asocia los proyectos educativos de los grupos hegemónicos: la formación de sujetos acríticos respecto de su vivencia social: "...narración de contenidos que por lo mismo tienden a petrificarse o a transformarse en algo inerte, sean estos valores o dimensiones empíricas de la realidad...narración o disertación que implica un sujeto – el que narra- y objetos pacientes, oyentes: los educandos...". Ver Freire, Paulo; op. cit., pág. 77.

resistencia primitiva (como la negación u hostilidad frente a este tipo de convocatorias), es reconocida desde las mismas organizaciones identificables con la corriente liberal popular, a través de sus principales representantes/exponentes, al afirmar que “...no es por falta de inteligencia que el pobre no ha tomado parte de nuestras contiendas políticas ...no es porque sea incapaz de hacer la revolución...se ha mostrado indiferente porque poco hubiese ganado con el triunfo de los pipiolo y nada pierde con la permanencia en el poder de partido pelucón...”¹⁷⁰. El problema de la formación de un horizonte valórico-cultural subalterno en las expresiones de asociatividad del mundo popular plantean entonces la doble tarea de generar un proyecto de disputa de la hegemonía que rompa con la adhesión instrumentalizada (que es ausencia de proyecto propio) y con el *mutismo rebelde* (que no le permite dimensionar la transformación de las condiciones sociales y las relaciones de poder en las cuales esta inmerso).

Como ya se ha señalado, las continuadoras de estas experiencias organizativas (a mitad de camino en su formulación entre lo social y lo político) desarrolladas desde fines de la década del 40 y sobre todo durante la década del 50 -dirigidas por estos representantes de la corriente liberal-popular y contando con la adhesión del artesanado, participando activamente en los movimientos de 1851 y 1859- fueron las organizaciones mutualistas que comienza a desarrollarse desde mediados de la década del 50 en las principales ciudades del país Este tipo de asociaciones representan la organización y sistematización de la experiencia regenerativa propuesta por la corriente liberal popular. Sus fines eran “...juntar fondos de previsión y ofrecer educación general gratuita a los adherentes... algunos de los trabajadores que mas se destacaban en la flamante agrupación ya habían iniciado un proceso de movilidad ascendente gracias al ejercicio de sus oficios...”¹⁷¹. Es importante considerar la última afirmación pues de allí se puede desprender que el núcleo dirigente de este tipo de asociaciones estuviera cercano a la clase política liberal, que a las expresiones más auténticas de organización y acción de la base del mundo popular, con lo cual también se clarifican las vías que articulan el proceso de constitución de la condición subalterna en los grupos populares. Un elemento importante a considerar dentro del desarrollo de las organizaciones mutualistas, por su rol en la conformación de dicha condición es el carácter *apolítico* que tuvieron. En general los autores coincidirán al momento de señalar que esta concepción difusa de lo político ocurre como una consecuencia de las persecuciones y represiones que asolaron al movimiento social tras los fracasos de 1851 y 1859, ante la necesidad de articular un espacio de organización sin despertar suspicacia en la autoridad gubernamental¹⁷². Sin embargo se debe dimensionar cual es la verdadera representatividad cuantitativa y cualitativa del artesanado respecto de la gran masa de asalariados urbanos y rurales para comprender la contradictoria esencia de su conformación, por cuanto el profundo arraigo de las concepciones regenerativas en el discurso y práctica en el movimiento artesanal eran muy poco probables de replicar al conjunto del mundo popular, contribuyendo así a distanciar y fragmentar la cultura popular de la cultura obrera ilustrada; para posteriormente reconstruir una auto imagen en

¹⁷⁰ Carta a Francisco Bilbao por Santiago Arcos Arlegui; en Grez Toso, Sergio; La cuestión social en Chile: ideas y debates precursores (1804-1902), Colección fuentes para la historia de la República, Volumen VII; Editorial Dibam, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1995, págs. 127-150.

¹⁷¹ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág 378.

¹⁷² De todas maneras me parece adecuado cuestionarse sobre hasta que punto esta visión extendida es producto de una proyección de la historiografía conservadora, que tiende a desperfilar a los rebeldes y sobretodo sus acciones, ya que “...los rebeldes inquietan y ponen en cuestión el orden precario...”; ver Gumucio, Rafael, Utopías libertarias de Chile siglos XIX y XX, en Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, año/Vol. 2, nro. 6, Santiago de Chile, 2003, pág. 9.

estos grupos que se conflictúa con sus propias experiencias primigenias de ruptura hacia el modelo de dominación social, siendo este un elemento que se asienta en la cultura política de las organizaciones representativas del bajo pueblo: "...la gran masa de los trabajadores chilenos del siglo XIX fue de tipo peonal. Sus condiciones de vida y de trabajo le imprimieron un carácter trashumante, indisciplinado y díscolo. Su lucha más permanente fue contra la proletarización, por la conservación de su propia autonomía...las variadas formas que adquirió dicha resistencia han sido bien estudiadas por diversos historiadores: comercio popular, trabajo minero autónomo (pirquinero) artesano, campesinización independiente del latifundio, emigración, nomadismo, bandidismo, y en ocasiones acciones colectivas de violencia social especialmente en el mundo de la minería..."¹⁷³. Por otro lado corresponde preguntarse las razones por las cuales las expresiones de resistencia y autonomía del mundo popular no se desarrollaron bajo la forma de organizaciones permanentes en el tiempo. Este análisis se vincula con factores que tiene que ver con las conductas propias de este segmento social cuyos modelos de sociabilidad popular se adscriben aun en la perspectiva premoderna de lo consuetudinario, impotentes frente a la irrupción generalizada de diversas expresiones de praxis políticas que apelan a la concreción de una institucionalidad organizada en torno a códigos reglamentarios, modelos ideológicos racionales y coherentes, sistemas simbólicos-normativos, etc. Entre las razones que buscan establecer por qué la base del mundo popular no muestra la capacidad de organizarse y constituirse como un movimiento social autónomo que le imprima una formación –valórica -cultural auténtica se debe tomar en cuenta que "...se trataba de expresiones espontáneas e inorgánicas de descontento social, de anhelos de autonomía y libertad ...pero ninguna de ellas podía servir de base para la constitución de un movimiento popular , ninguna comportaba organización permanente, objetivos claramente definidos y conciencia nítida de sus intereses particulares como sector social...eran, en definitiva, formas premodernas de protesta social, su ámbito geográfico por excelencia eran las zonas rurales y mineras..."¹⁷⁴. Es decir, la ausencia díscola y el mutismo rebelde que caracterizaba a la amplia mayoría del bajo pueblo conspiran en su contra, en tanto impiden el desarrollo de una propuesta contrahegemónica al no permitirle visualizar en profundidad el carácter del proyecto hegemónico de los grupos de elite, de las relaciones sociales de poder que proyecta y las estrategias a través de las cuales es legitimado; a esto debemos agregar su origen como identidad , desarrollado esencialmente en el mundo rural como respuesta a los mecanismos de expoliación y sujeción que allí se dan, en una etapa en la cual lo político se constituye esencialmente en el mundo urbano. En cambio la matriz del movimiento popular, el artesanado, se constituye esencialmente en el mundo urbano, expresando un mejor conocimiento y manejo de la dinámica política del periodo, pero que al actuar en consecuencia con la estrategia de adhesión instrumentalizada termina confirmando su condición subalterna que le impide a su vez desarrollar un proyecto popular plenamente autónomo.: "...el movimiento popular organizado nacerá en cambio en la ciudades, en torno a la producción artesanal y manufacturera, a los servicios urbanos y la actividad portuaria

¹⁷³ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., págs. 256-257.

¹⁷⁴ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 257. En el desarrollo de estas ideas sobre la formación de la identidad y su relación con el ámbito geográfico al cual se adscribe (es decir el fenómeno de la localización espacial de las practicas de acción reivindicativa) encontramos un vinculo directo con las concepciones propias del pensamiento ilustrado, el cual percibe la ciudad como el espacio donde se vivencia la condición racional del hombre por excelencia en contraste con el mundo rural que hace referencia a un ámbito *oscuro, degradado y confuso*, atado en concepciones irracionales, violento y peligroso; de este modo en el mundo rural "...se expresaba de manera as violeta y radical el fenómeno de la guerra social contra los propietarios..." en cambio en el mundo urbano "...los artesanos y obreros ligados a la producción artesanal urbana evidenciaban mas inclinación por la lucha política tradicional (participación en clubes, asambleas, manifestaciones..."; Ídem, pág. 243.

...sus principales animadores serian artesanos y obreros sedentarizados, adscritos a dichas manifestaciones de la vida económica (*es decir, también racionalizados en sus estrategias de resistencia frente a la experiencia de sujeción social*)...la organización para la ayuda mutua, las peticiones formales al estado y los patronos , la publicación de periódicos populares, el desarrollo de acciones reivindicativas -huelgas y otras- en apoyo a petitorios bien definidos , así como una innegable imbricación con la cuestión política fueron caracterizando desde muy temprano al emergente movimiento popular...”¹⁷⁵.De esta manera se desarrollará en forma progresiva y creciente un distanciamiento entre las expresiones de “cultura política” de la base del mundo popular con sus propias formaciones elitistas. Sin embargo, dentro de sus discursos reivindicativos se expresaban dos situaciones que muestran en su naturaleza la convivencia de elementos propios de la permeación valórica cultural que hace la elite, junto a otros de origen popular. En este sentido se hace referencia al discurso proteccionista (que lo convoca instrumentalmente desde el liberalismo popular) y a la petición permanente de abolición de la guardia cívica, que son las grandes demandas que articularan durante todo el siglo XIX. En el caso del último elemento se aprecia que su contenido expresa una vinculación mayor con la sensibilidad del mundo popular, pues la guardia cívica constituía un instancia coercitiva-coactiva frente a la cual el mundo popular muestra un alto grado de capacidad de reacción y resistencia, dado su carácter restrictivo, disciplinante, opresivo y discriminatorio que tenia esta estrategia de control-cohesión social. Se debe recalcar que dentro de los mecanismos implementados por la elite dirigente para consolidar su proyecto hegemónico, hay una apelación constante a estos dispositivos que implican el apremio y la sujeción corporal de los sectores populares; por otra parte estos mecanismos no son solo considerados validos y necesarios por los grupos conservadores pues su utilización también se dio en igual y mayor medida con los gobiernos liberales : “...las vejaciones y humillaciones sufridas por la gente humilde incorporada a los cuerpos cívicos era numerosas y de variada índole... a los frecuentes castigos , calabozos, prohibiciones de salida azotes, palos y cepo, se sumaba el , a menudo, tiránico comportamiento de los jefes que actuaba imbuidos por un marcado sentimiento de superioridad social respecto de los subordinados...la moralización del bajo pueblo en la guardia nacional era entendida por las autoridades como la sujeción pasiva de los pobres a la jerarquía militar, al orden social y al poder político...de allí entonces que uno de los objetivos del encuadramiento de los artesanos y otros elementos populares en la guardia cívica fuera su utilización como masa electoral gobiernista y fuerza de choque contra los opositores y las masas populares...”¹⁷⁶Se debe señalar además que la instrumentalización como estrategia de los grupos de elite no se da solo en el caso de la intencionalidad de conducción de la tendencia proasociativa–regenerativa de la elite representada por la organizaciones mutuales (es decir en torno a la faceta *mas civilizada* del mundo popular); también ocurre en el caso de este vinculo del mundo popular con las expresiones de violencia (que surgen como estrategias premodernas de resistencia) que también son parte de este, ya que resultaron muy útiles en la medida de ser orientadas

¹⁷⁵ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 257. Aunque el movimiento popular urbano hace explicito desde sus orígenes su carácter subalterno en virtud de las condiciones que lo determinan, no deja de ser observado desde el poder , y desde los grupos que se cohesionan en torno a la defensa del orden social bajo la predica una visión deslegitimadora y desperfiladora de este; como es el caso del peonaje urbano : “...aunque las condiciones de trabajo era mas benévolas que en la minería, el peonaje manifestaba tendencias similares: incapacidad para construir organizaciones de defensa y representación de sus intereses, pero una elevada sensibilidad frente a abusos y atropellos considerados como inaceptables por su alto grado de injusticia y arbitrariedad...frente a situaciones de esta naturaleza los peones podían convertirse en un peligro para el orden publico...” en Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 266.

¹⁷⁶ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 277.

hacia la dimensión de las disputas internas entre las fracciones de la elite, bajo la forma de adhesión a los bandos en disputa en las confrontaciones civiles de 1851 y 1859.

Otro elemento que caracterizó el desarrollo de estos *núcleos elitistas* del mundo popular es el fracaso de las iniciativas orientadas al desarrollo del cooperativismo que se trataron de implementar en las asociaciones de carácter mutualista. Aunque es innegable que también la experiencia del cooperativismo se sitúa en la perspectiva de reforzamiento de la dualidad hegemonía-subalternidad que caracteriza la experiencia organizativa del mundo popular entre los siglos XIX y XX (al diluir la reivindicación económica en las expectativas que generaba el proyecto de ahorro, austeridad y sencillez que proponían), un ejercicio de ficción sobre su posible consolidación plantea interrogantes inmediatas en torno a que consecuencias hubiera tenido para la formación de la identidad de estas organizaciones la ruptura de los vínculos de dependencia económica con respecto a los grupos de elite mediante la conquista de la autonomía en el aseguramiento de las condiciones materiales mínimas de subsistencia (de acuerdo a la concepción proudhoniana): "...el cooperativismo permaneció en estado embrionario/anómico...la mayoría de las iniciativas de construcción de cooperativas abortaron en el estado de proyecto, perecieron al poco tiempo de su nacimiento o llevaron una existencia lánguida que en definitiva, las condujo a una muerte mas o menos rápida..."¹⁷⁷.

Un tercer momento en el desarrollo de la experiencia asociativa y la conformación de una identidad valórica cultural de carácter popular puede distinguirse con el inicio de la industrialización y el aumento de la tendencia hacia el desarrollo de la proletarización de la mano de obra. En este momento se asistirá al inicio de una definitiva superación del carácter premoderno con el cual se vinculan las expresiones organizativas de la mutualidad, basadas en los rasgos patriarcales que se reconocen en su relación con la autoridad/institucionalidad (bajo la forma de la petición gremial al gobierno) y la permanente reivindicación o defensa de sus condiciones de vida (asociados en este caso a los fueros tradicionales de los gremios medievales). La introducción de innovaciones a los procesos productivos que significó la primera etapa de este impulso industrializador impacta profundamente en las condiciones en que se desarrolla la experiencia asociativa de los grupos de asalariados urbanos desde la década de 1860 en adelante. En este sentido es importante señalar que uno de los aportes de la historiografía orientada hacia el ámbito social, es el hacer posible descubrir la presencia del movimiento reivindicativo de los trabajadores en sus expresiones mas radicales, desde la época señalada, lo cual permite vincularla con las asociaciones mutualistas en cuanto a la transmisión de la experiencia discursiva y practica que había acumulado durante los decenios conservadores. De esta manera se desarrolla una relación orgánica pero a la vez plena de contradicciones entre ambos tipos de organización (contradicciones que tienen que ver con la convivencia de discursos populares que tienden a polarizarse en cuanto a las vías de emancipación propuestas para los sectores populares), de las cuales la fundamental será aquella que confronta el apoliticismo mutualista con el discurso maximalista que comienza a perfilarse en las organizaciones influidas por el desarrollo de la proletarización. La formación de los primeros centros de carácter industrial a mediados de la década de 1860, proceso que posteriormente adquiere una dinámica de desarrollo sostenida y creciente, promovió la migración campo-ciudad del peón que se desempeñaba fundamentalmente en labores agrícolas, transformándose en el ámbito urbano en un obrero/artesano que se desempeño en los nuevos centros industriales. Este proceso fue promovido en gran parte por el aumento de la demanda productiva generada por el sector primario-exportador, ligada

¹⁷⁷ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 434.

a faenas extractivas, obras de infraestructura y urbanización pública.¹⁷⁸ Este proceso de conformación de un nuevo *sujeto productivo* trae consigo necesariamente la formación de una identidad reivindicativa distinta en este sujeto a sus experiencias precedentes, pues resulta obvio que esta proletarianización hacia la que progresivamente ira transitando el asalariado urbano, genera nuevos conflictos, intereses y demandas, en relación a las nuevas condiciones laborales en la cuales se desempeña. Al hacer mas evidentes los mecanismos de sujeción y control en base a la necesidad de racionalizar y hacer mas eficiente el proceso productivo (producto de las orientaciones que plantea el proceso de expansión capitalista), surgirá una cultura de resistencia en este asalariado urbano que es radicalmente mas sensible a ellos, por lo cual sus formas de asociación, discurso y praxis política, constituye una expresión absolutamente coherente de la identidad que comienza a plasmarse en gran parte de las organizaciones de elite del mundo popular en la medida que el receso de expansión de la producción industrial se fue acelerando: “...el surgimiento y desarrollo del sector industrial engendró un nuevo segmento de trabajadores, un incipiente proletariado industrial (minero y fabril)...este proceso de crecimiento numérico se dio paralelo a la reducción sostenida del peonaje preindustrial, absorbidos por esta nueva dinámica productiva desde 1870 en adelante...”¹⁷⁹. Obviamente el espacio geográfico donde las expresiones asociativas de nuevo tipo desarrollan su practica política corresponde al mundo urbano, esto es las principales ciudades como Santiago, Valparaíso, Concepción, y mas adelante las ciudades portuarias del norte que servían como centros neurálgicos administrativos-comerciales para la explotación salitrera (como funciones financieras, de embarque, etc.). Esta expresión de una mayor radicalidad en la identidad de proletarianización que va adquiriendo una parte del movimiento social se verá reflejada en un aumento de la conflictividad social, ejemplificado en el desarrollo creciente de huelgas obreras, situación que se vio favorecida además por una progresiva liberalización del clima político (como consecuencia de la debilitación de la hegemonía del sector más duro del conservadurismo portaliano y la irrupción y progresiva legitimación de otras fuerzas políticas, como el Partido Liberal, el Partido Radical, sumado a la acción de la masonería) que genera un contexto mas adecuado de sensibilización social frente a la constante irrupción de los grupos obreros pero donde tampoco esta ausentes las intenciones instrumentalizadoras desde las fuerzas políticas mencionadas, todo lo cual contribuye a hacer cada vez más visible la presencia de este nuevo segmento del mundo popular que expresa progresivamente una aspiración maximalista¹⁸⁰. Así, la huelga obrera

¹⁷⁸ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 97.

¹⁷⁹ Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 113-115.

¹⁸⁰ Siempre en la línea de análisis que plantea la vinculación entre las perspectivas valóricas culturales, como constituyentes de una identidad social, y el desarrollo de experiencias asociativas de carácter reivindicativo, debemos tomar en cuenta la complejidad y particularidad de dicho proceso, que supera la concepción mecanicista que tiende a asociar las condiciones de desempeño laboral como elemento esencial en la definición de los discursos y las practicas de movilización de los sectores populares: “...las constituciones políticas están en necesaria dependencia respecto de la estructura económica, de las formas de producción y cambio... (sin embargo) ...la verdad es que no existen dos constituciones políticas iguales entre si, del mismo modo que no existen dos estructuras económicas iguales...lo que determina directamente la acción política no es la estructura económica sino *la interpretación que se dé de esta y de las llamadas leyes que rige su desarrollo...(son ...) construcciones del pensamiento, esquemas útiles prácticamente por comodidad de estudio y enseñanza...* los acontecimientos no dependen del arbitrio de un individuo, ni tampoco del de un grupo, aunque sea numeroso: dependen de las voluntades de muchos, las cuales se manifiestan por el hecho de hacer o no hacer ciertas cosas y por las actividades espirituales correspondientes, y depende de la conciencia que una minoría tenga de esa voluntad...”; Ver Gramsci, Antonio; Utopía, en Antología: selección, traducción y notas de Manuel de Sacristán, editorial Siglo XXI, 12ª. edición, México, 1992, págs. 44-47.

constituye una practica reivindicativa que supera las movilizaciones de carácter *premoderno*

¹⁸¹

como eran los episodios de violencia aguda que se habían registrado entre el peonaje minero¹⁸² desde mediados de la década de los 30 y de los tradicionales petitorios de los artesanos hacia la autoridad política. Este relevo progresivo del núcleo constituyente del movimiento social (es decir como expresión de elitización de sus practicas asociativas) desde el artesanado hacia los obreros y futuros proletarios, no obstaculiza, por otra parte, que esta nueva identidad asumida se vea permeada por las concepciones regenerativas arraigadas en el horizonte valórico-cultural del mundo popular, fundamentalmente al reconocerse como continuadores de esta trayectoria, significando en una perspectiva teleológica su sentido de historicidad. Aunque se ha señalado que una de las consecuencias de la participación instrumentalizada de los sectores populares en las guerras civiles de la década del 50 fue la implementación de una persecución política mas sistemática contra las organizaciones representativas de estos grupos sectores y de sus dirigentes generando en gran parte de estas una clara tendencia apoliticista, parece ser que mas que un mecanismo de defensa frente a la persecución gubernamental, es mas bien un mecanismo orientado a contrarrestar la creciente presencia de esta identidad de carácter maximalista asociada al desarrollo de la proletarización en tanto abogaba por una constitución autónoma de las expresiones asociativas del bajo pueblo. Esta situación se corrobora al tomar en cuenta que muchos de los dirigentes mutualistas poseían vínculos directos con las diversas corrientes políticas del liberalismo popular (es decir el Partido Liberal, el Partido Radical y el Partido Democrático) por lo cual resulta obvio que además, en forma permanente, muestre una mayor vinculación con estas corrientes instrumentalizadoras del discurso y la movilización popular. De esta forma se permite dimensionar el efecto que tuvo en el mundo popular la aparición de esta nueva identidad de orientación mas radical que sus predecesoras, y que en este sentido también contribuye a fracturar de forma decisivo el modelo portaliano de ejercicio del poder mucho antes de su colapso formal en 1891, con lo cual termina por conformarse esta idea de continuidad histórica entre las diferentes expresiones de organización del mundo popular durante el siglo XIX, a pesar de las tensiones que surgen con esos primeros referentes en cuanto al discurso y la practica, razón por lo cual también se sitúan en la perspectiva de la subalternidad : "...no es efectivo que el estado llamado portaliano entrara en crisis a partir de 1891...el mundo del orden y las estabilidad se había derrumbado con las guerras civiles de 1851 y 1859, además de las innumerables rebeliones

¹⁸¹

Es termino se introduce de acuerdo la visión planteada por Hobsbawm en relación a la condición incompleta de aquellos movimientos sociales desarrollados específicamente entre el siglo XIX y XX, los cuales encarnando un sentido de profunda reivindicación social, no logran desarrollar formas orgánicas y discursivas que les permitan disputar objetivamente el poder político a los grupos dominantes, al modo de los partidos-movimientos políticos obreros *modernos* que definen el protagonismo de la acción revolucionaria desde los sujetos proletarios. Es esta misma visión la que contextualiza la crítica subalterna, en la medida que enfatiza dualmente, tanto el potencial contrahegemónico de estos movimientos *premodernos* (en realidad premodernos según la temporalidad de los grupos dominantes) como también los conflictos que encarnan la identidad política de los movimientos políticos de izquierda, y que determinan la frustración de su proyección contrahegemónica. Ver Hobsbawm, Eric; *Rebeldes primitivos: Estudio de las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, editorial Ariel, España, 1968.

¹⁸²

Sergio Grez hace una referencia bastante extensa y prodiga en detalles de las características que adquirieron estas movilizaciones que se dan en el sector minero, desde los episodios registrados en Chañarcillo en 1837, y que en esa ocasión expresaron un elemento que será constante en este sector, como es la apelación a formas de violencia aguda; ver Grez Toso, Sergio; *De la regeneración del pueblo a la huelga general...*, págs. 249-281.

de los trabajadores, de los levantamientos mapuches y de la posterior huelga general de 1890 y la guerra civil de 1891...¹⁸³.

La importancia que adquirirá la adopción de nuevas estrategias de movilización, en el contexto del surgimiento de una nueva identidad en una parte de las organizaciones populares, radicara en el hecho de que son las evidencias más clara de la constitución de un movimiento obrero en disposición hacia el conflicto mas definido con el poder económico¹⁸⁴, (es decir que su carácter de confrontación directa frente a los mecanismos de expropiación y expropiación que caracterizan a las relaciones sociales de producción en el régimen capitalista, y que se implementa a través de esta proletarianización de lo trabajadores urbanos, pondrá en evidencia la mayor conciencia de parte de estos sobre el significado del salario, la generación de la plusvalía y su apropiación por parte de los patronos, como también de la vivencia cotidiana de sus consecuencias) adquiriendo una orientación revolucionaria, es decir transformadora-subvertidora de las estructuras sociales “...los proletarios no se resignaron pasivamente a su vida de miserias, buscaron mejorar su situación, se rebelaron contra quienes los explotaban...rebelión espontánea, aislada, individual en un comienzo, huelga, movimiento colectivo luego, faltó todavía de dirección y perspectivas, pero en donde los obreros expresaron su conciencia de clase y hace de su organización el instrumento eficaz para defender su porvenir; huelgas nacionales, por ultimo realizadas en un plano mas elevado y que refleja el grado de madurez alcanzado por la clase obrera...las reivindicaciones económicas encuentra un cauce adecuado en las nuevas ideas políticas, el proletariado comprende que no basta luchar por la reivindicación inmediata sino que debe modificar, cambiar, la estructura de un régimen para terminar definitivamente con su explotación...¹⁸⁵. Es en función de este análisis que se puede comprender el desarrollo creciente de una tendencia maximalista en el mundo popular, la cual sin embargo no logrará potenciar una verdadera/autentica concepción contrahegemónica, pues no reacciona críticamente frente a las formas valóricoculturales tradicionales en el movimiento social, consideradas aun fundamentales en tanto contenido del discurso regenerativo con el que es interpelado el sujeto popular. La agudización de este proceso y sus tensiones se verá con mayor claridad desde la gran expansión que experimentan las relaciones capitalistas de producción e intercambio como consecuencia de la explotación salitrera consolidada tras la conquista militar de las regiones del norte del país al termino de la guerra del Pacifico¹⁸⁶. Entonces, al instaurarse dentro de

¹⁸³ Vitale Cometa, Luis; Interpretación marxista de la historia de Chile, Vol. V, editorial Lom, 1994, pág. 250; ver también Grez, Sergio, De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 485. En este sentido, para Sergio Grez la corriente del liberalismo popular constituye el fenómeno político mas importante en el mundo popular del siglo XIX proyectando su influencia a aquellas posturas rupturistas que irán surgiendo en las ultimas décadas de este siglo, por lo cual el sentido de este carácter de ruptura debe ser dimensionado en su real expresión, analizando cual es el alcance verdadero de su proyección contra hegemónica. Ver Grez, Sergio; ídem, pág. 521.

¹⁸⁴ “...Los movimientos sociales se multiplicaron adquiriendo en ocasiones características masivas. Entre 1896 y 1915 se registro en total 78 movilizaciones, distribuidas en 6 huelgas generales, 13 huelgas sectoriales, 12 intersectoriales, 13 celebraciones del 1º de mayo, 7 manifestaciones, 20 mítines y 7 incidentes...”: ver Torres- [Djubisin](#), Isabel; Estudio de la mentalidad y pensamiento político de la Elite en el año 1919 a través de la prensa en Santiago; Tesis para optar al grado académico de Lic. en Filosofía con mención en Historia, U. de Chile, Depto. de Ciencias Históricas, 1985, pág. 55.

¹⁸⁵ Ortiz Letelier, Fernando; El movimiento Obrero en Chile (1891-1919), editorial Lom, 1ra. edición Santiago 2005, pág 113. Ver también Grez, Sergio, De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 574.

¹⁸⁶ Este aumento de la conflictividad social a la cual se hacer referencia, ocurrido entre fines de siglo XIX y principios del siglo XX, se fundamenta en función de la mayor sensibilidad y capacidad de reacción de los sectores populares frente a los fenómenos económicos propios de la expansión capitalista en un país con un modelo de desarrollo cuyas características de fragilidad estructural

las expresiones políticas que surgen en el contexto del *espíritu del siglo*, la fe ilimitada en la razón y el progreso, esta identidad maximalista se concibe a si misma en una perspectiva progresista y modernizadora (por supuesto se deben tener en cuenta los matices, pero también entender los vínculos existentes entre ellos a modo de generalizar su trayectoria) tributaria en gran medida de este horizonte valórico-cultural¹⁸⁷

El crecimiento de esta conflictividad social hacia fines de siglo XIX quedará reflejada indesmentiblemente con la huelga general de 1890. Este hecho histórico revela en su significado político-social la definición de un cisma en el seno del movimiento social en cuanto a las estrategias de movilización desarrolladas. Por un lado se encuentran las tácticas del mutualismo, caracterizadas por una vivencia práctica del discurso regenerativo

188
y moralizador (la *aceptación complaciente* del discurso civilizador de la elite), pero conflictuado ante el movimiento social por su definición apoliticista en un contexto de irrupción de una demanda de representatividad y reivindicación mas definida y con una orientación de ruptura revolucionaria frente a las consecuencias negativas de las transformaciones económicas y sociales del periodo. Por otra parte surge la huelga como el mecanismo de movilización social más adecuado a aquella parte del movimiento social que experimenta con mayor claridad las consecuencias de la proletarización, contribuyendo al desarrollo de una interpretación más adecuada de los fenómenos de expoliación y expropiación económica que se consolidan en dicho contexto, y también expresando una mayor sensibilidad y posterior conciencia, en la medida en que estos conceptos se arraiguen y desarrollen en las expresiones políticas propias del mundo popular durante las primeras décadas del siglo XX, como son el anarquismo y el socialismo: "...la huelga general de 1890 marca de manera sangrienta la entrada en la escena social de una clase obrera moderna, en vías de constitución en torno a la economía capitalista de la era industrial..."¹⁸⁹. Esta dimensión maximalista con que se perspectiva la huelga general de 1890, en tanto es expresión discursiva y practica de una nueva identidad política, tiene que ver fundamentalmente con las características que tiene. En cuanto a su extensión geográfica, se desarrolla en torno a los principales centros urbanos de funciones económicas e industriales del país, como eran las ciudades y puertos del norte salitrero, Valparaíso, y en alguna medida, Santiago. En este sentido puede afirmarse que, en tanto su extensión es bastante mas amplia que la alcanzada por experiencias de movilización social reivindicativa anteriores, le da una magnitud cualitativamente superior, lo que a su vez se reflejará en el mundo popular como un elemento de fortalecimiento y afirmación de esta identidad en el mundo popular, y por otro lado, hacia los grupos de elite dirigente funciona homogenizando la que desde entonces será la postura de este segmento social frente a la irrupción de la *cuestión social*: desperfilar, desprestigiar y menoscabar las estrategias de movilización radicalizadas que desde aquella época

ya has sido explicitadas, y cuyas consecuencias tiene que ver con una pauperización de la economía domestica: "...la depreciación constante del peso chileno y la incidencia de la inflación repercutieron en todas las clases, pero mucho mas entre los pobres...". A la situación descrita es necesario agregarle el efecto que tuvo la indiferencia y complicidad de los grupos de elite frente a este hecho, que funcionara como un elemento de afirmación y fortalecimiento de una postura radical en un sector del movimiento social. Ver Blakmore, Harold; Chile, desde la Guerra del Pacifico hasta la Depresión Mundial 1880-1930; en Leslie Bethel ed.; Historia de América Latina, Cambridge University Press, Editorial Critica, Barcelona, España 1992, Vol. X, págs. 184-185.

¹⁸⁷ Grez, Sergio, De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 752.

¹⁸⁸ Se hace referencia a las experiencias de autogestión propias de las organizaciones mutualistas como las filarmónicas, grupos artísticos, conferencias educativas, etc., que funcionan como una recreación en clave popular del horizonte valórico cultural de los grupos de elite

¹⁸⁹ Grez, Sergio, De la regeneración del pueblo a la huelga general..., págs. 744-745.

comienzan a hacerse mas frecuentes en las organizaciones representativas de los sectores populares. En cuanto al contenido de su discurso queda claro el por qué se constituye en un evento histórico determinante en la formación y desarrollo de un carácter *moderno* en estas organizaciones, ya que define con claridad la oposición de interés entre el capital y el trabajo, que es el elemento conceptual relevante para desarrollar una identidad de clase constituida bajo una orientación maximalista, en función de su intencionalidad de transformación de las estructuras sociales vigentes. En ultimo termino, es también la respuesta represiva que dan las autoridades a esta movilización de los trabajadores, inaugurando la etapa del ciclo trágico de matanzas como forma de represión hacia el movimiento social ¹⁹⁰, la que permite mostrar la disposición del estado oligárquico dirigido por los grupos de elite, hacia una violencia mas conciente y decidida como mecanismo para contrarrestar la agitación y acción del movimiento social. También esta ultima característica se explica en tanto dentro de los grupos de elite y sobre todo del núcleo que realiza la función dirigente, va tomando cuerpo esta conceptualización de la radicalidad de una parte del movimiento social, como antecedente de una perspectiva contrahegemónica, como tendencias disolventes, irracionales, incivilizadas, antipatriotas, etc.,(anarquismo y socialismo), contribuyendo como se ha señalado, a fortalecer el nivel de consenso en los grupos de elite frente al proyecto histórico de dominación política oligárquica, como una consecuencia de este proceso de polarización de las fuerzas políticas. ¹⁹¹.

En los primeros años del siglo XX (esto es, en el contexto del Centenario) el desarrollo de la proletarización ha alcanzado niveles importantes, a tal punto que la clase obrera adquiere un peso fundamental, en cuanto la mano de obra que proporciona constituye la mayor parte de la fuerza de trabajo del país en dicho periodo. Para el año 1907 este sector corresponderán a la tercera parte de la población económicamente activa (aproximadamente 300.000 obreros de una población de 1.250.000 trabajadores asalariados que a su vez constituyen el 40% de la población total del país. Esto se explica fundamentalmente a partir de la crecimiento de la producción industrial en nuestro país a la que hemos hecho referencia, en virtud de la expansión de las formas capitalistas de producción e intercambio de nuestro país, y cuyas evidencias mas concretas se encuentran en el auge salitrero y en las demanda de manufacturas que surgen en el mercado interno ¹⁹². Otro elemento que debe ser considerado para el análisis cualitativo de la experiencia de vida de los sectores populares, es la profundidad que alcanza la vivencia de la miseria material en que están inmersas amplias capas de la población como consecuencia del afianzamiento de los mecanismos explotatorios y expropiatorios que desarrollan el modelo capitalista para su expansión en el país. Este periodo histórico,

¹⁹⁰ Ver Grez, Sergio, De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 721-733. Otros autores, al analizar el ejercicio de la violencia por parte del Estado hacia los sectores populares en este periodo, profundizaran en su sentido de continuidad histórica, en tanto sería la herramienta constituyente de una praxis de relación social entre el Estado y estos sectores, que estaría determinada por su permanente y explicita contraposición de intereses, generando por tanto una condición de latencia de la irrupción de la violencia en este frágil equilibrio: "...la represión, como bien sabemos los chilenos, por una experiencia histórica directa, reiterada a lo largo del siglo XX, no es mas que la confesión de una carencia en la legitimidad social y política de los sectores dominantes de la sociedad..."; ver Garcés Duran, Mario; Crisis sociales y motines populares en el 1900, editorial Lom , 2da. edición, Santiago, 2003, pág. 80. También revisar Núñez P., Jorge; 1891 Crónica de la Guerra Civil, para analizar las contradicciones del imaginario popular balmacedista en su reacción frente a la movilización obrera.

¹⁹¹ Ver Grez, Sergio, De la regeneración del pueblo a la huelga general..., pág. 749.

¹⁹² Ver Anexo 1, Gráfico 2. Para analizar este proceso de crecimiento cuantitativo de la clase obrera en Chile, ver también Villablanca Zurita, Hernán; Terratenientes, burguesía industrial y productores directos: Chile 1900-1960, Depto. de Sociología, U. de Chile, Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 2003, págs. 100-101.

caracterizado por la agudización de la cuestión social, es el escenario donde la movilización reivindicativa desarrollada por los sectores populares busca a su vez reaccionar de forma mas concreta ante las terribles consecuencias que conllevaba este fenómeno :”... eran los tiempos en que la situación de las masas asalariadas alcanzaba niveles patéticos por la miseria y la opresión del sistema social y político...años de matanzas, por la huelga de los estibadores en Valparaíso, por la huelga de la carne en Santiago y por la huelga de las salitreras de Tarapacá con el horroroso episodio de la Escuela Santa Maria de Iquique...”¹⁹³. Este acrecentamiento de la situación de pobreza y miseria de los sectores populares hacia principios del siglo XX adquiere importancia no solo en tanto experiencia de la difícil sobrevivencia cotidiana de la mayor parte del mundo popular, sino además porque potencia el desarrollo de una necesidad de praxis discursiva y de acción política en sus organizaciones, funcionando como herramienta de reconocimiento y acción frente a la complejidad de las relaciones de poder y dominación al interior de la sociedad chilena . Este elemento viene a marcar una profunda diferencia cualitativa entre lo que es una trayectoria histórica del bajo pueblo donde la vivencia de la desigualdad social fue siempre permanente, y las iniciativas desarrolladas desde este mundo popular para tratar de sobreponerse a sus consecuencias: “...puede que, cuantitativamente hablando, la nueva miseria urbana e industrial no haya sido peor que la antigua miseria campesina o peonal, pero si duda que su misma novedad, así como la inexistencia de redes establecidas de solidaridad y protección, o de normas reconocidas para negociar los conflictos contribuyeron a dotarla de un carácter particularmente angustiante...fue precisamente esta violencia lo que hizo de lo social una *cuestión*, es decir *un dilema sobre la capacidad de mantener la cohesión de una sociedad*, que concitó la atención preferente de todas las partes involucradas...”¹⁹⁴ . Lo interesante, en cuanto a experiencia política que incide en la formación del horizonte valórico cultural de las organizaciones de elite en el movimiento obrero es que a través de ella *opresores y oprimidos terminaron por descubrirse y reconocerse*, con lo cual se hace posibles las condiciones para el desarrollo de una identidad política rupturista-maximalista en ellas. En tanto proceso de desarrollo de la autoafirmación y proyección de una identidad política, ha sido esencial como ya se ha reiterado, el escaso interés de los grupos dirigentes frente a la situación descrita, fracturando de este modo las bases que la legitimaban socialmente¹⁹⁵ . Esta praxis discursiva y de acción política de un carácter cualitativamente

¹⁹³ Villalobos, Sergio; Origen y ascenso de la burguesía chilena, editorial Universitaria, 2da. edición, Santiago, 1988, pág. 159.

Otros autores consideran el año de 1907, y específicamente el hito marcado por la matanza de la escuela Santa Maria como el punto culmine de una fase ascendente del movimiento obrero radicalizado iniciada en 1890, y que precisamente a partir de este hecho entrara en una etapa de repliegue, en virtud de las consecuencias represivas que trajo. Desde esta visión., Ortiz Letelier describe a través de innumerables ejemplos las características de esta fase ascendente y la ebullición particular que experimenta la movilización social durante este año, para luego señalar que “...con posterioridad , el breve retroceso experimentado por el movimiento obrero a raíz de a masacre de la escuela Santa Maria ha de repercutir en la celebración del primero de mayo ...las concentraciones , por algunos años, tendrán menor relieve que los anteriores...”; ver Ortiz Letelier, Fernando, El movimiento obrero en Chile (1891-1919), editorial Lom , primera edición, 2005, Santiago, pág. 128.

¹⁹⁴ Pinto V, Julio y Valdivia O, Verónica; ¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932), editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2001, pág. 9.

¹⁹⁵ Garcés Duran, Mario; Crisis sociales y motines populares en el 1900, editorial Lom, 2da. edición, Santiago, 2003, pág. 81. Otros autores también han profundizado en este elemento, señalado con claridad que la falta de manejo político de esta crisis social producto de su autonomización y constitución oligárquica en el ejercicio del poder, le limita a los grupos de elite, en su capacidad de desarrollar un modelo de relación que busca un consenso social sustentado en bases mas firmes hacia los sectores populares (como si ocurrirá desde 1925 en adelante), aumentado su distanciamiento respecto de los grupos populares y profundizando la deslegitimación social con la cual empiezan a ser percibidos en el discurso maximalista de sus organizaciones representativas, por

superior a la desarrollada por experiencias precedentes -esto es en cuanto a afirmación del sujeto popular y perspectiva de transformación social- se estructurará en torno a algunos elementos que funcionan como articuladores en la dinámica de politización del mundo popular: formulación de un discurso de reivindicación política, económica y social del sujeto popular, creación de organizaciones representativas de estos sectores que incorporan la perspectiva de autonomía, desarrollo de una capacidad propositiva ejemplificada en la producción de un contenido programático dentro de su praxis discursiva¹⁹⁶. Por otra parte, se debe tomar en cuenta, para el desarrollo de esta praxis discursiva y de acción política, la influencia decisiva que tuvo la circulación de las ideas de los grandes teóricos y pensadores de la tradición anarquista y socialista en nuestro país, que contribuyen a fortalecer la base teórica de los planteamientos de las organizaciones populares (es decir, la apelación a una suerte de cientifización del pensamiento social, como cultura obrera ilustrada), como también vincularlos con el desarrollo de estas tendencias a nivel mundial (con lo cual afirman los rasgos de su identidad política maximalista – radical, al reconocer lazos estrechos con lo que se considera es parte de un movimiento histórico hacia la transformación de las estructuras sociales que no distingue fronteras): “...junto con acrecentarse entre los obreros el espíritu de asociación, se amplió así mismo el afán por estudiar los problemas sociales...desde antes del advenimiento del siglo...se advertía en los círculos obreros, estudiantiles y en especial, entre algunos intelectuales jóvenes, vivo interés por estas materias...se lee y se comenta la vasta literatura social que llega a nuestras playas desde la vieja Europa...difúndese, de esta forma, desde el puro y cuasi místico ideal de Tolstoy, al anarquismo revolucionario de Kropotkine, pasando por el socialista Augusto Bebel, Eliseo Reclus, Juan Grave, Malatesta, Proudhon, Sebastián Faure y otros autores de orientación ácrata...”¹⁹⁷.

Lo anteriormente señalado, como caracterización de la dinámica de politización del movimiento social, debe además ser contextualizado en relación a los esquemas de participación política implementados por el Estado (y que constituyen la expresión de aquello que los grupos de la elite dirigente consideran como mecanismos y espacios de participación política para el resto de la sociedad). En este sentido se debe señalar la existencia de elementos de continuidad histórica, en cuanto a la persistencia de la estrategia de convocatoria instrumentalizada con que los grupos de elite apelan hacia los sectores populares. También durante el periodo histórico señalado se desarrollan prácticas de participación que interpelan al sujeto popular solo para obtener un tipo de adhesión que busca legitimar la ficción del principio de respeto a la soberanía popular como base de un sistema democrático; se debe tomar en cuenta que también es este contexto de proximidad de una conmemoración tan relevante desde el punto de vista institucional en el que los grupos dirigentes (que por lo demás son los tradicionales) enfrentan la coyuntura

otra parte este mismo elemento permite a su vez generar condiciones de afianzamiento de una identidad popular como consecuencia de su creciente refractariedad hacia el modelo de hegemonía de la elite, así frente a las demandas de los sectores populares “...no corresponde más que rechazarlas y reafirmar los principios de jerarquía ya consagrados...esta rigidez impide manejar la expresión popular en términos estratégicos...para encausarla ventajosamente dentro de los límites de la dominación...la oligarquía carece de la flexibilidad necesaria para actuar más maquiavélicamente frente a las tensiones populares...”; en Barros Lezaeta, Luis; y Vergara Johnson, Ximena; *El modo de ser aristocrático: el caso de la oligarquía chilena hacia el 1900*, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1978, pág. 174.

¹⁹⁶ Pinto V, Julio y Valdivia O, Verónica; *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2001, pág.10.

¹⁹⁷ Lagos Valenzuela, Tulio; *Bosquejo histórico del movimiento obrero en Chile*, Imprenta El Esfuerzo, Santiago de Chile 1941, pág. 26.

de preservar el sentido de exclusión del modelo oligárquico de ejercicio del poder, en medio de una aparente liberalización de los esquemas de participación política, en tanto este último elemento simbolizaría el afianzamiento de las tradiciones republicano-democráticas en nuestro país, símbolo indesmentible del progreso y la modernidad: "...para la oligarquía de comienzos del siglo XX, la celebración del Centenario de la independencia era una fecha de suma importancia. Era un aniversario de elite propiamente tal, en la medida en que sus antepasados eran quienes habían formulado esta nación independiente. Además era un acontecimiento simbólico en si mismo, que daba espacio para mostrar el supuesto progreso que regía en esta nación moderna...el siglo XIX puede comprenderse como un siglo oligárquico, en tanto la elite continua la empresa de emancipación comenzada en 1810: concreta el proyecto de construcción de nación levantado en la Patria Vieja, desarrollándolo a través del siglo. Cien años después las bases de la nación ya están fundadas y se plantea la primera gran evaluación de la construcción nacional en si misma..."¹⁹⁸. La imagen democrática, integradora y cohesionada que los grupos de elite se empeñan en construir para nuestra sociedad, tiene directa relación con los objetivos de su constitución hegemónica¹⁹⁹: generar algunos cambios en la institucionalidad tiene que ver fundamentalmente con realizar aquellas tareas necesarias que posibiliten la preservación del proyecto de dominación en el cual sustentan su situación de poder y privilegios: "...la institucionalización del principio de representatividad, de los partidos políticos y del derecho de asociación, así como el régimen de asamblea y la libertad de expresión, adóptanse sin desbordar el contexto oligárquico...mantúvose el carácter excluyente de la dominación y los sectores dominados continuaron al margen de lo posible..."²⁰⁰. Es por esto razón que los mecanismos utilizados desde el poder político para preservar este modelo de hegemonía, debieron variar en cuanto a su forma (adquiriendo entonces una apariencia acorde a las condiciones del periodo) sin trastocar la inmanencia de su trasfondo político, económico y social: "...la intervención del gobierno fue reemplazada por la acción corruptora del dinero... un gran mal fue reemplazado por otro...fueron elegidos por la sola voluntad de su riqueza, parlamentarios ignorantes y deshonestos..."²⁰¹. En el texto anterior se hace referencia a las practicas de cohecho, a través de la cual las fuerzas políticas representantes de los grupos de elite (en mayor o menor grado, pero adscritas dentro de su horizonte valórico cultural como característica de su homogeneidad identitaria) logran instrumentalizar la *adhesión política* de los sectores populares, utilizando la extensión cuantitativa del sufragio para

¹⁹⁸ Silva A., Bárbara; *Identidad y Nación entre dos siglos...*, pág. 73-76.

¹⁹⁹ "...El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tiene en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forma en cierto equilibrio de compromiso, es decir que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo, pero también es indesmentible que tales sacrificios y tal compromiso no puede concernir a lo esencial, ya que si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica..."; en Gramsci, Antonio; Maquiavelo y Lenin, editorial Nacimiento, segunda edición, Santiago de Chile, 1972, págs. 63-64.

²⁰⁰ Barros Lezaeta, Luís; y Vergara Johnson, Ximena; *El modo de ser aristocrático: el caso de la oligarquía chilena hacia el 1900*, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1978, pág. 175.

²⁰¹ Jobet, Julio Cesar; *Ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile*, Anales de la Universidad de Chile, nros. 81-82, editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1951, pág. 96. La importancia de estas practicas de cooptación también ha sido enfatizada por otros autores: "...las consecuencias de la paulatina ampliación del sufragio no eran ya limitadas primordialmente por la acción del gobierno (*intervención que nominalmente conservaba un principio de acción independiente de los intereses de los grupos dominantes*) sino por una corrupción electoral que requería movilizar sumas demasiados grandes como para que fuera posible hacer política sin contar con mucho dinero...", ver Halperin Dongui, Tulio; *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, 13ava edición, Madrid, España, pág. 345.

respaldar la legitimidad del orden social existente: “...la extensión del sufragio universal había hecho elegir representantes de las clases política irresponsables que generaron estos rasgos oligárquicos...”²⁰²; en ese sentido es importante reafirmar que estas practicas instrumentalizadoras de apariencia democrática, consolidan aun mas esta autonomización y ejercicio oligárquico del poder político por parte de los grupos de elite profundizando este distanciamiento social al cual se ha hecho referencia. Por otra parte es importante dimensionar cual es el peso especifico de estas practicas de adhesión política en el contexto de las expresiones de movilización social del mundo popular. En este sentido resulta necesario señalar que su extensión real es bastante limitada dentro de los sectores populares (lo cual permite comprender la condición marginal del mundo popular respecto de su inclusión en los mecanismos de participación formales) ya que para el periodo 1890-1829 oscilará apenas entre un 3,6% y un 6,3% del total de la población de país. Por otra parte, un vistazo a la situación de habilitación educacional de la sociedad chilena para la época, definida en tanto extensión de las competencias lecto-escritoras, nos refleja la escasa posibilidad de que los sectores populares se integraran de forma conciente y activa a los modelos de participación política, y en general a la vida política nacional, dada que la alta tasa de analfabetismo que se registra para el periodo (60% de la población total para 1907, de la cual el 35 % correspondía a la población adulta y 25% a la población infantil²⁰³) limita seriamente la posibilidad de interpretar los diversos discursos políticos que se proyectan desde el horizonte valórico cultural de los grupos hegemónicos hacia la sociedad en general, haciendo visible aun mas su carácter de practica cultural letrada e ilustrada en contraposición a las practicas culturales morales y consuetudinarias propias del mundo popular. De este modo se introduce la temática de las practicas de participación política, en tanto constituyen una expresión de la constitución de la condición hegemónica-subalterna al interior de la sociedad; lo anterior permite a su vez perfilar la proyección subalterna de los discursos emanados desde las organizaciones de mundo popular que tiende hacia la politización, pues conllevan en su interior la contradicción de tratar de interpelar a los sujetos populares a través de fórmulas que son ajenas a sus formas culturales autenticas (es decir, la oposición del discurso regenerativo y el sentido de la cultura obrera ilustrada con la dinámica histórica propia del mundo popular, que se plantea como una negación-superación de las características que le son propias).

Por otra parte se debe considerar que esta progresiva politización del mundo popular determinará a su vez el decantamiento de tendencias en su seno, las cuales, como ha sido señalado, se desarrollan en un contexto de continuo tensionamiento respecto del significado de las practicas discursivas y de acción política que las diferencias entre si y que constituye rasgos de una identidad política propia. Aun cuando las diferencias en las expectativas entre anarquistas y socialistas eran claras y profundas (situación a la que se hará referencia mas adelante) se debe señalar que, en consecuencia con los objetivos de esta investigación, lo esencial será determinar que elementos permiten proyectar una identidad valórica-cultural homogénea, en tanto constituyen la elite del movimiento obrero, analizando los rasgos constitutivos de la subalternidad en esta identidad común de las organizaciones politizadas representativas del mundo popular: “...los movimientos sociales populares de principios de siglo tendieron rápidamente a politizarse, como producto del protagonismo que alcanzaron y de las oposiciones que encontraron en la sociedad de la época. Al hacerlo,

²⁰² Torres- [Djubisin](#), Isabel; Estudio de la mentalidad y pensamiento político de la Elite en el año 1919 a través de la prensa en Santiago; Tesis para optar al grado académico de Lic. en Filosofía con mención en Historia, U. de Chile, Depto. de Ciencias Históricas, 1985, pág. 55.

²⁰³ Ver anexo 1, Gráficos 3 y 4.

rechazaron la política de los partidos denominados históricos (conservadores, liberales, radicales, etc.). Y con razón, pues estos eran mayoritariamente los partidos de la elite. Debieron, en consecuencia, avanzar en la configuración de una política propia, es decir, de una política popular...²⁰⁴. Los contenidos generales de este ideario político popular que expresaban estas organizaciones estaba caracterizado por "...su fuerte contenido de clase y su convicción de que la emancipación obrera solo podía construirse a partir del sujeto popular mismo, liberado de vicios propios y sujeciones impuestas. La superación de los males presentes, se afirmaba, requería de un proceso de autoafirmación (una especie de *despertar*, como se denominó el principal órgano de la prensa socialista del norte salitrero), que reivindicará para las grandes mayorías desposeídas su dignidad humana esencial y su derecho a participar equitativamente de los frutos del trabajo social. Solo así podría darse cumplimiento cabal a la promesa humanista contenida en el proyecto de la modernidad, tan flagrantemente desmentido por la realidad de barbarie y degradación en que se debatía la parte mas numerosa (...) del cuerpo social..."²⁰⁵ La perspectiva hacia la cual se orienta la generalidad del discurso que homogeniza la identidad valórico-cultural de las organizaciones políticas del mundo popular, muestra el arraigo de elementos propios del discurso ilustrado o iluminista a través del cual también los grupos de elite legitima el orden social existente, con lo cual termina por configurar su constitución subalterna, en tanto expresión discursiva y practica de componentes semánticos que son ajenos a su propia condición social y que por tanto impiden el desarrollo de una real orientación contrahegemónica en estos grupos.

Hacia la época del Centenario es evidente que la vivencia de la miseria en los sectores populares se hace cada vez más compleja. Como se ha señalado, esto determina que se profundice la alternativa politizadora al interior de sus organizaciones, como una reacción que busca desarrollar una acción discursiva-política representativa de sus intereses. También se ha hecho referencia a importantes elementos que articulan esta identidad de carácter maximalista (es decir de transformación de las estructuras sociales) que se sitúan como una continuidad o extensión del ideario liberal popular, es decir adscritos al pensamiento ilustrado, del cual participan también los grupos de la elite, pues precisamente en su formulación sustentan la legitimidad de su proyecto de hegemonía, con lo cual resulta que estas organizaciones representativas del mundo popular asumen una condición subalterna respecto de los grupo dominantes, esto es, la incapacidad de concretar el desarrollo de una experiencia política auténticamente contrahegemónica. En este sentido la conducta del grueso de los sectores del bajo pueblo, frente a la significancia de la conmemoración, enfatiza nuevamente la incapacidad de este (en su conjunto) y sus expresiones elitistas populares de generar y extender una interpretación diferente de aquella que proponen los grupos de elite: revalidación de su proyecto de hegemonía mediante una nueva convocatoria instrumental, sustrayéndose del contexto de crisis de legitimidad por la cual atraviesa dicho ejercicio de la dominación social. Es por esto que no debe extrañar el hecho que "...a pesar de la cuestión social, el pueblo se ha hecho parte de los festejos del Centenario (aunque sea en su propio universo), y no expresa críticas masivamente ni menos algún intento de boicot. Las instancias de denuncia se refieren a individualidades, y de ningún modo constituyen una critica sistemática u homogénea, su confluencia se halla simplemente en el desacuerdo con el orden vigente...son solo unos

²⁰⁴ Garcés Duran, Mario; Crisis sociales y motines populares en el 1900, editorial Lom, 2da. edición, Santiago, 2003, pág. 82.

²⁰⁵ Pinto V, Julio y Valdivia O, Verónica; ¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932), editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2001, pág.12.

cuantos personajes los que elaboran un discurso de denuncia de manera consistente...”²⁰⁶. Sin embargo la doble connotación de esos discursos de denuncia que se mencionan consiste precisamente en el hecho de que, por una parte logran desnudar ante la sociedad la terrible situación de miseria y pobreza en la cual se debaten grandes sectores de la población, constituyendo en este sentido un enjuiciamiento hacia los grupos de la elite en su responsabilidad frente a esta situación (mas bien centrada en el carácter del ejercicio del rol dirigente que en la critica al sentido mismo de este ejercicio, afirmación que hubiera cuestionado objetivamente el proyecto de hegemonía de los grupos dominantes). Por otra parte en este mismo discurso subyace una conceptualización que remite nuevamente al conflicto de la cultura hegemonía con la cultura popular: “...Nuestra raza, en parte por herencia, en parte por el grado relativamente atrasado de su evolución y en parte por la detestable e inadecuada enseñanza que recibe, vigoroso en la guerra y medianamente apto en las faenas agrícolas, carece de todas las condiciones necesarias para la vida industrial...”²⁰⁷. De lo anterior se puede reflexionar con claridad acerca de cómo visualizan estos grupos de elite la influencia de las doctrinas políticas de corte maximalista – rupturista , en ese mundo popular carente de todos los rudimentos necesarios para ingresar con plenitud a la ansiada modernidad : “...en las naciones latinas (*considerándose nuestro país como influenciado por sus rasgos valóricos-culturales, lo cual es también la causa del periodo de crisis que reconocen y denuncian*) lo que se entiende por feminismo es realmente la reversión atávica al dominio real de la mujer , a la imposición de la sicología femenina en la dirección del estado. Por eso abunda en las doctrinas sociales feministas de aquellos países las tres marcas mas características del matriarcado: el sentimiento comunista de la propiedad, la sustitución de la justicia por la beneficencia en la distribución de los beneficios sociales, y la depresión de las virtudes que en los pueblos patriarcales son el fundamento de la moralidad de la familia y de la moralidad general...”²⁰⁸. Aun dentro de los discursos de denuncia y critica que se desarrollan frente a la situación social existente, el sujeto popular sigue siendo subalterno, sigue estando incapacitado para reconocerse en su sentido de historicidad, en su dimensión de praxis discursiva y de acción critica, en la posibilidad de proyectar una orientación contrahegemónica en su idea de transformación social. A su barbárica e incivilizada naturaleza se le debe sumar el influjo pernicioso de las ideas disolventes y degenerativas que comienzan a hacer efecto en su predica ante el bajo pueblo, de lo cual resulta la necesidad para los grupos de elite, de invalidar sistemáticamente las practicas de irrupción político popular que reivindica una identidad autónoma en el desarrollo de sus movilizaciones. Una doble negación termina por imponerse y hacer nuevamente anónima la experiencia política de los sectores populares. La primera de ellas hace referencia a la contraposición de la cultura hegemonía con la cultura popular, con la cual la primera, sustentada en el ideario ilustrado, termina por despreciar absolutamente aquellas expresiones que conforman el imaginario popular. La segunda negación es la que surge también desde los sectores dominantes, y que tiende hacia el desprestigio y desperfilamiento de las experiencias de organización de carácter político que empieza a asumir los sectores subordinados y específicamente los grupos obreros como tipo de formación mayoritaria en lo cuantitativo, pero también en lo cualitativo. Habría entonces que analizar si las prácticas de experiencia política,

²⁰⁶ Silva A., Bárbara; *Identidad y Nación entre dos siglos...*, pág. 110.

²⁰⁷ Encina, Francisco Antonio; *Nuestra inferioridad económica*, editorial Universitaria, 7ª. edición, Santiago de Chile, 1990, pág. 32.

²⁰⁸ Palacios, Nicolás; *Raza chilena: un libro escrito por un chileno y para los chilenos*, ediciones Colchagua, 3ra. edición, 1987, pág. 305.

particularmente en el ámbito del discurso educacional, en tanto reflejan la orientación de su horizonte valórico-cultural, logran efectivamente concretar el desarrollo de un proyecto de contrahegemonía, que supere definitivamente el arraigo de las formas valóricas y culturales propias de los grupos de elite. Esto hace necesaria referencia a un análisis de los principales elementos que caracterizan a las tendencias representativas de estos sectores, en cuanto permiten reflexionar sobre el significado del desarrollo de la experiencia de politización en estas organizaciones (es decir de la radicalización de sus posturas) en el contexto de la constitución de la condición hegemónica-subalterna para el periodo señalado.

Tendencias y tensiones en la politización de los grupos obreros.

El desarrollo del anarquismo y el socialismo en tanto expresiones políticas de los sectores dominados, de carácter maximalistas/radicalizadas, se articula dentro del proceso de politización de las organizaciones representativas del mundo popular. Para el caso de esta investigación solo se considerarán las tendencias políticas señaladas, en función de que, a través del contenido de su discurso y acción política, podemos reconocer un sentido de representatividad identificado en forma más auténtica con los intereses de los sectores populares²⁰⁹. Este argumento es esencial además para comprender un periodo en el cual, como ya ha sido señalado, la constitución del sujeto popular como sujeto político y su adhesión a algunas de las organizaciones político-partidarias tradicionales, se piensan desde la elite como practicas de instrumentalización para lograr precisamente la perpetuación de un sistema político y económico que es esencialmente excluyente del mundo popular. Para el periodo señalado esta situación quedara plenamente de manifiesto a partir del carácter oligárquico en que se ejerce la dominación: "...la elite no se esforzaría ni trabajaría en busca de una mejora significativa en las condiciones de vida de la mayoría de la población pues eso habría implicado transformar sustancialmente su valorado orden...la nación nunca fue realmente participativa ni republicana...si en los años de la patria vieja se planteaba una democratización graduada hasta llegar a la verdadera soberanía popular, cien años más tarde se está lejos aún de la existencia practica de una nación verdaderamente horizontal, democrática y republicana..."²¹⁰. La pobre experiencia de autonomía en su fase prepolítica y política, la continuidad histórica de su condición subordinada determinaron una escasa posibilidad de que el mundo popular desarrollará expresiones organizativas enriquecidas por una trayectoria mas plena, en una perspectiva

²⁰⁹ En torno a las formas de politización con las cuales los sectores populares responden al asedio de la cuestión social se debe señalar que "...esta se canalizo a través de dos grades vertientes. Por una parte estuvo la que algunos autores han definido como rupturista o revolucionaria, aun cuando en la practica muchos de sus adherentes estuvieron dispuestos a operar dentro de la legalidad vigente , y a negociar sus demandas con un estado o una clase patronal que su discurso solía representar como enemigos irreconciliables...esta postura , surgida en Chile esencialmente desde los propios sectores populares (aunque reforzada doctrinariamente desde el extranjero) se fundaba en una visión clasista de la sociedad, en un llamado a que los pobres se convirtieran en sujetos de su propia emancipación y la exacerbación de la lucha de clases como condición necesaria para corregir los males sociales...la otra vía de politización popular de la época fue la no rupturista o de conciliación social, que dentro de ciertos parámetros podría también denominarse populista...": en Pinto V, Julio y Valdivia O, Verónica; ¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932), editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2001, págs. 10-11.

²¹⁰ Silva A., Bárbara; Identidad y Nación entre dos siglos..., págs. 115-135.

contrahegemónica. Se debe señalar también que en alguna medida esta debilidad de la identidad del movimiento popular determinó en gran parte la adopción de formas valóricas y culturales que eran absolutamente contradictorias con una perspectiva revolucionaria: “... la ausencia en los trabajadores y de los sectores populares chilenos de una práctica de esa libertad; la ausencia en ellos de la construcción de una subjetividad capaz de avanzar en ir dándole forma a su autoreconocimiento como actores con plenos derechos y en particular con el derecho que les otorga su condición de mayoría en la sociedad realizar su propia visión de mundo, su propio *orden nuevo*., propicia la reproducción de estructuras oligárquicas de tipo autoritaria reforzando las prácticas hegemónicas y por tanto las formas de subalternidad que caracterizan la cultura de estos mismos trabajadores y en general de los sectores populares...”²¹¹ Por esta razón se considera de una enorme relevancia el hecho de que durante el periodo señalado se desarrollen organizaciones que apunten en este sentido de superación de la condición subordinada en cuanto a la formulación y desarrollo de un discurso y acción política en el mundo popular, por lo cual permiten caracterizar a una parte del movimiento social en relación al horizonte político que este articula. Del mismo modo, la experiencia discursiva y de práctica política de aquellas organizaciones que adhieren de algún modo al proyecto hegemónico (esta adhesión considera esencialmente la omisión de una perspectiva de autonomía política en sus prácticas) pierden relevancia ante esta irrupción de una nueva propuesta de identidad política que pone su énfasis en la afirmación del sujeto popular, que pasará a caracterizar de forma más nítida una propuesta política vinculada a los intereses del bajo pueblo (aunque no necesariamente a su imaginario ni a sus acciones). Lo anterior revela a su vez el agotamiento del consenso instrumentalizado a través del cual se legitima la institucionalidad, como un elemento determinante en la configuración de un horizonte político autónomo en este. En sí mismas, la aparición de estas tendencias políticas al interior del movimiento obrero expresa en él una reacción crítica frente a la que había sido sus discursos y prácticas tradicionales, que se muestran impotentes para la realización de la aspiración de subvertir las estructuras sociales en tanto este elemento significativo de su discurso político se ha posicionado como idea hegemónica en gran parte del movimiento social.

El origen de estas vías de politización radicalizada o rupturista muestra en sí la contradicción que encarna su condición subalterna. En sus procesos constituyentes se advierten con claridad elementos que se conflictúan con el sentido de afirmación de una auténtica identidad popular. En un primer término se debe señalar su rol como expresión de continuidad del movimiento mutualista que predomina en las formas de asociatividad de los sectores dominados en el siglo XIX. Esta situación es objeto de un doble reconocimiento: por un aparte los mismos actores políticos suelen hacer referencia constante a su vinculación con este tipo de organizaciones en tanto constituye un elemento que prestigia su trayectoria histórica y, aunque asume concientemente un nuevo tipo de liderazgo, sin duda también apela, mediante iniciativas de acción político-social propias de la praxis regenerativa, a la ampliación de la convocatoria social que tiene su discurso. Por otra parte, los investigadores han dado cuenta de esta situación, (por supuesto desde múltiples enfoques y con diversas intencionalidades) de la cual resulta doblemente reforzada esta situación en el imaginario histórico desde el cual se piensa a sí misma

²¹¹ Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, pág. 176. Para este autor, el fenómeno de restricción de la experiencia política en las organizaciones de los sectores populares, tendrá como consecuencia la configuración de una praxis que no logra objetivar el discurso en la práctica que lleva a cabo: “...sin esta experiencia colectiva asumida por el conjunto de los trabajadores y de los sectores populares el riesgo de plantear una percepción puramente abstracta de la libertad tenderá a corresponderse con la práctica de una democracia también puramente abstracta...”.

la clase obrera moderna en Chile. Para el caso de los anarquistas se plantea que "... la corriente ácrata beneficiándose de una larga experiencia asociativa de movimiento popular, representaría a la vez de una continuidad de su ideario de regeneración popular ilustrado, una ruptura con la línea reformista, liberal y democrática que había prevalecido hasta entonces..."²¹². Así también, para el caso de la corriente socialista, identificada como cuerpo de ideas en el trabajo periodístico y de ensayo que desarrolla Recabarren durante la década del 10, se puede apreciar a través de este que "...establece una continuidad esencial entre la luchas democráticas de la Sociedad de la Igualdad, de la Sociedad Escuela Republicana y del Partido Democrático..."²¹³ al cual él pertenecía en esta etapa, y desde el cual irá desarrollando en forma progresiva un discurso programático de ruptura que posteriormente se verá reflejado en la fundación del POS en 1912. Otra característica que debe ser señalada como común a ambas tendencias, es el difuso horizonte ideológico que muestran como discursos políticos, lo cual hace referencia a su vez a la convivencia, durante esta primera etapa desarrollada en la década previa al centenario, de una especie de heterogeneidad en cuanto a las raíces doctrinarias pero también de convivencia ideológica, que en algunos casos dificulta la diferenciación de ambos discursos, aunque por otra parte muestra en los hechos el desarrollo de una práctica asociativa que expresa un sentido de horizontalidad en cuanto a sus referencias valóricas y culturales. En relación a lo anterior los autores mencionados desarrollan algunas hipótesis. Por una parte se plantea que existió una escasa difusión doctrinaria, en término del acceso a las obras de los pensadores que inspiraban claramente cada corriente²¹⁴. Esto habría determinado que en un principio las diferencias existentes entre ambas corrientes no fueran tan evidentes produciéndose esta convivencia política a la que se ha hecho referencia, en el ámbito de la constitución de una praxis discursiva y de acción política en un sentido contra hegemónico: "...la cuna común de socialistas y anarquistas representada por la experiencia de la Unión Socialista fue un caso sui generis que se explica por la escasa circulación que tuvieron hasta fines del siglo XIX en Chile las ideologías de redención social inspiradoras de ambas vertientes...". La situación señalada determinará la postergación de la agudización de la querrela entre socialistas y anarquistas, que estremeció al movimiento obrero en todos los países del mundo, para las siguientes décadas en el caso de Chile²¹⁵. Por otra

²¹² Grez, Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero: la alborada de "la Idea". en Chile, 1893-1915, editorial Lom, 1ra edición, Santiago, 2007, pág. 29. Para el caso de la corriente libertaria, el autor plantea que los vínculos ideológicos con el movimiento mutualista se pueden apreciar con claridad en ideas como "la predica de valores moralizantes, en énfasis en la auto educación de los trabajadores y la búsqueda del perfeccionamiento personal...", que son visibles en iniciativas de organización como el Ateneo Obrero de Santiago. pág. 49.

²¹³ Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luís Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, pág. 171.

²¹⁴ Se debe recordar que ya habían transcurrido mas de treinta años desde la gran división que se producen en el movimiento obrero internacional, luego de los sucesos de la Comuna de Paris en marzo de 1871 y la disolución formal del la AIT en el Congreso de La Haya en septiembre de 1872, que sella definitivamente la división entre marxistas y anarquistas.

²¹⁵ Se debe hacer énfasis en este elemento por cuanto determinará en gran medida las perspectivas de la cultura política que desarrollan tanto anarquistas como socialistas. A manera de establecer una comparación, se puede tomar en cuenta el caso de Argentina, con la formación de la FORA en 1891, organización obrera de carácter nacional en la cual ambas tendencias convivirán en una particular simbiosis que, por un lado determina la afirmación de una praxis discursiva y de acción política contrahegemónica, pero por otro lado, que entraba su desarrollo en función de los costos políticos que conllevan estas luchas intestinas que se registran entre el anarquismo y el socialismo por la conducción del movimiento obrero: "...La lucha de principios y de competencia entre socialistas y anarquistas seguía ininterrumpida, pero era inevitable porque estaban en juego concepciones demasiado contradictorias del movimiento obrero y de su táctica de lucha. Mientras los unos pretendían que todo había de solucionarse con el envío de

parte, el reconocimiento de la existencia de una *lectura común* en las organizaciones radicalizadas del bajo pueblo, de los pensadores sociales a los cuales se ha hecho referencia, hace que en particular, para el caso de los socialistas, aparezcan en Recabarren la influencia directa de algunas posiciones libertarias que son incorporadas y resignificadas en una perspectiva organizacional de carácter socialista (es decir, en tanto se expresa en el programa de un partido político que se piensa como representante legítimo de los intereses de los sectores populares) Sin embargo se debe tomar en cuenta, que precisamente el formato en el cual circulan estas ideas, como textos ideológicos-políticos, dificultan el acceso de la gran mayoría del mundo popular al conocimiento de estas ideas, producto de la escasa extensión de la alfabetización que se ha señalado para el periodo, sobre todo en el caso de los sectores populares²¹⁶. Por otra parte para el caso de los anarquistas, se debe tomar en cuenta que durante la etapa histórica señalada este cuerpo doctrinario se presenta formulado de forma flexible, lo cual permite que en ese proceso de formulación y difusión de ideas (en tanto constituye un reflejo de su capacidad propositiva) que se da a través de las organizaciones que adhieren a esta tendencia (sociedades en resistencia, periódicos, centros de estudios sociales, etc.) exista el espacio para una mayor circulación conceptual y el desarrollo de una acción política que no necesitaba justificarse en profundas argumentaciones teóricas, pues no estaba atada a un ideal de pureza ideológica: “...probablemente el rasgo distintivo de los adherentes a la tendencia libertaria criolla era su escaso apego a formulas muy rígidas y una cierta inclinación a actuar según las necesidades practicas que, en más de una ocasión, los hicieron alejarse de la pureza doctrinaria. Aunque es necesario reconocer que los ácratas chilenos fueron tributarios de los discursos, análisis y propuestas típicas del movimiento libertario internacional que llegaron desde Europa, Argentina y Perú a través de periódicos, libros, folletos, inmigrantes, viajeros y uno que otro activista que acudió a reforzar el trabajo de los militantes nacionales...”²¹⁷. Nuevamente se debe recalcar que la fragilidad de los medios de transmisión de estos principios ideológicos, incidirá directamente en el desarrollo de un horizonte ideológico claramente definido para ambas tendencias, como expresión de una perspectiva valórica-cultural que encarna las contradicciones propias de su formación. Lo anterior determina que estas organizaciones se conviertan en instancias de filtración de estas ideologías, que en realidad se arraigaran en el mundo popular a partir de la interpretación-decodificación que estas elites obreras le den, debilitando la posibilidad de enriquecerlas con elementos propios de la cultura popular a la vez que fortaleciendo la incorporación mediatizada de estos sectores a la perceptiva de radicalización política, todo lo cual determinará la constitución definitiva de sus rasgos subalternos.

representantes y de peticiones al parlamento y a los poderes públicos, los otros sostenían que la acción directa era la base fundamental de la beligerancia proletaria...”; en Abad de Santillán, Diego; La FORA, editorial Libros de Anarres, Buenos Aires, 2005, pág. 68.

²¹⁶ Aquí se pone como evidencia el conocimiento histórico que se tiene respecto de las lecturas de Recabarren, en donde destaca la prensa libertaria argentina como el periódico La Protesta Humana que comienza a llegar a Chile desde 1897; ver Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, pág. 89. En relación a los autores que influyen en la formación ideológica de ambas tendencias se plantea que “...a través de los trabajos de Hernán Ramírez Necochea es posible visualizar entonces la circulación en Chile de algunas publicaciones socialistas que provienen de París o de Bruxelles. La circunstancia de que los libros de Luis Blanc, Charles Fourier, Karl Marx o Pierre-Joseph Proudhon circularan en lengua francesa se presenta a la investigación como un elemento revelador de una lectura restrictiva, que muy probablemente, debe haber excluido del acceso de estos textos a la abrumadora mayoría de los núcleos de artesanos y obreros...”, ídem, pág. 188. En virtud de estos antecedentes resulta lógico suponer que la principal ruta de ingreso de estos textos se dio a través de la frontera argentina.

²¹⁷ Grez, Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero: la alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915, editorial Lom, 1ra edición, Santiago, 2007, pág. 70.

Los elementos que componen el discurso de ambas tendencias políticas mostrarán rasgos de similitud en cuanto a su contenido, pero sin duda que tienden a diferenciarse en la medida que cada una de ellas interpretará particularmente estos elementos con una noción de radicalidad que obviamente es diferente: mientras el anarquismo se sitúa como la más profunda expresión de la tendencia a la radicalización en el discurso y la praxis maximalista (negación del estado, rechazo a las formas de representación política, acción directa, etc.), el socialismo aparece vinculado en alguna medida a las prácticas políticas tradicionales, aunque plantea a partir de ellas una transformación social como objetivo (reconocimiento del rol del estado en la socialización de los medios de producción, aceptación de la participación electoral junto a otras estrategias de lucha, rechazo al uso de la violencia, etc.). En el caso de los anarquistas esta expresión maximalista tiene que ver con la nula posibilidad de conciliación y aceptación de las estructuras políticas económicas, sociales, culturales, etc., que articulan la sociedad de la época, frente a lo cual proponen el retorno a una idílica vivencia social anterior a las fórmulas políticas contemporáneas (es decir, situado en una etapa histórica preconstitutiva del Estado, en tanto el surgimiento de este representaría la construcción e implementación de un poder que constantemente amenaza la individualidad y la autonomía de los sujetos populares)²¹⁸. Los contenidos de carácter reivindicativos de su discurso político tienen que ver fundamentalmente con su reacción a lo que consideran formas o mecanismos de opresión que se instalan desde el poder (ya sea político, económico, social, es decir la totalidad de los ámbitos en los cuales se concreta la hegemonía y por tanto se vivencia la subordinación y la subalternidad) hacia el pueblo para obtener su sometimiento y posibilitar su dominio sobre estos. La dimensión económica de la vivencia subordinada-subalterna es aquella a la que son más sensibles los sectores populares, de ahí que el discurso anarquista se articule en este sentido en función del reconocimiento y denuncia a las condiciones expoliatorias que existían en el ámbito laboral, visualizando con claridad la contradicción inherente entre capital y trabajo, enunciado además una crítica a lo que se considera una ineficaz práctica mutualista, que pretende poner en la iniciativa de los trabajadores los mecanismos de resolución de una condición de miseria y opresión que ellos no generan: "...lo lógico hubiera sido que los trabajadores, antes de pesar en el socorro mutuo, hubieran tomado medidas para mejorar sus condiciones económicas, aumento de salario y disminución de las horas de trabajo, mientras llegaba la hora de su completa emancipación política, social, económica y religiosa...pero muchos trabajadores procedían *sin lógica*, dedicándose al socorro mutuo en vez de preocuparse por la estabilidad del salario y la disminución de la jornada de trabajo resultando como complemento el ahorro..."²¹⁹. Esta capacidad de reacción frente a las diferentes expresiones de la opresión social se ve reflejada en la denuncia que hacen de otras situaciones o elementos que articulan la hegemonía de los grupos dirigentes. Es el caso de la crítica y rechazo frente al militarismo y al patriotismo, y su propuesta internacionalista fundada en la doble noción con que se concibe la emancipación social: como las condiciones opresivas no reconocen fronteras en virtud de la expansión de las formas económicas capitalistas, la revolución social debe tener necesariamente un carácter

²¹⁸ Respecto a lo señalado, Grez plantea que "...muchos anarquistas pesaban que solo mediante la destrucción violenta del aparato estatal podría resolverse el problema del poder, no para construir otro poder –como preconizaban los marxistas- sino para eliminarlo definitivamente junto a toda autoridad, provocando de este modo la vuelta de la sociedad al *estado natural*..."; en Grez, Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero: la alborada de "la Idea" en Chile, 1893-1915, editorial Lom, 1ra edición, Santiago, 2007, pág. 73.

²¹⁹ "Las sociedades de socorro mutuo i las federaciones de resistencia", El Siglo XX, Santiago, 18 de mayo de 1902; citado por Grez, Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero: la alborada de "la Idea" en Chile, 1893-1915, editorial Lom, 1ra edición, Santiago, 2007, pág. 78.

universal para ser verdadera: “...aunque el internacionalismo y la oposición al militarismo y el chovinismo no fue patrimonio exclusivo de los ácratas –porque los socialistas no eran menos fervorosos que ellos en este plano y numerosos demócratas y radicales también compartían estas banderas de lucha-, no es menos cierto que los anarquistas fueron los primeros en introducir esta *nueva causa* en los medios populares...y lo hicieron con notable persistencia y coraje en una época en que el fervor nacionalista era una característica común de todas las clases sociales...”²²⁰. En la misma línea de análisis, un elemento que destaca en las formulaciones discursivas del movimiento libertario en Chile, es su capacidad de reconocimiento y conceptualización de nuevas dimensiones de opresión social mas allá de la esfera de la proletarización, lo cual permite que incorpore al debate publico temáticas tan importantes (y tan poco consideradas en los discursos políticos de la época) como la emancipación de la mujer, la promoción del pacifismo y el desarrollo de un estilo de vida natural y saludable en los sectores populares²²¹. En el caso de la temática de la emancipación de la mujer se debe plantear que esta será abordada en función de su reflejo como expresión de las relaciones sociales patriarcales, que es un elemento de continuidad histórica en el desarrollo del proyecto hegemónico de las elites, dentro del cual se advierte claramente la persistencia de un sustrato ideológico conservador, en la medida que da cuenta de su apelación a un orden tradicional del cual la moral religiosa constituye uno de los principales mecanismos de articulación y difusión de la perspectiva subalterna; por otra parte el tratamiento que ambas corrientes le darán al tema habla de su grado de percepción sobre los elementos que constituyen el horizonte valórico-cultural en el cual se sustenta el proyecto hegemónico de los grupos dominantes: “...el anticlericalismo surgió a modo de respuesta a las enseñanzas que, por ese entonces, practicaba la Iglesia Católica, según las cuales la mujer salida de la costilla de Adán, tenía como únicas funciones rezar, cuidar de sus hijos y obedecer a su marido...funciones que tendían a crear dentro de ellas un espíritu conservador, reacio a los cambios que su propia vida demandaba...de ahí que las pioneras del feminismo reaccionaran contra la influencia retardataria que la iglesia ejercía sobre sus conciencias...”²²². Aun así, se debe señalar que la abstracción que hacen los anarquistas de una propuesta programática (a partir de su rechazo absoluto a las estructuras sociales vigentes), reflejo de su concepto de *inmediatez* con el cual orientan su practica discursiva y de acción política, les permite desarrollar una perspectiva maximalista, de conquista inmediata para las mujeres de la plenitud de sus derechos en un sentido de igualdad y justicia social mas allá de la referencia común a los derechos políticos que otras tendencias ideológicas hacen. Esta situación los llevará a diferenciarse en este punto del discurso enunciado por los socialistas, ya que estos “...compartían la opinión de que las mujeres

²²⁰ Grez, Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero: la alborada de “la Idea”: en Chile, 1893-1915, editorial Lom, 1ra edición, Santiago, 2007, págs. 146-147.

²²¹ Ver Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág. 141. Otros autores enfatizan la flexibilidad-amplitud doctrinaria de los anarquistas como un elemento que les permite, durante la etapa señalada, sustentar seriamente una aspiración de conducción del movimiento social, en virtud de la capacidad de representar en el plano discursivo y de la acción política, diferentes temáticas que constituyen sensibilidades del mundo popular, frente al modelo de dominación social que lo subordina: “...proclamaban también la emancipación de la mujer, el carácter de *patrimonio de la humanidad* del trabajo y la producción; la naturaleza criminal de la guerra y la propiedad, la primacía de la razón por sobre los prejuicios de *patria*, *política*, *leyes* o *religión*: y el empleo de la tribuna la prensa, el libro y el folleto como medio de propaganda...”; Pinto Vallejos, Julio; El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿apóstoles o líderes?; en A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique, DIBAM, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago 1998, pág. 274.

²²² Gaviola, Edda; Jiles, Ximena; Lopresti, Lorella; Rojas, Claudia; Queremos votar en las próximas elecciones: Historia del movimiento sufragista chileno 1913-1952, editorial Lom, 2da. edición, Santiago, 2007, pág. 53.

requerían de una mayor educación para ejercer adecuadamente sus derechos políticos, pero estimaban que no era oportuno otorgárselos en ese momento...en primer termino, porque no tenia sentido ejercerlos en un país en el cual la política estaba manejada por un pequeño grupo social y en segundo lugar, porque antes era necesario un cambio de la sociedad toda, en el cual las mujeres debían participar incorporándose a las organizaciones de tipo reivindicativo...”²²³. Esta dimensión reivindicativa de sus expresiones discursivas los llevara a la negación absoluta que plantean sobre la participación en la política institucionalizada, proponiendo en su lugar la afirmación del sujeto popular libre de todo mecanismo de sujeción, alineación, manipulación, instrumentalización; en este sentido, es posible afirmar que la dimensión programática del discurso libertario radicará mas bien en la experiencia de resistencia a estos mecanismos, a la vivencia de autonomía, que en un cuerpo sistemático de propuestas de reforma social: “...la posición de principios del anarquismo de rechazo tajante a todo lo relacionado con el Estado, la política y los políticos era una barrera infranqueable que delimitaba claramente el terreno respecto de las demás corrientes políticas e ideológicas presentes en el mundo obrero y popular...los ácratas aspiraban a una autonomía total del mundo de los trabajadores, incluso respecto de quienes decían apoyar las luchas o pretendían asumir su representación social y política...según los anarcos, los políticos (demócratas y socialistas), supuestos defensores del pueblo, se mezclaban al movimiento obrero *con el pretexto de ayudarlo y servirlo, pero en verdad, con el único objeto de explotarlo y servirse de el para llevar a la practica sus ambiciones de ser diputados, senadores concejales municipales o dirigentes de las sociedades obreras...*”²²⁴. Por esta razón es posible visualizar en su formulación discursiva un distanciamiento mucho mayor que en el discurso socialista respecto del horizonte valórico-cultural preconizado por los grupos de la elite dirigente, ya que su apuesta a la experiencia de lucha por sobre la propuesta política a futuro, exigía en sus adherentes la vivencia de aquellos valores pertinentes con la insumisión que predicaban, en tanto *modelo de conducta social*, hacia los sectores populares²²⁵.

Para el caso del discurso desarrollado por la tendencia socialista en el primer decenio del siglo XX, se debe señalar en primer lugar que este parece orientar su formulación en términos de una perspectiva de resistencia frente al *totalitarismo de la razón* ²²⁶ que se concreta en todos los ámbitos de las estructuras de dominación social. Efectivamente existe un alto nivel de percepción de la conceptualización opresiva en que radica el sentido universalista que propone el discurso del iluminismo y el progreso, en cuanto a que este se articula como negación de la cultura popular e imposición de las formas culturales hegemónicas. Sin embargo, al establecer en forma más definida un cuerpo teórico en el cual sustentan sus praxis discursivas y de acción política (situación que los diferencia de los anarquistas) y al que le otorgan un carácter *científico*, terminan vinculando esta primera etapa de su experiencia de politización a la tradición ilustrada, pues perciben el

²²³ Gaviola, Edda; Jiles, Ximena; Lopresti, Lorella; Rojas, Claudia; Queremos votar en las próximas elecciones: Historia del movimiento sufragista chileno 1913-1952, editorial Lom, 2da. edición, Santiago, 2007, pág. 39.

²²⁴ Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág. 159.

²²⁵ Para el caso del discurso reivindicativo que se proyecta hacia la mujer, el llamado es claro. “...mujer, declárate libre, rompe con las cadenas que tan fuertemente te tienen ligada, toma parte también en la lucha por la regeneración humana, que en ella alcanzaras tus derechos, desembarázate de tanta insensatez, de tanta imbecilidad como te ha hecho creer para hacerte esclava...”; Leante, Eugenio; La mujer, Luz y vida, Antofagasta, junio de 1913; citado por Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág. 149.

²²⁶ Ver Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luís Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, pág. 100.

socialismo como la autentica racionalización de las relaciones sociales, en un sentido de progreso ininterrumpido, donde el advenimiento de las transformaciones sociales surge como una ley natural producto de las contradicciones propias que conllevan la extensión de las formas de producción capitalistas: “...al identificar ciencia y política, o mas bien, al disolver la especificidad de la política en una determinada connotación de la ciencia, el *socialismo científico*, se presenta como una certeza religiosa, como una fe en que el saber está de nuestro lado a partir de la aplicación de ciertos instrumentos con los cuales contamos siempre –algo así como los manuales sociológicos-; como la ilusión positivista de que podemos conocer apriorísticamente la historia y que esta representa un camino que basta recorrer un poco mas rápido para llegar al socialismo; como una ciencia predicativa, como un tributo rendido a una concepción teleológica de la política...”²²⁷. Este elemento, que será desarrollado posteriormente con mayor amplitud, hace referencia directa a la perspectiva subalterna y reproductora de la subalternidad desde la cual desarrolla su estrategia de movilización social, por cuanto aspira a determinar a partir de una interpretación particular (bastante sesgada e incompleta por cierto, pues en realidad constituirá una especie de resumen de diversas tradiciones políticas como el socialismo belga, el guedismo, el evolucionismo, etc.) la trayectoria histórica del movimiento obrero sin tomar en cuenta la particularidad de cada estructura de dominación social y su evidente diferencia respecto de los modelos teóricos que sustentan el cuerpo ideológico de la matriz socialista. La posición tributaria de Recabarren respecto de la tradición iluminista, es parte del fenómeno del surgimiento y desarrollo de las ideologías entre fines del siglo XVIII y el siglo XIX²²⁸, en tanto estas representan la formulación de un conjunto sistemático de ideas que desconstruyen, en un análisis critico, el carácter y sentido de las estructuras sociales de las sociedades de antiguo régimen; es por tanto una posición ideológica absolutamente asimilable a las diferentes perspectivas discursivas que se desarrollan con la Modernidad: “...el sustrato cultural de Recabarren...ofrece un fuerte elemento de continuidad a través de una percepción evolucionista de la vida social y del progreso como la forma en que transcurriría el acaecer de la historia , percepción que constituye, sin duda, uno de los principales componentes de la visión de mundo y del sentido común de la gran mayoría de los actores del siglo XIX y comienzos del XX...”²²⁹. Se debe tomar en cuenta que el hecho de que la formación del POS ocurra recién en 1912 (como expresión orgánica de la tendencia política socialista en Chile), determinará el desarrollo durante la primera década del siglo XX de un difuso bagaje de ideas políticas que constituyen la naciente perspectiva socialista, como consecuencia obvia de la debilidad asociativa existente en la época, reflejada en la ausencia de una organización de carácter mas permanente y duradero. Las posiciones socialistas se difundirán y adscribirán más como sensibilidades e intuiciones que como formulaciones doctrinarias plenamente desarrolladas al interior de mundo popular. En este sentido, ya se ha señalado que las condiciones de transmisión y circulación de las ideas

²²⁷ Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luís Emilio Recabarren: contribución al estudio critico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, pág. 195. La proyección teleológica de la tendencia socialista queda en evidencia cuando se afirma que “...la lucha política se inscribe al interior de una evolución en un sentido progresivo en el cual el socialismo equivale a una suerte de punto de llegada, dijéramos, natural...”; ídem, pág. 242.

²²⁸ “...El surgimiento de la problemática posteriormente asociada con el concepto de ideología, esta estrechamente ligado a las luchas de liberación de la burguesía de los yugos feudales y al surgimiento de la nueva actitud critica propia del pensamiento moderno...el concepto de ideología es uno de los conceptos típicos de la modernidad y, mas específicamente, de la Ilustración del siglo XVIII...”, ver Larraín, Jorge; El concepto de ideología Vol. 1: Carlos Marx, editorial Lom , 1ra, edición, Santiago, 2007, pág. 9.

²²⁹ Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luís Emilio Recabarren..., pág. 241.

políticas en los grupos de la elite obrera a principios de siglo XX permiten un sentido de transversalidad y horizontalidad, en cuanto a la presencia de algunos elementos discursivos que son compartidos con otras tendencias de politización que se desarrollan en estas. Es el caso del rechazo a la moral religiosa, es decir, al concepto de relaciones sociales patriarcales que caracterizan el ejercicio de la dominación social en la época y cuyo baluarte doctrinario es la Iglesia Católica, lo que evidencia la vinculación con los ácratas en la formulación de un horizonte valórico-cultural que pretende la superación de la hegemonía de los grupos de elite: "...si los hombres son naturalmente buenos podemos entonces construir una fraternidad universal sin tener necesidad de Dios...la revolución representa aquí el horizonte utópico de esta fraternidad universal...la sociedad que saldrá de ella será entonces para Recabarren una sociedad esencialmente solidaria, diríamos también, naturalmente solidaria, *cum granu salis*, el reino de Dios sobre la tierra..."²³⁰ Otro aspecto del discurso donde se muestra la convivencia en un espacio político reivindicativo común, es en el rechazo a las formas institucionales de participación política, que se visualizan en su carácter profundamente oligárquicas excluyentes, desiguales. Sin embargo este rechazo que surge desde las tendencias socialistas hacia el sistema político, se tensionara a su vez en sus practicas de movilización social con las formulaciones discursivas maximalistas de la tendencia libertaria, al tomar en cuenta que, dada la vinculación mas reconocible con la experiencia orgánica del mutualismo en la cultura política de los socialistas (en la medida que para la época Recabarren aun es miembro activo, dirigente y representante político del Partido Democrático), estos están imbuidos por las practicas de acción política propias de esta tendencia, situación que los lleva a considerar la posibilidad de la transformación social por una vía legal, lo que lógicamente se aparta de la estrategia de guerra social que subyace en la formulación discursiva de los anarquistas: "(se articula)...una identidad, una cierta cohesión social, una visión de sociedad y una determinada representación de la política que podía caracterizarse de una manera general por la elección de una vía legal e institucional como estrategia de desarrollo de las luchas democráticas, por estimular la libertad de reunión, por la prensa obrera como portavoz para difundir el pensamiento democrático, y por la promoción de sus propios cuadros, es decir de los propios trabajadores en el entendido de que serán los mejores defensores de sus propias reivindicaciones..."²³¹. En esta situación es determinante el hecho de que muchos dirigentes demócratas participaban con Recabarren en el desarrollo de iniciativas tendientes a la consolidación de una conducción socialista en el movimiento social, los cuales lógicamente funcionaran como difusores de estas practicas de acción política en clave instrumentalizadora. En virtud de estos antecedentes se señalará que la dimensión regenerativa del discurso de la clase política tradicional, se encuentra plenamente presente en la formulación discursiva socialista, al pretender difundir formas de sociabilidad y conducta en el mundo popular, que pretenden alejarlo de aquellas expresiones culturales que reflejan la reacción permanente de bajo pueblo a los mecanismos de sujeción y control social, por cuanto se conflictúan con la imagen de un movimiento social moderno, disciplinado, racional, propositivo. También subyace la condena moral a la vivencia de los efectos sociales de la miseria económica en que se encuentran gran parte de los sectores populares, por cuanto son definidos como mecanismos de alineación que perpetúan la condición subordinada del bajo pueblo: "... el socialismo es la perfección en un progreso permanente para multiplicar la felicidad de todos los seres humanos...el socialismo no apela solamente a la ciencia sino también a los sentimientos. La ciencia es la prueba matemática de nuestra razón, de la razón de ser de nuestra doctrina socialista. Los sentimientos son nuestra razón moral...si desde el punto

²³⁰ Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luís Emilio Recabarren..., pág. 133.

²³¹ Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luís Emilio Recabarren..., pág. 175.

de vista de los sentimientos constatamos las justicias de la organización social, la lógica de nuestros sentimientos nos dice que debemos poner nuestra inteligencia al servicio del perfeccionamiento de la sociedad, de tal manera que poco a poco hagamos desaparecer las causas que producen los sufrimientos humanos...”²³².

Respecto de los aspectos organizativos que caracterizan a ambas tendencias de politización desarrolladas en el pueblo, es posible definir algunos elementos importantes. Para el caso de los anarquistas es fundamental señalar que dentro de las principales debilidades que muestran para el periodo, esta su forma de asociatividad caracterizada por su debilidad, dispersión e intermitencia. Lo anterior tiene que ver fundamentalmente con una consecuencia del difuso horizonte ideológico que sustentaba su practica discursiva y de acción política: “...mas que responder a grupos claramente perfilados con postulados programáticos propios, las diferencias tenían que ver con las sensibilidades individuales que podían ser muy volubles...existían, en estricto rigor, diversas aproximaciones a la doctrina, de seguro mas numerosas que los distintos *grupos* que componían la heterogénea corriente que declaraba inspirarse en sus postulados...”²³³. Esta flexibilidad doctrinaria por otra parte les permitió mostrar una condición de praxis política que se sustrae de las limitaciones a la acción que conlleva un purismo ideológico, mostrando en este sentido, como fortaleza en el ámbito de la constitución de un horizonte valórico-cultural contrehegemonico, una gran iniciativa y capacidad de reacción frente a las alternativas que irán surgiendo con el desarrollo de la movilización social en la época. Sin embargo este mismo elemento se vera a su vez conflictuado al enfrentarse a la necesidad de una superación cualitativa, que exigía la constitución y desarrollo de un movimiento social de carácter revolucionario. De esta forma se determina contradictoriamente un gran potencial de conducción política, el que sin embargo es frágil en su proyección contrahegemónica, porque adolece de la necesaria cohesión orgánica, impidiendo la sistematización de su praxis política; lo anterior determinó que se desarrollaran sucesivamente periodos de latencia e irrupción política, de acuerdo a las condiciones de mayor o menor represión institucional que deben enfrentar la tendencia libertaria. En relación al caso de la huelga postura de Valparaíso en 1903 y la participación de los anarquistas se señala que: “...el anarco sindicalismo había mostrado sus potencialidades, pero también sus limitaciones. En el momento del enfrentamiento callejero y la acción directa los anarquistas eran generalmente los más decididos. Solo ellos habían sido capaces de sacar al movimiento del marasmo y darle una conducción que culminó –mediante un gran costo humano- con la obtención de algunas reivindicaciones obreras. Pero llegada la hora de la negociación, el dialogo y el arbitraje, los anarcos eran sobrepasados por aquellos -como los demócratas-cuya ideología no rechazaba por principio la mediación, las concesiones y los arreglos parciales. Cuando había que combatir en las calles para ejercer presión sobre los patrones y autoridades, numerosos trabajadores reconocían el liderazgo de los libertarios, pero en el momento de obtener ventajas concretas y de adornarlas en treguas, pactos, acuerdos o convenios con sus enemigos de clase,

²³² Recabarren, Luís Emilio; ¿Qué es el socialismo?, en El despertar de los Trabajadores, Iquique, 6 de junio de 1912, Archivo biblioteca Nacional, microfilme, PCH954. Otros autores enfatizarán la actitud moralizante de Recabarren frente a lo que se consideran vicios sociales, con la cual busca proyectar una imagen del sujeto popular digna y honesta que lo reivindique de la barbarie , la violencia y la depravación moral en la cual se le ve sumergido: “...en la prensa o en las intervenciones de los parlamentarios se continuara afirmando que los males existentes se deben a que el pueblo chileno es de ladrones y borrachos , la solución seria aplicar medidas enérgicas para terminar con los delincuentes y acabar con los vicios...Recabarren ha de protestar contra tales afirmaciones y en sucesivos artículos reclamara para los proletarios el honor de una campaña efectiva contra el vicio y la delincuencia...”, en Ortiz Letelier, Fernando, El movimiento obrero en Chile (1891-1919), editorial Lom , primera edición, 2005, Santiago, pág.110.

²³³ Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág.273.

la masa obrera no despreciaba en lo absoluto –muy por el contrario- la labor mediadora de demócratas y de figuras de la elite...”²³⁴. La debilidad doctrinaria aflorará mas con un elemento que conflictúa la perspectiva maximalista del discurso anarquista al mostrar aspectos de inconsistencia en el desarrollo de su punto de vista, lo anterior se revela en la conducta *ingenua* que muestran en instancias de confrontación directa con el poder político y económico, y que nos lleva a sobrevalorar la débil voluntad política de la institucionalidad y subvalorar la amenaza de represión de las fuerzas militares²³⁵. En el caso de la tendencia socialista se debe tomar en cuenta como hecho fundamental que para el periodo de la primera década del siglo XX, existía mas bien como grupos aislados que tenían representación al interior de otras organizaciones políticas y sociales, principalmente el Partido Democrático las mancomunales, los centros de estudios y otras que se sitúan en la perspectiva de la asociatividad subalterna; es por esto que el rasgo principal que la define para el periodo es el modelo de asamblea abierta que toma precisamente de la cultura política mutualista, lo cual posibilitó en gran medida dos situaciones favorables: la creación de un espacio democrático y horizontal de experiencialidad política que permite lograr una mayor cercanía con el mundo popular, pues no pretende disciplinar su militancia a partir de su adhesión sino mas bien constituir espacio de socialización de pensamiento político y la cultura obrera lustrada. Esta tradición posteriormente aflorara durante la primera etapa de organización del POS, donde la presencia de esta característica permite precisar el arraigo en Recabarren de la cultura política mutualista: “...los estatutos estructuran al POS a base de asambleas o agrupaciones seccionales que se formaban a base de un mínimo de siete personas...cada agrupación seccional tiene su administración propia y decide sobre sus asuntos internos...”²³⁶. Por otra parte esta situación también configura la posibilidad de una flexibilidad ideológica que los vinculará a la experiencia organizativa ácrata del periodo, en términos del espacio que articula para la circulación trasversal de las ideas políticas. El carácter particular de la experiencia organizativa de la tendencia socialista durante esta etapa adquirirá una mayor relevancia en la medida que se analicen los efectos que tuvo

²³⁴ Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág. 91. Al hacer referencia a esta situación otros autores destacará el hecho de que la flexibilidad doctrinaria y generalidad conceptual que caracterizaba el horizonte político libertario facilito en determinadas circunstancias, la incorporación y adhesión de gran parte del movimiento social a sus formas discursiva y de practicas de acción política, dado que coincidían coyunturalmente con la sensibilidad que afloraba en el fruto de la capacidad de reacción frente a la dominación y opresión social que caracteriza su identidad popular; en este sentido se plantea que el mundo popular era mas bien refractario a la pureza ideológica y abstracción conceptual ,que en general caracterizan a las tendencias de politización del mundo popular: “...la masa obrera nunca ha sido muy proclive ni se ha interesado demasiado con las sutilezas doctrinarias o la disciplina personal exigidas por cualquier militancia política u organizativa...estas ultimas cualidades solo aflorarían en individuos de características muy particulares, que formarían el núcleo de cuadro o militantes convencidos al estilo de Luis Emilio Recabarren o de los apóstoles del anarquismo...en tiempos de crisis o necesidad extrema, sin embargo, como claramente había sido la huelga de 1907 la masa recurría casi naturalmente a esas minorías mejor dispuestas y preparadas para sumir funciones de conducción...”, en Pinto Vallejos, Julio; El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿apóstoles o líderes?, en A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa Maria de Iquique, DIBAM, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago 1998, pág. 288.

²³⁵ En este sentido, Grez hace un análisis del sentido que adquiere la condición anarquista frente al desenlace trágico de la huelga iquiqueña en 1907, que plantea la conformación de un imaginario en el mundo popular que opone la virtud natural del obrero frente a la felonía propia de las clases dominantes. Ver Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág. 110-111. en la misma perspectiva se sitúa la reconstrucción que hace Eduardo Deves de estos hechos y su proyección en el discurso político de la clase obrera, ver Deves, Eduardo; Los que van a morir te saludan, Historia de una masacre: Escuela Santa Maria de Iquique, 1907, editorial Lom, cuarta edición, Santiago, 2002.

²³⁶ Ortiz Letelier, Fernando, El movimiento obrero en Chile (1891-1919), editorial Lom, primera edición, 2005, Santiago, pág. 223.

en esta organización el proceso de bolchevización que se desarrolla a fines de la década del veinte y que introduce el principio del centralismo democrático como mecanismo de sociabilidad política interna que se distancia radicalmente de la anterior experiencia de horizontalidad, democracia directa y asambleismo que la había caracterizado.²³⁷

En relación al desarrollo propositivo que muestran las tendencias radicalizadas de politización en el mundo popular, en cuanto a la formulación de un discurso programático, se planteará para el caso de los anarquistas la definición mas clara de una perspectiva contrahegemónica, que trasciende desde el horizonte valórico-cultural regenerativo que comparte con socialistas y demócratas. Lo anterior tiene que ver con el énfasis que ponen en la necesidad de subvertir las estructuras sociales, como condición indispensable para alcanzar este objetivo. En efecto “...si bien demócratas, socialistas y anarquistas compartían muchos puntos de un ideario ilustrado de regeneración popular, solo los ácratas pensaban que la realización de este proyecto pasaba por una ruptura revolucionaria que implicaba la destrucción inmediata del Estado y su reemplazo por los productores organizados. Los demócratas y socialistas, en cambio, con matices, aceptaban las instituciones representativas, se proponían reformarlas y para ello aspiraban a conquistar – mediante la combinación de luchas sociales y electorales- espacios en el Parlamento y los municipios desde los cuales legislar y adoptar medidas en favor de los trabajadores...”²³⁸. La propuesta anarquista en este sentido aparece desarrollada en forma coherente con el principio doctrinario de acción directa que los caracteriza, en tanto estrategia de movilización social y también como modelo de vivencia de la experiencia política. Este principio doctrinario incorpora algunos elementos novedosos en la dinámica discursiva y de acción política de la tendencia anarquista: la irrupción política autónoma como superación de la etapa instrumentalizadora, la idea de sustracción respecto de los dispositivos moralizantes y disciplinantes que se orientan a la sujeción social del mundo popular, la afirmación de la insumisión en el sujeto popular, la voluntarización de la acción política etc. Por esto la propuesta anarquista puede ser definida como la constitución de un espacio de sociabilidad que pretende formar un tipo de horizonte valórico-cultural, el cual posibilitaría sustentar la perspectiva maximalista de su discurso político. En este sentido, la vivencia practica de los valores y formas culturales que proponen los ácratas al interior de las instancias asociativas que desarrollaron, tiene el carácter de experiencia formativa esencial que antecede necesariamente la transformación de las estructuras sociales: “... como no se proponían la conquista del poder sino su negación practica e inmediata, los ácratas trataban de hacer realidad en la vida cotidiana los principios y valores que guiarían a toda la humanidad cuando triunfase la Anarquía...”²³⁹. El acierto de la propuesta

²³⁷ Los efectos concretos de la bolchevización del Partido Comunista chileno desarrollado durante la década de los años 20 (proceso asociado a la búsqueda de legitimidad de los comunistas chilenos dentro del grupo de partidos comunistas que conformaban la III Internacional), fue la limitación/reducción del carácter de *construcción colectiva* con que se representaban sus formulaciones discursivas y de praxis política durante la etapa del POS, al pasar del modelo organizacional de asambleas (propios del la cultura mutualista, donde existe una mayor circulación y horizontalidad en el debate político) al de célula (donde mas bien se da una mayor cantidad de dispositivos de control para disciplinar/cohesionar el accionar de la militancia en torno a una línea política definida desde sus organismos dirigentes superiores) que termina por constituir una formación política tremendamente disciplinada pero con un escaso debate interno, ver Pérez Ibaceta, Cristian; “¿En defensa de la Revolución?: La expulsión de la Izquierda Comunista 1928-1936”, y Ulianova, Olga; “La figura de Manuel Hidalgo a través de los archivos de la Internacional Comunista”, en Loyola, Manuel y Rojas, Jorge; Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos, Cenda-Ical, Santiago, 2000; también ver Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luís Emilio Recabarren..., págs. 45-49.

²³⁸ Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág. 184.

²³⁹ Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág. 183.

anarquista en el desarrollo de una perspectiva de politización contrahegemónica se deberá fundamentalmente, a la conciencia que tiene de la indispensable disputa en el ámbito de la hegemonía valórico-cultural que ejercen los grupos de elite y que se reproduce (en cuanto a contenidos y formas que adquiere este imaginario) en los sectores populares, como condición esencial para lograr una vivencia política plenamente autónoma en el movimiento obrero. Esto tiene que ver con el cuestionamiento a la significancia que adquieren, para la sustentación de la dominación social, las ideas religiosas, los prejuicios sociales, el modelo de jerarquización social, etc. que contribuyen a la alienación del individuo proponiendo su relevación por formas valóricas y culturales que posibiliten la constitución de una identidad autónoma en el pueblo: "...los anarcos se distinguían por su fe, de corte milenarista, en la revolución social...su principios morales se deducía directamente de esta concepción religiosa de su doctrina...el rechazo de los ácratas a la moral existente por considerarla antinatural y opresiva se complementaba con su propuesta de un orden social y ético basado en la leyes de la naturaleza y en el respeto de la libertad de todos los seres humanos...de estos principios se derivarán otros postulados como el repudio a la propiedad privada y normas iconoclastas en materias relativas al matrimonio, el celibato y la sexualidad, que los llevaron a proclamar el amor libre y la absoluta igualdad entre los sexos..."²⁴⁰. Quedará así claramente definido como propuesta programática de revolución social para los libertarios la subversión del orden valórico-cultural como condición necesaria para la subversión del orden político. Es por esto que la experiencia de sociabilidad que articulan los anarquistas adquiere una gran relevancia en la idea de constituir un horizonte valórico cultural que supere la condición subalterna en la que asume al conjunto del movimiento social; estos espacios que se constituyen como conmemoraciones, conferencias, paseos, actividades artístico-culturales etc. que pretenden ser las instancias donde se exprese la nueva moralidad obrera que los llevará a la total emancipación: "...las actividades de este genero contribuían a tender lazos que superaban lo estrictamente doctrinario, reforzando el sentido de pertenencia a una comunidad fraternal que hace realidad en pequeña escala la anhelada sociedad libertaria. A través de estas y otras actividades -como las veladas culturales y las campañas de solidaridad con sus compañeros presos- los anarcos consiguieron instalar dispositivos simbólicos que contribuyeron a crear una nueva cultura política que los diferencian de las diversas tendencias de redención social que actuaban en el movimiento obrero y popular..."²⁴¹. Para el caso de la tendencia socialista se hará mención a los elementos que permite diferenciar su propuesta programática de la que formulan los libertarios. Estos elementos se insertan como una expresión de una conducta política que se aleja del espacio común que los vincula a los libertarios en la medida que estos o descartan la participación dentro el sistema político para plantear denuncias y generar transformaciones de acuerdo a las reivindicaciones más sentidas del movimiento social: "...el proletariado socialista usa también los medios políticos para poner las fuerzas del estado al servicio del progreso de su doctrina ...al usar el modelo político podría guiarnos el criterio de que lo que por la ley se construye por la ley se perfecciona o modifica...es una medida de previsto usar el medio político y obtener la representación que pueda; porque la clase capitalista al encontrarse sola en el poder legislativo dictaría leyes que detuvieran o prohibieran el desarrollo de la organización de los gremios y de las cooperativas lo cual haría más difícil la lucha emancipadora del pueblo y produciría más víctimas puesto que los convencidos

²⁴⁰ Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág. 194.

²⁴¹ Grez Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero..., pág. 196.

no detendremos jamás nuestra acción...”²⁴². Por esta razón Recabarren le dará mucha importancia a la conquista de espacios de poder local como el municipio o las diputaciones que tienen el doble objetivo de constituir instancias de representación para la denuncia de la iniquidad del sistema político y económico como también la posibilidad de concretar en el ámbito local un modelo de gestión de la administración pública de acuerdo a sus ideas políticas. Desde esta perspectiva, la propuesta programática de los socialistas se engloba dentro del proyecto federalista que enuncia Recabarren sustentando en la acción política autónoma del sujeto popular (es decir emancipado de los mecanismos de sujeción), como modelo de organización político-administrativo que posibilita la conquista de una sociedad más justa e igualitaria, al otorgar posibilidades de representación efectiva a los intereses de cada localidad, relevando el modelo centralizador de la administración pública que se asocia a la perspectiva de control político y social que intencionaba el proyecto de hegemonía portaliano, y que concluyó por desperfilar la significancia de la vivencia democrática para el mundo popular: “...yo miro en torno mio ...miro en torno de la gente de mi clase ...miro el pasado a través de mis treinta y cuatro años y no encuentro en toda mi vida una circunstancia que me convenza que he tenido patria y que he tenido libertad... ¿Dónde esta mi patria y donde esta mi libertad? ¿La habré tenido allá en mi infancia cuando en vez de ir a la escuela hube de entrar al taller a vender al capitalista insaciable mis escasas fuerzas de niño? ¿La tendré hoy cuando todo el producto de mi trabajo lo absorbe el capital si que yo disfrute un átomo de mi producción?...”²⁴³. Por otra parte se debe señalar que como elemento característico de la propuesta programática de los socialistas su apelación a un sentido teleológico con que el que visualizan el advenimiento de la revolución social en tanto evolución radicalizada de la extensión de las formas puras de democracia, por lo cual se le considera inevitable en tanto esta constituiría la expresión más clara de la culminación en el desarrollo del progreso y la felicidad de los seres humanos. Esto los lleva a presentar su propuesta desde una perspectiva de fe ilimitada en cuanto a su posibilidad de concreción: “...la democracia y el socialismo camina de manera paralela hacia el bienestar de la humanidad, hacia la redención de los oprimidos...”²⁴⁴. En relación a lo anterior se debe plantear que el hecho de concebir la transformación social como históricamente inevitable, funciona como un elemento que contribuye a la construcción de la condición subalterna en tanto *desincentiva* al mundo popular a una aproximación interpretativa-crítica de las categorías teóricas que articulan su horizonte teórico y que explicarían la racionalidad de esta perspectiva; el filtro a través del cual estas ideas son traducidas hacia el conjunto del mundo popular, tiende más bien a generar en este una especie de *fe irracional* en el progreso social por cuanto se considera inevitable, pero a la vez se ignoran en profundidad las vías de construcción histórica que debería adquirir el proyecto contrahegemónico de la clase obrera en Chile.

La condición subalterna y el discurso educativo.

²⁴² El socialismo: ¿Qué es y como se realiza?, en El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 8 de octubre de 1912.

²⁴³ Recabarren, Luis Emilio; Ricos y Pobres, conferencia dictada en Rengo, 3 de septiembre de 1910. Para profundizar en el contenido de la propuesta federalista de Recabarren ver Recabarren, Luis Emilio, ‘Proyecto de Constitución para la República Federal Socialista de Chile, Antofagasta, 1921. También Massardo hace un análisis crítico de los principales contenidos de la propuesta federalista de los socialistas, ver Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren..., pág. 124.

²⁴⁴ Democracia y Socialismo, en El Proletario, Tocopilla, 23 de septiembre de 1905, citado por Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren..., pág. 213.

El estudio de la condición subalterna adquirirá relevancia a partir de los eventos históricos que durante la primeras décadas del siglo XX determinaron la trayectoria del movimiento obrero en términos generales, a nivel mundial, y configuraron un discurso que representa no solo su continuidad como perspectiva de politización radical (de acuerdo a las condiciones imperantes), sino que también pone evidencia determinados procesos que ayudan a explicar su derrota histórica. La relevancia de su estudio tiene que ver esencialmente con analizar en forma crítica-reflexiva como se define la trayectoria histórica de los grupos politizados del mundo popular (elite obrera) en cuanto a las formas valóricas –culturales que le constituyen, como también en el contenido de la dimensión propositiva que desarrollan, en tanto expresión de su vocación de emancipación social. El contexto histórico que caracteriza a Europa a partir de la segunda década del siglo XX, determinará una etapa de repliegue en las ascendentes luchas desplegadas por el movimiento obrero desde principios de siglo. El avance del fascismo y el nazismo en Italia y Alemania con la consiguiente derrota para las fuerzas políticas revolucionarias, sumado a los fracasos de las insurrecciones del periodo (aquella tendencia de politización representativa del mundo popular en su diversidad, en una perspectiva de emancipación social) lleva a cuestionar la validez de los fundamentos en la estrategia insurreccional propuesta por el modelo bolchevique. El aporte de Gramsci queda plenamente identificado al replantear algunas temáticas fundamentales acerca de la teoría y práctica política de las tendencias de politización de los grupos populares. El énfasis en el análisis no estará puesto en esta ocasión en la necesidad de legitimar retóricamente la esencia transformadora-subvertidora de las estructuras sociales que define a todo proyecto político revolucionario. Mas bien, es la necesidad de explicar la derrota de movimiento obrero a nivel mundial durante esta fase²⁴⁵, lo que lleva a cuestionarse acerca de la naturaleza de los medios a través de los cuales los grupos dominadores logran imponer su proyecto de ejercicio del poder, y contener la irrupción de las expresiones organizativas del mundo popular que pretenden su disputa. En este sentido el análisis se traslada desde la concreta contingencia política (donde se constituye el espacio mas adecuado para la retórica y la propaganda política) hacia los niveles supraestructurales de la formación ideológica. De este modo se observa que la sujeción de los sectores populares hacia los sectores dominados no se debe solamente a la efectividad de los medios materiales (es decir coactivos-coercitivos); mas bien, la derrota del mundo popular no se puede explicar sin la existencia de un sustrato de *complicidad* entre el dominador y el dominado: es necesario algún grado de adhesión de los grupos populares hacia los grupos dirigentes para que se consolide su propia dominación social. El planteamiento de Gramsci inducirá a repensar la dinámica de las luchas emancipatorias que se desarrollan al interior de la sociedad: "...el principio gramsciano, innovador también con respecto al leninismo, es aquel de la necesidad de ganar el consenso antes aun de la conquista material del poder. En Lenin, el concepto de hegemonía estaba directamente conectado con la situación histórica en la cual había operado. El proletariado ruso, victorioso de la Revolución de Octubre debía guiar a los otros grupos sociales, apropiarse del aparato cultural, ejercitar una dirección ideológica más allá de la política. Y también para Gramsci, la reforma intelectual y moral...esta ligada a un programa revolucionario de reforma económica y de superaron civil

²⁴⁵ "...mientras el leninismo expreso por primera vez en aquella tradición la experiencia de una verdadera revolución social que trastoco para siempre la realidad del mundo, el análisis gramsciano –explicable solo a partir de Lenin- emerge de la crisis teórica y política de la crisis que paralizó el movimiento revolucionario luego del fracaso de la revolución en Europa, a mediados de la década del 20. Mientras el leninismo fue la respuesta teórica y práctica de la crisis del marxismo de la Segunda Internacional, Gramsci debió ser el teórico de la derrota revolucionaria, del momento de la defensiva en sociedades cada vez mas complejas y acorazadas contra las tentativas revolucionarias..."; en Arico, José M., La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina, editorial Siglo XXI Argentina, 1ra. edición, 2005, pág. 223.

de la clase trabajadora...pero, justamente, para promover las condiciones favorables para un cambio integral de la estructura social, es indispensable debilitar a la burguesía en el campo ideológico...²⁴⁶. Por lo tanto, es al reflexionar críticamente sobre la complejidad del fenómeno de la dominación social, esto es, “...la subordinación ideológica del proletariado europeo que le permite a la burguesía gobernar por medio de su consentimiento...²⁴⁷, que aparece con mayor claridad la relación hegemonía –subalternidad, permitiendo ampliar, profundizar y complejizar el campo de observación sobre los procesos constituyentes de las relaciones entre los grupos sociales. De este modo, la clase trabajadora, al definir el sentido de su emancipación social, necesariamente debe pensar en la desconstrucción de los mecanismos ideológicos (sistematización y reproducción de un horizonte valórico-cultural) que configuran su condición subalterna, es decir debe teorizar y proyectar en el campo de la acción una practica contrahegemónica, orientada a la superación de sus rasgos subalternos. El resultado de esta practica contrahegemónica es la constitución de una nueva hegemonía social, definida por “...el ascendiente cultural que tiene la clase obrera sobre las clases aliadas al lograr la unidad *intelectual y moral* que le permite dirigirlas...²⁴⁸. En relación a la experiencia histórica, sin duda que esta genera procesos de autoafirmación de la perspectiva contrahegemónica en los sectores populares, mediante las crisis que experimenta el ejercicio del poder desde los grupos dominantes²⁴⁹. Lo anterior implicara la necesidad de desarrollar prácticas discursivas y de acción política que recreen un nuevo tipo de identidad, arraigada en las expresiones auténticas del mundo popular, con las cuales debiera establecer una vinculación dialógica y orgánica²⁵⁰. Sin embargo, como se ha señalado para el caso de las tendencias politizadas del pueblo, estas son en gran medida refractarias a la cultura popular, frente a la cual se encuentran conflictuadas en distintos niveles; para los anarquistas se define una mayor predisposición a visualizar la importancia de los valores y la cultura en el desarrollo de una praxis revolucionaria, sin embargo su falencia reside en las imposibilidad de generar expresiones organizativas mas sistemáticas y permanentes por lo cual sus experiencias de praxis contrahegemónica se encuentra limitadas por este factor , como también por su adscripción ideológica a algunos postulados de la filosofía de progreso presentes en la formación cultural (cultura obrera ilustrada²⁵¹) a

²⁴⁶ Santucci, Antonio A.; Gramsci, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2005, pág. 86.

²⁴⁷ Larraín, Jorge; El concepto de ideología .Vol. 2, El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, pág. 104.

²⁴⁸ Larraín, Jorge; El concepto de ideología .Vol. 2, El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, pág. 109.

²⁴⁹ Para el contexto del Centenario y su interpretación como crisis de la dominación oligárquica de los grupos de elite que fortalece el desarrollo de las vías de politización del mundo popular hacia una perspectiva maximalista , se debe tomar en cuenta que “...la crisis de autoridad de la hegemonía burguesa es simultáneamente precondition y consecuencia de la construcción de una visión del mundo contrahegemónica capaz de extender la hegemonía ideológica proletaria a otros grupos subordinados, y esta a su vez condiciona la posibilidad de acceder al poder político...”, es decir, en la incapacidad de generar un proyecto valórico cultural convocante de la diversidad subordinada en las elites obreras, es que estriban las limitaciones de su perspectiva contrahegemónica.; en Larraín, Jorge; El concepto de ideología .Vol. 2,..., pág. 112.

²⁵⁰ “...Gramsci had envisioned the need for a broad class alliance that, by uniting workers and peasants would radicalize both groups and make them along with their organic intellectuals, the leaders of a social revolution...” en Mallon, Florencia E., The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History, American Historical Review, editado por American Historical Association, diciembre 1994, pág. 1495.

²⁵¹ El concepto es propuesto y desarrollado por Eduardo Deves a través de dos artículos: “La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario” en Tarapacá: una aventura en el tiempo, selecciones de Revista Camanchaca n° 1/1985-n° 12-13/1990, compilado por

la cual adhieren: "...(un) rasgo clave....es la lucida percepción de la cultura como espacio no solo de manifestación, sino de conflicto, y la posibilidad entonces de transformar en medios de liberación las diferentes expresiones o practicas culturales...ello se materializa en una política cultural que no solo promueve instituciones de educación obrera que canalicen el *hambre de saber*, sino en una sensibilidad especial para la transformación de los modelos pedagógicos..."²⁵². Por otra parte, dentro de la vertiente marxista el conflicto surge desde la definición que hacen del proletariado como encarnación de las fuerzas revolucionarias, lo cual tiene a profundizar la división al interior del mundo popular entre las elites obreras y la base de este: "...hay en la reflexión marxista que da cuenta de la experiencia del movimiento obrero de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX un punto que distancia especialmente del pensamiento libertario. La conciencia de la novedad radical que el capitalismo produce convertido en expresión del salto cualitativo en el modo de lucha del movimiento obrero...el proletariado se define como clase exclusivamente por la contradicción antagónica que la construye en el plano de las relaciones de producción: el trabajo frente al capital...de ahí que no puede hablarse de clase obrera sino en el capitalismo, ni de movimiento obrero antes de la aparición de la gran industria..."²⁵³. De esta forma, al pensar en la cuestión de la subalternidad de los grupos dominados, se plantea la necesidad de analizar los elementos valórico-culturales presentes en el imaginario popular, que logra concretar su adhesión (voluntaria o inconciente) hacia el modelo de dominación ejercido por los grupos de elite, mediante la doble operación de negación de las formas mas autenticas de la cultura popular y la permeación del horizonte valórico-cultural del mundo popular con elementos que le son ajenos; el objetivo de esta operación se define en la necesaria instrumentalización del movimiento social para legitimar las formas de interpretar la racionalidad político institucional que pretenden constituir los estados modernos, en una apariencia de progreso y democracia. Para el caso de esta investigación, esto determinó en Chile la configuración de un sistema político que define sus fortalezas en su supuesta probidad, transparencia y organización institucional, en el apego a las leyes y en el respeto a la autoridad, y que es absurdamente homenajeado en el Centenario (así, la misma festividad republicana, como el caso del Centenario y otras fiestas cívicas se constituyen como operaciones que fortalecen la condición subalterna de los grupos populares) ocultando la esencia excluyente y oligárquica del sistema político:"...a la noción política del pueblo como instancia legitimante del gobierno civil, como generador de la nueva soberanía, corresponde en el ámbito de la cultura una idea radicalmente negativa de lo popular que sintetiza para los ilustrados todo lo que estos quisieran ver superado, todo lo que viene a barrer la razón, superstición, ignorancia, turbulencia...contradicción que tiene un frente en la ambigüedad que la figura misma del pueblo tiene en su acepción política...mas que sujeto de un movimiento histórico, mas que actor social, el pueblo designa en el discurso ilustrado aquella generalidad que es la condición de la posibilidad de una verdadera sociedad..."²⁵⁴. El estudio de la condición

Juan Vásquez Trigo, ediciones Camanchaca, Taller de Estudios Regionales, Iquique, 1994, págs. 75-79, y "La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico", en Revista Mapocho, n° 30, editorial Universitaria, Santiago, segundo semestre 1992, págs. 127-136.

²⁵² Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones: Comunicación, Cultura, Hegemonía, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa fe de Bogota, 1998, pág. 16.

²⁵³ Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones: Comunicación, Cultura, Hegemonía, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa fe de Bogota, 1998, pág. 19.

²⁵⁴ Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones: Comunicación, Cultura, Hegemonía, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa fe de Bogota, 1998, pág. 4

subalterna apela a abordar críticamente la historicidad del mundo popular²⁵⁵ en cuanto a su vivencia de la dominación y la posibilidad de generar experiencias desconstructivas de esta condición, la perspectiva epistemológica que propone el estudio de la condición subalterna amplía la visión tradicional sobre la situación de los grupos populares, anclada el análisis de la subordinación política y los mecanismos de expoliación-expropiación económica a los que están sometidos (factores que se sitúan fundamentalmente en la externalidad del movimiento obrero, por cuanto generan una reacción hacia ellos como elementos opresivos), para proponer un enfoque que pone el énfasis en la internalidad del movimiento obrero, el origen de sus concepciones ideológicas y el carácter de las formas valórico-culturales que lo articulan, de las cuales deviene un determinado discurso de representación político-social. De esta forma, el *objeto de estudio* se complejiza: “... hay que estudiar, por tanto, la formación objetiva de los grupos sociales subalternos por el desarrollo y las transformaciones que se produce en el mundo de la producción económica, su difusión cuantitativa y su origen a partir de grupos sociales preexistentes, de los que conservan durante algún tiempo la mentalidad, la ideología y los fines, su adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes, los intentos de influir en los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones propias, y las consecuencias que tengan estos intentos en la determinación de procesos de descomposición, renovación y neoformación...”²⁵⁶. El reconocimiento crítico de la condición subalterna en los sectores populares y, fundamentalmente, en sus expresiones organizativas en clave de politización, lleva a plantearse la problemática respecto de la naturaliza del conocimiento y la reflexión que se produce desde los subalternos, la polémica viene dada por la tendencia de la producción cultural subalterna de buscar su legitimidad en los marcos definidos por la cultura letrada, en lo que Beverley denomina prácticas de aculturación o transculturación, todo lo cual determinaría el fortalecimiento de la condición subalterna. Sin la intención de profundizar en esta discusión, que sin duda es un debate abierto y de enorme importancia para problematizar la condición subalterna²⁵⁷, la producción cultural y las formas discursivas y de acción política de los grupos dominados contemporáneos²⁵⁸, se propone la relevancia de los estudios subalternos para los mismos subordinados, ya que les otorga la posibilidad de reflexionar y reconfigurar su propia identidad reivindicativa, emancipatoria, subvertidora de las estructuras sociales, para la constitución plena de una opción contrahegemónica:

²⁵⁵ Ver Arico, José M., *La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina*, editorial Siglo XXI Argentina, 1ra. edición, 2005, pág. 108.

²⁵⁶ Gramsci, Antonio; *Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios Metodológicos*, en *Antología: selección, traducción y notas de Manuel de Sacristán*, editorial Siglo XXI, 12ª. edición, México, 1992, pág. 491.

²⁵⁷ “...sin duda la cultura y la conciencia del pueblo difiere de su contraparte, de la elite...esta ultima puede, hasta cierto grado, ser extraída de fuentes impresas; para las comunidades en gran parte iletradas (o *refractarias a las formas de la cultura tradicional*), la transmisión de ideas y de símbolos requiere enfoques alternativos...recientemente los historiadores han considerado la violencia simbólica, los rituales y las fiestas, las bandas militares del siglo XIX y las revistas de tiras cómicas de siglo XX...”, ver Knight, Alan; *Latinoamérica un Balance Historiográfico*, en revista *Historia y Grafía*, enero-junio 1998, pág. 13.

²⁵⁸ Es necesario, para enfatizar la relevancia y oportunidad de este enfoque, hacer referencia al desarrollo de las movilizaciones sociales durante los últimos años en torno a la temática educativa, centradas esencialmente en la crítica a la naturaleza reproductiva de la desigualdad y la fragmentación social que define al sistema educativo público chileno; dentro de estos elementos aparece, aunque no con la suficiente fuerza, la necesidad de generar en los docentes una práctica crítica reflexiva de su quehacer pedagógico, de tal forma que sea posible asumir un *liderazgo intelectual y moral* en el ámbito educativo, que precisamente aparece enajenado por los agentes educativos institucionales; para este punto ver Giroux, Henry A., *Los profesores como intelectuales transformativos*, en *Los profesores como intelectuales: hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*, editorial Paidós Ibérica-MEC, 1ra. edición, Barcelona, 1990.

“...los estudios subalternos no son solo nuevas formas de producción de conocimiento académico, deben ser también formas de intervenir políticamente en esa producción, desde la perspectiva del subalterno...”²⁵⁹.

La condición subalterna estará definida por la incapacidad de generar un tipo de representación en los grupos populares sustentada auténticamente en las formas valórico-culturales que le son propias, de lo cual deviene esta adhesión *interna* al proyecto hegemónico de los grupos de elite, aun a pesar de su aparente revestimiento externo radical y maximalista. En este sentido es propio del subalterno su imposibilidad de desentrañar la naturaleza semántica de los valores y la cultura que le son impuestas (imposibilidad que no debe pensarse como estática, sino como una compleja estructura de discursos de representación que mediatizan y enajenan al mundo popular), el subalterno existe solo en la formalidad de la cultura dominante, en la medida que es invocado por el sujeto hegemónico y su aparato cultural, como una referencia a su propia condición, el subalterno existe solo para el otro, el sujeto dominante: en tanto grupos que ejercen el poder, estos reconocen su trayectoria histórica solo desde la asimilación del discurso historiográfico tradicional, “...admiten lo subalterno solo en circunstancias particulares: durante o después de revueltas y protestas populares, en los juicios de las cortes o en las investigaciones eclesiásticas de la inmoralidad o la blasfemia...ninguna de estas situaciones fomenta la revelación transparente...”²⁶⁰. Entonces el análisis de esta dinámica surge como una necesidad de problematizar el carácter de las representaciones valórico-culturales de estos grupos subordinados, permeadas por la cultura hegemónica. Para Gramsci el subalterno es “...aquel grupo que todavía no adquirió consciencia de su fuerza, de sus posibilidades y de sus modos de desarrollo y no sabe salir de la fase del primitivismo (*superación de su condición*)...”²⁶¹. Otros autores mas contemporáneos ponen el énfasis en la incapacidad de elaboración-representación intelectual de lo subalterno frente a lo hegemónico, así Ranajit Guha plantea que “...el subalterno es conceptualizado y entendido, en primer lugar, como algo que carece de poder de (auto) representación...”²⁶². Sin embargo el reconocimiento de la condición subalterna implica necesariamente su conceptualización dentro en la dualidad hegemonía –subalternidad, en la cual ambas existen condicionadas mutuamente, por lo cual están estrechamente vinculadas en una relación dinámica determinada por la constante emergencia de mecanismos de refuerzo

²⁵⁹ Beverley, John; Subalternidad y Representación: debates en teoría cultural, pág. 25.

²⁶⁰ Knight, Alan; Latinoamérica un Balance Historiográfico, en revista Historia y Grafía, Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana, México, enero-junio 1998 pág. 12.

²⁶¹ Gramsci, Antonio; Maquiavelo y Lenin, editorial Nacimiento, segunda edición, Santiago de Chile 1972, pág. 61. Según esta descripción, lo que llama la atención de la dinámica de la subalternidad es esta enajenación de la capacidad crítico reflexiva que Gramsci reconoce en todos los individuos, pero a su vez critica el hecho de su limitación objetiva en los mecanismos de dominación, así es reemplazada por la reproducción de las formas valórico-culturales de los grupos dirigentes de lo cual resulta un proceso de vaciamiento de dicho potencial intelectual que fortalece aun mas las estructuras sociales hegemónicas. La condición hegemónica de los grupos dirigentes solo se hace posible en la medida que se articule en forma sistemática las vías y formas de reproducción valórico-culturales hacia el pueblo: “...un error muy difundido consiste en pensar que cada estrato social forma su propia conciencia y su cultura del mismo modo, con los mismos métodos, es decir con los métodos de los intelectuales de profesión...el intelectual es un *profesional* que conoce el funcionamiento de las propias *maquinas* especializadas, tiene su *aprendizaje* y su *sistema Taylor*...es pueril e ilusorio atribuir a todos los hombres esta capacidad **adquirida y no innata**, así como sería pueril creer que todo obrero puede ser maquinista ferroviario...es también pueril pensar que un *concepto claro* oportunamente difundido, se inserta en las diversas conciencias con los mismos efectos *organizativos* de claridad con que fue propagado: este es un error *iluminista*...” en Gramsci, Antonio, Los intelectuales y la organización de la cultura, editorial Nueva Visión, 1ra edición, Buenos Aires, 2004, pág. 159-160.

²⁶² Citado en Beverley, John; Subalternidad y Representación: debates en teoría cultural, pág. 24

y creación para la consolidación y proyección del modelo de dominación que ejercen los grupos hegemónicos (en caso contrario, la ausencia u omisión de esta vocación de poder disolvería necesariamente su condición dirigente al negar en este acto su propia esencia) como también por las practicas de resistencia, reivindicación o propuesta que muestran los grupos subalternos como una característica importante aunque no esencial (pues los sujetos dominados obviamente siguen vivenciando su opresión *aun a pesar* de carecer de algún grado de desarrollo de la conciencia en torno a su propia condición). Este argumento permite visualizar la dinámica hegemonía –subalternidad sin ese dejo a apreciación falaz de inmanencia o fatalidad, de sobredimensionamiento o subvaloración (según en que perspectiva o interpretación se le mire) que surge desde las lecturas que hace cada grupo social de su propia historicidad, como también de los discursos producidos para explicar a los otros. Tanto la hegemonía como la subalternidad no pueden existir en forma absoluta y determinada, sino que ambas se constituyen en una dimensión definida por las relaciones sociales; lo anterior implica admitir un sentido relativo a las expresiones valórico-culturales propias de los grupos hegemónicos o subalternos respecto de sus formas ideológicas, pues no todo lo que producen se representa como coherente con el sentido de su propia condición. Al considerar la dimensión valórica-cultural como un ámbito estructuralmente superior pero a la vez mas difuso, complejo y no sistemático en relación a la dimensión ideológica (caracterizada por su estructura coherente y sistémica) se permite explicar, sobre todo para el caso de los grupos subalternos la coexistencia de rasgos radicales –maximalistas junto con expresiones de adhesión al proyecto hegemónico en los grupos populares, y especialmente en sus organizaciones representativas y sus practicas discursivas y de acción política: “...no hay hegemonía sino que se hace y se deshace, se realiza permanentemente en un *proyecto vivido* y en una reevaluación del espesor de lo cultural: campo estratégico en la lucha por ser espacio articulador de los conflictos...”²⁶³ Por otra parte , en un sentido inverso de aproximación al fenómeno subalterno, desde la base del mundo popular hacia sus expresiones organizativas, la dualidad hegemonía-subalternidad aparece como una experiencia social que no solo se afirma en la materialidad concreta de la fuerza sino que también en otros procesos, realizados a nivel de sensibilidades, mentalidades y conciencias, lo cual implica nuevamente enfatizar la disfuncionalidad de las ideologías respecto del horizonte valórico-cultura, sobre todo en el caso de los grupos subalternos: no todo lo que piensan y hacen los sujetos sirve a la reproducción de la hegemonía o a la formulación de la perspectiva contrahegemónica²⁶⁴. De lo anterior devendrán necesariamente dos líneas de análisis. La primera planteará la necesidad de pensar en la trama hegemonía-subalternidad mas allá del sentido de la dominación social, la otra opción aludirá a la urgencia de complejizar el sentido de la dominación desde la diversidad de experiencias sociales que se producen continuamente en el mundo popular. Mientras la primera parece proponer un enfoque culturalista mañosamente descontextualizado y sospechosamente insípido, en el segundo se visualiza la intencionalidad de concebir la propuesta hegemonía-subalternidad como una herramienta epistemológica de desconstrucción de aquellas categorías que estructuran las diversas vivencias sociales. Es en su sentido de afirmación, más que de negación u omisión, en cuanto a las experiencias de construcción de identidad del

²⁶³ Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones: Comunicación, Cultura, Hegemonía, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa fe de Bogota, 1998, pág. 100

²⁶⁴ Barbero puntualiza que “...no toda asunción de lo hegemónico por lo subalterno es signo de sumisión, como el mero rechazo no lo es de resistencia, y que no todo lo que viene *de arriba* son valores de la clase dominante, pues hay cosas que viniendo de allá, responden a otras lógicas que no son de la dominación...” en Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones...., págs. 102-103.

mundo popular, donde se revela la pertinencia del enfoque hegemonía-subalternidad para el análisis del carácter de las relaciones sociales entre los diversos grupos. Por su puesto que los silencios son también parte fundamental de la reconstrucción de la historicidad de los grupos populares, sin embargo en el sentido del análisis de aquellas experiencias que se perfilan como contrahegemónicas, aparecen con una mayor relevancia para la investigación, las expresiones que se articulan desde el reconocimiento y la reacción frente a la vivencia subalterna, otorgándole a este sentido de historicidad del mundo popular un mayor valor, pues adquiere significado desde las formas de autorepresentación que estos desarrollan (a través de sus instancias organizativas que recogen en la generalidad el sentido de afirmación de una identidad que se proyecta hacia el resto de la diversidad social). Es en esta dimensión de análisis que se permite comprender la necesidad de incorporar este debate al seno de las organizaciones populares como condición esencial para posibilitar el desarrollo de una perspectiva contrahegemónica: "...el subalterno sabe, como Segismundo en *La Vida es Sueño*, que el poder es un efecto del significante... si esto no fuese así, no habría posibilidad de negación o resistencia: simplemente el subalterno vería su subalternidad como parte de la naturaleza de la cosas..."²⁶⁵. Esta problematización de la condición social subordinada, para el análisis de las formas de adhesión que expresan los sectores populares en torno al proyecto de hegemonía de los grupos de elite, es indispensable para el desarrollo de una reflexión sobre la significancia de su vivencia en el conjunto del mundo popular, precisamente porque denota el arraigo que tienen en las concepciones propias del pueblo, y que precisamente lo conflictúan con la propuesta emancipadora que es levantada por sus expresiones organizativas-elitistas; en el caso del mundo rural se aprecia que "tanto las clases inferiores como la elite acepta la estructura jerárquica de la autoridad y el poder...en una sociedad rural como la chilena, el vinculo entre la elite y los campesinos consiste en un sistema de autoridad autocrática y un afecto campesino de padre a hijo, que requiere y espera del campesino nada más que obediencia..."²⁶⁶, en tanto para el tipo de relaciones sociales que se desarrollan en el ámbito urbano, el proceso de aculturación-transculturación se revela mas complejo, con las consiguientes dificultades interpretativas por parte de las organizaciones que surgen precisamente como consecuencia de la proletarización que allí transcurre, definiendo en algunos casos practicas erráticas y chocantes que las ponen en contradicción : "...los obreros industriales...pese a su larga y combativa historia de defensa de sus derechos y a una larga trayectoria sindical, mostraban también diferencias intra-clase, producto, entre otros, del tipo de empresa en la que laboran (tradicional o moderna) y al mayor o menor monto salarial. Esto sería un elemento importante en sus niveles de aspiración e identificación de clase mostrándose que una alta proporción de ellos tienen como grupo de referencia a clases o grupos sociales superiores en la clase social, y no a su grupo de referencia o de origen..."²⁶⁷. Lo anterior permite visualizar en forma general la relevancia que adquieren al interior del mundo popular estos mecanismos que configuran el tipo de adhesión-consentimiento necesario para la consolidación del proyecto hegemónico de los grupos de elite, y que funciona a su vez como elemento de contención de la irrupción del mundo popular, que obstruye la fluidez de la interpelación que sobre el realizan sus expresiones organizativas en perspectiva maximalista-radical: "...

²⁶⁵ Beverley, John; *Subalternidad y Representación: debates en teoría cultural*, pág. 81.

²⁶⁶ Villablanca Zurita, Hernán; *Terratenientes, burguesía industrial y productores directos: Chile 1900-1960*, Depto. de Sociología, U. de Chile, Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 2003, pág. 87

²⁶⁷ Villablanca Zurita, Hernán; *Terratenientes, burguesía industrial y productores directos: Chile 1900-1960*, Depto. de Sociología, U. de Chile, Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 2003, pág. 159.

una imagen de armonía en las relaciones de poder...esta armonía nace paradójicamente de las diferencias que acusa la naturaleza de los hombres...la autoridad aparece como la instancia que une a quienes precisan de tutela, el pueblo, con aquellos que están en condiciones de dispensarla ...los señores...”²⁶⁸. Para la reproducción de estos mecanismos de adhesión de los grupos subalternos hacia los grupos hegemónicos, sin duda resultaron fundamentales las practicas de instrucción (como modelo educativo) desarrolladas con el objetivo de conformar un horizonte valórico-cultural en los grupos populares que fuese tributario de la perspectiva de los grupos dominantes; la escuela , en tanto representa un dispositivo organizado y coherente de transmisión valórica-cultural desde los grupos dirigentes hacia los grupos subordinados, tendrá un rol importante en la formación y desarrollo de la condición subalterna en los grupos populares. Reconocidamente los discursos y las acciones educativas desplegadas por los grupos dirigentes (en realidad acción moralizadora y adoctrinante) se sitúan en una orientación de negación necesaria de la cultura popular como requisito primordial para el logro de sus objetivos. “...la escuela no puede cumplir su oficio, esto es, introducir a los menores en los dispositivos previos a la entrada a la vida productiva, sin desactivar los modos de persistencia de la conciencia popular...por eso la escuela funciona sobre dos principios: la enseñanza como llenado de recipientes vacíos y la moralización como arrancada de vicios...”²⁶⁹. De allí que la reflexión que desarrollen las organizaciones representativas del mundo popular sobre la educación como aspiración social, y los discursos y acciones que construyen a partir de esta, permiten dimensionar cualitativamente el nivel de comprensión que expresaron frente a la naturaleza ideología de la acción educativa, y por tanto la consistencia de su proyecto contrahegemónico. Esta reflexión sin duda estuvo ausente de la praxis de los grupos de la elite obrera, situación que determina por una parte, su tensión con aquellos elementos presentes en la mentalidad de los grupos populares que les eran extraños, y por otra las contradicciones propias que impiden el crecimiento sostenido en ellas de una definida orientación contrahegemónica

De esta forma se articula un conflicto radicado en la dimensión de lo valórico-cultural, determinado por la creciente oposición entre las formas culturales populares y las representaciones que genera la elite obrera. Dichas representaciones tenderán a realizar la doble operación de negación a la cual alude Martín-Barbero, para caracterizar la negación a nivel de la institucionalidad y de las propias organizaciones politizadas del pueblo respecto de la cultura popular que se arraiga en la base de la diversidad subalterna, y que al presentarse fragmentada, difusa, y compleja facilita la articulación de esta doble negación²⁷⁰. En este sentido cobra vital importancia el análisis del tipo de liderazgo que es ejercido por las organizaciones políticas al interior del mundo popular, por cuanto es allí donde se recrean las practicas subalternas que definen un horizonte valórico cultural que limita el desarrollo de una perspectiva contrahegemónica. Esto plantea el desafío a estas organizaciones para que efectivamente logren acercarse desde una intencionalidad dialógica hacia la base del mundo popular , de tal modo que el desarrollo de un proyecto de emancipación social sea el resultado de una vinculación orgánica con los sectores populares y expresión de su constitución en un proceso dialéctico: “...el

²⁶⁸ Ver Barros Lezaeta, Luís y Vergara Johnson, Ximena; El modo de ser aristocrático: el caso de la elite chilena hacia 1900, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, 1978, Santiago de Chile, pág. 168.

²⁶⁹ Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones: Comunicación, Cultura, Hegemonía, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa fe de Bogota, 1998, pág.122.

²⁷⁰ Beverley reflexiona en torno al carácter pasivo y resignado de la vivencia subalterna frente a un tipo de dominación social que esta en condiciones reconocer, ver Beverley, John; Subalternidad y Representación: debates en teoría cultural, pág. 55.

liderazgo cae en muchos errores y equívocos al no considerar un hecho tan real, cual es el de la visión del mundo que el pueblo tenga o este teniendo...visión del mundo en que van a encontrarse , implícita o explícitamente, sus anhelos, dudas, esperanzas , su forma de visualizar el liderazgo, su percepción de si mismos y del opresor, sus creencias religiosas casi siempre sincréticas, su fatalismo, su reacción rebelde...y como señalamos ya no puede ser encarado en forma separada porque, en interacción, se encuentran componiendo una totalidad...²⁷¹. Precisamente porque la experiencia discursiva y práctica en las organizaciones del mundo popular no expresan un reconocimiento práctico de estos planteamientos, es que se ven incapacitadas de replantearse su rol como formas asociativas que pretenden orientarse hacia la realización de la contrahegemonía, y no concretan una real vinculación orgánica con la dimensión social que dicen representar.²⁷². El espacio común de la cultura obrera ilustrada donde confluyen socialistas y anarquistas muestra su dependencia y permeación de las expresiones culturales que constituyen el imaginario ilustrado, racionalista y civilizador (es decir positivista²⁷³) que convoca a los grupos de elite desde sus diferentes tendencias, por lo cual ambas perspectivas políticas radicales evidencian una situación de remanencia de las practicas discursivas y de acción política que eran propias de la elite, o al menos coherente con la realización de sus intereses : "...la cultura del siglo XIX proponía el progreso social como un sustituto de la creencia declinante en el mas allá, al reemplazar la noción de lo absoluto por la de final de la historia...la nueva cultura de la ciencia admite que lo que ocurre en el mundo no esta solamente regido por leyes científicas, sino que además es beneficioso y progresista en sus resultados..."²⁷⁴. La perspectiva teleológica que asumen ambas tendencias (por supuesto con mayor claridad la socialista) les lleva a encarnar en sus discursos y practicas las categorías propias de la ideología iluminista: "...las ciencias llegarían a eliminar todas las barreras y en progreso se impondría en todas partes de manera inexorable..."²⁷⁵. De este modo el conflicto que distancia a las elites obreras del conjunto de los sectores populares durante el periodo del Centenario esta determinado por el contenido de la propuesta valórica-cultural a través de la cual interpela y convoca a estos sectores en forma infructuosa: "...ni el anarquismo ni el socialismo de 1900-1910 en Chile han producido pensamientos originales, tienen el significado poderoso de la acción, pero se podría decir que son inexistentes en el plano intelectual..."²⁷⁶, así se dimensiona la relevancia del fenómeno de permeación valórico-cultural de los grupos de elite hacia las elites obreras²⁷⁷.

²⁷¹ Freire, Paulo; Pedagogía del oprimido, editorial Siglo veintiuno editores Argentina, 2da. edición, Buenos Aires, 2005, pág 239.

²⁷² Ver Larraín, Jorge; El concepto de ideología .Vol. 2, El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, págs. 113-115.

²⁷³ En relación al vinculo entre el ideario positivista y el énfasis que hacen los grupos de elite progresistas en la importancia de la extensión y difusión de la educación como *mecanismo civilizador* del pueblo, ver Del Pozo, José, Historia de América Latina y del Caribe 1825-2001, editorial Lom , 1ra. edición, Santiago de Chile, 2002, pág. 105.

²⁷⁴ Chavolla, Arturo; La imagen de América en el marxismo, editorial Prometeo, 1ra. edición, Buenos Aires, 2005, pág. 141.

²⁷⁵ Chavolla, Arturo; La imagen de América en el marxismo, editorial Prometeo, 1ra. edición, Buenos Aires, 2005, pág. 199.

²⁷⁶ Góngora, Mario; Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX, editorial Universitaria, 8va. edición, 2003, Santiago. de Chile, pág 142.

²⁷⁷ Chavolla caracterizará este proceso desde la vinculación que establece entre las ideologías emancipatorias con las concepciones eurocentristas, positivistas, civilizadoras que subyacen en el ideario iluminista, definiéndolo como *homogenización por imitación*, en Chavolla, Arturo; La imagen de América en el marxismo, editorial Prometeo, 1ra. edición, Buenos Aires, 2005, pág. 300.

La conformación subalterna que se visualiza en la cultura obrera ilustrada se debe fundamentalmente a la reproducción que hace del discurso regenerativo moral en sus propias formas de expresión cultural, con lo cual sustenta la adhesión–consentimiento del mundo popular frente a las estrategias de disciplinamiento que concreta su sujeción social. Esta reacción de las organizaciones populares en clave emancipatoria frente a la dinámica de proletarización a la cual están sometidos, visualiza en la regeneración moral la autosuperación de la clase obrera de su vivencia de miseria social. Este proceso de *asimilación autónoma* del discurso regenerativo en la elites obreras, fue fortalecido en gran

parte por la situación de *forzosa y natural independencia*²⁷⁸ del movimiento obrero respecto de la institucionalidad durante el periodo del parlamentarismo, contribuyendo a potenciar la autoafirmación del movimiento obrero en la construcción de formas de representación discursiva y practica. El análisis que hace Deves del proceso de conformación de la cultura obrera ilustrada define un itinerario esquemático que caracteriza la progresión de las estructuras valóricas-culturales en la sociedad chilena, desde una etapa inicial de choque cultural (en el siglo XV), pasando por una amalgama cultural (siglo XVI-XVII), hasta el inicio del quiebre de la aparente armonía y cohesión cultural de la sociedad (desde fines del siglo XVIII) con la introducción de la Ilustración, periodo que para el caso de Chile, se situara con mayor claridad desde mediados de la década del 50 en el siglo XIX. Como ya se ha señalado esto se relaciona con el impulso destructor y crítico que trae consigo el espíritu racionalista –ilustrado, en cuanto a la desmitificación que hace de la inmanencia de las estructuras sociales propias del antiguo régimen, siendo este elemento el que vincula las formas valóricas-culturales que producen las organizaciones del mundo popular con las de los grupos de elite, al desarrollar formulaciones ideológicas de carácter emancipatorio. A partir de esta etapa se visualiza con mayor claridad la separación entre estas organizaciones y la base del pueblo: “...se va a ir generando una distancia cada vez mayor entre dos sectores del pueblo: uno que tanto por condiciones objetivas como por un cambio a nivel de ideas y mentalidades –cosas normalmente unidas-va a ir transformándose en *clase media* (artesanado especializado, obreros y empleados, es decir asalariados) y otro sector que va a permanecer todavía un largo tiempo ajeno a los cambios, a las nuevas formas de producción ,a las nuevas ideologías...”²⁷⁹. La politización, como tendencia que irá progresivamente caracterizando a la diversidad de organizaciones de los sectores populares, se desarrolla a partir de la inserción creciente de formas capitalistas de producción e intercambio en la estructura económica del país, dentro de las cuales la experiencia de proletarización implica un salto cualitativo en la interpretación que irán forjando estos grupos sobre la dinámica del proceso²⁸⁰. Esta experiencia aparece como

²⁷⁸ Ver Deves, Eduardo, “La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario” en Tarapacá: una aventura en el tiempo, selecciones de Revista Camanchaca n° 1/1985-n° 12-13/1990, compilado por Juan Vásquez Trigo, ediciones Camanchaca, Taller de Estudios Regionales, Iquique, 1994, pág. 75

²⁷⁹ Deves, Eduardo, “La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario” en Tarapacá: una aventura en el tiempo, selecciones de Revista Camanchaca n° 1/1985-n° 12-13/1990, compilado por Juan Vásquez Trigo, ediciones Camanchaca, Taller de Estudios Regionales, Iquique, 1994, pág. 76.

²⁸⁰ En relación al efecto que tiene en la mentalidad del sujeto popular los cambios en la estructura productiva-económica que determina el desarrollo de la proletarización, Gramsci plantea que “...en una fase determinada de ese proceso las fuerzas productivas nuevas no pueden ya desarrollarse y organizarse de modo autónomo en los esquemas oficiales en los que discurre la convivencia humana; en esa determinada fase se produce el acto revolucionario, el cual consiste en un esfuerzo tendente a destruir violentamente esos esquemas, a destruir todo el aparato l poder económico en el que las fuerzas productivas revolucionarias estaban oprimidas y contenidas; un esfuerzo tendiente a m la maquina del Estado burgués y a constituir un tipo de estado en cuyos esquemas las fuerzas productivas liberadas hallen la forma adecuada para su ulterior desarrollo, para su ulterior expansión, y en cuya organización

fundamental, pues la cultura obrera ilustrada es determinada en sus contenidos por aquellas contradicciones que se desarrollan en el campo de las relaciones sociales, donde esta vivencia de proletarización produce básicamente el reconocimiento de la situación de opresión, sujeción y subordinación que caracteriza la experiencia social de los sectores populares; de esta manera, es en torno a esa realidad objetiva donde se produce su conformación, como una reacción de acuerdo a las condiciones específicas en las que opera el mundo popular: "...pocas veces en los tiempos modernos, se puede observar un fenómeno social donde los hombres se ven impedidos a crear sociedad y crear cultura, y por ende, a plantearse frente a la realidad concientemente como un sujeto cognoscente... con el comienza la hipóstasis de esa realidad que surge y es construida socialmente..."²⁸¹. Las experiencias desarrolladas en el pueblo producto su inserción subordinada en la nueva dinámica económica, determinando los contenidos de la cultura obrera ilustrada, se refieren al desarraigo, las condiciones expoliatorias del régimen laboral salarial, el carácter sincrético de sus estructuras mentales que transitan entre el referente bucólico (tradicional) y la vivencia urbana (moderna), la admiración y deslumbramiento por la ilustración y la cultura letrada, su adhesión al modelo de moralidad social propia del discurso regenerativo (con la consecuente reivindicación del acceso a la educación), su sentido de flexibilidad ideológica que los lleva a desplazarse horizontalmente por las diversas expresiones organizativas del mundo obrero, el sentido de pertenencia a la comunidad en la cual están insertos y desde donde proyectan la identificación y afirmación de lo popular. La naturaleza diversa de estos elementos permiten explicar porque en su proceso de conformación, la cultura obrera ilustrada encarna la contradicción de su aspiración a reinterpretar al mundo desde parámetros que se conflictúan con dicha intención.²⁸²

La externalidad de la cultura obrera se distingue por dos elementos: su aspiración a diferenciarse absolutamente del atavismo valórico-cultural preilustrado, y su intencionalidad de autonomía frente al modelo cultural oligárquico que proyecta la elite desde el aparato estatal. En el ámbito interno, se identifican tres elementos que la articulan: el desarrollo de una propuesta ideológica, el desarrollo de formas características de expresión y organización, el desarrollo de un grupo específico de pensadores, identificables como los intelectuales orgánicos de la clase trabajadora en Gramsci. En relación a los contenidos que significan su horizonte valórico cultural, se aprecia la legitimidad que le otorga al racionalismo ilustrado como principio significativo de las prácticas que desarrolla: "...fue una cultura que admiraba la ciencia, la literatura, el arte, pero no fue cultura de hombres de ciencias ni de arte, fue hecha por trabajadores manuales, muchas veces que se daban tiempo para escribir, organizar, representar, hacer política o crear mas bibliotecas..."²⁸³.

encuentren la defensa y armas necesarias y suficientes para suprimir a sus adversarias...", en Gramsci, Antonio; El consejo de fabrica, en Antología: selección, traducción y notas de Manuel de Sacristán, editorial Siglo XXI, 12ª. edición, México, 1992, pág. 78.

²⁸¹ Gonzáles Miranda; Sergio, "Prolegómenos sobre la cosmovisión de los obreros pampinos durante el ciclo salitrero", en Tarapacá: una aventura en el tiempo, selecciones de Revista Camanchaca n° 1/1985-n° 12-13/1990, compilado por Juan Vásquez Trigo, ediciones Camanchaca, Taller de Estudios Regionales, Iquique, 1994, pág. 7.

²⁸² La cultura obrera ilustrada se caracterizaría por "...una emergencia y aceptación de valores de tipo tradicional como la lealtad y el bienestar social, que junto a los valores modernos adquiridos por los pampinos a través de las lecturas (como la lectura de diarios, periódicos o revistas anarquistas, liberales y socialistas) y organizaciones modernas de acción social (como las mutuales, mancomunales, etc.) que son de tipo racional y secular, hace de la cosmovisión pampina un conjunto normativo sincrético...", en Gonzáles Miranda; Sergio, "Prolegómenos sobre la cosmovisión de los obreros pampinos durante el ciclo salitrero", en Tarapacá: una aventura en el tiempo, selecciones de Revista Camanchaca n° 1/1985-n° 12-13/1990, compilado por Juan Vásquez Trigo, ediciones Camanchaca, Taller de Estudios Regionales, Iquique, 1994, pág. 8.

²⁸³ Deves, Eduardo, "La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario",..., pág. 76.

Así mismo construye un tipo de identidad que reconoce positivamente la influencia de las formas culturales desarrolladas por los grupos dominantes, en una disposición de alteridad que muestra claramente su opción por la apertura frente a la transmisión valórica y cultural: “...fue una cultura que no quiso ignorar a su opuesto pues se consideraban herederos de lo mejor de esta tradición que creían moribunda en manos burguesas... así el obrero se concibe como el continuador de Galileo y Copérnico, de Dantón y Garibaldi, igualmente que de O’ Higgins y de Carrera...”²⁸⁴. Es por tanto en el fondo y no en la forma, es decir, en el contenido de su discurso, donde se revelan sus limitaciones para crear y recrear una nueva concepción del mundo efectivamente autónoma. Por otra parte, en la medida que la cultura obrera ilustrada enfatice con mayor firmeza su afán civilizatorio parece adquirir mayor profundidad el cisma respecto a las bases del mundo popular²⁸⁵; esta idealización que hace de la cultura escrita se constituye aun por sobre el perjuicio de las grandes masas excluidas que son ajenas a estos procesos. De este modo logra prevalecer por sobre las tendencias presentes al interior del mundo popular (en la medida que las formas de representación que desarrolla tienden a ser más sistemáticas y concretas que aquellas que caracterizan a la base del pueblo); el rol de los grupos intelectuales al interior de las elites obreras que profesionalizan la reflexión política, situación que sin duda influye en el proceso de constitución de estas formas valóricas y culturales²⁸⁶. La cultura obrera ilustrada o el horizonte valórico cultural de los grupos obreros constituyen instancias donde se configuran interpretaciones y representaciones del mundo, de allí devienen entonces estas aproximaciones a la interpretación de su propia praxis política que finalmente le impide apreciar en profundidad el fenómeno de su derrota, situación frente a la cual se muestra incomoda e indispuesta ideológicamente, pues piensa el proceso revolucionario desde la lógica de su advenimiento necesario e inexorable: “...una determinada mentalidad y una determinada ideología (en original simbiosis) se transformó en obstáculo para aprender el lado más feo de la historia, el machismo (en el sentido de valentía e intransigencia) y el principismo, como elementos de mentalidad y la cuestión del progreso como ideología, no permitían considerar cabalmente que los obreros podían ser vencidos... incluso si se concebía la posibilidad de la derrota se conceptualizaba esta en términos de sacrificio y por ello en vez de pensarlo como derrota actual se le considera como victoria futura...”²⁸⁷. Al racionalizar en su discurso, el relato que construye de su propia praxis política, inaugura un modelo de *cultura política de martirologio proletario*, que actúa enajenando la vivencia auténtica del mundo popular, en cuanto a la posibilidad de incentivar y perfilar en este una disposición propositiva. Al recrear en forma automática y positiva la derrota y no mediar procesos de crítica y reflexión en su interpretación, se potencia la continuidad de su vivencia

²⁸⁴ Deves, Eduardo, “La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario”, ídem.

²⁸⁵ Nuevamente se plantea la tensión existente entre la historiografía, disciplina intelectual construida desde la academia, con los grupos subalternos, respecto de cómo generar una producción interpretativa desde la subalternidad que sea coherente con sus propias pautas valóricas y culturales: “...el quehacer historiográfico es algo comprensible solo desde la perspectiva civilizadora, hacer historiografía en o para la *barbarie* es prácticamente imposible y en todo caso un sin sentido o una contradicción en los términos; escribir un libro para mostrar que no debe escribirse libros...”, ver Deves, Eduardo, “La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario”, pág. 77.

²⁸⁶ Ver Deves, Eduardo, “La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario”, pág. 78. Así también, otros autores refuerzan los planteamientos gramscianos sobre la importancia de la acción crítica-reflexiva y el rol de quienes la ejercen en el proceso de transformación de las estructuras sociales: “...para que una clase asegure su hegemonía, necesita la creación de intelectuales que elaboren, modifiquen y diseminen la concepción del mundo de la clase...” en Larraín, Jorge; El concepto de ideología. Vol. 2, El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, pág. 118.

²⁸⁷ Ver Deves, Eduardo, “La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario”, pág. 79.

en el presente, construyendo un sentido político en los sectores populares que pospone la afirmación frente al enajenante relato de su propia negación²⁸⁸.

Dentro del modelo de ejercicio de la condición hegemónica por los grupos de elite para este periodo en Chile, se encuentra plenamente caracterizada la función ideológica de la escuela, en tanto aparato transmisor, difusor, reproductor de las pautas valóricas-culturales que generan y refuerzan continuamente la constitución hegemónica-subalterna²⁸⁹. En el mundo subalterno, en cambio, no queda tan claro que esta formulación conceptual se encuentre plenamente asimilada, a tal punto que le permita interpretar y problematizar la función social de la escuela, y por lo tanto, su propio discurso educativo²⁹⁰. Las características que muestra el discursivo educativo de los grupos obreros expresan fundamentalmente la condición subalterna desde la cual es construido. Dentro de estas características, esta la perspectiva regenerativa en la cual fundamenta la acción educativa, en consecuencia con el imaginario de la cultura obrera ilustrada. El permanente esfuerzo por acceder a la cultura letrada y el desarrollo de su producción valórica-cultural a través de canales y códigos que son propios (las conferencias, la prensa obrera, los textos, etc.²⁹¹) son elementos que significan este discurso educativo desde la perspectiva regenerativa. En este sentido, la regeneración moral e intelectual sirve para desatacar la irracionalidad de la vivencia de miseria en el pueblo, como también para enfatizar la acción educativa como mecanismo de superación de dicha condición: "...el estado actual de las poblaciones nos muestra toda su miseria moral, que es motivo de retardo de todo progreso...tenemos como consecuencia de esto que muchos individuos no conciben una condición superior...la cultura y la civilización datan desde muy antiguo es verdad pero en dosis muy pronunciadas de egoísmo y privilegio. La civilización se ha ido desarrollando en medio de ciertos círculos

²⁸⁸ Para una reflexión sobre las consecuencias negativas en las organizaciones obreras de la formación de esta percepción voluntarista de la praxis política ver Arico, José M., *La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina*, editorial Siglo XXI Argentina, 1ra. edición, 2005, pág. 165, y Chavolla, Arturo; *La imagen de América en el marxismo*, editorial Prometeo, 1ra. edición, Buenos Aires, 2005, pág. 226.

²⁸⁹ Freire describe con claridad la funcionalidad del sistema educativo en tanto dispositivo transmisor hacia la sociedad de determinados modelos valórico-culturales, y aunque ya se ha señalado que lo hegemónico-subalterno no se articula en términos absolutos en relación al sustento de la dominación-exclusión social, sería impropio no enfatizar el rol reproductivo de gran parte de las prácticas que ella desarrolla respecto de esta intencionalidad, para complejizar la interpretación sobre su ascendente social: "...en la medida que una estructura social se denota como estructura rígida, de carácter dominador, las instituciones formadoras que en ella se constituyen estarán, necesariamente marcadas por su clima, trasladando sus mitos y orientando su acción en el estilo propio de la estructura. Los hogares y las escuelas primarias, medias y universitarias, **que no existen en el aire**, sino en el tiempo y en el espacio, **no pueden escapar a las influencias de las condiciones estructurales objetivas...**", en Freire, Paulo; *Pedagogía del oprimido*, editorial Siglo veintiuno editores Argentina, 2da. edición, Buenos Aires, 2005, pág. 201

²⁹⁰ Es decir, la problematización tiene que ver con la relación que se establece en las formulaciones teórico-discursivas y en el ámbito de la acción práctica, respecto de la incidencia de la actividad educativa en el proceso de constitución de la dualidad hegemonía-subalternidad. Ver Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, editorial Nueva Visión, 1ra edición, Buenos Aires, 2004, pág. 127, Larraín, Jorge; *El concepto de ideología*. Vol. 2, *El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser*, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008, pág. 118, y Beverley, John; *Subalternidad y Representación: debates en teoría cultural*, pág. 13.

²⁹¹ Recabarren define con bastante claridad cuales serán los medios a través de los cuales se hará posible la asimilación del proyecto regenerativo en los sectores populares: "...el socialismo usará para realizarse como armas de combate: la educación doctrinaria y moral del pueblo por medio del libro, del folleto, del periódico, del diario, de la tribuna, de la conferencia, del teatro, del arte..." en Recabarren, Luís Emilio; *El socialismo: ¿Qué es y como se realiza?*, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 8 de octubre de 1912.

sociales, no alcanzando a la mayor parte...”²⁹². De este modo la moralización de los grupos populares se hace indispensable para lograr su concientización, aun a riesgo de confrontarse con las experiencias mas autenticas del mundo popular, y llevarle a su negación u omisión, es por eso que reiteran la necesidad de contar con “...un plantel de educación nacional donde podamos los pobres recibir la instrucción que venga a resumir la ignorancia y los muchos vicios que nos consumen por no tener ese precioso tesoro de la instrucción, y de esa manera recordar con cariño la patria que supo educar a sus hijos...”²⁹³. Así, también la perspectiva regenerativa presente en el discurso educativo que formulan las elites obreras contribuye a fortalecer el desarrollo de expresiones de adhesión sobre las cuales reposa el consenso social frente a la dominación. Desde este enfoque, no existe la posibilidad de analizar critica y reflexivamente la naturaleza de las practicas educativas que con tanto entusiasmo proclaman de lo cual deviene una *cosificación* de la educación, en tanto conceptualización que apunta al hecho de que para las elites obreras y para el mundo popular la educación es deseable como situación de habilitación socio-cultural mas que como experiencia de resignificación de los sujetos, por lo cual es comprensible que su discurso enfatice el debate en el acceso y extensión (cobertura) antes que en las definiciones curriculares que otorgan contenido y significado a las practicas educativas: “... la educación cada vez mas desarrollada y mas completa que ira elevando la cultura de los individuos y de la sociedad, contribuirá mientras mas avancemos hacia el porvenir, a dotar a cada individuo y a cada sociedad de una perfecta noción del derecho y de la libertad...”²⁹⁴. La ausencia de una aproximación problematizante hacia la cuestión de los contenidos de la enseñanza determina esta actitud de optimismo positivista, inmediatez y automatismo con que son formulados los planteamientos educativos en las organizaciones de elite del mundo obrero. Esta situación denota las fracturas de sus procesos de elaboración intelectual que distancian el aspecto teórico de lo practico, o donde mas bien la lectura e interpretación que se hacen de los referentes teóricos no orienta el desarrollo de una reconstrucción conceptual del concepto educativo, sino que son traspasados en forma automática sin establecer ningún proceso de mediación, de allí que esas practicas emerjan en permanente tensión (por su sentido disciplinante y moralizador) respecto de las experiencias del mundo popular²⁹⁵. Existe una ambigüedad e indefinición en aquellos planteamientos que abordan la

²⁹² Recabarren, Luís Emilio; El socialismo: ¿Qué es y como se realiza?, El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 8 de octubre de 1912.

²⁹³ El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 16 de enero de 1912.

²⁹⁴ Recabarren, Luís Emilio; El socialismo: ¿Qué es y como se realiza?, El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 8 de octubre de 1912. Esta *cosificación* como conceptualización que se construye en torno a la educación y que obviamente mediatiza las practicas discursivas y de acción, se expresa fundamentalmente a través de las demandas que desarrollan las organizaciones del mundo popular hacia los grupos dominantes centradas en la ampliación de la cobertura del sistema educacional publico, en el contexto de agudización de la cuestión social, como si solo a través de esta acción se resuelve el problema de la superación cualitativa intelectual de las masas obreras. : “...la instrucción será laica, obligatoria y gratuita para los niños hasta los 14 años, debiendo crearse escuelas primarias en todos los puntos de la republica...aplicación preferente de los recursos del Estado a la enseñanza primaria...democratización de la enseñanza nacional en el sentido de que siga progresivamente desde la escuela primaria hasta la universidad...”, Programa del Partido Obrero Socialista-1915, en Ortiz Letelier, Fernando, El movimiento obrero en Chile (1891-1919), editorial Lom, primera edición, 2005, Santiago, pág. 247.

²⁹⁵ Uno de los referentes teóricos a los que se hace mayor alusión en el ámbito educativo, es el español Francisco Ferrer y su proyecto de educación libertaria sintetizado en los conceptos que expone en La escuela Moderna, texto de 1908 donde introduce una reflexión mas profunda sobre temáticas atingentes a la proyección valórica-cultural de sistema educativo como la necesidad de consensuar los enfoques idealistas y científicos para el desarrollo de conceptos, las relaciones de poder que se entrafían en el usual sistema de premios y castigos al interior del aula o la necesidad de laicizar los enfoques epistemológicos en el desarrollo de

temática de los contenidos educativos, donde lo único que queda claro es su adscripción a la lógica ilustrada, que busca otorgarle un carácter científico a la enseñanza (mas aparente que real), lo cual se resume en una creciente tendencia a la generalización al abordar dicha temática, omitiendo de este modo un debate que orienta precisamente a repensar la relación entre el sistema educativo y los mecanismos que constituyen la dominación y desarrollar una practica educativa verdaderamente contrahegemónica: "...a pesar de este corto tiempo que solamente se destina a la instrucción, no seria nada esto, si no se aprovechase en la educación de ramos científicos, que pueden dar al niño conocimientos capaces de poder hacer mas fácil y llevadera la vida..."²⁹⁶. Este apego en el movimiento obrero por la búsqueda de legitimidad científica para sus prácticas educativas (y en general como justificación del conjunto de sus prácticas discursivas y de acción orientadas hacia la emancipación social) se reconoce también como inmerso dentro de la concepción teleológica de la historia que poseen las elites obreras, en tanto dispositivo de permeación desde el horizonte valórico-cultural de las elites hacia los grupos obreros: "...el hecho de que la humanidad siga su camino ya empezado de continuar modificando las cosas, los seres y las leyes, ese hecho solo constituirá el camino hacia la realización del socialismo, que ninguna fuerza puede evitar, puesto que nadie ha podido detener el progreso hasta su grado presente..."²⁹⁷. Así se permite apreciar el sentido con que se formulan las practicas de las elites obreras: si el socialismo se producirá como una consecuencia natural de la incesante orientación de la humanidad hacia su superación por medio del progreso, ¿que sentido tiene cuestionarse sobre el carácter de las estructuras valóricas-culturales que se presentan en la mentalidad de los sujetos populares? De allí que se justifica el hecho que la acción educativa se constituya como practica de instrucción, definida por su inherente negación de las concepciones propias de los sujetos del mundo popular (en las cuales solo observan una ininteligible y caótica dimensión compuesta por concepciones absurdas, dogmáticas, mistificantes), frente a la avasalladora racionalidad científicista-positivista esgrimida: "...la instrucción en un país regido por instituciones republicanas como el nuestro, en donde todos los miembros son llamados a trabajar en el bien común y a tomar parte mas o menos importante en los negocios públicos , el primer deber de los encargados de regiros es preparar a los ciudadanos para que lleven sus funciones ilustrando su inteligencia y desarrollando en su corazón los principios de moralidad y de virtud con una instrucción competente que al mismo tiempo que ilustre y perfecciones el juicio, despierte la actividad y facilite para los medios de sacar partido de ella para mejorar nuestra condición con un trabajo mas inteligente..."²⁹⁸. La educación, al ser cosificada, se convierte en algo que se desea y por lo cual se lucha aunque no se sepa para qué ni porqué, guiados ciegamente por la creencia que a través de ella pueden mejorar su condición social (es decir sus posibilidades de ascenso o movilización) dejando de ser lo que precisamente son, negando su esencia o vinculación con lo popular, conflictuando su proceso de construcción de identidad. Donde se aprecian con mayor claridad las intenciones de proyección contrahegemónica del discurso educativo de las elites obreras,

contenidos. Sin embargo, estos planteamientos no son desarrollados reflexiva y críticamente por quienes los proclaman, de lo cual deviene la extraña y contradictoria situación de que estén presentes en forma pasiva y abstracta, como parte del bagaje teórico que sustentan, pero no lleguen a plasmarse en prácticas educativas aplicadas en función del contexto. Ver Ferrer Guardia, Francisco; La Escuela Moderna, 1908.

²⁹⁶ El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 13 de julio de 1912.

²⁹⁷ Recabarren, Luís Emilio; El socialismo: ¿Qué es y como se realiza?, El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 8 de octubre de 1912.

²⁹⁸ El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 13 de julio de 1912.

es en el énfasis que hacen de su contenido laico, como una reacción a la influencia de la enseñanza religiosa extendida en las escuelas públicas, situación que perciben como nociva para el desarrollo de la concientización de la clase trabajadora: “...respecto de la religión, que es de importancia nula, si se enseña con el objeto de formar el sentimiento moral del niño bastaría con una o dos horas semanales de conferencias sobre moral, a la que podría agregarse cultura (*modales?*) e higiene...”. El rechazo a la enseñanza religiosa expresa el reconocimiento del ejercicio de la iglesia y los sectores políticos afines de un tipo de poder que no tiene que ver con la sujeción y explotación material de los sectores populares, sino con los rasgos patriarcales, jerarquizantes y tradicionalistas que obstruyen el surgimiento de la conciencia política en estos grupos. Por otra parte, en el caso de la tendencia socialista, la acción educativa se convierte también en un tema contingente para las luchas políticas que se desarrolla en el periodo, ya que en el contexto de la estrategia de *socialismo municipal*²⁹⁹ de Recabarren se convierte la demanda por la extensión de la cobertura educacional del sistema público, en un tema prioritario para la gestión del poder local, como lo eran también la construcción de habitaciones obreras y otras temáticas que se visualizaban como posibles de resolver desde las atribuciones que otorgaba a los municipios la ley de comuna autónoma de 1891. De este modo la implementación de la acción educativa se proyecta en las organizaciones representativas del mundo popular desde dos vías. Por un lado esta la acción autónoma que busca generar desde las propias organizaciones obreras experiencias educativas (que surge como reacción necesaria frente a la autonomización de los grupos dirigentes en el ejercicio oligárquico del poder), por otra parte aparece la perspectiva institucional, en la cual los socialistas insistirán en la medida que perfilan con mayor claridad (aunque como se ha señalado, debatiéndose entre grandes contradicciones, que son las que precisamente les impiden durante el periodo la concreción de su proyecto) una opción política que no rechaza en términos absolutos la intervención del estado, porque en alguna medida pretende convertirse ella misma en una fuerza que dispute el ejercicio del poder a los grupos dirigentes y detente el poder político. Sin embargo, a pesar de los elementos expuestos, en tanto configuran la condición subalterna del discurso educativo de las elites obreras, no se debe dejar de señalar que en términos generales ambas tendencias de politización desarrollan una interpretación de la acción educativa que muestra su vinculación con las luchas sociales desarrolladas, y que por lo tanto se concibe como fundamental en la medida que es interpretada como experiencia que concreta un tipo de afirmación identitaria considerada afín a sus planteamientos: “...el desarrollar en el niño los sentimientos de amor y fraternidad sin distinción de raza, creencia, carta, sexo, ni color, debe ser el principal objeto de los maestros...de los niños de estas escuelas, saldrán los hombres que harán desaparecer las fronteras y tener una patria común solo por la ley del amor...”³⁰⁰ Así la escuela y la acción educativa son reconocidas como ámbitos en los que también se expresan y desarrollan las contradicciones sociales, por lo cual estas organizaciones desarrollan planteamientos sobre su conceptualización en la perspectiva de la emancipación social. Sin embargo, en la medida en que estas formulaciones no se planteen en un sentido crítico-reflexivo que las haga dimensionar la relevancia de la dualidad hegemonía-subalternidad para el proceso de constitución de un horizonte valórico cultural, no solamente se ven impedidos de superar su condición subordinada, sino que las estrategias desplegadas para lograr sus objetivos

²⁹⁹ “...Algún día los socialistas llegaran a disponer de mayorías en congresos y municipios. Esto no significara de ninguna manera un triunfo final del socialismo. Pero si una mayoría trabajara más rápidamente dentro de su radio de acción. Hay ya mayorías en algunos municipios y su labor toda tiende a facilitar el camino para mayores progresos...”, Recabarren, Luís Emilio; *El socialismo: ¿Qué es y como se realiza?*, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 8 de octubre de 1912.

³⁰⁰ Monedero, D (seud.); *Escuela Nueva*, en *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 1ro.de agosto de 1912.

de transformación de las estructuras sociales, se distancian de una autentica orientación contrahegemónica.

Conclusiones

A partir del análisis que resulta acerca de la exposición de la problemática subalterna en la elite de los grupos populares y su expresión como formas valóricas-culturales que reproducen la dualidad hegemonía-subalternidad (específicamente en el contexto de los planeamientos que desarrollan en el ámbito educativo) es posible plantear algunas conclusiones. Estas conclusiones, dado el carácter de la investigación realizada, más que identificar situaciones específicas en relación a la reconstrucción de la acción discursiva y práctica de la elite de los grupos subalternos para este periodo, aluden a un reconocimiento general de los diversos elementos que se contextualizan relevantes para la caracterización de la experiencia histórica de las elites de los grupos populares, en relación con la intencionalidad de exposición de una problemática específica (en este caso la tensión hegemonía-subalternidad para el desarrollo de las formas de representación valóricas-culturales, y específicamente para la resignificación de la vivencia de subordinación del mundo popular) que debiera incentivar a una relectura tanto del contenido de la tradición historiográfica desarrollada sobre los grupos subalternos, como de sus proyecciones y alcances en cuanto al potencial que tiene como forma de producción de conocimiento histórico en el desarrollo de una perspectiva contrahegemónica para estos grupos.

-En un primer término se plantea como una conclusión fundamental para esta investigación, el exponer la relevancia del estudio de los discursos educativos en el mundo popular, en tanto representación de las aspiraciones de estos sectores sobre el carácter de una práctica sistemática e intencionada de transmisión cultural, como una vía legítima conducente a dimensionar en su seno el arraigo de las formas valóricas-culturales auténticas, su sentido de representación en cuanto a posicionamiento de intereses políticos, económicos, sociales, culturales de estos grupos, la magnitud de la presencia de las formas valóricas-culturales hegemónicas en la formulación de dichos discursos, etc. Desde esta perspectiva, la problematización histórica de la subalternidad no puede eludir lo que aparece como una de las dimensiones más significativas para su análisis. En la medida que las políticas institucionales admiten explícitamente la intencionalidad civilizadora y regenerativa que tienen en relación a la extensión progresiva del sistema educacional para la integración de los grupos populares a su proyecto de desarrollo, se advierte que gran parte de los mecanismos de consentimiento y aceptación que se desarrollan en el mundo popular en relación al ejercicio de la hegemonía política, económica, social y cultural de los grupos de elite, se articulan desde la transmisión valórica-cultural que hacen las escuelas públicas durante este periodo.

-A partir de lo anterior, se deviene la necesaria crítica al concepto de *cultura obrera ilustrada* desde la cual se ha idealizado gran parte de la experiencia histórica de representación valórica-cultural de los grupos populares en la narrativa historiográfica que se ha especializado en este tema. Este concepto, al asumir en dicha narrativa un rol fundacional (por lo tanto de permanente referencia en las formas de representación de los grupos de elite del mundo popular, con lo cual releva su centralidad para la articulación de los dispositivos de memoria político-social en sus diversas expresiones político-orgánicas) permite reconocer su funcionalidad para la articulación de su condición subalterna. Al demostrarse que gran parte de los elementos que articulan esta conceptualización son tributarios de las formas valóricas culturales hegemónicas, se reconoce en ella una

instancia doblemente esencial para la realización de la dualidad hegemonía-subalternidad: en términos de la experiencia histórica de los grupos populares que precede a su momento constitutivo (en torno al Centenario) funciona como una instancia que asume la narración coherente de dicha experiencia, interpretando en ella una tendencia progresiva hacia la racionalización de las formas discursivas y de acción política, que finalmente terminan por articularla. La cultura obrera ilustrada se legitima como horizonte valórico-cultural en el mundo popular en la medida que se la pretende como profundamente arraigada dentro de su tradición, por lo cual se plantea indispensable y esencial su reivindicación. En este sentido, también asume en conjunto con esta tarea, la necesaria separación o distanciamiento con aquellas expresiones discursivas y de acción política que visualizan como anómalas en el mundo popular, por su nivel de violencia y radicalidad, las que aparecen entonces como inconcebibles dentro de la lógica racional con que se identifica. Por otra parte la cultura obrera ilustrada permite reproducir a partir de entonces dicha epopeya fundacional para la tradición histórica de los grupos de elite en el mundo popular, con la consecuente sistematización y arraigo de las formas valóricas-culturales reproductoras de la dualidad hegemonía-subalternidad. En cierta forma, el interés por analizar la condición subalterna del mundo popular para este periodo tiene también que ver con que esta se ve reflejada en las alternativas que configuran estas formas valóricas culturales en la sociedad contemporánea. Las problemáticas de representación que se generan desde la condición subalterna para los grupos populares del periodo, no han perdido vigencia en la actualidad.

-En función de lo anteriormente señalado, surge la necesidad de reexaminar las causas de la derrota histórica del movimiento obrero, y en este sentido enfatizar la importancia que han tenido los mecanismos de consentimiento que se generan en el seno del mundo popular y en sus expresiones políticas más representativas frente a la articulación hegemónica de los grupos de la elite dirigente. Un análisis crítico como el que se fundamenta desde la problematización de la condición subalterna en el mundo popular, pone énfasis más bien en sus prácticas discursivas y de acción (es decir en su internalidad) más que en los aspectos de la coacción/coerción formal que ejercen los grupos dirigentes, con lo cual además asume intencionadamente la deconstrucción de este imaginario *heroico* del mundo popular que han construido sus expresiones de elite para someterlo a un análisis crítico que busca evidenciar en él aspectos claves que han fundamentado la derrota como aspiración al reconocimiento formal por parte de los grupos políticos hegemónicos, el carácter instrumentalizante y mediatizador de las instancias de convergencia política, su permanente obsesión por diluir e incluso reprimir internamente la irrupción de sus manifestaciones más radicales-maximalistas, las formas de transmisión y reconocimiento de la propia historicidad en una lógica reproductora de la condición subalterna.

-Desde estos planteamientos deviene la necesidad de juzgar críticamente el rol de las elites de los grupos populares, reconociendo el papel reproductor de la condición subalterna que en este sentido han tenido los dispositivos ideológicos (anarquismo-marxismo) que han sustentado teóricamente las expresiones políticas-orgánicas del mundo popular. En relación a lo anterior, se identifica como un ámbito relevante para el estudio de esta cuestión el análisis de los procesos de constitución de la cultura política en los grupos populares, a condición de que este análisis transite desde su formulación institucionalizante tradicional (de la cual deviene una interpretación más deseable y aceptable que estas expresiones políticas del mundo popular han tenido en la narrativa histórica) hacia un examen de los conflictos surgidos con la base del mundo popular y que la hacen reconociblemente refractaria en varios aspectos a los intereses más auténticos de los grupos que articulan la heterogeneidad en la base de este mundo popular. Al hacer distinguible desde una lectura

contratextual la vinculación de estos planteamientos ideológicos con la tradición ilustrada e iluminista de la Modernidad y la Filosofía del Progreso, se abre una dimensión de análisis, que junto a los esfuerzos desarrollados por otros investigadores, permite reflexionar sobre las formas de representación cultural que se han desarrollado inspiradas o en referencia a estos planteamientos ideológicos.

-Dichos planteamientos llevan a desarrollar una reflexión necesaria sobre propuestas concretas que articulan la problematización historiográfica de la subalternidad en la perspectiva de una proyección contra-hegemónica en los grupos populares. Se define en primer termino la importancia de establecer el rol del investigador: este no puede identificarse con la intencionalidad de desarrollar un modelo de interpretación que agote la comprensión sobre la experiencia histórica de los grupos populares, tampoco el posicionarse como voz que reemplaza la de los sujetos subalternos. Más bien debe conformarse con una posición que identifica, expone, problematiza dicha condición para promover el análisis y debate crítico en los grupos populares sobre su propia experiencia. En este sentido el rol del investigador transgrede intencionadamente la dimensión académica en la producción del conocimiento (en su sentido de esfera de producción monopólica, esto es especializada y profesionalizante), para posicionarse desde una intencionalidad de construcción socializada del conocimiento sobre la historicidad del mundo popular. Junto con esto se asumen algunas consideraciones de la praxis historiográfica subalternista: la contextualización de esta experiencia histórica desde la subjetividad popular, lo cual lleva a distanciarse de las interpretaciones que categorizan sus fracasos por el no planteamiento y resolución de un proyecto histórico total, organizado y coherente (es decir afín a la idea de revolución como transformación absoluta de las condiciones históricas). También se enfatiza la idea de considerar la temporalidad propia de los movimientos históricos subalternos, los cuales se asumen disruptivos con el sentido teleológico en que la narrativa histórica tradicional (específicamente de izquierda) ha pretendido visualizarlos. Finalmente resulta fundamental considerar desde de la praxis historiográfica subalternista la idea de su realización en la medida que se empodera de un ejercicio ético profesional que busca arraigarse con el interés de proyectar en los grupos populares una dinámica discursiva y de acción política esencialmente contrahegemónica como fruto del desarrollo de su acción investigativa, fundamentada en la intencionalidad de reinención de la narrativa histórica de los grupos populares, su carácter solidario y comprometido con estos, y la lógica de trascendencia mas allá de la reafirmación /condescendencia academicista.

Bibliografía

Fuentes Primarias

“El despertar de los Trabajadores”, Iquique, 1912-1914, Archivo Biblioteca Nacional, microfilme.

Programa del Partido Conservador-1895.

Programa del Partido Liberal Democrático-1896.

Programa del Partido Radical- 1888.

Programa del Partido Obrero Socialista-1915.

Recabarren, Luís Emilio, Proyecto de Constitución para la Republica Federal Socialista de Chile, Antofagasta, 1921.

Bibliografía General

Abad de Santillán, Diego; La FORA, editorial Libros de Anarres, Buenos Aires, 2005.

Araya E., Alejandra; Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile Colonial; Colección Sociedad y Cultura, Editorial Dibam, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1999.

Arendt, Hannah, Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política; Ediciones Península Barcelona, España, 2003.

Arico, José M.; La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina, editorial Siglo XXI Argentina, 1ra. edición, 2005

Arrate, Jorge y Rojas Eduardo; Memoria de la Izquierda Chilena, Tomo I (1850-1970), Javier Vergara editor, 1ra edición, Santiago, 2003.

Artaza, Pablo y otros, A 90 años de los sucesos de la escuela Santa Maria de Iquique, DIBAM, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago 1998.

Barros Lezaeta, Luís y Vergara Johnson, Ximena; El modo de ser aristocrático: el caso de la elite chilena hacia 1900, ediciones Aconcagua, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1978.

Beverley, John; Subalternidad y Representación: debates en teoría cultural.

Blakmore, Harold; Chile, desde la Guerra del Pacifico hasta la Depresión Mundial 1880-1930; en Leslie Bethel ed.; Historia de América Latina, Cambridge University Press, Editorial Critica, Barcelona, España 1992, Vol. X.

Burke, Peter; “Formas de hacer historia”, Alianza Editorial, España, 1999.

Chakrabarty, Dipesh: La historia subalterna como pensamiento político, en Estudios Poscoloniales, Ensayos Fundamentales, ediciones Traficantes de Sueños, Madrid, 2008

- Chakrabarty, Dipesh; Una pequeña historia de los Estudios Subalternos, Universidad de Chicago, www.desclasificacion.org .
- Chartier, Roger; La historia entre el relato y el conocimiento; Cuadernos de Ideas N° 9, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 1ra. Edición, Santiago de Chile, 2006
- Collier, Simon y Sater, William F.; Historia de Chile 1808-1994, Editorial Cambridge University Press, 1ra. Edición, Madrid, España, 1999
- Chavolla, Arturo; La imagen de América en el marxismo, editorial Prometeo Libros, 1ra. Edición, Buenos Aires, 2005.
- De Privitellio, Luciano y Romero, Luis Alberto; Organizaciones de la sociedad civil, tradiciones cívicas y cultura política democrática: el caso de Buenos Aires, 1912-1976”; Cuadernos de Ideas N° 11, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 1ra. Edición, Santiago de Chile, 2007.
- Del Pozo, José, Historia de América Latina y del Caribe 1825-2001, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago de Chile, 2002.
- Deves, Eduardo; Los que van a morir te saludan, Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907, editorial Lom, cuarta edición, Santiago, 2002.
- Di Tella, Torcuato S.; Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX; editorial Fondo de Cultura Económica, Chile, 1997.
- edición, Santiago de Chile, 1990.
- Edwards Vives, Alberto; La fronda aristocrática, Editorial del Pacifico, Santiago de Chile, 1952.
- Ferrer Guardia, Francisco; La Escuela Moderna, 1908.
- Foucault, Michel; La arqueología del saber, Siglo XXI editores, 20ª edición, México, 2001.
- Foucault, Michel; Microfísica del Poder, ediciones de La Piqueta, 3ra. edición, Madrid, 1992.
- Freire, Paulo; Pedagogía del oprimido, Siglo XXI editores Argentina, Buenos Aires, 2da edición, 2005.
- Garcés Duran, Mario; Crisis sociales y motines populares en el 1900, editorial Lom, 2da. edición, Santiago, 2003
- García-Huidobro, Juan Eduardo; Gramsci y la Escuela; Cide, Santiago, 1987
- Gaviola, Edda; Jiles, Ximena; Lopresti, Lorella; Rojas, Claudia; Queremos votar en las próximas elecciones: Historia del movimiento sufragista chileno 1913-1952, editorial Lom, 2da. edición, Santiago, 2007.
- Gazmuri, Cristian; El 48 Chileno: igualitarios, reformistas, masones radicales y bomberos, Editorial universitaria, 2da edición, Santiago de Chile 1998.
- Giroux, Henry A., Los profesores como intelectuales: hacia una pedagogía crítica del aprendizaje, editorial Paidós Ibérica, Barcelona, 1990.
- Giroux, Henry y McLaren, Peter; Pedagogía, Identidad y Poder: los educadores frente al multiculturalismo, ediciones HomoSapiens, Santa Fe, Argentina, 1998.

- Góngora, Mario; Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX; Editorial Universitaria, 8va. Edición, Santiago de Chile, 2003.
- Gramsci, Antonio; Antología: selección, traducción y notas de Manuel de Sacristán, editorial Siglo XXI, 12ª. edición, México, 1992.
- Gramsci, Antonio; Maquiavelo y Lenin, editorial Nacimiento, segunda edición, Santiago de Chile, 1972.
- Gramsci, Antonio, Los intelectuales y la organización de la cultura, Ediciones Nueva Visión, 1ra edición, 6ta. reimpresión, Buenos Aires, Argentina, 2004.
- Grez Toso, Sergio; De la regeneración del pueblo a la huelga general: Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890), Colección Sociedad y Cultura, Editorial Dibam, 1ra edición, Santiago, 1997.
- Grez Toso, Sergio; La cuestión social en Chile: ideas y debates precursores (1804-1902), Colección fuentes para la historia de la Republica, Volumen VII; Editorial Dibam, 1ra. edición, Santiago de Chile, 1995.
- Grez, Toso, Sergio; Los anarquistas y el movimiento obrero: la alborada de "la Idea" en Chile, 1893-1915, editorial Lom, 1ra edición, Santiago, 2007.
- Grez, Sergio; Salazar, Gabriel (compiladores); Manifiesto de Historiadores, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 1999.
- Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, "Manifiesto Inaugural", en The Posmodernism Debate in Latin America (eds. J. Beverley, J. Oviedo, M. Aronna, Duke University Press, 1995.
- Guha, Ranahit; Las voces de la historia, en Las voces de la historia y otros estudios subalternos; Editorial Critica, Barcelona, 2002.
- Gumucio, Rafael; Utopías libertarias en Chile, siglo XIX y XX, en Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, año/Vol. 2, nro. 6, Santiago de Chile, 2003.
- Habermas, Jurgen, Ciencia y técnica como "ideología"; Editorial Tecnos, Madrid, España, 4ta. edición, 2001.
- Halperin Dongui, Tulio; Historia contemporánea de América Latina, Alianza Editorial, 13ava edición, Madrid, España.
- Hobsbawm, Eric; Rebeldes primitivos: Estudio de las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, editorial Ariel, España, 1968.
- Jobet, Julio Cesar; Ensayo critico del desarrollo económico y social de Chile, Anales de la U. de Chile Nº 81-82, Editorial universitaria, 1951.
- Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo; El peso de la Noche: nuestra frágil fortaleza histórica; editorial Ariel, Santiago, 1997.
- Knight, Alan; Latinoamérica un Balance Historiográfico, en Revista Historia y Grafía, enero-junio 1998.
- Krebs, Ricardo; Apuntes sobre la mentalidad de la aristocracia chilena en los comienzos del siglo XX, en Historia de las Mentalidades, Edeval, Valparaíso, 1986.
- Lagos Valenzuela, Tulio; Bosquejo histórico del movimiento obrero en Chile, Imprenta El Esfuerzo, Santiago de Chile 1941.

- Larraín, Jorge; El concepto de ideología, Vol. 1: Carlos Marx, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2007.
- Larraín, Jorge; El concepto de ideología Vol. 2: El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser, editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2008.
- Lipset, Seymour, Martin y Solari, A. E.; “Elites, educación y función empresarial en América Latina” en Elites y desarrollo en América Latina, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1967.
- Loyola, Manuel y Rojas, Jorge; Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos, Cenda-Ical, Santiago, 2000.
- Magendzo K, Abraham; Curriculum, Escuela y Derechos Humanos; editorial PIIE, 2da. edición, Santiago, 1991.
- Martín-Barbero, Jesús; De los medios a las mediaciones: Comunicación, Cultura, Hegemonía, editorial Convenio Andrés Bello, 5ta edición, Santa fe de Bogota, 1998.
- Martuccelli, Danilo; Cambio de Rumbo: la sociedad a escala del individuo; Editorial LOM, primera edición Santiago de Chile, 2007.
- Marx, Karl; Miseria de la Filosofía, Editorial Júcar, 1974.
- Massardo, Jaime; La formación del imaginario político de Luís Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena, editorial Lom, 1ra. Edición, Santiago, 2008.
- Mellafe, Rolando; Historia social de Chile y América, Editorial Universitaria, 4ta. edición, 2004.
- Meller, Patricio; **Un siglo de economía política chilena: 1890-1990; Editorial Andrés Bello, 3ra. edición, Santiago de Chile, 2007**
- Mezzadra, Sandro; Spivak, Gayatri Chakravorty; Estudios Poscoloniales, Ensayos Fundamentales, ediciones Traficantes de Sueños, Madrid, 2008.
- Monsalve, Mario; “Y el silencio comenzó a reinar”: Documentos para la historia de la instrucción primaria 1840-1920, editorial Dibam, Colección Fuentes para la Historia de la República, Vol. IX, Santiago, 1998.
- Núñez Pinto, Jorge; 1891 Crónica de una Guerra Civil; Editorial Lom, 1ra. Edición, Santiago, 2003.
- Ortiz Letelier, Fernando, El movimiento obrero en Chile (1891-1919), editorial Lom, primera edición.
- Pajuelo Teves, Ramón; Del Poscolonialismo al Postoccidentalismo: una lectura desde la historicidad latinoamericana y andina”, Comentario Internacional N° 2, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito ,2001.
- Palacios, Nicolás; Raza chilena: un libro escrito por un chileno y para los chilenos, ediciones Colchagua, 3ra. edición, 1987.
- Pareto, Vilfredo; Forma y equilibrios sociales; extracto del Tratado de Sociología General. Editorial Alianza Universidad, Madrid, 1980.
- Peiro Arroyo, Antonio; Jornaleros y Mancebos: identidad, organización y conflictos en los trabajadores del Antiguo Régimen; Editorial Critica, primera edición, Barcelona, España, 2002.

- Peralta C., Paulina; ¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837), Editorial Lom, 1ra. Edición, Santiago 2007.
- Pinto V, Julio y Valdivia O, Verónica; ¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932), editorial Lom, 1ra. edición, Santiago, 2001.
- Porton, Richard; Cine y Anarquismo: la utopía anarquista en imágenes, editorial Gedisa, 1ra. edición, Barcelona, 2001.
- Reyes del Villar, Soledad; Chile en 1910 una mirada cultural en su centenario, Editorial Sudamericana, 1ra. edición, Santiago de Chile, 2004.
- Rodríguez, Ileana (editora); Cevallos, Juan; Baile, comida y música en la construcción de una identidad cultural subalterna andina en el exilio norteamericano; Mallon, Florencia; Promesa y dilema de los Estudios Subalternos: perspectivas a partir de la historia latinoamericana; Mignolo, Walter; Colonialidad del poder y subalternidad; Moreiras, Alberto; Hegemonía y Subalternidad; Prakash, Gyan; La imposibilidad de la historia subalterna; en Convergencia de Tiempos. Estudios Subalternos/Contextos Latinoamericanos: Estado, Cultura, Subalternidad, editorial Rodopi, Ámsterdam, 2001.
- Sagredo Baeza, Rafael; Elites chilenas del siglo XIX: historiografía, en Cuadernos de Historia Nº 16; U. de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Depto. de Ciencias Históricas, Santiago, 1996.
- Salas, Darío; El Problema Nacional, editorial Universitaria, 2da. edición, Santiago de Chile, 1967.
- Salazar, Gabriel y Pinto, Julio; Historia Contemporánea de Chile, Vol. I y II, Editorial Lom, 1ra edición, Santiago, 1999.
- Santucci, Antonio; Gramsci, Lom ediciones, 1ra. edición, Santiago, Chile, 2005.
- Silva A., Bárbara; Identidad y Nación entre dos siglos: patria vieja, centenario y bicentenario; editorial Lom, primera edición, Santiago de Chile, 2008.
- Soto Roa, Freddy; Historia de la Educación Chilena, Santiago, CPEIP, Santiago, Chile, 1ra. Edición, 2000.
- Torres- [Djubisin](#), Isabel; Estudio de la mentalidad y pensamiento político de la Elite en el año 1919 a través de la prensa en Santiago; Tesis para optar al grado académico de Lic. en Filosofía con mención en Historia, U. de Chile, Depto. de Ciencias Históricas, 1985.
- Vilar, Pierre; Estructura y Coyuntura, en Iniciación al vocabulario del análisis histórico; Editorial Grijalbo S.A., 2da. Edición, México D.F., 1988
- Villablanca Zurita, Hernán; Terratenientes, burguesía industrial y productores directos: Chile 1900-1960, Depto. de Sociología, U. de Chile, Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 2003.
- Villalobos, Sergio; Origen y ascenso de la burguesía chilena; Editorial Universitaria, 2da. Edición, Santiago, 1988.
- Vitale Cometa, Luís; Interpretación marxista de la historia de Chile, Tomo V, editorial Lom, 1994.**

Revistas

Revista Camanchaca nº 1/1985-nº 12-13/1990, compilado por Juan Vásquez Trigo, ediciones Camanchaca, Taller de Estudios Regionales, Iquique, 1994.

Tarapacá: una aventura en el tiempo, selecciones de Revista Camanchaca nº 1/1985-nº 12-13/1990, compilado por Juan Vásquez Trigo, ediciones Camanchaca, Taller de Estudios Regionales, Iquique, 1994.

Revista Mapocho, nº 30, editorial Universitaria, Santiago, segundo semestre 1992.

Anexo 1: Gráficos

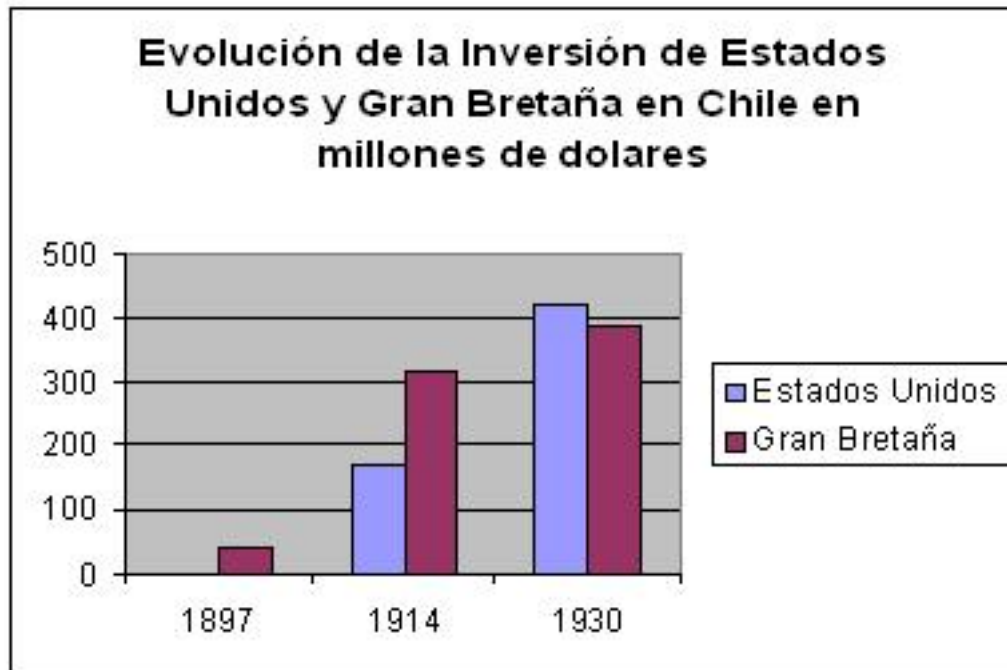


Gráfico 1

Fuente: Palmer, David; The Autoritharian Tradition, editorial Proegeon, Nueva York, 1980.



Gráfico 2

Fuente: Jobet, Julio Cesar; Ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile, Anales de la Universidad de Chile, nros. 81-82, editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1951.

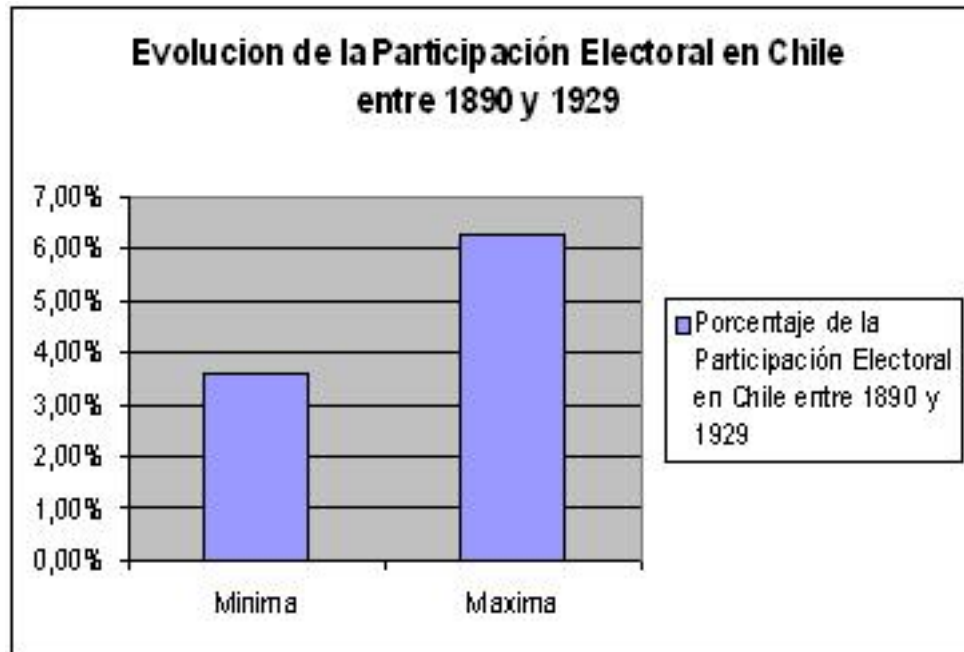


Gráfico 3

Fuente: Catheryn y John Lombardi; Statical Abstract, en Latinoamérica Vol. 25, Universidad de California, 1987.



Gráfico 4

Fuente: Catheryn y John Lombardi; Statical Abstract, en Latinoamérica Vol. 25, Universidad de California, 1987.

Anexo 2: Pensar el discurso histórico y subvertir lo académico: desafíos de la historiografía subalternista en su proyección contrahegemónica.

Puedo entender que en la historiografía de Barros Arana , Encina, Palacios, Vial Correa y otros autores que asociamos a la tradición académica, no se defina en profundidad la vivencia de los grupos populares en distintas etapas de nuestra historia, ni tampoco su relación con el relato común del pasado histórico (vale decir su protagonismo). Si los grupos populares aparecen anónimos o desperfilados, es porque dentro de la lógica de esa historiografía se asumía como paradigma de lo histórico lo político-institucional, por lo cual el gran relato del pasado debía dar cuenta esencialmente de lo sustancial de dicha dimensión de análisis, y ello hacia referencia a la esfera política oficial dentro del cual independientemente de las visiones y énfasis que hayan tenido cada uno de los investigadores en relación a los mas diversos contextos históricos, es el espíritu de cohesión entorno a una narrativa posicionada desde la racionalidad del estado nacional, el hilo conductor de su relato. Digamos que la naturaleza del sujeto que protagoniza esa historia es disuelto o abstraído en la nación³⁰¹ (y específicamente en el caso de los sujetos populares, invisibilizados en su comprensión histórica al asimilarse a diferentes tipos de categorías que pretenden significarlo desde una mirada estatista-nacional, es decir en función de intereses ajenos por cuanto producen su exclusión histórica) y por lo tanto, al aspirar a la significación de lo nacional a través de una historiografía en la que la historicidad popular es subordinada, reproduce también dicha exclusión incluso desde las formas de representación cultural desarrolladas por estos grupos que socialmente se posicionan como refractarios a dicho discurso histórico tradicional, pero al que también adscriben bajo el desarrollo de dinámicas de aculturación y transculturación en las formas valórica-culturales. Esta condición ha determinado la decisiva proscripción de quienes no concuerdan en la inmanencia histórica del poder, y de sus instituciones, es decir, del Estado y de la Nación como proyección colectiva de esta figura dual de autoridad. Y en este sentido, su práctica ha demostrado la coherencia (al menos en su estructura narrativa), de solamente hacer protagonistas de la historia a aquellos grupos o personajes que coinciden con esta lógica. Aunque probablemente no lo reconocieron en su momento ni tampoco lo harían ahora, en el carácter de su aporte al conocimiento histórico subyace la necesidad de identificarse socialmente, para desde allí construir un relato histórico coherente con esta identidad. Lejana era entonces la posibilidad de subjetivar socialmente y desde lo popular la historia, ni visualizar a los grupos y sujetos refractarios a la norma, ni menos pensar que la historia social-popular puede ser legítima mas allá de lo académico, en la caótica y confusa dimensión del autoreconocimiento que podían desarrollar los grupos populares. En gran parte el leitmotiv de esta narrativa no equivalía a otra cosa que una justificación de su visión de

³⁰¹ Este concepto al ser enunciado refiere inmediatamente al espíritu integralista, normativo, centralizador y cohesionador que definen la conformación del estado-nación en el discurso de la Modernidad.

mundo: Barros Arana desde la lógica de la diplomacia y el sistema educativo, Encina desde el interés de las clases propietarias y la encrucijada del desarrollo económico, Palacios desde sus concepciones racialistas propias del enfoque positivista y Vial Correa desde la justificación de la contemporaneidad político-económica. Lo que resulta más difícil de entender es como la generación de historiadores que asumen la ruptura con esta tradición (Necochea, Jobet, Secall y muchos posteriores) logran efectivamente desarrollar modelos históricos de representación que aspiran a una resignificación de los grupos populares, sin elaborar una lectura crítica del paradigma histórico en el que se sitúan, en cuanto a su crisis para la representación del sujeto popular. Las proyecciones discursivo-políticas que surgen de este modelo de comprensión de la historicidad popular nutrieron la referencia histórica del proyecto político de las organizaciones de izquierda, y sin duda aun hoy en día conservan un lugar fundamental en la memoria de gran parte de estos³⁰², por lo tanto no es menor considerar el papel de estas apreciaciones históricas para explicar el sentido de su proyecto contrahegemónico, en cuanto a su real potencial de transformación social. Y precisamente si se ha realizado un análisis de sus fracasos políticos, estos confirman con claridad la importancia de conceptos como los modelos de conciencia popular, los medios físicos y culturales para asegurar el ejercicio de la hegemonía, las tensiones entre los modelos valóricos-culturales y la praxis revolucionaria, etc. Pero volviendo atrás, la verdad es que cada vez que se vuelve a revisar el contenido de las lecturas del pasado, estas hacen reconocible su herencia respecto de esa visión teleológica del devenir histórico tan característica del paradigma historiográfico de la modernidad. Y resurge nuevamente la relevancia y pertinencia de la reflexión subalternista: en la medida que estos modelos explicativos son en gran parte inconsistentes para explicar los fracasos y las victorias del mundo popular, se hace imprescindible resignificar la dimensión crítica-deconstructiva desde la que se posiciona. Esta relevancia tiene que ver con el modelo epistemológico desde el cual orienta la resignificación de lo popular en lo histórico. Este modelo, en tanto reacción al paradigma histórico académico-tradicional, permite visualizar nítidamente el sentido de continuidad de gran parte de la historiografía que denominaremos *radical* en relación con dicho paradigma (que esencialmente, expresa los intereses de los grupos socialmente hegemónicos), desde el cual provienen gran parte de los conceptos constitutivos de dicha propuesta de representación de los sujetos populares³⁰³.

³⁰² Aun cuando se entiende que la referencia política de gran parte de las formas organizativas contemporáneas de la izquierda se construye en la acción crítica y deconstructiva frente a su tradición histórico-política en tanto práctica identitaria y significativa, es en el ámbito de la memoria donde se constituye/reproduce la dimensión valórica-cultural desde la cual se desarrollarán las formas culturales de representación subalternas; la memoria política de la tradición de izquierda revela su importancia para este proceso en la medida que supera la efectividad actual de las mismas organizaciones políticas en la reproducción directa de dichas formas valóricas-culturales. La homologación acrítica de gran parte del contenido de esta memoria, implica a su vez el hecho de que se configura como suspendida o abstraída del contexto, existiendo en una alienada situación de autonomización, y por lo tanto refuerza la imposibilidad de la acción crítico-reflexiva de los sujetos populares frente a su historicidad y las formas de representarla: "...quien militaba en un partido de izquierda podía, por este solo hecho, hacer suyas tradiciones culturales que definían historia, códigos e identidad comunes...la socialización política e ideológica en la vida organizada del partido, a través de la formación sistemática de cuadros y la permanente referencia a las luchas populares del pasado, permitía esa memoria, su actualización y su revitalización... salvo excepciones, hoy no existen ni las condiciones institucionales ni los procesos formativos e informativos que hicieron posible aquel fenómeno...los mismos partidos políticos ya no ejercen una pedagogía social como en el pasado..."; ver Arrate, Jorge y Rojas Eduardo; *Memoria de la Izquierda Chilena*, Tomo I(1850-1970), Javier Vergara editor, 1ra edición, Santiago, 2003, pág. 14.

³⁰³ "...la especificidad de la conciencia rebelde ha escapado también a la historiografía radical. Ha sucedido así porque se basa en un concepto de las revueltas campesinas como una sucesión de acontecimientos alineados en una línea directa de descendencia –como patrimonio, como a menudo se dice- en que todos los constituyentes tienen la misma genealogía y repiten su compromiso con los más altos ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Desde esta perspectiva ahistórica de la historia de la insurgencias todos los momentos

El planteamiento de una narrativa historiográfica posicionada desde la problematización de la condición subalterna con el objetivo de representarla, induce a una reflexión sobre aquellos aspectos que la configuran como una perspectiva de comprensión histórica deconstructiva, que se referencia en la superación de las formas historiográficas surgidas desde la tradición historiográfica de izquierda. En este sentido, la aproximación del investigador a lo inconmensurable de su objetivo permite afirmar que este se involucra en la praxis historiográfica desde una intencionalidad diferente: “...lo que establece las pautas de nuestro trabajo es, principalmente, el consenso respecto a la necesidad de construir un mundo democrático. Creemos que la naturaleza ética y epistemológica de este consenso y el destino de los procesos de democratización en Latinoamérica están unidos de tal forma, que imponen nuevos retos y exigencias a nuestra labor como académicos y educadores. Esto implica, por un lado, una mayor sensibilidad frente a la complejidad de las diferencias sociales y, por el otro, la creación de una plataforma plural, aunque limitada, de investigación y discusión en la que todos puedan tomar parte. Las configuraciones tradicionales de la democracia y el estado-nación han impedido que las clases sociales subalternas tomen parte activa en los procesos políticos y en la constitución del saber académico, sin reconocer sus contribuciones potenciales como capital humano (excepto para explotarlo)...”³⁰⁴. Lo anterior hace referencia a una perspectiva democratizante y socializadora que asume la problematización de la subalternidad en América Latina, en cuanto a las relaciones sociales y la producción de saberes, y aun cuando se pudiera afirmar que adolece o es ingenua de una crítica profunda a la significancia del concepto de democracia, en cuanto a su real experiencia histórica para los grupos subordinados, por haber estado permanentemente excluidos de la conceptualización de esta tradición democrática, institucional y republicana, el objetivo de instalar la reflexión política en la construcción del conocimiento sobre lo popular sitúa dicha declaración de principios como una exhortación al reconocimiento de la naturaleza del subalterno como migrante/mutante en cuanto a sus características de identidad socio-cultural, por lo cual la problematización de su condición histórica debe asumir este desafío conceptual-metodológico a la hora de intentar construir una narrativa que lo analice y se cuestione frente a dicha situación. Precisamente es en el planteamiento de Beverley sobre la necesidad de que los estudios subalternos se definan desde la idea de intervenir políticamente la producción de formas de conocimiento sobre el mundo popular y su condición subalterna, donde se reconoce el vínculo estrecho entre esta forma de representar el pasado y las propuestas contrahegemónicas en una sociedad. Esto implica concebir formas de discurso histórico que alienten esencialmente una relación volitiva y auténticamente participante como expresión del vínculo de los sujetos subordinados con su pasado histórico. Donde el fundamento de la dominación hegemónica impone el argumento de la normatividad y rigurosidad científica para legitimar la monopolización en la producción y decodificación del conocimiento del pasado y concretar la imposibilidad de su apropiación social (es decir producir la alineación de los individuos con su historia) la perspectiva subalternista contrapone la reflexión sobre como producir y socializar el conocimiento historiográfico en la perspectiva contrahegemónica. Esta alineación a la que hemos hecho referencia, de los sujetos con su pasado, llevara en ultimo caso a que se desarrolle una aspiración en gran parte de la historiografía contemporánea, incluso la mas

de conciencia son asimilados al definitivo y mas elevado momento de la serie- a una conciencia ideal. Una historiografía consagrada a este propósito (incluso cuando se hace, lamentablemente, en nombre del marxismo) esta mal equipada para enfrentarse con las contradicciones que son de hecho la materia de que esta hecha la historia...”. Ver Guha, Ranit, La prosa de la contrainsurgencia, en Las voces de la historia y otros estudios subalternos; editorial Critica, Barcelona, 2002, pág. 88-89.

³⁰⁴ ² Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos; Manifiesto Inaugural, en Beverley, J; Oviedo, J; Aronna; The Posmodernism Debate in Latin America, Duke University Press, 1995.

honestamente crítica y deconstructiva, a ser transfigurada bajo los cánones de la academia, mediante diversos dispositivos que no son otra cosa sino la expresión de sofisticación en la articulación de lo hegemónico/subalterno en los grupos de investigación (es decir en las diferentes expresiones y corrientes de pensamiento presentes en la intelectualidad) y sus relaciones/tensiones transdisciplinarias. Es por esto que la narrativa historiográfica que se apropia de su vocación contrahegemonica, y cuyo horizonte epistemológico se constituya como la revelación en el debate crítico – reflexivo de su condición subalterna, debe aspirar a proyectar ese sentido de representación social activa y significativa de aquellos sujetos invisibilizados en las formas tradicionales de comprensión del pasado histórico (en realidad son invisibles solo en apariencia). Por lo tanto, implica también tomar en cuenta que para analizar esta evidencia de la alienación el hombre con respecto a su pasado (que nos hace la referencia a la desigualdad en la distribución de los roles intelectuales en la sociedad capitalista, como lo afirmaba Gramsci) es fundamental repensar el rol de la intelectualidad en el desarrollo de esa propuesta contrahegemonica, por lo cual se dimensiona una relación de compromiso ético entre el investigador-intelectual y los sujetos en torno a los cuales reflexiona: "...La solidaridad basada sobre la asunción de la igualdad y reciprocidad no significa que las contradicciones sean superadas en el nombre de una noción heurística de fusión o identificación con el subalterno..."³⁰⁵. En realidad esta superación de esa oposición permanente entre el intelectual y los sujetos populares debe resolverse en la disolución del rol intelectual en las prácticas de autoreconocimiento y recreación de una cultura popular que signifique la socialización de la producción del conocimiento en tanto practica constitutiva de un proyecto político con aspiración real a la contrahegemonía. El trabajo del investigador subalternista considera un compromiso profesional inédito, que busca dimensionar la vivencia de la subalternidad, exponerla y problematizarla, mas que hablar en nombre de ellos; para esto es esencial transformar la óptica desde la cual se fundamenta el conocimiento académico, desplazándose entonces desde el monopolio que representa esta perspectiva, a una construcción colectiva de saberes basada en la horizontalidad, solidaridad, reciprocidad.

El desarrollo de la problematización subalterna para los grupos populares debiera orientarse, como práctica historiográfica deconstructiva, fundamentalmente desde la reflexión sobre las tensiones epistemológicas que devienen del reconocimiento crítico de esta condición subordinada, mediatizada y autoreproductora, producto de lo cual necesariamente resulta el desarrollo de una narrativa historiográfica que desarticula y desordena el discurso historiográfico de acuerdo a los elementos que lo han caracterizado como practica academicista: "...El historiador debe persistir en sus esfuerzos por ser consciente de que el subalterno es necesariamente el límite absoluto del espacio en el cual la historia se narrativiza como lógica..."³⁰⁶. Así, la reconstrucción del pasado desde la mirada subalternista produce una relación desalienante desde los grupos populares en relación a sus vivencias históricas, y por lo tanto genera una dimensión de reconocimiento activo de ese pasado, a partir de la cual se configura una invitación a la actividad y movilización a los subordinados, en tanto reacción a la pasividad social (es decir, a la indiferencia , cooptación coacción, instrumentalización, mediatización, etc..) configurada desde la reproducción de una conciencia alienada a partir de los diversos dispositivos reproductores de la subalternidad . De este modo se enfatiza el hecho de que la propuesta de investigación subalternista se orienta además hacia la concreción de "...un futuro

³⁰⁵ Beverley, John; El subalterno y los límites del saber académico, en *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*, Durham, Duke University Press, 1999; Editorial Iberoamerica-Vervuert , pág. 19.

³⁰⁶ Spivak, Gayatri Chakravorty; *Estudios de la subalternidad. Deconstruyendo la Historiografía*, pág. 49.

en el que las personas actúen conscientes del profundo sinsentido o confusión que caracteriza la historia, de forma que esto les permita hacerse responsables del futuro que elijan...³⁰⁷. En este planteamiento esta implícito la posibilidad de entender la construcción del discurso histórico desde la experiencia y subjetividad de los grupos subalternos, superando cualitativamente la idea de construcción normativa que hace el historiador, que no es mas que una representación que intenta ordenar la comprensión del pasado histórico como criterio de verdad, mas que buscar la representación –expresión (es decir recuperar la historicidad) de los propios sujetos populares. Esta acción historiográfica, orientada hacia la deconstrucción de una forma de comprensión del pasado articulada de acuerdo a los intereses hegemónicos, expresados en la organización de la producción de saberes y en los tópicos epistemológicos que significan el protagonismo sociohistórico de su narrativa, hace explícito su desplazamiento hacia un ámbito de producción historiográfica en el que se sobrepasa la lógica de la objetivación de la subjetividad, el protagonismo, la acción social, cultural, política y económica, la temporalidad, la trayectoria de su historicidad, etc. Precisamente porque el subalterno existe en su exterioridad determinado por lo hegemónico (que lo posiciona u localiza en el ámbito de las relaciones de poder) y desarrolla en su internalidad, dialécticamente, formas contrahegemónicas de representación (en la medida que supera decisivamente y transgrede dicha condición de sujeción social), es que la interpretación de su historicidad desde la perspectiva subalternista lleva a una ruptura con la forma de representación de lo popular en el discurso histórico academicista; en este sentido es importante que el investigador que problematiza lo subalterno en el mundo popular sitúe su discurso como una opción mediadora, que no representa dicha historicidad desde la perspectiva académica, ni tampoco aspira a mimetizarse absolutamente con lo popular (de lo cual resultaría una nueva forma alienada de producción de conocimiento histórico en relación a los grupos subordinados), sino que visualiza su condición de ejercicio intelectual de la reflexión crítica ligada constructivamente con la perspectiva de desarrollo de un proyecto contrahegemónico. En este sentido, al asumir esta conceptualización de la labor del historiador definida en torno a tales circunstancias, se entiende que la problematización de la condición subalterna en el mundo popular no es viable sin tomar en cuenta que “... se trata de colectividades que no existen con la tangibilidad de entidades objetivas. Sin embargo, pasarlas por alto implica mantenerse fiel a determinadas ideas de soberanía y política puestas en realidad en cuestión por las acciones de masas ...el historiador, ante estos casos, se ve atrapado entre el impulso objetualizador de la disciplina y el deseo hermenéutico de hacerse nativo... el llamamiento de Hayden White a reconocer la naturaleza «sublime» del proceso histórico y a desarrollar narrativamente la «voz media» nos muestra una manera de mantenerse en el vértice de estas dos tendencias contrarias...a decir verdad, si mi razonamiento es correcto, sólo manteniéndose en este vértice —es decir, negándose tanto a objetualizar como a hacerse nativo— podemos trabajar en la producción de genealogías de los sujetos «políticos de masas» de la democracia...”³⁰⁸. Por esto, el historiador que se problematiza frente a la acción de los subalternos debe correr el riesgo de construir una narrativa historiográfica que no busque objetivar y determinar en una lectura alienante y disolvente de los elementos presentes en la dinámica interna de los subalternos, como tampoco travestirse de los atributos propios de la subordinación social para narrar como un subalterno, sino mas bien debe concebirlos en una existencia, concreción y temporalidad distinta que aspira a la reconstrucción y empoderamiento de su autenticidad histórica.

³⁰⁷ Chakrabarty, Dipesh; La historia subalterna como pensamiento político, pág. 150.

³⁰⁸ Chakrabarty, Dipesh; La historia subalterna como pensamiento político, pág. 165.

De este análisis resultan al menos tres propuestas que van orientadas por una parte a definir en forma más concreta la práctica historiográfica subalternista, y por otra parte a enfatizar la significancia de esas formas de comprensión histórica como referencias indispensables para un proyecto contrahegemónico desde los grupos populares. Una primera propuesta tiene que ver con la interpretación de la acción subalterna como acción colectiva, en tanto solo en esta dimensión de acción será posible complejizar la comprensión de su acción histórica, en contraposición con la intencionalidad de identificar, singularizar u objetivar la historicidad de los sujetos populares-subalternos, como sería el interés de la posición academicista-hegemonizante: "...cabe identificar sin dificultad este modo de individuación como un elemento central para el propio funcionamiento del poder disciplinario —tal y como Foucault dijo en una ocasión: individua con objeto de controlar. Tiene ciertas ventajas. Nos permite escribir las historias que los historiadores afines a Rudé escribieron. Pero, por su propia naturaleza, este acto de disolver un colectivo en una suma de individuos pasa por alto las señales que hablan de una capacidad de acción colectiva. Los miembros de una «multitud» en ocasiones participan en una acción multitudinaria porque el hecho mismo de estar con otros en la realización del acto sirve para autorizar o permitir la acción. Las colectividades tienen modos de referirse a sí mismas. Con frecuencia la policía y el tribunal se muestran constitutivamente sordos a estas palabras. Las colectividades resultan a menudo difíciles de castigar o de hacerlo durante un periodo largo de tiempo..."³⁰⁹. Al considerar la acción subalterna como acción colectiva, en cuanto a su significación contrahegemónica, el investigador define un compromiso indispensable en la configuración de formas de representación cultural que fundamentan este proyecto contrahegemónico. La narrativa historiográfica subalternista debe aquí enfrentar el problema heurístico acerca de cómo reconstruir el pensamiento y la acción de ese agente colectivo que son los grupos subalternos, es decir de cómo entender desde la solidaridad, la horizontalidad, la latencia disruptiva, (que vendrían a ser tendencias propias encarnadas por los sujetos subalternos en proyección auténtica/autónoma hacia la contrahegemonía) la historicidad de su acción colectiva. Es por esto que la problematización de la subalternidad exige la reflexión crítica sobre nuevas metodologías de investigación, nuevas lecturas del pasado para poder constituir una postura historiográfica radicalmente alternativa y por lo cual

³⁰⁹ Chakrabarty, Dipesh; *La historia subalterna como pensamiento político*, pág. 160. En relación a lo anterior, este autor enfatiza la trascendencia que tuvo para la historización sobre lo popular el desplazamiento epistemológico en la conceptualización su protagonismo y acción histórica contrahegemónica, coincidiendo con Guha al visualizar que "... el sujeto de una sublevación era colectivo y en su negativa a ver este colectivo ya fuera por sumatoria (como una colección de individuos) o como algo que tenía una mente o una psicología propia. En otras palabras, no se trataba de un agente cuya historia pudiera escribirse de acuerdo con un modelo biográfico, de nacimiento y posterior crecimiento hacia la madurez (el modelo prevaleciente en la tradición británica de la «historia desde abajo»). Es decir, incluso la idea de sujeto —un ser soberano, autónomo— necesitaba de un «estiramiento» (en el sentido del término de Fanon) para que la palabra («sujeto») pudiera llegar a plegarse al contexto de la historia subalterna..."; Chakrabarty, Dipesh; ídem, pág. 159. En este aspecto la historiografía subalternista. marcan una diferencia con otras posturas historiográficas respecto de la forma de concebir al sujeto revolucionario: mientras las otras tendencias se empeñaron en individualizarlo, en hacer un escrutinio profundo de sus características, es decir de determinarlo en lo absoluto, lo cual denota la influencia del pensamiento ilustrado en su énfasis más positivista (de hecho se puede extrapolar esta intencionalidad con el sentido de los métodos de interrogación policial aplicados desde los estados para comprender la acción de los sujetos revolucionarios); la problematización de la subalternidad se perfila desde la emancipación de esta postura y para ello colectiviza al sujeto revolucionario, enfatiza sus ambigüedades, incertezas, indeterminaciones, pues pretende construir una narrativa histórica desde los mismos subalternos y no sobre los subalternos, de lo cual deviene la acción de destacar su principal intencionalidad: afirmar un nuevo sentido de historicidad para estos grupos, en una comprensión que amplía hasta límites insospechados el significado de la acción política. Desde esta perspectiva, la historiografía subalternista es una narración histórica de la acción desde lo colectivo más que desde el individuo, desde la horizontalidad más que desde la jerarquización, desde la autenticidad más que de la sofisticación.

los investigadores subalternistas deberían historizar esencialmente sobre la dimensión colectiva en la reconstrucción de la historia de los sujetos populares, como requisito para poder construir una narrativa coherente y consistente con sus objetivos. Así también, la historiografía construida desde la problematización de la subalternidad define el problema de historizar la acción colectiva desde dos polos críticos, por una parte la representa configurada como acción política en tanto acción colectiva en relación a un contexto histórico determinado, por otra parte critica su sentido o potencial revolucionario objetivo, en tanto acción multifacética y plural, constituida por un sinnúmero de elementos singulares que expresan un sentido de acción colectiva que no necesariamente producen un cambio en las estructuras sociales en un sentido revolucionario *clásico*, es decir como una transformación histórico mundial según la entiende Marx. En este sentido, el significado de la acción colectiva del subalterno se afirma mejor al entenderse como toma de conciencia y por lo tanto afirmación de la acción que lo inmiscuye como colectivo, mas que en la transformación efectiva del régimen social, al menos desde una perspectiva institucional. Precisamente es esta forma de entender el proyecto histórico de los grupos populares (orientado hacia una transformación de las estructuras sociales) donde aparece claramente una reminiscencia en el relato histórico de aquellos elementos característicos de la historiografía tradicional-académica, que pone énfasis en la historia de grupos-sujetos, incluso los subalternos, siempre desde la perspectiva de lo que sucede en relación al estado y sus instituciones, es decir, en una interpretación afín a la hegemonía que los desnaturaliza de sus propias dinámicas de acción histórica³¹⁰. De lo anterior resulta el planteamiento de una segunda propuesta para abordar la investigación historiográfica desde la perspectiva subalternista, en relación a que el relato que construye, buscando configurar una forma de representación cultural esencialmente contrahegemónica, debe tomar en consideración la temporalidad caótica que caracteriza la dinámica del subalterno en la historia, que supera los límites de una narración temporal lineal con una orientación teleológica característica del paradigma historiográfico academicista. Esto quiere decir que el investigador subalternista problematiza y representa dicha condición enfatizando las atemporalidades y diacronías que son los elementos significantes de su temporalidad. Aun cuando la perspectiva contrahegemónica considera la relevancia del enfoque del subalterno en la crítica y acción propositiva que desarrolla en tanto dispositivos conducentes a su emancipación social, dichas acciones transcurren en un ritmo y tiempo histórico distinto y no necesariamente coincidirán con la forma de representar esta temporalidad en el discurso historiográfico academicista tradicional³¹¹. Finalmente, una tercera propuesta en relación al desarrollo de esta problematización de la subalternidad tiene que ver con el desarrollo de una comprensión de la acción historiográfica que se desvincula abiertamente de su visualización como práctica de especialización/monopolización en la elaboración de saberes historiográficos, y también de reproducción/legitimación de dichas formas de comprensión histórica en la sociedad, instalando una perspectiva epistemológica que define la relevancia de dicha acción investigativa desde la complejidad de las tareas en las cuales se realiza la proyección contrahegemónica, y en este sentido opta necesariamente por una dinámica socializante que también hace colectiva la acción de interpretación/compreensión del pasado. Mediante esta vocación de proactividad crítica-propositiva de los grupos populares en relación a su historicidad, se comienzan a articular los dispositivos cognitivos que desestructuran la reproducción de las formas valóricas-culturales desde las cuales se constituye una comprensión alienante del pasado, complejizando la experiencia popular

³¹⁰ Ver Chakrabarty, Dipesh; La historia subalterna como pensamiento político, pág. 163.

³¹¹ Ver Guha, Ranahit; La prosa de la contrainsurgencia, en Las voces de la Historia y otros estudios subalternos, editorial, Critica, Barcelona, 2002, pág. 82.

de subordinación social en su condición de subalternidad. Creo que al plantear estas propuestas para ser consideradas en el desarrollo de una historiografía que problematiza los rasgos subalternos en los grupos populares, se ayuda a definir con mayor certeza los términos concretos de una acción de investigación sobre el pasado y el desarrollo de una función intelectual que trascienden de las lógicas tradicionales, en la medida que se define hacia una apropiación desde el mundo popular de su dinámica histórica, y con esto compromete absolutamente su acción investigativa con la articulación de un proyecto contrahegemónico en el mundo popular.